

AUDREY MAGEE

El compromiso

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativa sexto piso



El compromiso

AUDREY MAGEE

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o
almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The Undertaking

Copyright © AUDREY MAGEE, 2014

Primera edición: 2026

Traducción

© FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

Imagen de portada

© LARA LARS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2026

América 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

GRAFIME

ISBN:

A Johnny

Apartó el alambre de espino del poste, despejó un trozo de tierra reseca y sacó la fotografía del bolsillo de la guerrera. Colocó la imagen en el poste y la sujetó con una cuerda que tapaba el pelo y el cuello de la mujer, pero no el rostro. Aún podía ver sus ojos huraños y sus labios enfurruñados. Anudó la cuerda y escupió al suelo. Con ella se tendría que conformar.

Se tumbó para absorber los últimos rayos de sol del verano, sin importarle los remolinos de polvo y arenilla, solo quería descansar, experimentar el vacío momentáneo de la espera. Pero se incorporó de nuevo. El suelo era demasiado duro, el sol demasiado fuerte. Encendió un cigarrillo y se quedó mirando las ondulaciones de calor hasta que, en el horizonte, se recortó una figura corpulenta cuyos brazos y piernas se movían con furia, aunque avanzaba a escasa velocidad. El hombre llegó por fin entre rezongos y jadeos, el sudor le empapaba el blanco del alzacuello.

–¿Por qué diablos se ha ido tan lejos? –le preguntó.

–Quería privacidad.

–Ya veo, ya. ¿Está todo listo?

–Sí.

–Pues venga, al lío –dijo el capellán–. No hay tiempo que perder. –Sacó un lápiz y un papel arrugado del bolsillo–. ¿Quién es el novio, soldado?

–Yo.

–¿Su nombre?

–Peter Faber.

–¿Y los testigos?

–Allí –dijo Faber señalando a tres hombres que dormían en el suelo, hechos un ovillo.

El capellán se acercó y les dio una patada.

–Están borrachos.

Faber arrojó anillos de humo al cielo azul.

–¿Usted también está borracho, Faber?

–Todavía no.

El capellán pateó a los hombres con más fuerza y comenzaron a moverse a regañadientes.

–Procedamos, pues. Apague ese cigarrillo, Faber. Póngase en pie. Muestre un poco de respeto.

Faber aplastó el cigarrillo contra la tierra, apoyó sus manos largas y estrechas en el suelo y se incorporó con lentitud.

–Quítese el pelo de los ojos –ordenó el capellán–. ¿Con quién se va a casar?

–Con Katharina Spinell.

–¿Es ella, la de la foto?

–Según tengo entendido, sí.

–¿Según tiene entendido?

–Nunca la he visto.

–¿Pero quiere casarse con ella?

–Sí, señor.

–Qué entusiasmo.

–Para escapar de este infierno apestoso.

El sacerdote anotó algo en el papel y lo guardó de nuevo en el bolsillo, junto con el lápiz.

–Podemos empezar –dijo–. ¿Su casco, Faber?

–Ahí. En el suelo. Junto a la fotografía.

–Acérquense, caballeros –ordenó el sacerdote–. Pongan la mano derecha sobre el casco.

Los hombres se acuclillaron alrededor del casco mugriento y abollado, sus rodillas y codos se entrechocaban.

–El novio primero.

Faber apoyó la mano sobre el metal, pero la apartó enseguida.

–Está ardiendo, maldita sea.

–Vamos, hombre –dijo el capellán–. Falta un minuto para que den las doce en nuestra patria.

Faber se cubrió la mano con la manga.

–Debe estar en contacto con la piel, Faber. No con la manga. –El sacerdote cogió un puñado de tierra y lo esparció sobre el casco–. Pruebe ahora.

–Gracias.

Faber volvió a colocar la mano y los otros tres siguieron su ejemplo. Bastaron unas cuantas palabras del capellán para que, en cuestión de minutos, el soldado contrajese matrimonio con una mujer de Berlín a la que nunca había visto. A mil seiscientos kilómetros, a la misma hora, ella estaba participando en una ceremonia similar en presencia de sus padres: un pacto bélico mediante el cual él obtenía un permiso de luna de miel y ella una pensión de viudedad en caso de que él falleciese.

–Eso es todo –dijo el capellán–. Ya es un hombre casado.

Los otros tres le estrecharon la mano.

–Necesito un trago –declaró Faber.

Recogió el casco, dejó la fotografía y regresó al campamento.

Tras examinarla más tiempo del establecido por las normas de cortesía, dijo:

–Soy Peter Faber.

–Lo sé. Lo reconozco por la fotografía.

–¿Eres Katharina?

Ella asintió y él le estrechó la mano, sorprendido por la suavidad de su piel, por la melena oscura que caía sobre sus hombros. Ella intentó zafarse.

–Mi mano –dijo–. ¿Le importaría devolvérmela?

–Lo siento.

La soltó y retrocedió hasta la acera, donde había dejado su macuto y el arma. Ella se quedó donde estaba, con la cadera apoyada en la puerta entreabierta.

–¿Ha sido un viaje largo, señor Faber?

–Sí sí. Muy largo.

Katharina alzó la mano para protegerse del sol y lo miró fijamente.

–¿Cuánto tiempo va a quedarse?

–Diez días.

Ella abrió un poco más la puerta.

–Debería pasar.

Faber recogió sus cosas y entró en el vestíbulo oscuro, sin ventanas. Katharina se cubrió la nariz y la boca con la mano. Él

apestaba. Se apartó de él y empezó a subir las escaleras.

–Estamos en el segundo piso.

–¿Quiénes?

–Mis padres.

–No sabía que vivías con ellos.

–No gano lo bastante para vivir sola.

–Ajá. ¿A qué te dedicas?

–Se lo dije en mi carta. Trabajo en un banco. Como mecanógrafa.

–Ah, sí, lo había olvidado.

La siguió escaleras arriba, por los desgastados peldaños de linóleo, observando cómo sus nalgas rollizas le movían la falda de un lado a otro. Ella miró hacia atrás.

–¿Necesita ayuda?

–No te preocupes –respondió él.

–Tienen muchas ganas de conocerlo.

Ella empujó la puerta del apartamento. Él se descolgó el macuto del hombro.

–Deje que lo lleve yo –se ofreció ella.

–Pesa mucho.

–Me las arreglaré.

Katharina arrastró el equipaje hasta una habitación y volvió a por el fusil.

–Eso mejor me lo quedo yo –dijo Faber.

–Ya está en Berlín.

–Prefiero tenerlo conmigo.

La siguió por un pasillo estrecho hasta una cocina pequeña cuyas superficies brillaban por la condensación. Sus padres se pusieron en pie e hicieron el saludo militar con entusiasmo y presteza.

–Soy Günther Spinell –dijo el hombre–. El padre de Katharina.
Faber le estrechó la mano.

–Estamos muy orgullosos de tener un segundo soldado en la familia.

Faber bajó la vista a la mesa. Estaba puesta para cuatro personas; los platos y los vasos, desparejos y desportillados.

–A mi hijo lo han mandado al norte, señor Faber. Cerca de Moscú.

–Qué mala suerte.

–Johannes es un hombre muy valiente, señor Faber.

La madre de Katharina, de cabello canoso y muy rizado, señaló una silla.

–Siéntese, señor Faber.

Puso el casco, las cartucheras y la bolsa del pan en la encimera estrecha junto al fogón. Se sentó y se rascó la espalda contra la madera.

–¿Está cómodo?

–Sí, estoy bien.

–¿Ha tenido un buen viaje? –preguntó la señora Spinell.

–De noche hacía mucho frío en el tren.

–¿No tiene abrigo de invierno ni guantes?

–Todavía no.

–¿Cree que Johannes tendrá?

–No lo sé.

La señora Spinell se sacó un pañuelo de la manga y se lo pasó por la boca y la nariz. Tosió y se aclaró la garganta.

–Abre la ventana, Katharina.

Faber la vio empujar el cristal y asomarse, y reparó en sus nalgas prominentes. La joven se quedó allí, respirando el aire frío de

octubre. Él se fijó también en sus caderas, anchas y carnosas.

–El señor Ewald está apilando la mercancía –dijo ella.

Faber oyó los golpeteos de las cajas de madera.

–Es nuestro tendero, señor Faber –dijo su padre–. Un hombre extraordinariamente leal.

–Qué temprano se va hoy –dijo la señora Spinell.

–Hoy había poca cosa que vender –señaló Katharina. Se giró hacia el interior de la estancia–. Vamos, madre. Deberíamos preparar café.

Faber encendió un cigarrillo. La señora Spinell colocó un cenicero sobre la mesa. Tenía forma de esvástica.

–Es de Johannes, señor Faber, pero puede usarlo.

Las dos mujeres se pusieron manos a la obra sin mediar palabra.

–¿Ha estado antes en Berlín, señor Faber? –preguntó el señor Spinell.

–No.

–Katharina le enseñará la ciudad más tarde.

La señora Spinell sirvió café y Katharina puso un trozo de pastel en su plato.

–Es de limón.

–Gracias.

Se acercó la taza a la nariz, la colocó de nuevo sobre la mesa y probó el pastel. Soltó un leve suspiro. Todos rieron.

–Lo siento –dijo–. Es que hace mucho tiempo que...

–Adelante –dijo la señora Spinell–. Coma.

Se metió un trozo de bizcocho en la boca seguido de un sorbo de café, una descarga de sabor dulce y amargo. Se metió otro trozo seguido de otro sorbo. Todos volvieron a reír.

–Está delicioso, señora Spinell.

–Es café de verdad –apuntó el señor Spinell–. De un amigo mío, el doctor Weinart.

–Y una vecina nos dio los huevos para el pastel –dijo la señora Spinell–. Como regalo de boda.

–Es comunista –aclaró el señor Spinell.

–La señora Sachs es una buena persona, Günther.

–Así es como pasan desapercibidos, Esther. Haciéndose pasar por buenos vecinos.

Katharina le dio un sorbo al café, pero puso su trozo de pastel en el plato de Faber.

–Para usted. Seguro que tiene más ganas que yo.

Faber se comió el trozo de su esposa y un tercero más; luego se arrellanó en la silla y se encendió otro cigarro.

–¿Qué enseña usted, señor Faber?

–Primaria, señora Spinell.

–¿Tiene trabajo?

–Sí. En la escuela donde estudié de niño.

–¿Le guardan el puesto?

–Sí.

–Pero el salario de un maestro no es gran cosa –comentó la señora Spinell–. ¿Podrá mantener bien a mi hija?

Faber sintió todas las miradas sobre él. Entonces el padre soltó una risita.

–La madre de Katharina se preocupa mucho –dijo.

–Solo intento proteger a nuestra hija, Günther –replicó ella–. Evitar que pase por lo que pasé yo al final de la última guerra.

–Ahora no, Esther –la interrumpió el señor Spinell.

–Ahora sí. Verá, señor Faber, no me quedó otra que buscar comida en los cubos de basura para que mis hijos no pasaran hambre. Mi Johannes no dejaba de llorar. Seguro que el pobre mío sigue teniendo hambre después de aquello.

–Johannes está bien, madre.

–No lo entiendes, Katharina. Y no lo entenderás hasta que llegue el final de esta guerra y sean tus hijos los que sufran.

–Esta vez será distinto, Esther –intervino el señor Spinell–. Ahora todos nos tienen miedo. Falta poco para la victoria.

–Pero él seguirá siendo un simple maestro –insistió la señora Spinell.

De pronto, las paredes sudorosas, la silla dura y la vajilla desportillada empezaron a irritar a Faber. Se inclinó hacia delante.

–Mi padre ha sido maestro toda su vida y nos ha mantenido perfectamente –dijo.

–¿Pero será suficiente?

–Ha sido suficiente para mi madre.

–¿Es una mujer modesta?

–Es como cualquier mujer, señora Spinell, que dedica su vida a su marido y a sus hijos.

–Puede esperar lo mismo de Katharina –dijo el señor Spinell–. Será una buena esposa. Y una buena madre.

–Para eso necesita un marido con un buen empleo, Günther.

–En nuestro nuevo mundo, la enseñanza será una profesión muy respetada, Esther. Y ahora, joven, hablemos de la situación en el frente. De Kiev.

Faber se encendió un tercer cigarro, aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones y lo retuvo en silencio antes de expulsarlo, lenta y

uniformemente, a la habitación. Sacudió la ceniza y se aclaró la garganta.

–Los rusos son tenaces, señor Spinell, pero nuestro armamento es más moderno, no tienen nada que hacer contra él.

–Todo será nuestro para Navidad –dijo el señor Spinell–. Solo estamos a trescientos kilómetros de Moscú: somos invencibles.

–Nos va bien.

–Estoy muy orgulloso de usted y de todos los soldados alemanes –dijo el señor Spinell.

Faber le dio otra calada al cigarrillo y asintió mientras exhalaba el humo hacia el techo.

–Gracias, señor Spinell.

–Cuando esta guerra termine, tendremos recursos, comida, agua y petróleo durante siglos. Usted y mi hija podrán quedarse con todas las tierras que necesiten.

–¿Podremos hacer eso? –preguntó Katharina.

–¿El qué?

–¿Quedarnos con las tierras? ¿Ir al este y establecer allí nuestro hogar?

Faber, que estaba sudando a pesar del frío, se quedó mirándola.

–Rusia es pobre, sucia, la gente vive en casuchas de barro. Si estoy aquí es porque no soporto ese lugar.

–Ellos trabajarán para ustedes –dijo el señor Spinell–. Puede derribar sus chozas, rehacer el paisaje y construir una casa alemana preciosa. Imagínese, con su granja y todo.

–No sé nada de agricultura.

–Habrá una campaña de formación. Después de la guerra se enseñará a los jóvenes a trabajar las tierras, a cultivar alimentos

para Alemania.

–Estoy dispuesto a servir a mi país, pero cuando la guerra termine volveré a Darmstadt y retomaré mi vida como maestro.

–Podría hacer otras cosas. Ganar más dinero.

–Me gusta ser maestro.

–Parece un hombre muy capaz.

–Soy un maestro capaz.

–Pero hay tantas cosas que hacer, sobre todo en Berlín. Puede dedicarse a la enseñanza cuando sea mayor, después de haber ganado dinero.

Faber aplastó el cigarrillo en el cenicero y miró despacio a su alrededor.

–Igual que ha hecho usted, ¿no, señor Spinell?

Katharina empezó a recoger los platos.

–Deje que le enseñe la ciudad –dijo ella–. Antes de que se haga demasiado de noche.

–Mi suerte está a punto de cambiar, señor Faber. Y la suya también podría hacerlo.

–Estoy contento con mi vida, señor Spinell.

–Deje que le presente al doctor Weinart. Es un hombre de gran integridad y buenas conexiones.

Faber se puso de pie.

–Lo pensaré. –Cogió el rifle.

–Debería dejarlo aquí –sugirió Katharina.

–Prefiero llevármelo.

–Es mejor dejarlo en casa. Vamos al parque.

–Me lo llevo. –Faber se dirigió a la puerta.

–Al menos podría esperarme –dijo ella–. Tengo que coger el abrigo.

Él se marchó sin ella, bajó las escaleras y salió a la calle, donde el tendero estaba desmontando el puesto. Los dos hombres se saludaron con la cabeza. Faber se balanceó sobre las puntas de los pies y se frotó las mangas de la guerrera para darse calor en los brazos. Katharina apareció en el umbral abrochándose un abrigo demasiado corto para esa falda.

–¿Quiere que vuelva a por el abrigo de mi hermano?

–Estoy bien.

–Parece tener frío.

–He dicho que estoy bien.

Ella lo adelantó y encaminó sus pasos hacia una ciudad desconocida para él.

–¿Adónde vamos, Katharina?

–Al parque. Al lago.

–Al menos, podrías esperarme.

–¿Por qué? Usted no me ha esperado a mí.

Él se detuvo, los hombros levemente curvados.

–Lo siento. Es que necesitaba alejarme.

–Mis padres suelen causar ese efecto.

–Ha sido intenso. Más de lo que esperaba.

–Siempre son así.

–¿Cómo lo soporta?

–Años de práctica. Quieren lo mejor para mí. Y les ha caído bien.

–Su madre me detesta.

–No es así. Solo miran por mí.

–¿Y yo no soy lo bastante bueno?

–Soy su única hija.

–Y cree que merece algo mejor que un maestro.

–Algo así.

–¿Qué esperaba? ¿Un médico? ¿Un abogado? Los hombres con profesiones como esas no se casan con empleadas de banco.

–Supongo que no, señor Faber.

Ella volvió a adelantarse. Él la alcanzó.

–Perdóname, Katharina.

–La agencia nos facilitó información sobre usted y cuatro hombres más, incluido el hijo gordo de un médico.

–¿Y su madre quería a ese?

–Exacto.

Faber se echó a reír.

–Y en su lugar te dieron a un maestro inútil y desgarrado.

–Eso parece, sí.

–¿Y dónde está el hijo gordo del médico? ¿Aquí, en Berlín?

–No. En el frente ruso, no sé muy bien dónde.

–Entonces seguro que ya no está tan gordo.

Ambos rieron y él le ofreció el brazo. Ella lo aceptó.

–Y tu padre, ¿qué piensa?

–Lo vio con buenos ojos desde el principio.

–Entonces, ¿por qué quiere que me haga agricultor?

–Él y sus ocurrencias. Pero debería ver a Weinart. Seguro que no le hace mal.

–He dicho que lo pensaré.

Ella tiró suavemente de su brazo y él acortó el paso para ir a la par. Inspiró hondo y dejó rodar el pie del talón a la punta apreciando

la firmeza del suelo, disfrutando de la distancia que lo separaba de Rusia. Notó cómo ella se apoyaba en él.

–En realidad, mi padre lo apreciaba.

–¿Y cómo puedes saberlo?

–Usted es un soldado, lucha en el frente. Eso le basta.

–Sí, eso me ha parecido. Y tú, ¿qué opinas?

–Todavía no lo he decidido.

–¿Debería intentar convencerte?

–Puede intentarlo.

Él le puso las manos sobre los hombros y la llevó hasta la entrada de una tienda cerrada. Le dio un beso. Ella lo apartó y volvió a la acera, con la mano derecha sobre la boca, abrumada por el hedor.

–Me está clavando las hebillas del uniforme –se quejó.

Él sonrió.

–Eres una mujer muy graciosa. Vamos. Enséñame ese parque.

Ella volvió a asirlo del brazo. Franquearon las verjas y llegaron a un banco con vistas al lago. Tres niños apuraban los últimos minutos de luz mientras empujaban barquitos con palos largos.

–Qué bien estar rodeado de árboles. Los bosques de Rusia son enormes y oscuros. Aterradores. Los odio.

–¿Hay algo que le guste de Rusia?

–Estuve en Bélgica y me pareció un país civilizado, cómodo. La gente era como nosotros. Pero Rusia es distinta. Dura y hostil.

–Pronto habrá terminado.

–Es un país tan grande. Parece interminable.

–Mejor para nosotros.

–Supongo.

Él la besó de nuevo y ella se dejó, solo por un instante.

–Pensaba que los soldados tenían prohibido besar en público –dijo ella.

–Seguro que perdonarán a un hombre que está en su luna de miel.

Él miró el lago, el agua lamiendo los pies de los niños. Ella apoyó la cabeza en su hombro, ocultándole el rostro.

–¿Por qué se casó conmigo? –preguntó Katharina.

–Quería un permiso. ¿Y tú?

–Mi madre dijo que sería buena idea. Un poco de seguridad, supongo. El título de esposa. Otras chicas lo hacen.

–¿Por qué me eligió a mí?

Ella sonrió.

–No lo sé. Me gustó su foto. Sus manos, sobre todo.

Él las giró mostrando el dorso y la palma.

–¿Qué tienen de especial mis manos?

–No lo sé –respondió. Katharina le tocó el pulgar–. Son fuertes. Fibrosas. Eso me gusta.

–Ah, sí, ya recuerdo. No te gustan los gordos.

Los dos se rieron y él la besó de nuevo.

–Eres más guapa de lo que pensaba. Tu pelo y tus ojos. Tu sonrisa. ¿Por qué no sonreías en la foto?

–Mi madre me dijo que no debía. Que espantaría a los hombres.

–Deberías dejar de hacerle caso a tu madre.

–De no ser por ella, usted no estaría aquí.

Él le abrió el abrigo y deslizó las manos por sus pechos.

–Eres mucho más guapa de lo que esperaba.

–Sí, ya me lo ha dicho. ¿Qué esperaba encontrar?

–A una mujer más sosa.

–¿Por qué iba a casarse con una mujer sosa?

–Quién sabe.

Rieron y ella se levantó.

–Deberíamos irnos –propuso Katharina.

Pasaron junto a los palos abandonados de los niños.

–¿Qué piensan sus padres de nuestro matrimonio? –preguntó ella.

–Aún no se lo he dicho.

–¿Lo aprobarán?

–Lo dudo. No te conocen.

–Usted tampoco.

–No, pero te conoceré.

–¿De verdad, señor Faber? Suena muy seguro de sí mismo –dijo y lo tomó del brazo—. Debemos darnos prisa. Madre lo estará esperando.

La señora Spinell estaba al final del pasillo; agitó el brazo para indicar a Faber dónde estaba el baño. La bañera ya estaba llena.

–Por favor, use la pasta de dientes y el jabón con moderación –le rogó—. No es fácil conseguirlos.

–De acuerdo.

–Deje la ropa ahí dentro.

–Gracias.

Faber le sonrió a Katharina, cerró la puerta y empezó a desvestirse; restos de tierra rusa reseca comenzaron a caer al suelo mientras se quitaba una capa tras otra de ropa, acartonada por el sudor. Se miró en el espejo: el rostro y el torso, bronceados; las piernas, blancas; los pies, rojos, con ampollas y rozaduras después de meses caminando por el duro suelo ruso.

Se metió en el agua caliente y sumergió la cabeza, abandonado a la calidez y al silencio, a la ausencia de los demás soldados. Se echó agua sobre el pecho, aliviado de estar lejos del ruido, del caos, de las explosiones, del zumbido de las moscas, del estrépito de las ametralladoras, de la voz del padre de Katharina haciendo planes para el resto de su vida. No necesitaba otro padre. Ni otra madre.

Flexionó las rodillas y volvió a hundir la cabeza bajo el agua. Lejos de las larvas que se adhieren a los cadáveres, del hedor dulzón de la muerte. Envuelto por el agua. Por la quietud. Por la nada. Quería quedarse así, pero sacó la cabeza para tomar aire, cogió la manopla y el jabón del borde de la bañera y se frotó hasta que el agua se volvió marrón.

La señora Spinell había dejado ropa, una maquinilla, cepillo y pasta de dientes en un taburete junto al lavabo. Se pasó la hoja roma por la barba y se cepilló los dientes, tan mal cuidados que la espuma pasó del rosa claro al rojo. Los pantalones le quedaban cortos, pero la camisa le sentaba bastante bien. Dudó si ponerse el jersey con esvásticas en las mangas; al final decidió que sí, por la calidez de la lana gruesa.

La señora Spinell salió apresurada de la cocina cuando él abrió la puerta del baño.

—Qué bien sienta estar limpio otra vez —dijo.

La vio mirar hacia el suelo.

—¿Podría al menos vaciar la bañera? —le pidió ella.

—Por supuesto.

—La comida está lista.

—Me temo que he usado todo el jabón.

—¿Y la pasta de dientes?

–Quedaba muy poca.

Katharina y el señor Spinell ya estaban sentados a la mesa. Un único perol negro reposaba entre ellos, el vapor saliendo por el hueco de la tapa, que no encajaba bien.

–Siéntese –dijo el señor Spinell–. Coma con nosotros.

La señora Spinell sirvió un montoncito de verduras guisadas en el plato de su esposo; luego seleccionó tres trozos de ternera y los colocó encima de las verduras. Sirvió la misma cantidad a Faber, pero solo echó dos trozos en los platos de ella y de Katharina. Faber comió en silencio, masticando la carne nervuda, empapando la salsa aguada con pan gris. Se reclinó en la silla cuando terminó, el hambre acumulada durante meses todavía sin saciar.

3

La señora Spinell metió una bolsa de papel marrón en el bolsillo del viejo delantal azul de su hija.

–La vas a necesitar.

–¿Qué es?

–Polvo.

–¿Para qué?

–Tiene piojos.

–¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Katharina apartó la mirada del fregadero para observar a Faber, que estaba sentado junto a su padre examinando los trofeos y medallas de Johannes. Se rascó la cabeza, breve pero agresivamente, mientras seguía el hilo de la conversación. Ella susurró a su madre:

–Ni siquiera se da cuenta de que lo hace.

–El baño debe de haberlos despertado –dijo la señora Spinell–. Vaya marido te has buscado.

Katharina pasó un paño por el fregadero, ya limpio.

–Tendrás que tratarlo, Katharina.

–Pero si apenas lo conozco.

–Eres su esposa, Katharina. Hazlo o acabarás teniendo tú también. Todos acabaremos teniendo.

–Es que me da mucho asco.

–Puede que los tenga por todo el cuerpo. Tienes que preguntarle.
Katharina dobló el paño de cocina y cogió la vajilla necesaria para el desayuno.

–Deja eso, Katharina. Y ocúpate de lo que te tienes que ocupar.

–No quiero hacerlo. No puedo.

–Ya es demasiado tarde para andarte con remilgos.

Katharina se secó las manos en el delantal y se tomó su tiempo para colgarlo en el gancho.

–Deberíamos revisar tus cosas, Peter.

–Tu hermano es un portento, Katharina.

–Era una estrella del movimiento juvenil. Lo ganaba todo.

–¿Y tú?

–Yo no ganaba nada. O tropezaba o quedaba la última.

Él le sonrió y la siguió al dormitorio grande, que hasta esa misma mañana habían usado los padres de Katharina. Ella había retirado sus pertenencias y lo había limpiado –paredes, suelo, cama– y transformado en su propio espacio colocando jarrones de capullos de rosas en cada lado de la cama. Abrió la puerta e inhaló con brusquedad.

–Dios, qué peste –dijo.

–Es el macuto –dijo Faber–. Lo siento.

Con las luces aún apagadas, ella abrió las dos ventanas grandes y miró hacia la calle, vacía de gente y de luz debido al toque de queda.

–Mi madre cree que tienes piojos.

–Es probable que tenga razón. Todos los soldados tienen.

–¿Cómo puedes venir aquí con piojos en el pelo?

–No sabía que tenía. En Rusia uno se rasca sin darse cuenta.
¿Alguna vez los has tenido?

–A veces pasamos un poco de hambre en Berlín, pero nunca estamos sucios.

–No quería decir eso.

Katharina lo miró. Miró al hombre que había elegido.

–Tenemos que solucionar esto –dijo–. Cierra las contraventanas y las cortinas, pero deja las ventanas abiertas. Así podemos encender la luz.

Faber se sentó en la silla que Katharina había situado bajo la bombilla que colgaba del techo. Ella le levantó un mechón de pelo. Docenas de parásitos le reptaban por el cuero cabelludo.

–Es repugnante.

–¿Me volverás a besar alguna vez?

–Todavía no te he besado.

Ella dio un paso atrás y le espolvoreó el polvo sobre la cabeza, una nube cáustica le cayó en la cara y en los ojos. Hizo caso omiso de sus quejas.

–¿Tienes en más sitios? ¿En las axilas?

–Que yo sepa, no. No vi ninguno en el baño.

Con un peine de púas finas del tocador de su madre, Katharina distribuyó el polvo por el pelo mientras la bilis le subía del estómago, quemándole la garganta. Volvió a la ventana y esperó a que los insectos muriesen; luego los retiró uno a uno y los dejó caer en la cajita donde guardaba las horquillas.

–Lo siento, Katharina.

Después fue al baño y, al abrir la puerta, golpeó sin querer a su madre, que estaba de rodillas fregando el suelo embarrado con un

trapo. Katharina pasó por encima y vació los piojos en el inodoro.

–Este te va a dar mucho trabajo, Katharina.

Tiró de la cadena, lavó con furia el peine y la cajita, y luego sus propias manos.

–Me ha dicho que no tiene debajo de los brazos.

–¿Y en la ingle?

–No le he preguntado.

–Pues igual deberías.

–No sé si puedo.

–Voy a poner el uniforme en remojo, en la bañera. Tú encárgate del macuto. Seguro que está plagado.

–Vamos a necesitar más polvo.

–A ver si mañana encuentro algo.

Katharina se quedó mirándose en el espejo, convencida de que su piel había envejecido desde la llegada de su marido.

–Espero que no tenga razón, madre. Sobre el hijo del médico. –Se pasó los dedos por los labios, ahora pálidos, pero decidió no añadir más carmín–. Será mejor que vuelva con él.

–Supongo que sí.

–Buenas noches, madre.

–Buenas noches, Katharina.

Él se puso en pie cuando ella entró, entrechocó los talones e hizo una reverencia.

–¿Me perdonará algún día mi querida y flamante esposa?

–Lo dudo.

Él le pasó los dedos por la frente tratando de desfruncirle el ceño.

–No soy tan horrible como crees –dijo.

–¿Ah, no?

Ella se apartó y se acercó a la ventana.

–¿Qué esperabas, Katharina? ¿Un galán de cine? Me escogiste de un puñetero catálogo.

–Y, evidentemente, fue una elección terrible.

–Gracias.

–Has llegado lleno de piojos y oliendo tan mal que por poco vomito. ¿Qué esperaba? Pues a alguien que, por lo menos, se hubiera molestado en asearse.

–No quise bajar del tren, Katharina.

–¿Qué?

–Se suponía que debía bajarme en Polonia, en la estación de desinfección, pero tenía miedo de que me enviaran de vuelta. De no llegar a casa. Así que me quedé en el tren. Y nadie se dio cuenta.

–Pues yo sí me he dado cuenta.

Él se echó a reír y se cubrió la cara con las manos.

–Lo siento, Katharina. Es que tenía que salir de allí.

Ella se sentó en el borde de la cama.

–Lo siento, Peter. No esperaba que fuera tan difícil. Tan incómodo.

–¿Qué esperabas?

Ella sonrió.

–No sé. Flores. Chocolates. Piojos no, desde luego.

Él se sentó a su lado. Ella se apartó.

–No quiero pillarlos yo también.

–Casi me ahogas con tanto polvo, dudo mucho que haya sobrevivido alguno.

Ella se rio.

–Eres hermosa cuando te ríes.

–¿No solo guapa?

–No. Hermosa. ¿A cuántos hombres escribiste?

–Solo a ti. ¿Y tú? ¿Escribiste a otras mujeres?

–No.

Él buscó su mano y ella dejó que la tomase.

–¿Cuándo te hiciste la fotografía? –preguntó Katharina.

–Justo antes de ir a Rusia.

–Sales bien en la foto.

–¿Mejor que en persona?

–No sé. Distinto.

–¿En qué?

–Tu cara es distinta. Como más amable.

–Entonces, ¿te he decepcionado?

–Todavía no lo sé.

–Es un lugar duro, Katharina.

–Ya, se nota en el olfato.

Se tumbaron sobre la cama que había preparado junto con su madre esa misma mañana, envueltas en el silencio incómodo que se crea entre las mujeres cuando doblan y alisan sábanas. Ella apartó la cabeza de la de él.

–¿Cómo es el frente? –preguntó—. Johannes nos cuenta muy poco en sus cartas.

–Hablemos de otra cosa.

–¿De qué?

–De ti cuando eras niña.

–Perdía todas las carreras. No hay nada más que contar. Esa era yo: la chica que siempre quedaba última en todo. Menos en coser y cocinar, eso siempre se me dio bien. ¿Y tú? ¿En qué eras bueno?

Pero él ya dormía. Un leve ronquido emanaba de su boca. Ella lo empujó con un dedo.

–Tienes un pijama debajo de la almohada.

Él se lo puso dándole la espalda.

–Lo siento, Katharina. Estoy agotado.

–No pasa nada.

La besó en la mejilla, ese hombre enfundado en el pijama de su hermano, y volvió a quedarse dormido. Ella se sentó frente al tocador para cepillarse el pelo, para mirarse, esa mujer casada con un hombre al que no conocía. Se puso un camisón largo y se metió en la cama junto a él.

Poco antes del amanecer Faber se despertó entre sudores y jadeos, su cuerpo ya no estaba acostumbrado a la comodidad, al calor. Se destapó y se quedó quieto, tratando de calmar la respiración, absorbiendo la frescura del aire oscuro.

Katharina seguía dormida a su lado. Él se giró de espaldas a ella y puso los pies en el suelo. Su intención era salir del dormitorio e ir al salón de sus propios padres, con sus sillones mullidos y la vajilla a juego. Se levantó, pero volvió a echarse en la cama. La madre de Katharina tenía su uniforme. Dejó caer la cabeza sobre la almohada. Katharina se despertó.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Sí sí. Vuélvete a dormir.

–¿Y los piojos? ¿Están todos muertos?

Él se rio.

–Requetemuertos.

–Me alegro.

Ella se acercó a él y apoyó la mano en su pecho.

–Es todo un poco extraño, ¿verdad? –dijo Katharina.

–Ya, no hemos empezado con muy buen pie.

–No.

–¿Y ahora qué hacemos?

–No lo sé.

Él se incorporó.

–Tengo hambre, Katharina.

–Voy a ver qué hay.

Él encendió un cigarrillo y contempló la habitación bajo la luz del amanecer, las cortinas vencidas, el tocador barato y funcional. Los muebles de los padres eran viejos y recargados, piezas que habían pasado de generación en generación.

Ella regresó con una bebida caliente y algo de pan.

–No es café de verdad. Padre debe de habérselo llevado a su habitación. Nunca deja a la vista las cosas que le da el doctor Weinart.

–¿Quién es el doctor Weinart?

–No estoy muy segura. Sé que estuvieron juntos en la última guerra. No lo conozco en persona.

Faber bebió.

–Dios mío, Katharina. Qué asco.

–Dicen que si piensas que es café, sabe a café.

–No estoy tan loco. Al menos, de momento. En el frente nos dan un café más decente, maldita sea.

–Supongo que eso está bien. Vosotros lo necesitáis más que nosotros.

–Está bien hasta que nos dan permiso para volver a casa. –Dejó la taza y el plato, y la rodeó con sus brazos—. Bueno, me estabas contando cómo eras de niña.

–Sí, y era tan interesante que te has quedado dormido.

Él hundió el rostro en su pelo.

–Lo siento mucho, Katharina Spinell. No volveré a dormirte. Ahora dime: ¿cómo eras?

–No lo sé. Siempre fui buena, pero mi madre adora a mi hermano.
Él dejó caer la cabeza sobre la almohada y empezó a roncar. Ella se rio y le dio un manotazo en el brazo.

–Qué malo eres.

Él le dio un beso.

–¿Así que eras una niña de papá?

–Supongo que sí. ¿Y tú?

–Yo nunca fui una niña de papá.

Ambos rieron y él la besó en las mejillas y en los labios, luego bajó al cuello.

–¿Y tú, Peter Faber?

–Lo único que he hecho es desfilas. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. El movimiento juvenil, la guerra, el macuto a la espalda... Es todo lo que he hecho en mi vida.

Ella le besó los labios, las mejillas.

–Debes de haber hecho algo más –insistió.

Él deslizó la mano bajo su camisón.

–Espera un momento a ver si recuerdo algo más. –Le acarició el culo, el vientre y los pechos–. Estoy recordando –siguió diciendo.

Ella desabotonó el pijama de su hermano y le acarició el pecho.

–Tenemos que engordarle un poco, señor Faber.

Él se quitó el pijama y le levantó el camisón.

–Me parece bien, Katharina Spinell. A ver si me pongo como el hijo gordo del médico ese.

Ambos rieron y ella abrió las piernas.

–La próxima vez te traeré flores y chocolates.

–Solo me gusta el chocolate negro. Y las flores blancas.

–Es usted una mujer muy quisquillosa, señora Faber.

–Digamos que soy muy particular, señor Faber.

Cuando fuera se hizo completamente de día, Katharina se puso una bata para cubrir su desnudez y fue a la cocina.

–Katharina, deberías vestirme para desayunar –dijo la señora Spinell.

–No voy a quedarme.

–Tienes que desayunar.

–Voy a llevarle algo de comer a Peter.

–Siéntate y come tú primero.

–No, voy a coger algo para mí también. ¿Hay jamón?

–Con suerte tendremos más tarde.

Su padre dejó el periódico.

–Pórtate bien, Katharina, y haz lo que tu madre te pide.

La joven se acercó a la cocina.

–¿Qué tal ha dormido, madre?

–No muy bien. Tu cama es muy pequeña.

–Llevo años diciéndolo. Es una cama infantil, madre.

–Sigues siendo mi niña, Katharina.

–Por el amor de Dios, madre...

El señor Spinell agitó el periódico.

–Ve a buscar a Peter y desayunad con nosotros –dijo.

–Preferiría comer en el dormitorio, padre.

–Tu madre ha puesto la mesa para vosotros.

–Me llevaré la bandeja.

Empezó a tararear para eludir cualquier intento de discusión; puso café, queso y pan en la bandeja y volvió al dormitorio. Faber la esperaba sonriente, y mientras ella ponía la bandeja en la mesilla y

servía el café del doctor Weinart, él le desanudó la bata haciendo que el tejido le resbalase por los hombros. Y se refugió en el cuerpo de ella.

Faber volvió a sentarse en la silla, bajo la luz, mientras Katharina, que no dejaba de tatarear, le quitaba más piojos del pelo.

–Debería cortártelo –propuso.

–¿Se te da bien?

–No creo que te deje peor de lo que estás.

Le recortó el flequillo que le cubría las entradas y le rapó por detrás con la maquinilla de su padre. Le sacudió los pelos sueltos del cuello y la cara, le dio un beso y salió del dormitorio. Volvió con una palangana de agua caliente.

–Conmigo no te va a faltar de nada –dijo él.

–Lo único que quiero es estar lejos de mis padres.

–Compraré una casa grande con jardín.

–¿Con tu sueldo de maestro?

–Encontraré la manera.

Ella se arrodilló frente a él, le levantó el pie derecho y lo metió en el agua, luego el izquierdo, salpicándole las espinillas y los gemelos, le frotó los tobillos y los talones, los moretones y los callos, presionó y aflojó en cada dedo, percibiendo su agotamiento. Le secó los pies, lo llevó a la cama, lo arropó con las sábanas aún húmedas. Luego volvió a la cocina.

–Está agotado –dijo.

–Claro –respondió su madre.

–¿Qué pasa, madre?

–Nada.

–Pues muy bien.

La señora Spinell apuñaló una patata con el cuchillo de pelar oxidado.

–Esto no es un hotel, Katharina.

–Lo sé.

–Pues muy bien.

–¿Muy bien el qué?

–Un poquito más de decoro y respeto a tus padres no estaría mal.

–Sí, madre.

–La cena es a las seis, Katharina.

–Sí, madre.

Durante la cena hicieron manitas y enredaron los pies bajo la mesa, y respondieron a todas las preguntas que les hicieron. Cuando terminó, él la desvistió bajo la luz del dormitorio y le quitó con delicadeza las horquillas del pelo, observando cómo caían los mechones cubriendo su espalda inmaculada.

A la noche siguiente, después de cenar, el señor Spinell insistió en que Faber lo acompañase al centro.

–El doctor Weinart estará allí.

–Pero teníamos planes, padre.

–Peter tiene que conocer al doctor antes de que vuelva al frente, Katharina.

Faber llevaba el abrigo del hermano de su esposa y caminaba unos pasos detrás del señor Spinell por calles silenciosas y con las contraventanas cerradas. El señor Spinell se detuvo frente a la ópera, cuyos daños habían sido reparados casi por completo.

–Fíjese, Faber: somos invencibles. Todo lo que bombardean, lo arreglamos.

Tras bajar las escaleras, se adentraron en un aire viciado y saturado de hombres. Faber se quedó al borde del grupo, envidiando la embriaguez reinante. El señor Spinell desapareció un momento y volvió con cuatro jarras de cerveza.

–¡Vamos, Faber, que no se diga!

Tras brindar por Katharina, Faber no tardó en verse rodeado de hombres con uniforme marrón, todos mayores que él, que comenzaron a alabar sus esfuerzos en Kiev.

–Me recuerda a nosotros de jóvenes –dijo el señor Spinell–, pero queremos que lo haga mejor. Que los acribille a todos.

–Es complicado hacerlo peor.

Rieron, levantaron las jarras y bebieron. El doctor Weinart se unió a ellos.

–Su suegro me ha hablado muy bien de usted, señor Faber. Lo que ha hecho es digno de admiración.

–¿El qué?

–Casarse con la señorita Spinell. Asegurar el futuro de nuestra nación.

–Estamos muy felices, doctor Weinart.

–Por supuesto que lo están.

El médico tomó un sorbo de su vasito de cerveza.

–Ha elegido una buena familia, señor Faber. El señor Spinell trabaja muy duro para mí y valoro enormemente su apoyo.

–Me alegro.

–Así que lo siguiente, señor Faber, es encontrarle un trabajo. Un trabajo bueno, útil.

–¿Como cuál?

–¿Cuáles son sus intereses?

–Soy maestro.

–Lo sé, igual que su padre.

–Y mi abuelo.

–Una tradición muy noble, pero puede liberarse de ella si lo desea.

–¿Qué quiere decir?

–Usted puede tomar sus propias decisiones. Es su vida, señor Faber. No la de su padre. Ni la de su abuelo.

Faber bebió de su jarra.

–¿Tiene algo en mente?

–Berlín será pronto el centro del mundo, señor Faber.

–Sin duda, doctor Weinart –dijo el señor Spinell.

–Necesitaremos educar al nuevo imperio, hacer entender a nuestros nuevos ciudadanos lo que significa ser un alemán de verdad.

–¿Así que nada de cultivar la tierra?

El doctor Weinart soltó una carcajada.

–No tiene usted pinta de agricultor.

–Según el señor Spinell, podría convertirme en uno.

–Lo dudo.

–Yo no pierdo la esperanza, doctor Weinart.

Todos rieron.

–¿Me pagarán bien?

–Tendrá un buen sueldo, descuide.

–¿Lo suficiente para comprarme una casa con jardín?

–Cuidamos bien de los nuestros, señor Faber.

Dieron comienzo los discursos y Faber se apostó junto a la pared. El doctor Weinart, con su impecable uniforme negro, se situó a su lado.

–Necesita pasar un poco más de tiempo con nosotros, Faber. Voy a asegurarme de que le amplíen el permiso.

–¿Puede hacer eso?

–Conseguiré que le den otra semana. Diez días, quizá, para que pueda venir con nosotros. Voy a por más cerveza.

Faber brindó por el doctor Weinart, bebió y se unió al canto y a los gritos.

Tomaron el tren hasta la casa de Darmstadt, oculta tras un espeso seto de laureles. Su madre, sorprendida, corrió hacia él para abrazarlo y reprenderlo. Se arregló la falda y el pelo al ver a Katharina.

–Perdón, soy la madre de Peter. No sabía que estuviera en Alemania.

–Madre, esta es mi esposa, Katharina Spinell.

La señora Faber resopló.

–¿Es una broma, Peter?

–No.

–Será mejor que paséis. Prepararé café. Tu padre llegará pronto.

–Vale.

–Vamos al salón.

Su madre entró primero y se apresuró a abrir las cortinas.

–Es un salón precioso –comentó Katharina.

–Gracias.

–Mi madre deja las cortinas corridas para proteger los muebles del sol.

–Y los libros, Peter –añadió su madre.

–Parece que funciona –dijo Katharina—. Todo está perfecto.

–Como en un museo –dijo Faber.

–No seas grosero –dijo su madre.

–Ni se te ocurra hacer algo así en nuestra casa, Katharina. Quiero que el sol entre en todas las habitaciones.

Faber miró a su alrededor. No había cambiado nada. Nunca cambiaba nada. Llevó a Katharina hasta el sofá, le ofreció que tomase asiento, le dio un beso y siguió a su madre a la cocina.

–Deberías habérmelo dicho, Peter. Mira que no avisarnos.

–Fue todo muy repentino, madre.

Ella se puso de puntillas para coger la vajilla buena.

–¿Pero quién es? ¿Cómo la has conocido?

–A través de una agencia matrimonial.

–¿Qué? ¿Te has vuelto loco, Peter?

–Gracias a eso me han dado el permiso. He podido venir a casa. Estar aquí.

–¿Y por eso te has casado? ¿Con una completa desconocida?

–Me gusta mucho.

–Gracias a Dios. Tu padre ha llegado.

Su padre dejó el maletín en la encimera, como siempre, y abrazó a su hijo.

La señora Faber habló en voz baja con su marido.

–Es una artimaña, Peter –dijo el padre–. Un maniobra de los nazis para que nazcan alemanes puros.

–Es un trato, padre. Nada más. Y ha salido bien. Os va a encantar.

El señor Faber tomó la bandeja y la llevó al salón, seguido de su esposa, que llevaba la cafetera, y de su hijo, que sostenía un plato de galletas recién horneadas. Katharina se puso en pie al verlos entrar, realizó el saludo militar y les tendió la mano. Sus padres se la estrecharon, pero se sentaron antes que su invitada.

–Katharina vive en Berlín –dijo Faber–. Creo que me mudaré allí después de la guerra.

El señor Faber levantó las manos, grandes y suaves, a la altura de su cabeza, las sostuvo un instante frente a sus ojos y luego se las pasó por el pelo.

–Tu trabajo está aquí, Peter. Tu vida. Tu carrera. ¿Qué vas a hacer en Berlín?

–El padre de Katharina me ayudará a encontrar trabajo. Tiene contactos. Políticos importantes.

–No necesitas a ningún político para ser un buen maestro, Peter –replicó el señor Faber.

–Es posible que no enseñe más. Al menos, no de forma convencional.

La risa despectiva del señor Faber sobresaltó incluso a su esposa.

–Toda enseñanza es convencional, Peter. Así es como funciona.

–No será igual que en el aula. Se trata de instruir a la nación.

–¿Acerca de qué?

–No lo sé. Acerca de Alemania. Su futuro.

Su padre se recostó en la silla y guardó silencio mientras apuraba el café.

–Perdone, señorita... Lo siento, ni siquiera sé su nombre –dijo el señor Faber.

–Katharina. Katharina Spinell.

–Señorita Spinell, mi hijo...

–Señora Faber, padre. Señora Faber.

–Katharina. Mi hijo parece haber perdido el rumbo. Son cosas que pasan. La guerra puede afectar con idéntica fuerza tanto a la mente como al cuerpo.

–No creo que eso sea aplicable en este caso, padre.

–Peter siempre quiso ser maestro, desde niño, trabajar en la misma escuela que su padre y su abuelo.

–Todo eso ha cambiado ahora –añadió Peter y besó la mano de su esposa.

–No veo por qué. ¿Ha ocurrido algo, Peter?

–Estoy casado, padre. Me espera una vida diferente.

–Yo también me casé, Peter, y no cambió nada.

–Mi esposa es muy guapa.

–¿Acaso tu madre no lo era?

El tren de vuelta iba casi vacío, así que Katharina se tendió a lo largo del asiento y apoyó la cabeza en el regazo de Peter. Él le echó el abrigo por encima y le acarició el pelo hasta que se quedó dormida. Al llegar a Berlín, le rozó la oreja con la nariz y empezó a susurrar para despertarla.

Su madre les había guardado la cena, sopa de patata y verduras, que comieron en la cocina hasta que su padre regresó.

–¿Dónde está tu madre?

–En la cama.

–Bien. Puedes ir tú también, Katharina. Necesito a tu marido esta noche.

–¿Para qué? –preguntó Katharina.

–El doctor Weinart quiere verlo.

Faber se subió a la parte de atrás de un camión lleno de hombres con uniformes marrones. Le entregaron uno a él también. Le quedaba corto, pero se lo puso de todas formas, se sentó y guardó

silencio, igual que el resto. El camión se detuvo al inicio de una avenida ancha, flanqueada de árboles, y los hombres se apearon. El médico se bajó de la cabina y le estrechó la mano a Faber.

–Gracias por venir, señor Faber.

–Gracias a usted.

–Vaya a esa casa de allí. La número 71.

–¿Qué tengo que hacer?

–Entrar y ya está.

Faber se acercó a la puerta y pulsó el timbre. No obtuvo respuesta y volvió con el doctor Weinart.

–No hay nadie.

–Están dentro, Faber.

–Sí, señor.

Levantó la aldaba de bronce y golpeó con fuerza la puerta. Gritó por el ojo de la cerradura, pero la casa seguía en silencio.

–Tal vez hayan salido, doctor Weinart.

–No tienen adónde ir, Faber.

–Podríamos volver más tarde.

El médico resopló.

–Entre, Faber.

–¿Cómo?

–Por el amor de Dios, ¿no es usted soldado?

–Sí, pero no de ese tipo.

–Entre si no quiere que lo mande con los putos judíos.

El médico tocó el silbato. Seis hombres cruzaron la calle portando un poste telegráfico con el que empezaron a golpear la puerta hasta que esta se astilló, crujió y, al fin, cedió. Faber pasó sobre los restos y subió corriendo las escaleras tras el médico y su suegro.

–Haga lo mismo que yo, Faber –dijo el señor Spinell–. Y asegúrese de que el médico lo vea.

Los encontraron: dos ancianos, tres mujeres y cuatro niños escondidos tras una pared falsa, bajo las escaleras. Faber les puso la pistola en la espalda y los llevó hasta un camión aparcado bajo unas farolas apagadas.

Las noches que siguieron las pasó destrozando soperas y relojes de porcelana, contrariado por tener que dejar a Katharina para sacar a niños llorosos de desvanes y sótanos. Les chillaba e increpaba, les golpeaba en las piernas y la espalda con la culata del fusil, les abofeteaba cuando se demoraban en bajar las escaleras, y se sentía más cómodo con los insultos que ante las súplicas de misericordia.

Katharina siempre lo esperaba después, siempre receptiva. Al séptimo día, al amanecer, Faber le quitó una alianza de oro a una anciana. Más tarde la deslizó en el dedo de su esposa.

–Te necesito, Katharina.

El joven matrimonio fue forjando una rutina; pasaban las mañanas en la cama y las tardes en el parque, siempre en el mismo banco con vistas al lago.

–Creo que deberíamos tener cuatro hijos –propuso él.

–Dos niños y dos niñas.

–Pero nada de nombres tradicionales. Ni nombres familiares. Estamos empezando de cero, Katharina. A nuestra manera.

Él pasaba las noches con el doctor Weinart, recorriendo las calles de Berlín, mientras ella se quedaba en casa, tarareando, cantando, dándole vueltas a la alianza que llevaba en el dedo.

Dobló el pijama del hermano de Katharina y lo colocó bajo la almohada, dándole la espalda a su esposa mientras esta se recogía el pelo con horquillas.

–¿Me prometes que vas a volver? –preguntó ella.

–Claro que sí.

–¿Cómo puedo estar segura?

Se puso los calcetines y las botas y se acercó a ella.

–Hueles fatal –dijo Katharina.

–A tu madre le gusta el desinfectante.

–Te vas igual que llegaste.

Él la besó.

–Volveré, Katharina. Espérame.

–Estaré aquí. En esta habitación. En esta cama.

Fueron a la cocina y se sentaron a desayunar con sus padres.

–Volverá antes de lo que crees, Katharina –dijo su padre—. Falta poco para que esto termine.

La señora Spinell le dio un paquete envuelto en papel marrón y atado con una cuerda blanca.

–Con esto podrá aguantar unos días.

–Gracias.

–Dele un poco a Johannes si lo ve.

–Descuide, señora Spinell. Estaré atento.

La estación estaba abarrotada de hombres uniformados. Katharina se arrimó a su marido.

–Estás temblando, Peter.

–Odio volver, Katharina. Odio el ruido. Los olores. Todo.

–No será por mucho tiempo, cariño.

Ella hundió el rostro en el pecho de él y lo rodeó con sus brazos.

–Todo irá bien, Peter.

Los hombres más jóvenes, los nuevos reclutas, con uniformes recién estrenados, desfilaban por la estación cantando.

–Serán idiotas –murmuró Faber.

–Les hace ilusión, Peter.

–¿El qué? ¿Morirse?

–No es para tanto.

–Tú no has estado allí.

–Lo estás haciendo muy bien. Esto se acabará pronto. Un último empujón.

–No tienes ni idea de lo que dices, Katharina.

Ella se apartó y miró a la multitud, a los corrillos de hombres jugando a las cartas en el suelo.

–Lo siento –dijo él–. Es que no quiero irme.

La abrazó y le acarició el pelo hasta que llamaron a su unidad.

–Ha llegado el momento –dijo ella.

Él la besó.

–Volveré. Lo sabes, ¿verdad, Katharina?

–Sí.

–Sabes que, pase lo que pase, volveré contigo.

–Lo sé, cariño.

–Te necesito aquí, Katharina. Necesito saber que me estarás esperando.

–Estaré aquí, Peter. Te lo prometo.

–Volveré. Pase lo que pase.

La abrazó con fuerza, como si quisiera engullirla.

–Deberías irte ya –dijo ella–. Busca un asiento.

Las ruedas rechinaron sobre los raíles metálicos y el tren fue avanzando poco a poco hasta coger velocidad, llevándose a Peter fuera de la estación, sacándolo a la luz de la mañana. Las demás mujeres se marcharon, regresaron a sus casas y a sus hijos, pero Katharina se quedó un rato más en la penumbra anónima de la estación, aplazando el momento en que volvería a adoptar su rol de hija. Se sentó en un banco, en silencio entre los hombres, hasta que el viento frío que le azotaba las piernas le hizo imposible demorarse más. Empezó el camino de vuelta a casa, pero se detuvo en un café y se quedó allí todo lo que pudo, todo el tiempo que estimó decoroso para una mujer sola.

Su madre la abordó nada más abrir la puerta.

–¿Dónde has estado?

–En la estación, con Peter.

–Pero su tren salió hace horas. Bueno, da igual. Ya estás aquí. Date prisa, haz la maleta. Nos vamos.

La señora Spinell recogió un montón de ropa del suelo.

–¿Qué quiere decir?

–Tenemos que irnos de aquí. Haz la maleta. Rápido.

–Madre, espere un momento. No entiendo nada.

Soltó la ropa y puso las manos sobre los hombros de su hija.

–Katharina, por fin lo hemos conseguido.

–¿El qué?

–El piso. ¡Tenemos un piso nuevo! ¡Enorme! ¡Con salón! ¡Y tres dormitorios dobles!

–Eso es genial. Pero no puedo irme.

–¿Cómo que no? Si odias tu cuarto, lo pequeña que es esta casa.

–Le he prometido a Peter que lo esperaría. Aquí.

–Por el amor de Dios, escríbele. Dale la nueva dirección. Y a Johannes también.

–Pero esta era su casa, nuestra casa. Lo esperaré aquí, me mudaré a vuestra habitación.

–No seas ridícula.

–No soy ridícula. Viviré aquí sola hasta que Peter vuelva.

–¿Y de qué vas a vivir? ¿Cómo vas a pagar el alquiler? Además, aquí va a mudarse otra familia.

–¿Qué familia?

–Ay, Dios, Katharina. No lo sé. ¿Qué importa eso ahora?

–A mí me importa.

–Basta, Katharina. Haz la maleta. Tenemos que mudarnos hoy. Tenemos que aprovechar esta oportunidad.

Le dio la espalda a su madre y entró en el dormitorio de sus padres. Solo estaba el colchón, sin la ropa de cama. Corrió de nuevo al pasillo.

–¿Dónde están las sábanas? ¿Dónde las has puesto?

–En la bañera. Las estaba lavando cuando llegó tu padre y me dio la noticia.

Katharina enfiló el pasillo a toda prisa, el abrigo sobre los hombros, y se hincó de rodillas frente a la bañera. Acarició los pliegues de las sábanas que sobresalían del agua, los pelos negros y

rizados que flotaban en la superficie. Luego hundió los brazos en la bañera, empapando su ropa en los restos del tiempo que habían pasado juntos. Se llevó las sábanas al rostro y se las pasó por los labios, las mejillas, la frente y los ojos, remojando su piel con lo que todavía quedaba de él.

La señora Spinell pasó por delante de la puerta del baño.

–Katharina, ¿qué estás haciendo?

–Lavando las sábanas.

–Ah, no te molestes. Los judíos tienen sábanas mucho mejores que esas.

Katharina dejó caer las manos y los brazos de nuevo en el agua.

–Estás empapada, Katharina. Te vas a resfriar. Déjalas.

–Me las llevo.

–Haz lo que quieras. Pero tenemos que irnos hoy. Antes de que nos quiten el piso.

–Bueno, si usted lo dice, madre.

Tras aclarar las sábanas en agua fría y limpia, las escurrió, las dobló y las dejó en el borde de la bañera. Después fue a buscar a su padre, que estaba empaquetando las medallas y los trofeos de Johannes.

–Así que ya te has enterado –dijo él.

–¿Cómo ha sido?

–El doctor Weinart se ocupó de todo. Está al otro lado de la ciudad, en un segundo piso, y es enorme, con muchos muebles a los que quitarles el polvo. Espero que tu madre se quede por fin contenta.

Katharina dio un golpecito con la punta del pie en la puerta del cuarto de su hermano.

–Se ha ido ya, ¿no?

–Sí.

–Volverá. Antes de lo que crees.

–Eso espero –dijo ella.

–Es un buen muchacho. Habrá sitio para él hasta que os encontremos alguna casa donde os podáis mudar.

–Preferiría quedarme aquí y esperarlo.

–No es práctico, Katharina. No puedo quedarme con dos casas, no me dejarían. Además, seguro que cambias de opinión en cuanto veas el piso.

Katharina guardó silencio.

–Será mejor que vaya a hacer la maleta –dijo.

–Buena chica.

Cerró la puerta de su dormitorio y se apoyó contra ella, aislándose de sus padres. Tenía veintidós años. Era una mujer casada. ¿Cuándo lo aceptarían? ¿Cuándo dejarían de tratarla como a una niña? Él tenía que volver y llevársela de allí porque ya no lo soportaba más. Ser su hija. La chica buena.

No tardó en meter sus cosas en una maleta pequeña, y las cubrió con las sábanas mojadas que había dejado en el borde de la bañera. Puso la maleta junto a la puerta del pasillo y regresó a la cocina, con su madre.

–¿Qué nos llevamos de aquí? –preguntó Katharina–. ¿Platos? ¿Cubiertos? ¿Cacerolas?

–Las cacerolas y ya está. El resto se queda. A ellos solo les dejan llevarse una maleta. Lo que quede es para nosotros.

–¿Adónde se han ido?

–No lo sé. Al este, creo. La cuestión es que ya no viven allí. Anda, coge esto.

Le entregó la taza favorita de Johannes, de color marrón oscuro, con el dibujo de un hombre bigotudo.

–No se nos puede olvidar, nunca nos lo perdonaría. Y coge también su cenicero.

El pasillo se llenó enseguida de cajas y maletas.

–Creo que ya está todo –dijo la señora Spinell–. El señor Ewald nos presta su carretilla.

–¿Echará de menos esta casa, madre?

–No. En absoluto.

Apilaron todo en la carretilla del tendero y la empujaron hasta que las calles se volvieron más tranquilas y amplias.

–Qué árboles más bonitos –observó Katharina–. Son gigantes.

El señor Spinell detuvo la carretilla detrás de un coche, frente a dos puertas enormes de madera profusamente labradas.

–¿Es aquí? –dijo la señora Spinell–. No me lo puedo creer.

–Aquí es, amor mío.

Entraron en un gran vestíbulo con el techo lleno de molduras blancas de estuco. El señor Spinell frotó los zapatos contra la parte posterior de las perneras y pisó la alfombra roja estampada que cubría la escalera. Las mujeres lo siguieron. Katharina pegó un grito al notar lo suave que era; su madre se inclinó para tocar la barandilla y sus balaustres.

–Latón macizo, Günther.

Subieron los tres del brazo hasta el segundo piso, sin saber si girar a la izquierda o a la derecha.

–La llave está puesta en la puerta –les informó el señor Spinell.

–Ya la veo –dijo Katharina–. Es a la derecha.

Giró la llave y entraron en un recibidor cuadrangular decorado con un espejo de marco dorado y un busto de mármol blanco. Dos puertas de cristal conducían al salón, cuyos suelos eran de madera pulida. Había un piano enorme, sofás, alfombras, cuadros y hornacinas repletas de libros encuadernados en cuero.

–Es precioso –dijo Katharina.

–Por fin –dijo la señora Spinell–. Un hogar en condiciones.

Las dos mujeres se quitaron los zapatos y recorrieron el piso a toda prisa, riendo mientras abrían puertas tras las que se escondían amplios dormitorios y balcones. Los cajones de la cocina estaban llenos de utensilios para cortar y batir; los armarios, repletos de sábanas de lino recién almidonadas, además de manteles, servilletas, toallas enormes y suaves y blanquísimas.

–Tenían de todo –dijo Katharina.

–Y nosotros nada de nada –murmuró la señora Spinell.

Volvieron a reunirse en el salón y le dijeron al señor Spinell que la bañera era tan grande que cabían dos personas, pero él estaba concentrado en las hornacinas, maldiciendo en voz alta y arrojando los libros al suelo.

–Basura, basura. Hay que sacarlos de aquí ya, antes de acostarnos.

Katharina eligió el dormitorio más alejado de la cocina, con un balcón que daba a un patio pequeño pero primorosamente ajardinado. Abrió el armario de caoba y se probó los vestidos de seda y las faldas de lino, pero ninguna prenda le quedaba bien. Los zapatos también eran demasiado pequeños, así que se conformó con

algunas rebecas, unos chales y un abrigo de piel largo con un sombrero a juego. Lo llevó todo al salón.

–¿Alguna joya? –preguntó el señor Spinell.

–No –respondió Katharina–. No he visto ninguna.

–Son unos ladrones, todos ellos. Se las tragan, ¿sabes? Para que no se las quitemos. –Con los brazos cargados de libros, se dirigió a la puerta principal–. Quitad vuestras cosas de la carretilla –ordenó a las mujeres–. La necesito. –Arrojó los libros dentro del carro, las tapas se abrieron al caer–. Esperad aquí. Voy a por el resto. Aseguraos de que nadie se lleve ninguno. Son corrosivos. Todos y cada uno de ellos.

Desapareció escaleras arriba y regresó con más libros y el busto de mármol.

–La estatua no, Günther –exclamó la señora Spinell–. Queda muy bien en el vestíbulo.

–Es Mendelssohn, Esther.

Katharina llevó su maleta a su habitación y empezó a sacarlo todo, extendió las sábanas mojadas por el balcón y colgó sus prendas desabridas junto al abrigo de piel. De camino al armario de ropa blanca, vio a su madre con un vestido rojo de lana.

–Es precioso, madre.

–Pero es judío. No puedo ponérmelo.

–Quédeselo. Le queda genial.

–No sé, no sé.

–Se lo merece.

–¿De verdad lo crees? –Volvió a mirarse en el espejo. Y sonrió–. Supongo que sí. Pero antes voy a lavarlo. Y a desinfectarlo.

Cuando el señor Spinell regresó, los tres se sentaron a la mesa pulida del comedor.

–Ahora nos toca a nosotros –dijo la señora Spinell–. Nos toca vivir la buena vida.

–Creo que tomaré clases de piano –dijo Katharina.

–Una idea excelente –dijo su padre–. Ya era hora de que tuviéramos un músico en la familia.

Faber los encontró rebuscando entre los restos de un tractor. Habían levantado el capó, acribillado a balazos, para examinar lo que quedaba del motor.

–¡Atrás! ¡Eso es propiedad rusa! –les gritó.

Weiss se volvió con el fusil ya amartillado.

–Mira que eres cabrón, Faber. –Bajó el arma–. Bueno, ¿y cómo es tu esposa?

–Más guapa de lo que esperaba. Deberías animarte tú también.

–Aquí tengo todas las mujeres que quiera sin la carga del matrimonio.

–Para mí no ha sido ninguna carga.

–Lo será.

Todos rieron, le dieron palmadas en la espalda y le estrecharon la mano. Faustmann repartió cigarrillos.

–Has estado fuera mucho tiempo, Faber –dijo.

–¿Me has echado de menos? Me ampliaron el permiso.

–¿Por qué?

–He estado trabajando en Berlín, Faustmann.

–¿Haciendo qué?

–Trabajando con mi suegro. Nada del otro mundo. ¿Y qué estáis haciendo con el tractor?

–Construyendo una ducha –respondió Weiss.

–¿Todavía estáis con eso? –preguntó Faber.

–Hemos regulado el caudal, pero no la temperatura –explicó Weiss–. Siéntate y cuéntanos lo de esa mujer.

Faber se acomodó en el asiento metálico y frío, moldeado a la forma de su trasero, con las piernas a ambos lados del eje de dirección, que estaba roto. Weiss, Faustmann y Kraft se sentaron en los guardabarros traseros.

–¿Cómo está mi madre, Faber? –preguntó Kraft.

Faber exhaló despacio, paladeando la curiosidad de sus compañeros.

–Me cuidó bien, chicos. Eso es todo lo que puedo decir.

–Vamos, amigo –insistió Weiss–. Cuéntanos más cosas.

–Son asuntos privados, Weiss.

–Antes nos lo contabas todo.

–Pues ahora no.

–Vamos, hombre. Que aquí estamos a dos velas, cuéntanos algo que nos dé vidilla.

–A mí me parecéis bastante vivos.

–¿Y Berlín? –dijo Faustmann–. ¿Hay muchos destrozos por allí?

–En algunas casas, pero la gente se apaña bien. La comida es insípida, eso sí. Todo está racionado.

–Pues aquí seguimos bien –intervino Weiss–. No faltan comida ni cosas para comprar.

–¿Y Darmstadt? –preguntó Kraft–. ¿Cómo está mi madre?

–No llegué a verla, Kraft. Pero envié tus cartas.

–Joder, Faber. Dijiste que irías a verla.

–Lo siento. No he tenido tiempo.

–Has estado fuera tres semanas. Te ampliaron el permiso.

–Se me pasó muy deprisa.

–Pero me lo prometiste.

–Lo siento, Kraft.

–Eres un puto inútil, Faber.

Kraft se bajó del guardabarros y se alejó. Faber se aclaró la garganta y escupió al suelo.

–He estado ocupado con mi mujer.

–Lo prometiste –insistió Faustmann.

–Lo sé.

–Kraft cree que se está muriendo –dijo Weiss.

–A mi madre solo la vi un par de horas.

–Ella no se está muriendo.

–Por Dios bendito, es que apenas pasé por casa. No le deis más vueltas.

–Pero podrías haber ido –dijo Faustmann–. Un día aunque sea.

–No he tenido ni un día libre.

–Pues una tarde –añadió Weiss–. Podrías haberte escapado un rato con tu mujer y ver qué tal andaban.

–La llevé una tarde. No me dio tiempo a más.

–¡Has tenido tres semanas!

–He estado ocupado.

–Mis padres tenían muchas ganas de verte –siguió diciendo Weiss.

–Apenas vi a los míos, Weiss. Y aparte, el que estaba de permiso era yo. Si Kraft quería ver a su madre, que se hubiera buscado la vida.

–¿Igual que hiciste tú? –dijo Faustmann.

–Sí, Faustmann. Igual que hice yo.

Faber se terminó el cigarrillo, lo dejó caer al suelo metálico del tractor y lo aplastó con la punta de la bota. Se encendió otro.

–Deben de estar decepcionados –dijo Weiss.

–¿Quiénes?

–Tus padres. Tu padre, sobre todo. Su hijo maestro.

–Joder, Weiss, déjame en paz. Ya he cumplido mi penitencia.

–¿A qué te refieres?

–No llegué a recoger el paquete de comida que me envió mi madre. Pasé un hambre de mil demonios en el tren.

–¿Y tu mujer no te mandó nada? –preguntó Faustmann.

–Una miseria. Mi suegra ya tiene un hijo propio al que alimentar. Weiss se rio.

–Te está bien empleado por pensar con la polla en vez de con la cabeza.

–Espero que valiera la pena –dijo Faustmann.

–Es mucho más guapa que en la foto que visteis.

–No la recuerdo –dijo Weiss.

–Me va a mandar otra. Ya os la enseñaré.

Se quedaron en silencio y miraron hacia el oeste, donde el sol se hundía en el horizonte. Weiss empezó a tiritar.

–Hace frío –dijo—. Deberíamos volver.

–¿Y la ducha? –preguntó Faber.

–Que le den a la ducha. Total, nos vamos a ir de aquí en un par de días.

–¿Cómo lo sabes?

–Eso es lo que dicen.

–¿Y has informado ya a Kraus de que has vuelto? –preguntó Faustmann.

–No.

–Pues deberías.

Encontró a Kraus limpiando zapatos en la puerta de la casa que se había apropiado. Faber se cuadró.

–Hombre, el recién casado ha vuelto.

–Sí, sargento.

–Has estado fuera mucho tiempo. Más de lo previsto. ¿Cómo lo has conseguido?

–Mi suegro tiene contactos, señor.

–Ya veo. Bien, ahora estás de vuelta con nosotros, Faber. Come y descansa. En un par de días nos pondremos en marcha.

–¿Cuánto más cree que tardará, señor?

–¿El qué?

–La guerra.

–¿Una semana? ¿Un año? Pregúntale a tu suegro.

–Él dice que todo habrá acabado para Navidad.

–Vete a comer, Faber.

Se puso en la fila detrás de Gunkel, un carnicero de Darmstadt, y de Fuchs, el mayor de todos y antiguo alumno de su padre.

–Mucho caldo y poca sustancia –comentó Gunkel–. Deben de estar contentos con nosotros.

–Claro, somos héroes –dijo Faber.

–Nos están preparando para el invierno ruso –dijo Fuchs.

–Pero si la guerra está a punto de terminar –replicó Faber.

–Parece que están teniendo problemas para llegar a Moscú –aclaró Fuchs.

–Pues en Berlín creen que está a punto de caer –dijo Faber.

–Las tropas del norte no lo creen así.

–Joder, qué pesimista eres, Fuchs.

Stockhoff, el cocinero, hundió el cucharón en la olla y sacó una generosa ración de estofado con carne. Un segundo soldado le entregó dos trozos de pan, ambos con mantequilla, ambos frescos. Faber se sentó junto a Weiss. Señaló la mantequilla, la salsa y la carne.

–Puede que Fuchs tenga razón.

–Suele ser de fiar. Los operadores de radio hablan con él.

–Pero le prometí a Katharina que estaría de vuelta para Navidad.

–Le prometiste a Kraft que visitarías a su madre.

–Esto es distinto.

–¿Y qué pasará después?

–¿Cuándo?

–Cuando esto termine. Cuando regreses.

–Su padre dijo que me encontraría trabajo después de la guerra.
Un buen trabajo.

–¿De qué?

–Enseñando, formando.

–¿En Berlín?

–Sí. Y por toda Alemania. A lo largo y ancho de nuestro nuevo imperio.

–Pensaba que te quedarías en Darmstadt toda la vida.
Continuando la gran tradición docente de los Faber.

–Las cosas cambian.

–Ya veo, ya.

Faber masticó la carne.

–Está buena. Mejor que lo que he comido en Berlín.

–¿Ves? Deberías haberte quedado aquí.

–¿Han dicho algo de la ropa de invierno?

–Kraus dijo que nos la traerían pronto, pero cualquiera sabe.

–Eso mismo dijo antes de que me fuera.

Faber dio un trago de la cantimplora para limpiarse los restos de carne que se le habían quedado entre los dientes.

–¿Fuchs sigue tosiendo? –preguntó.

–Sí.

–Odio ese ruido. Todas las putas mañanas.

–No puede evitarlo.

–¿Cómo has visto a Faustmann?

–Bien. Como siempre.

–¿Seguro?

–¿A qué te refieres?

–¿Podemos confiar en él?

–¿En Faustmann? ¿De qué demonios hablas?

–A ver, él habla ruso.

–Por Dios santo, Faber, y yo hablo francés.

–No es lo mismo. Estamos en guerra con Rusia y él habla el idioma de nuestro enemigo.

–En Bélgica te importaba una mierda que yo hablara francés.

–Es distinto.

–Porque tú quieres que sea distinto.

–No es tan simple.

–Complicalo todo lo que te dé la gana, Faber. Yo voy a por más comida.

A la mañana siguiente deambularon por la orilla del río y por las calles de Kiev hasta desembocar en el mercado, donde los soldados elegían joyas, marcos, abrigos, bufandas y corbatas. Las vendedoras, campesinas en su mayoría, vestían zapatos de tacón alto, estolas de piel y largas botas blancas de cuero. Una mujer usaba un bolso plateado a modo de caja registradora.

–¿De dónde ha salido todo esto? –preguntó Faber.

–De los judíos –respondió Weiss–. Ya no lo necesitan.

–Aceptarán lo que les ofrezcas –dijo Faustmann–. Para ellas es una cosecha inesperada.

Faber compró una pulsera de plata para Katharina y una bufanda de seda con espirales verdes a juego con sus ojos. Compró también manzanas y peras, algo de vodka sin refinar y pan; luego bajó al río con Weiss, Kraft y Faustmann. Era mediodía y el sol calentaba. Se sentaron en la orilla y comieron cerca de un puente destrozado por las tropas rusas cuando se replegaron. Faber contempló la extensión del río.

–¿Es que este país no tiene fin?

–Solo estamos en el borde –dijo Faustmann.

–Mi suegro quería que me mudase aquí después de la guerra.

–¿Para qué? –dijo Kraft.

–Para cultivar la tierra y abastecer de alimentos a Alemania.

–Pues sí que van a pasar hambre en Berlín –dijo Weiss.

Rieron y se tumbaron, disfrutando del calor, hasta que el sol sucumbió ante los vientos de finales del otoño.

Eran las cinco cuando Kraus los despertó a gritos:

–¡Venga, todo el mundo arriba! Hay una guerra que ganar.

Faber gruñó.

–Pensaba que nos íbamos a quedar un día más.

–Cambio de planes, Faber. Despierta.

–Quería escribirle hoy a mi mujer.

–Deberías haberle escrito ayer, Faber. Venga, en pie.

Se giró sobre la cadera, se incorporó, se rascó las axilas y se puso el resto de la ropa. Preparó el macuto, comió gachas calientes, bebió café frío y se puso en formación junto a edificios aún sumidos en la oscuridad, antes de que el amanecer revelase los tonos azules, grises y ocres de sus piedras. Kraus corría de un lado a otro pasando lista, verificando y pegando gritos.

–Ya estamos todos, en marcha.

Faber maldijo al sargento por lo bajo. No quería irse. Tampoco quería quedarse.

–¿Y adónde vamos?

–Al este –respondió Weiss.

–Eso ya lo había deducido, Weiss.

–Según he oído, primero vamos a Poltava, luego a Járkov o Rostov

–dijo Fuchs–. Lo sabremos cuando lleguemos.

–Otro plan maravilloso –apuntó Weiss–. ¿Y a cuántos kilómetros estamos?

–Hasta Poltava hay algo más de trescientos, y casi quinientos hasta Járkov. Y Rostov está tan lejos que mejor ni pensarlo.

Encaminaron sus pasos hacia el río bajo las miradas furtivas de los vecinos apostados en las ventanas, tras los visillos de encaje.

–¿Cuándo se marcharon los demás? –preguntó Faber.

–La mayoría de la infantería se fue la semana pasada.

–¿Y por qué nosotros hemos tardado tanto?

–El Ejército entero estaba esperándote, Faber –intervino Weiss.

Fuchs se rio y dijo:

–Te la has jugado casándote con una desconocida.

–Supongo que sí. Pero me ha salido bien.

–¿Cómo es su familia? ¿Sus padres?

–Fueron amables conmigo.

–¿Y su padre?

–De primeras no es una persona fácil. Pero es un buen hombre. Comprometido.

–¿Con qué?

–Con la causa. Con el partido. Estuve de copas con él y con unos amigos suyos. Tienen buenas ideas, sobre todo un médico que conocí.

–¿Sobre qué? –preguntó Fuchs.

–El lugar de Alemania en el mundo. Nuestro futuro. El hombre lo expuso todo con mucha elocuencia.

–¿Y te impresionó?

–Mucho.

Fuchs encendió un pitillo, dio una calada y tosió.

–No deberías fumar, Fuchs.

–Ya lo sé. ¿Qué opinan tus padres?

–¿De qué?

–De tu matrimonio, de la familia de tu mujer. Deben de ser muy distintos de los tuyos.

Faber escupió al suelo.

–La han conocido.

–¿Y qué les parece?

–Les gusta.

–¿Han conocido a sus padres?

–No.

–¿Y vais a organizar algún encuentro para que se conozcan?

–No. Dios, Fuchs, entre la tos y las preguntas, pareces una vieja entrometida. Además, ya estamos casados, no hay marcha atrás.

Llegaron a las llanuras abiertas, donde el teniente Reinisch marcó un paso más rápido, obligándolos a avanzar por los surcos que habían dejado los tanques. Faber se ajustó el macuto y el fusil y comenzó a dar zancadas más largas, sus piernas estaban recuperando el ritmo militar. La guerra lo había puesto en forma. Katharina le había curado los pies. Salió el sol, las sombras se alargaron a sus espaldas y empezaron a cantar.

Montaron el campamento antes de que se hiciese de noche, y Faber compartió tienda con Weiss, como de costumbre. A medianoche Kraus zarandeó la tienda para despertarlos.

–Os toca, muchachos. Faustmann y Kraft os darán el relevo a las dos, hora de Berlín. No hagáis ninguna tontería. Y nada de fumar.

Se calzó las botas y salió a rastras detrás de Weiss. El aire era gélido. Se puso a dar palmadas y zapatazos.

–Se supone que hay que estar en silencio, Faber.

–Se me había olvidado.

Faber caminó en dirección norte hasta un rincón del campamento donde reinaban la oscuridad y el silencio. Sacó un cigarrillo, lo protegió entre las manos para encenderlo e inhaló su calor. Miró el reloj. Pasaban diez minutos de la medianoche. Agitó los dedos, dio unas cuantas palmadas, anduvo unos metros y se acucilló. Una hora y cincuenta minutos. Una hora y cuarenta y nueve. Se quedó observando la estepa con la esperanza de que ocurriese algo. Cualquier cosa que lo distrajese de aquella negrura. Odiaba la oscuridad. Se quebró una rama. Luego nada. Más silencio. Más oscuridad. Se encendió otro cigarrillo y pensó en Katharina, en su cuerpo, hasta que terminó el turno, hasta que pudo regresar a la tienda y dormir.

Por la mañana llegaron las lluvias, cortinas espesas y pesadas que convirtieron la carretera en barro líquido. Les llegó la noticia de que, más adelante, los tanques, los camiones y las semiorugas se habían quedado atascados.

–La gran Blitzkrieg –dijo Weiss entre risas–. Cuatro gotas de lluvia rusa y adiós a la guerra relámpago.

–Seguro que los tuyos se alegran mucho, Faustmann –apostilló Faber.

–¿Los míos?

–Tus amigos rusos.

–¿Qué?

–Hablas el idioma, seguro que estás disfrutando de vernos en este embrollo.

–Por Dios bendito, Faber –dijo Fuchs.

–Los míos, como tú dices, apoyan a Alemania –replicó Faustmann–. ¿No te has fijado en el uniforme que llevo?

–Con tanto barro no se ve bien –dijo Weiss.

–A mí me parece ruso –replicó Faber.

–Vamos, Faber –dijo Fuchs–. Ven conmigo.

Faber se apresuró a seguir el paso de la furia de Fuchs.

–No es el lugar para hablar de eso, Faber –dijo.

–¿De qué?

–De las ideas políticas de tu suegro. Eso mejor lo dejas para cuando estés en Berlín.

–Pero si no he dicho nada.

–Ten el valor de admitirlo, joder.

–¿Admitir qué?

–¿Cuándo te volviste tan imbécil, Faber?

Reinisch les ordenó que fuesen unos quince kilómetros al sur de la carretera principal a sacar vehículos del barro.

–¿De qué tamaño? –preguntó Weiss.

–Solo todoterrenos y camiones –respondió Kraus–. Nada de armamento pesado. Solo un destacamento.

–Menos mal –dijo Faber.

Stockhoff repartió las raciones.

–Os haré estofado de ternera cuando volváis –dijo.

Encontraron a cuarenta hombres en seis vehículos, tres todoterrenos y tres camiones, con las ruedas tan hundidas que solo

se veía la parte superior de los neumáticos. Faber fue al todoterreno más cercano.

–Vamos a tardar una semana en sacarlo de aquí –dijo.

–Con lo gordo que tienes el culo, seguro que más –replicó Weiss.

Faber miró a los hombres del destacamento, con sus distintivos negros en el cuello. A algunos los había visto en Kiev, sacando a los judíos de sus casas. Lo saludaron con un leve gesto con la cabeza. Él les devolvió el saludo y dejó el macuto y el fusil en el suelo. Empezó a cavar. Pero nada, no había manera. Levantaron tiendas, talaron árboles y, después de varios días trabajando a destajo bajo la lluvia y el barro, consiguieron liberar los vehículos y se dejaron caer al suelo, con los cuerpos extenuados.

–Nos han dado unos días de descanso –dijo Kraus.

Faber miró a su alrededor, todo estaba repleto de barro y árboles.

–¿Dónde exactamente?

–Al parecer, el destacamento iba a entrar en una aldea que está a unos ocho kilómetros al sur. La carretera está fatal, así que podemos ocuparla nosotros.

–¿Merece la pena? –preguntó Fuchs.

–Están convencidos de que está intacta.

–¿Judíos o partisanos? –preguntó Gunkel.

–¿No son lo mismo? –dijo Faber.

Era de noche cuando llegaron a la aldea, la lluvia había sido reemplazada por el aire seco y gélido del norte, y algo frío que les rozaba la cara, tal vez nieve.

–¡Todo el mundo fuera! –gritó Kraus.

Las casas encaladas seguían sumidas en el silencio y la oscuridad.

–Traduce, Faustmann.

–Sí, señor.

Bastó la voz grave de Faustmann para que empezaran a abrirse, una a una, las puertas de unas veinte casas. Quinqués en mano, los vecinos se apostaron en los umbrales: ancianas apiñadas contra ancianos, niños pequeños pegados a sus madres.

–Faustmann, diles que se marchen inmediatamente.

El soldado tradujo, y una anciana envuelta en abrigos y bufandas empezó a gritar. Se golpeó el pecho, tosió y escupió al suelo. Acercó el quinqué al escupitajo. Flema verde.

–Dice que está muy enferma y que no puede dormir a la intemperie, que no tiene adónde ir.

–Nosotros tampoco –dijo Kraus–. A menos que conozca algún hotel en el que podamos alojarnos.

Los soldados rieron.

–Échalos a todos, Faustmann. Diles que podrán volver en un par de días, cuando nos hayamos ido.

La anciana volvió a escupir hacia Faustmann y se metió en su casa. Cerró la puerta. Un niño pequeño empezó a llorar; su zozobra se extendió a los demás niños, y luego a las mujeres. Un anciano dio un paso al frente, hacia el centro de la aldea, marcado por un banco bajo un cerezo.

–Necesitamos coger algunas cosas antes de irnos –dijo.

–Cinco minutos –concedió Kraus.

Los aldeanos desaparecieron y regresaron cubiertos con mantas, abrigos y sombreros, la anciana enferma llevaba incluso más ropa. El viejo tiraba de un carrito de madera destartado, también cubierto con una manta. Kraus detuvo el carrito y levantó la manta.

–La comida se queda –ordenó.

El anciano empezó a llorar.

–Pero nos vamos a morir de hambre. Los niños necesitan comer.

Kraus alzó el arma y la hundió en el vientre del viejo.

–La comida se queda.

Unos setenta aldeanos abandonaron sus hogares para adentrarse en el invierno. Faber se quedó con la casa de la anciana, cuya única habitación estaba bien caldeada gracias a una estufa de barro cocido por cuyo conducto metálico salía humo. Kraft se quitó el macuto y empezó a hurgar entre las brasas apartando la ceniza húmeda que habían arrojado sobre las llamas cuando llegaron los soldados.

–¿Cómo se cocina con este cacharro? –preguntó Weiss.

–Vete tú a saber –dijo Kraft–. Pero podemos hervir agua.

Kraft se puso a canturrear mientras sacaba el cazo y el café que su madre le enviaba todos los meses. Faber, Weiss y Faustmann se sentaron a su lado esperando su ración de café. Las botas y los abrigo estaban esparcidos por la habitación. Había dos camas grandes y una fila ordenada de zapatillas de piel de oveja junto a la puerta, algunas pequeñas y otras grandes. Las paredes estaban forradas de periódicos amarillentos, capas y capas de aislamiento que apestaban a pobreza.

–Esto es una pocilga –comentó Faber–. ¿Cómo pueden vivir aquí?

–Por lo menos no hace frío –dijo Faustmann.

–Seguro que tus antepasados vivían en un cuchitril como este.

–Todos nuestros antepasados vivían en cuchitriles como este, Faber.

Kraft se puso en pie de un salto.

–¿Hay comida?

Buscaron en arcones y armarios, pero no encontraron nada hasta que Weiss apartó una alfombra y descubrió una trampilla que conducía a una pequeña bodega repleta de estantes con pan, jamón salado, harina, avena, maíz, semillas, frutos secos y tarros de fruta y verduras hervidas, encurtidas y escaldadas. Y vodka casero. Sin refinar.

Faber durmió bien, calentito, en una cama que compartió con Weiss. Por la mañana salieron a buscar más comida. Weiss llevaba un cubo, estaba decidido a encontrar leche.

–¿Sabes cómo se hace? –preguntó Faber.

–He visto hacerlo a mi tío.

Patearon la fina capa de nieve que se había asentado sobre el suelo y se dirigieron a un establo bastante amplio situado en la otra punta del pueblo. Faber abrió la puerta y quebró la cálida oscuridad con la luz fría del amanecer, provocando ruiditos de criaturas que aún no estaban preparadas para el día.

Buscaron huevos, pero las gallinas todavía no habían puesto ninguno. Se dirigieron al otro extremo del establo, donde los aguardaban dos vacas con las ubres cargadas.

–¿Y ahora qué? –preguntó Faber.

–Es muy fácil –dijo Weiss–. Aprietas y sale la leche.

–Pues venga.

Weiss se arrodilló junto a la ubre de la vaca, rodeó un pezón con la mano derecha y apretó. No pasó nada. Lo intentó otra vez. Nada. Faber se rio.

–Te toca, Faber.

Intercambiaron posiciones y Faber rodeó un pezón con los dedos; aquella carne blanda y flácida le resultó desagradable. Apretó, pero

enseguida apartó la mano y dio un paso atrás.

–Nadie me va a convertir en un puto granjero –dijo.

Weiss se rio y probó suerte otra vez, apretando con tanta fuerza que la vaca le dio una coz y se dio media vuelta ofreciéndole la grupa. Heces húmedas chorreaban por las patas del animal. Los dos hombres salieron corriendo del establo, desternillados de la risa, y regresaron a la casa. Desayunaron café negro y galletas saladas de su ración militar.

A media mañana los demás soldados ya habían recogido huevos y ordeñado las dos vacas. Gunkel mató y desplumó algunas gallinas y, después de comer, cogió una oveja y la colocó bajo el cerezo. Le puso una pistola en la cabeza y le pegó un tiro; luego se apartó mientras el animal se retorció y daba sacudidas hasta quedar inmóvil. La ató al árbol por las patas traseras, le cortó el cuello y le quitó la piel mientras se desangraba. Serró la cabeza y bajó el cuerpo al suelo colocándolo bocarriba, con las paletillas sujetas entre las patas traseras. Serró las costillas y, valiéndose de un cuchillo largo, fino y afilado, realizó un corte desde el cuello hasta el muslo; luego hundió las manos en el animal, sacó el estómago y los intestinos, y los lanzó contra la tierra con tanta fuerza que reventaron y esparcieron restos de heno a medio digerir sobre el barro y la nieve derretida. Continuó su labor con presteza y esmero hasta que el animal acabó convertido en chuletas, asados, costillares y cortes para guiso. Con una ordenada montaña de carne a sus pies, Gunkel se levantó.

–Cordero y pollo para cenar esta noche, amigos.

Los soldados aplaudieron, se pusieron en fila para recibir su ración y se retiraron a cocinar. Acompañaron la carne con patatas y maíz

hervido, y descansaron un par de días más, arrasaron con todo lo que había en el establo, excepto las vacas. Se marcharon canturreando, con el estómago saciado y los macutos rebosantes de comida.

Faustmann gritó algo a los aldeanos que estaban en el bosque, detrás de la aldea.

–¿Qué les has dicho? –preguntó Faber.

–Que ya pueden volver. Que hemos terminado.

–Nos hacía falta ese descanso.

–Desde luego que sí. Nos lo merecíamos.

Poco antes de las seis de la mañana una oleada de náuseas la despertó. Apartó el cobertor de seda y corrió al baño justo a tiempo para alcanzar la porcelana fría de la taza del váter. Tiró de la cadena, se enjuagó la boca, se echó un poco de agua en la cara y volvió a la cama, donde se frotó contra las sábanas para ahuyentar el frío de los pies.

Rusia, 15 de noviembre de 1941

Mi querida Katharina:

El camión del correo acaba de detenerse junto a nosotros. Se dirige a Kiev y nos ha dicho que nos va a esperar diez minutos para que podamos escribir alguna carta.

Estoy bien, Katharina, aunque te echo muchísimo de menos. Estoy deseando que todo esto termine para volver contigo. Mientras tanto, ¿podrías hacer una cosa por mí? ¿Podrías enviarme un mechón tuyo? Todo lo largo que sea posible. Me encanta tu pelo. Me envuelvo en él cuando me acuesto a dormir. Y mándame también una fotografía, una en la que sonrías. Llevaré tu pelo y tu sonrisa junto a mi corazón.

La infame nieve rusa ya se ha dejado ver. No te imaginas el frío que hace, Katharina. Nunca había pasado tanto frío en noviembre. ¿Cómo será el resto del invierno en este lugar maldito?

Ahora que volvía a tener bien los pies gracias a tus cuidados, nos volvemos a poner en marcha. Es un lugar inmenso, Katharina. Caminamos sin descanso, pero parece que no avanzamos nada.

Me ayuda mucho saber que me estás esperando, aunque habría preferido que no te hubieras mudado. Sigo viéndote en la cama que compartimos, en aquella habitación; así te conocí y así es como te recuerdo.

A pesar de todo, no dejes de esperarme. Volveré pronto.

Tu marido, que te quiere,

PETER

El conductor estaba sentado en el estribo del camión repartiendo chocolate y cigarrillos. Faber aceptó ambos presentes y entregó su carta.

–¿Qué hay que hacer para conseguir un trabajo como el tuyo? – preguntó.

El conductor soltó una risita.

–Estás muy delgado. Demasiado en forma. Hay que estar gordo y jadear mucho.

–Puedo hacerlo.

–Lleva años de práctica.

Observaron cómo se subía a la cabina, arrancaba el motor y emprendía el regreso al oeste, las ruedas removiendo la tierra embarrada.

–Qué suerte tiene el cabrón –dijo Faber.

–Pero a él no le darán ninguna medalla –replicó Weiss–. Ni Cruz de Hierro, ni fama, ni gloria. Ni foto en el periódico ni mujeres derriéndose por sus huesos.

–Yo me quedo con el chocolate, los cigarrillos y los pies calientes.

Faber llevaba puestos todos sus calcetines, pero el frío le seguía calando los pies, exacerbado por las punteras de acero de las botas. Apretó un poco el paso para alcanzar a Kraus.

–¿Cuánto falta, sargento?

- Unos sesenta kilómetros.
- ¿Tres días?
- Con suerte, Faber.
- ¿Y qué ha dicho el conductor?
- ¿Sobre qué?
- Sobre el avance de nuestras tropas.
- Están teniendo problemas en las afueras de Moscú, pero les va bien por Járkov.
- Y entonces, ¿cómo cree que va a terminar la cosa?
- Sabes tanto como yo, Faber. Júzgalo por ti mismo.
- ¿Pero cuánto más va a durar?
- Como te he dicho, tres días.
- Me refería a la guerra.
- De lo único que puedo responder, Faber, es de esta expedición hasta Poltava. De eso es de lo que estoy al cargo. No de la guerra.
- Sí, señor.
- A tres kilómetros de aquí hay un sitio donde podemos pasar la noche. Ve a avisar a los demás.

La plaza del pueblo estaba en silencio y salpicada de cadáveres. Algunos eran alemanes. La mayoría, rusos. Faustmann se agachó y se puso a hurgar en un macuto ruso. Sacó un gorro de visón con las orejeras atadas por arriba.

- No hace tanto frío –dijo Faber.
- Lo hará.
- Pero para entonces ya no estaremos aquí.
- Eso dices tú. No está de más estar preparado.

–No sé si yo sería capaz –dijo Faber–. Ponerme la ropa de los muertos.

–Allá tú, Faber. Ellos ya no la necesitan.

Faber se acucilló junto a un cadáver; los ojos ya habían sido devorados, había marcas de picotazos en las mejillas y en la frente. Le quitó las botas de fieltro y se las puso. Eran justo de su número. Le dio una buena patada al cadáver en las costillas y siguió adelante, encorvado, rebuscando entre los muertos. Encontró un gorro de visón, guantes, cigarrillos, chocolate belga envuelto en un sobre y dos salchichas. Las casas, en cambio, ya habían sido saqueadas. Llevó su botín a una pequeña iglesia de madera. Weiss estaba allí, en la entrada. Se sentaron uno junto al otro bajo pinturas enmarcadas en oro y compartieron las salchichas y el chocolate.

–¿Crees que es auténtico? –preguntó Faber.

–¿El qué?

–El oro.

–Probablemente.

–Deberíamos llevárnoslo.

–Yo no voy a cargar con esa mierda.

–Pues lo recogemos a la vuelta. Debe de valer una fortuna –dijo Faber.

–Es *kitsch*.

Durmieron en la iglesia. Hacía frío, pero estaba más seca que las tiendas. Al despertar, una capa fina de nieve cubría el suelo. Enterraron a los alemanes y se pusieron en marcha rompiendo la costra de hielo a cada paso. Faber se cubrió la boca y la nariz con la

bufanda, su aliento se condensaba justo donde el calor de su cuerpo se topaba con el frío de la estepa. Weiss caminaba a su lado.

–¿Cuánto crees que bajará la temperatura?

–Esto no es frío, Faber. El invierno no ha empezado todavía. No de verdad.

–¿Y cómo lo sabes?

–Me lo ha dicho Faustmann.

Faber alzó la mirada al cielo, a las nubes cargadas de nieve. Dio una patada al suelo, a la blancura manchada de barro.

–Odio este puto país.

–Tampoco está en mi lista de destinos vacacionales.

–Estamos perdiendo el tiempo. Deberíamos volver a casa y dejar que los tanques y los aviones se encarguen de todo.

–La guerra perfecta. Sin infantería.

–Bombardearlos hasta que se rindan. Si en Francia funcionó, ¿por qué aquí no?

–Aquí contraatacan, Faber.

Weiss sacó un poco de chocolate de la guerrera y partió un trozo para los dos.

Por la tarde la nieve regresó acompañada de viento, lluvia y granizo. Despojados de toda suavidad, los copos golpeaban los rostros de los soldados provocándoles punzadas de dolor en los párpados. Faber llevaba el gorro de visón y avanzaba a ciegas tras los hombres que tenía delante, agradecido por el negro de sus ropas, por el retraso de las autoridades en enviar los abrigos de camuflaje invernal. Al caer la noche, Fuchs se detuvo y levantó la manta que le cubría la cabeza y la cara.

–¿Qué pasa?

–Vamos mal.

–¿Cómo que vamos mal?

–Estamos perdidos, Faber.

Fuchs gritó al sargento, que iba en cabeza:

–Nos hemos desviado –dijo.

Kraus siguió avanzando.

–Creo que estamos perdidos, sargento –insistió Fuchs–. ¿Sabe dónde estamos?

Kraus se detuvo, se dio la vuelta despacio y alzó la cabeza. Tenía los ojos casi cerrados.

–No, no sé dónde estamos.

–Mierda –dijo Weiss.

–Estamos caminando hacia el norte –dijo Fuchs–. Contra el viento y la lluvia. Llevamos horas así. Poltava está al este, al sudeste.

–Lo sé.

–¿Cuándo se ha dado cuenta? –preguntó Fuchs.

–Ahora mismo, cuando me lo has dicho.

–Joder –dijo Fuchs–. Se supone que usted está al mando.

–Así es –dijo cerrando por completo los ojos–. Estoy al mando. Acamparemos aquí esta noche y mañana volveremos al camino correcto.

–¿Y cómo lo sabremos? –preguntó Weiss.

–¿El qué? –dijo Kraus con los ojos aún cerrados.

–Que es el camino correcto.

–A montar el campamento, Weiss.

Soltaron los macutos y levantaron las tiendas sobre la tierra empapada. Bajo la tela húmeda, que apestaba a moho, Faber y Weiss comieron sardinas en lata y galletas saladas sin intercambiar

una sola palabra; luego se acostaron enterrando sus cuerpos bajo mantas y abrigos mojados.

–Kraus es tonto del culo –dijo Weiss.

–Mañana lo arreglará.

–No tenemos ni idea de dónde estamos, Faber. Ni de quién coño puede andar ahí fuera, acechando.

–Lo sé.

–¿Tienes el fusil preparado?

–Sí. Y el cuchillo.

–Yo también.

–Vamos a intentar dormir algo, Weiss.

–Buenas noches, Faber.

–Buenas noches, Weiss.

Faber cerró los ojos y empezó a quitar las horquillas del pelo de Katharina, viendo cómo los mechones se soltaban, con el fusil cruzado sobre el pecho y el dedo en el gatillo, presto para hacer frente a cualquier daga u horca que atravesara la tienda. No sabía qué haría ante la bala de un francotirador. O una ametralladora. Un lanzacohetes, una granada o un tanque. Se acercó más a Weiss y enterró su miedo en el cabello de su esposa.

Despertó al amanecer y oyó toser a Fuchs.

–Jamás pensé que me alegraría de oír a ese cabrón.

–Entonces, ¿seguimos vivos? –dijo Weiss con la cabeza metida bajo la manta.

–Por los pelos.

Weiss se incorporó, hundió el brazo en el macuto y empezó a comer con avidez.

–Te vas a quedar sin provisiones como sigas comiendo así –dijo Faber.

–Me moriré si no lo hago.

Kraus reunió a los hombres. Estaba descansado. Despierto.

–Lamento lo ocurrido –dijo–, pero os voy a sacar de aquí.

–¿Cómo? –dijo Weiss–. Si nos perdimos por culpa suya.

Kraus se quedó callado esperando a que los ánimos se calmasen. Desplegó el mapa, giró la brújula y señaló el paisaje uniforme, sin relieves.

–Tenemos que volver al sur –dijo–. Hay unos quince kilómetros hasta la carretera principal que va a Poltava.

–¿Cómo puede estar seguro? –preguntó Fuchs–. No tenemos ninguna referencia.

–Hemos estado caminando en dirección norte, ahora tenemos que ir hacia el sur.

–¿Sur exacto?

–Sí.

–¿Por qué no hacia el sudeste, hacia Poltava?

–Primero tenemos que volver a la carretera.

–Si es que la encontramos –dijo Weiss.

–Ya basta, Weiss –ordenó Kraus.

–Todo esto es igual, señor.

–Lo sé, Weiss.

–Sí, señor.

–Al menos tendremos el viento a favor –dijo Kraft.

–Deberíamos llegar a Poltava en tres días –dijo Kraus–. Ajustad las raciones teniendo esto en cuenta.

Faber solo tenía comida para dos días.

–Nos las arreglaremos –dijo Kraft.

–¿Cómo? –preguntó Weiss.

–No lo sé. Pero lo haremos.

Partieron hacia el sur con el viento empujándolos por la espalda, un alivio agradable hasta que se volvió demasiado intenso y empezaron a caerse de rodillas una y otra vez, los pies eran incapaces de sostenerlos. Volvieron a dormir en las tiendas y Fuchs se despertó con fiebre, la piel traslúcida, la mirada ausente. Lo cargaron entre dos por las axilas y siguieron al sargento y su brújula, con la mente y el cuerpo entumecidos por el frío; solo reaccionaron cuando oyeron gritar a Weiss:

–Poltava.

Faber y Faustmann avanzaban a trompicones, con Fuchs entre ambos, hacia la luz y el humo que se alzaba de las chimeneas.

–Ya estamos, Fuchs –dijo Faber.

–No –replicó Kraus–. Poltava es más grande y todavía falta.

–Pero servirá –dijo Weiss.

Sacudieron el hielo de las armas, aflojaron los cerrojos y emprendieron el camino hacia la aldea, un enclave minúsculo con un establo y diez casas, todo a oscuras, hilos de humo saliendo por las chimeneas.

–Evacúe a todo el mundo, Faustmann –ordenó Kraus.

La gente fue saliendo lentamente.

–Diles que nos entreguen su comida –dijo el sargento.

–Dicen que no tienen nada. Que otros alemanes ya han saqueado el pueblo. Que ya se han llevado a los judíos y a los comunistas.

–Me importan una mierda los judíos y los comunistas, Faustmann. Comida, eso es lo único que queremos. Que nos den toda la que

tengan.

Kraus estaba angustiado por el hambre de sus hombres. Los aldeanos permanecían en silencio. Una anciana tomó la palabra.

–Dice que no les queda nada –tradujo Faustmann.

–De acuerdo –dijo Kraus–. Pues la encontraremos nosotros mismos. Vamos.

Entraron en las casas y arrancaron tablones del suelo, vaciaron alacenas, sótanos, cubas y armarios, desenterraron patatas, pipas de girasol, pan y manzanas. Pero no hallaron nada de carne. Kraus salió furioso y los hombres lo siguieron, metiéndose pan y manzanas en la boca. Agarró a un anciano por el cuello de su abrigo raído.

–¿Dónde están los animales? ¿Dónde está la carne?

Faustmann tradujo la furia del sargento.

–No tenemos –respondió el viejo.

Kraus sacó una pistola caliente del interior de su guerrera y la pegó a la cabeza del hombre.

–¿Dónde? Mis hombres necesitan carne y voy a encontrarla.

–No tenemos. Ya no queda nada.

Kraus apretó el gatillo y el anciano cayó al suelo, una vaharada de calor humano y una mancha escarlata sobre la nieve embarrada. Los aldeanos se taparon la boca, paralizados, hasta que una joven de pelo largo y oscuro con un colorido pañuelo de algodón en la cabeza dio un paso al frente.

–Vengan conmigo –dijo.

Tras dejar atrás el establo, llegaron a un pequeño huerto situado justo en la linde del pueblo. Las nalgas rollizas de la joven se movían bajo el tejido de su abrigo sucio y rasgado. Faber no le quitaba ojo. Cuando se arrodilló. Cuando les dio la espalda para levantar una

tapa de madera cubierta de granizo. Las gallinas, molestas por la luz, emitieron un cacareo estridente. Unas veinte aves se apiñaban sobre un reborde de tierra lleno de granos.

–Muy listos –dijo Faustmann.

–Pero no lo bastante –replicó Faber.

–¿Cómo evitaron que se asfixiaran? –preguntó Gunkel.

–¿A quién coño le importa? –dijo Weiss.

Gunkel metió la mano y fue retorciendo uno a uno el pescuezo de las gallinas y entregándolas a los hombres. Luego regresaron corriendo a las casas y volvieron a poner los tablones del suelo a patadas. Se sentaron y, sin quitarse los abrigos ni los macutos, procedieron a desplumar las aves con fervor, y no pararon hasta que el fuego volvió a prender y la carne empezó a cocinarse. Faber se llenó la boca de pipas de girasol.

–Nunca pensé que acabaría comiendo comida para pájaros –dijo.

–La mejor salsa del mundo es el hambre –observó Kraft.

Faber se rio.

–Kraft ya está otra vez con sus refranes de vieja. Señal de que hemos sobrevivido.

–Todavía no, Faber –dijo Weiss.

–No. Pero al menos estamos aquí. –Empezó a quitarse la ropa y se examinó los dedos, que se habían tornado rojo oscuro—. Llegamos a estar más tiempo ahí fuera y la cosa se habría puesto fea.

–Estás bien, Faber –dijo Faustmann—. No hace tanto frío.

–¿Cómo tienes los pies? –preguntó Weiss.

–Bien –respondió Faber.

Se quitó las botas rusas de fieltro. Sus pies estaban rojos, pero a salvo. Kraft pidió ayuda para quitarse las botas. El cuero estaba

empapado, pudriéndose por la parte del talón y las punteras de acero.

–Tendrías que haberte cambiado de botas, Kraft.

–No pienso ponerme los zapatos de un muerto.

Faber tiró de la bota izquierda, riéndose del ruido de succión cuando esta, al fin, se desprendió. El papel de periódico y los calcetines se habían quedado pegados a la pierna de su amigo, como si fuesen yeso húmedo.

–Qué asco, Kraft.

–Quítamelo y calla ya, Faber.

Retiró el papel y la tela, pero soltó el pie. Estaba lleno de piojos de trinchera. Kraft se cubrió la cara con las manos.

–Ahora la otra, Faber.

–Ni hablar, Kraft. No me acerco a ti ni loco.

–Me lo debes. Por no haber ido a ver a mi madre.

–Cabrón.

Faber arrancó la segunda bota y quitó el papel y los calcetines lo más rápido que pudo. Llenó un cuenco con agua y lo colocó a los pies de Kraft.

–Tienes los pies llenos de liendres. Tienes que lavártelos.

–Gracias, Faber. Has sido muy amable.

–Siento no haber ido a ver a tu madre, Kraft.

–No pasa nada.

–¿Sabes cómo está?

–No, pero espero saber algo de ella cuando lleguemos a Poltava.
Es duro.

–¿El qué?

–El estar aquí. No saber cómo está. Ni siquiera si sigue viva o no.
–Miró al suelo para que Faber no pudiese verle los ojos—. Odio este lugar, Faber. Quiero volver a casa. Quiero verla.

Faber le dio unas palmadas en el brazo.

–Todos queremos volver a casa, Kraft.

Comieron y durmieron. Cayó más nieve y se quedaron una segunda noche. Fuchs estuvo durmiendo casi todo el tiempo, los pulmones silbándole con cada respiración, ajeno a todo, mientras los demás hombres se bebían hasta la última botella de vodka casero.

–Siguen aquí –informó Weiss.

–¿Quiénes? –preguntó Faber.

–Los aldeanos.

–¿Dónde?

–Se han colado en el establo esta tarde. Imagino que han venido del bosque. Decidieron que ya era seguro.

–¿Todos?

–Sí.

–¿La mujer también?

–Sí, ella también.

Terminaron otra botella. Weiss se puso en pie entre tambaleos.

–Vamos, Faber. A ver qué traman.

–¿Seguro que la mujer está también?

–Sí, Faber.

Faber se volvió hacia los otros hombres.

–¿Kraus? ¿Kraft? ¿Venís con nosotros?

–Venga, vamos a echar un vistazo –dijo Kraus—. No tiene nada de malo.

–Yo también voy –dijo Gunkel—. Con eso estiro las piernas.

–Vamos, Kraft –dijo Weiss.

–Mejor me quedo aquí.

Se pusieron las botas, pero dejaron los abrigos y los gorros en la casa.

–¿Faustmann? –preguntó Faber–. ¿Vienes?

–Prefiero quedarme.

–¿Por qué?

–No me apetece, Faber.

–Vamos. Igual necesitamos un intérprete.

–Lo dudo.

–Como quieras.

Cogieron los fusiles y salieron a la luz de la luna, a la nieve resplandeciente. Cruzaron la aldea chocándose entre ellos a cada paso, tratando sin éxito de reprimir sus risas y gritos. Weiss y Gunkel empezaron a cantar. Kraus les ordenó que se callaran. Llegaron al establo y amartillaron las armas.

–Muy bien, muchachos –dijo Weiss–. ¿Quién va primero esta vez?

–Te toca a ti, Faber –intervino Kraus–. Nuestro regalo de boda.

Empujaron la puerta y barrieron el interior con los haces de las linternas hasta dar con un corrillo de ojos que los observaban. Faber la vio, aún llevaba el pañuelo en la cabeza. Avanzó hacia ella, pero luego dio media vuelta y regresó a la nieve. Volvió a la casa y se acostó entre Kraft y Faustmann, con el pelo y la fotografía de su esposa apretados contra la mejilla.

Katharina se reclinó en el suave sillón de cuero negro, tomó una revista de la mesita de nogal y ladeó las piernas hacia la izquierda, cruzando los pies a la altura de los tobillos, como las demás mujeres de la sala, aunque sus abrigos de piel estaban bien abrochados sobre el pecho. Pasó las páginas mirando fotos de vestidos de baile, cocinas de gas y consejos para lograr una Navidad familiar perfecta, mientras escuchaba el silencio de las otras mujeres, apenas roto por alguna que otra tos educada y susurros a niños que ya estaban callados.

La enfermera abrió la puerta situada en el extremo opuesto de la mullida moqueta de color crema.

–Señora Faber.

Katharina no levantó la cabeza. Mirar fijamente era de mala educación. Pasó otra página de la revista.

–Señora Faber, por favor.

Era evidente que los abrigos de las demás mujeres eran comprados para ellas. Katharina se dio cuenta. Ningún botón a punto de saltar. Sintió que algo le hacía sombra. Era la enfermera. De pie frente a ella.

–Señora Faber, por favor. El doctor Weinart la espera.

–Ah. Soy yo.

–Lo sé.

Katharina se levantó y agarró el bolso, el abrigo y la revista, tenía el rostro encendido. Las mujeres no le quitaban ojo. Siguió a la enfermera, cruzaron un vestíbulo y entraron en una sala con vistas a la ciudad.

El doctor Weinart se puso en pie al verla.

–Ah, señora Faber. Hija del señor Spinell y esposa de Peter Faber.

–Correcto.

–Su padre es una gran persona. Un apoyo muy fiel. ¿Puedo suponer que usted también lo es?

–Por supuesto, doctor.

–Bien. Y su marido también parece un gran hombre. ¿Cómo va su campaña?

–Me temo que no sé nada de él desde hace varias semanas.

–Es un hombre ocupado, está luchando por su país. Es normal que le resulte difícil encontrar tiempo para escribir.

–Eso mismo dice mi padre.

–Haga caso a su padre.

–Es muy amable por su parte atenderme, doctor Weinart.

–No podemos permitir que nuestros simpatizantes más comprometidos acudan a un médico con ascendencia judía.

–No lo sabíamos, doctor Weinart.

–Lo ocultó bien, señora Faber.

–¿Quién era judío, el padre o la madre?

–La madre. Engañó a mucha gente, como suelen hacer. Bien, ¿en qué puedo ayudarla?

Tomaron asiento en los sillones de cuero ubicados a cada lado de una mesa enorme de caoba.

–Estoy embarazada. O eso creo.

–Es una noticia excelente. Pero necesitaremos un par de días para confirmarlo con seguridad.

–Lo comprendo.

–Necesito una muestra de orina.

–Sí, doctor.

–¿Por qué dice que lo comprende?

–He leído algo en el periódico. Suena muy interesante, aunque debo admitir que me cuesta un poco entenderlo.

–La gran ciencia alemana, señora Faber, nunca es sencilla.

–¿Podría explicármelo?

–Inyectaré su orina en la oreja de una coneja y la reacción de los ovarios del animal nos dirá si usted está embarazada.

–Entiendo.

–La respuesta de una rana de uñas africana es mucho más rápida, señora Faber, pero ahora mismo es difícil conseguir las.

–Me lo imagino.

–Entregue la muestra a la enfermera y vuelva a verme el viernes. Para entonces conoceremos la verdad.

–Sí, doctor.

Entregó la muestra y bajó a la calle, donde el viento le apuñaló el pecho. Debería hacerse con un abrigo nuevo. Y una estola. Preferiblemente a juego. Giró a la derecha y enfiló el bulevar buscando la cafetería que tuviese más clientes y, por tanto, más provisiones. Encontró una a un par de calles de la consulta del doctor Weinart. El ambiente era cálido y tranquilo; los clientes iban bien vestidos, absortos en la lectura de periódicos o libros. Nadie levantó la vista cuando entró. El camarero fue educado pero seco, parecía tener prisa.

Se sentó junto a la ventana y pidió chocolate caliente. Era dulce, sabía más a azúcar que a chocolate, y la leche estaba aguada, pero caliente y espumosa. Rodeó la porcelana blanca con las manos. Estando embarazada, recibiría raciones extra. Leche entera y cremosa.

Posó la mano derecha sobre el vientre. Sabía que había cuajado. No necesitaba a la coneja. Podía sentir el crecimiento, la multiplicación impetuosa de las células, la sensación de algo ajeno alimentándose de ella. Se acarició la tripa, situando la mano sobre el lugar donde estaba creciendo su bebé, deseándolo y temiéndolo al mismo tiempo.

¿Y si su marido estaba muerto? O peor aún, herido. Aquellos hombres fantasma que recordaba del final de la guerra anterior, merodeando por las esquinas, mutilados y llenos de cicatrices, dependientes de sus esposas, sin trabajo, sin pensiones. Removió la bebida mezclando el chocolate del fondo con la leche. ¿Cómo alimentaría entonces al bebé? ¿Cómo podría escapar del destino de su madre? No quería convertirse en ella. Cualquier cosa menos eso.

Se terminó el chocolate, pagó al camarero y emprendió el camino de vuelta a casa deteniéndose en los escaparates que exhibían abrigos de piel, estolas y vestidos de noche, apresurando el ritmo al pasar frente a ventanas tapiadas, o junto al judío que, con descaro, mantenía su mercería abierta, sin nada que vender y sin clientes. Se detuvo en un puesto y compró unas flores para su habitación. Rosas blancas, de tallo corto. ¿Se lo diría a su madre ahora o mejor el viernes? Debería esperar. Disfrutar de la intimidad, del silencio.

¿Cuándo le escribiría a Peter? ¿Qué querría él, un niño o una niña? ¿Qué quería ella?

Inspiró de forma brusca y cortante. Que no tenga ninguna deformación, por favor. No quería un bebé mutilado. Nada que la horrorizase. Como cuando las llevaron en autobús, a ella y a otras muchachas, a aquella casa en el sur de Berlín. Una enfermera de blanco impoluto la guio por una escalinata de mármol hasta una sala de ventanales altos y techos ornamentados. El ruido. Los chillidos. El hedor. Los excrementos en las paredes. Los charcos de orina. La enfermera la obligó a seguir adelante, hasta la sala de cunas metálicas, donde unos niños con camisones de algodón lila llenos de manchas no dejaban de gritar.

«Está usted aquí para aprender, jovencita».

Katharina se quedó mirando las extremidades mutiladas que se arrastraban sobre el linóleo verde, cerraba los ojos cuando le tocaban los pies y las piernas, cuando tiraban de su falda tratando de incorporarse, embadurnándola de mocos y saliva que caían de rostros deformados durante el parto o a causa de genes defectuosos.

«Se alegran de verla», dijo la enfermera.

Katharina salió corriendo cuando la puerta volvió a abrirse, bajó las escaleras hasta la sala de recepción, donde las esperaban con café y pasteles de nata fresca. Más tarde la enfermera instruyó a las chicas del movimiento juvenil, todas con sus uniformes pulcros y el pelo bien arreglado, acerca de la importancia de elegir un buen marido.

«Es vital asegurarse de que no haya impurezas de ningún tipo, ya sea de sangre, carne o mente, que puedan pasar de una generación a otra».

«¿Qué ocurrirá con ellos?», preguntó Katharina.

«Todavía no está decidido. Cuesta mucho mantenerlos aquí, y ese dinero podría emplearse mejor en niños sanos».

Katharina apretó el paso, los pies golpeando el pavimento. No sabía nada de su marido ni de la familia de él. Nada del niño que crecía dentro de ella. Lo había elegido por la fuerza de sus manos fibrosas. Por la sonrisa sutil de su rostro. Por la bondad de su mirada. No sabía nada de sus padres. Ni de sus abuelos. De los genes que portaba. Y ahora todo eso estaba dentro de ella.

Giró la llave en la cerradura. No le contaría nada a su madre. Todavía no. Ni a Peter. Mejor esperar un poco hasta tener más información.

Leyó la carta seis, ocho, diez veces, la dobló, la metió en el sobre y, aún en calcetines, bajó las escaleras de la casa de Poltava. Faustmann, Kraft y Weiss estaban junto a la estufa jugando a las cartas.

–Voy a ser padre.

–Joder, no pierdes el tiempo –comentó Faustmann.

–Enhorabuena –dijo Kraft–. ¿Para cuándo se espera?

–Julio.

–Para entonces ya habremos terminado aquí –dijo Weiss.

Brindaron con vodka y echaron otra partida.

Katharina se apretó el pañuelo y avanzó en la fila, acercándose a los patos y ocas que colgaban de ganchos de acero en el escaparate de la carnicería. La señora Sachs se le acercó, llevaba un paquete marrón bajo el brazo, perfectamente atado con un cordel blanco.

–He conseguido un pato –dijo.

–Parece grande –dijo Katharina.

–Habría preferido una oca. Es más tradicional.

–Cualquiera de los dos me habría venido bien.

–Debería haber venido antes.

–No lo sabía.

–Se corrió el rumor anoche.

–No nos enteramos.

–Claro, como ya no viven aquí –comentó la señora Sachs–. Los nuevos inquilinos de su antiguo piso se han llevado una oca. Una grande.

–Seguro que pasan una Navidad estupenda. ¿Y cómo está usted, señora Sachs?

–Todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias. A mi hijo lo han enviado a las afueras de Moscú. El frío lo está matando.

–El frío nos está matando a todos, señora Sachs. ¿Tiene carbón?

–La chimenea es un lujo que no tenemos, Katharina. Como seguramente recordarás.

–Más que un lujo, es una maldición, señora Sachs, sobre todo cuando no hay carbón y el viento se cuela dentro de la casa.

–¿Cómo está su marido?

–Bien. A salvo. Esperamos un bebé para el verano.

–Enhorabuena.

–Gracias. Me hace mucha ilusión.

–¿Cómo está su madre? Hace mucho que no la veo.

–Está bien, señora Sachs. Disfrutando del piso nuevo.

Katharina avanzó en la cola, lo bastante para ver las puntas de los ganchos en forma de S clavándose en las aves, sus cuellos flácidos balanceándose con la corriente que entraba por la puerta abierta. Estiró el cuello. Ocho aves en el escaparate, todas eran patos. Delante de ella había diez mujeres. El carnicero seguía sacando aves de la trastienda. Ella se volvió hacia la señora que tenía detrás.

–Esto es desesperante, de verdad.

–Horroroso.

Un coche se detuvo frente a la tienda y una mujer bajó de él, con el pelo y el maquillaje impecables, el cuerpo esculpido por una chaqueta y una falda de lana. El chófer, con un uniforme negro, apartó a la gente de la cola. La mujer entró en la tienda.

–¿Quién es? –preguntó Katharina.

–Aquí lo que importa es más el qué que el quién –dijo la mujer que tenía detrás.

Katharina observó cómo la mujer elegante señalaba los patos del escaparate. El carnicero retiró tres del expositor. Una mujer que estaba delante de Katharina empezó a llorar, pero se calló cuando la mujer elegante salió de la tienda y el chófer metió los patos en el maletero. Se marcharon y la cola volvió a su sitio. El carnicero

atendió a ocho mujeres más, luego cerró la puerta y bajó la persiana. Katharina llamó a la puerta. No obtuvo respuesta. Las mujeres que quedaban se fueron de mala gana, ocultando las lágrimas a sus hijos.

Se metió en la cama en cuanto llegó a casa porque hacía demasiado frío en el piso de techos altos y estancias grandes sin carbón que las caldease. Echaba de menos la calidez pegajosa de su antigua cocina. Su madre también, aunque ninguna de las dos lo admitía.

Despertó en la oscuridad de una tarde de invierno. Se levantó, se echó una manta de cachemir sobre los hombros y fue al salón. Preparada para el frío, se sorprendió al notar el calor. La chimenea estaba encendida. Sus padres estaban sentados frente al fuego, en el sofá, riéndose.

—Hay más —dijo su padre.

Miró el montón de carbón que quedaba sobre la pizarra, a la espera de ser quemado.

—Ya veo —dijo—. Qué maravilla.

—Ve a la cocina, Katharina.

Sobre la encimera, entre la cocina y el fregadero, había una oca, una pata de cordero, salchichas, una bolsa de patatas, zanahorias, dos nabos y una botella de vino.

Pegó un grito y abrazó a su padre.

—Y espera a que te enseñe lo que queda —dijo este metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Señoras, pónganse frente al fuego, por favor.

Colocó oro y esmeraldas alrededor del cuello de su esposa, plata y zafiros en la muñeca de su hija. Ambas lo besaron y se miraron en el

espejo del vestíbulo, sobre el nuevo busto de Wagner. La señora Spinell estaba llorando.

–Eres un hombre maravilloso, Günther Spinell –dijo la madre–. Has hecho tanto por esta familia.

Katharina se acarició la pulsera.

–Lástima que no tengamos ocasión de lucirlas –dijo.

–Ah, te equivocas –dijo el padre–. Mañana vamos a la casa del doctor Weinart. A escuchar el mensaje de Navidad del Führer.

Con la espalda bien erguida, ambas mujeres escoltaron a Günther Spinell hasta la primera planta de la casa del médico. Allí también ardía un fuego de carbón, pero los demás invitados, mujeres engalanadas en seda, apenas le prestaban atención mientras apuraban el champán y cogían canapés de las bandejas. La señora Spinell susurró a su hija:

–No te atiborres, Katharina. Recuerda que en casa tenemos de sobra.

Katharina iba de un corrillo a otro presentándose, admirando vestidos y joyas, aceptando elogios por la pulsera, disfrutando de la conversación. La señora Weinart era especialmente encantadora.

–He oído hablar mucho de su familia, señora Faber. Debería venir a tomar café algún día con su encantadora madre.

El doctor Weinart exigió silencio y llamó a todos a reunirse en torno a la radio, con Katharina en primera fila. La voz inundó la estancia y la gente inclinó la cabeza. Katharina advirtió que el tono del orador iba subiendo cada vez más, pero se dejó arrastrar por el recuerdo de su éxito en la velada, por la mano acariciando el vientre que se expandía, por el placer de sentir crecer una nueva vida.

Kraft irrumpió en la casa resollando.

–Cierra la puta puerta –ordenó Weiss.

–¡No me ha dado tiempo ni a entrar! –Se quitó la nieve de los ojos–. El teniente quiere vernos.

–Joder –dijo Faber–. ¿Para qué?

–Para concederte la Cruz de Hierro, Faber –dijo Weiss–. Por tu heroica contribución a la paternidad.

Rieron.

–Será la única que consiga –dijo Faber–. Atrapado en esta pocilga.

–¿Qué quiere ahora? –preguntó Faustmann.

–No lo sé –dijo Kraft–, pero está alterado.

Maldijeron mientras se ponían los abrigo. Kraft atizó la estufa.

–Haré café cuando volvamos –dijo.

Estaban frente a la casa del teniente, la nieve y el viento cortándoles la cara, la noche a punto de caer. Faber se puso a zapatear para entrar en calor. Debería haberse puesto un segundo par de calcetines. Reinisch salió de su casa con los hombros erguidos pero el rostro pálido.

–Mañana nos vamos –anunció–. Al amanecer.

Faber sintió cómo el frío le subía por las piernas.

–Es enero, señor.

–Soy consciente de ello, soldado. –Reinisch dio un paso atrás con intención de entrar de nuevo en su casa.

–¿Adónde vamos? –preguntó Weiss.

–A Járkov. Las tropas rusas se están reagrupando allí. Nuestros muchachos necesitan apoyo.

–Pero eso está a ciento sesenta kilómetros.

–A un poco menos, creo, soldado.

–¿A ciento cincuenta?

–Más o menos.

Faber empezó a temblar, los dientes le castañeteaban.

–Podría morir, señor, si vuelvo a salir ahí fuera –dijo Fuchs.

–¿Es eso lo que le han dicho los médicos?

–No, señor.

–Entonces no tiene nada de qué preocuparse.

El teniente dio la espalda a los hombres y regresó a su casa, donde cerró la puerta de madera encajándola con fuerza en el marco combado. La madera vibró. Los hombres avanzaron hacia la puerta dos, tres pasos. Luego se detuvieron y miraron a Kraus. Este levantó las manos.

–Esas son las órdenes. Quieren que reforcemos Járkov.

–Es imposible –replicó Weiss.

–Caminaremos cincuenta kilómetros al día y nos darán comida para diez hombres. Hay pueblos por el camino donde podremos descansar.

–Es una locura –intervino Fuchs—. No podemos caminar cincuenta kilómetros al día con nieve. Nieve rusa.

–Parece ser que han quitado casi toda la nieve de la carretera.

–Es una locura, señor.

–Ya basta, Fuchs. Todos a vuestras casas: a descansar y prepararse.

Se quedaron inmóviles.

–¿Quién hará de guía? –preguntó Weiss.

–El teniente –respondió Kraus–. Es una ruta sencilla.

De repente, a Faber le dieron ganas de dormir y olvidarse de lo que estaba oyendo.

–¿Qué vamos a comer? –preguntó Gunkel–. ¿Cómo vamos a conseguir carne? Necesitamos carne con esta nieve.

–Hablaré con Stockhoff –dijo Kraus–. A ver cuántas raciones extra puede darnos.

Se retiraron a sus casas. Kraft empezó a preparar el café que le enviaba su madre, a golpear cacerolas y a tararear.

–Cállate, Kraft –le pidió Faber.

–Déjalo en paz, Faber –dijo Weiss–. Está haciendo café.

–¿A esa mierda la llamas café?

–Olvídalo.

–No. No soporto cuando se pone a canturrear. Parece una vieja.

–Déjalo. Escríbele una carta a tu mujer.

Weiss cogió un periódico. Faber se puso a dar vueltas por la habitación hasta que se sentó junto a Fuchs, encorvado junto a la estufa.

–Dime, Fuchs, ¿crees que vas a sobrevivir ahí fuera esta vez? ¿Con todo lo que ha nevado?

–Lo dudo.

–¿Y qué vas a hacer?

–No hay nada que pueda hacer.

–¿Por qué no vas a hablar con Reinisch? –dijo Faustmann–. Dile que te niegas a ir.

–¿Y que me pongan en fila y me fusilen? ¿Delante de todos vosotros?

–Pero no estás bien, Fuchs –insistió Faustmann.

–Los médicos dicen que sí. Así que no hay más que hablar.

–No deberías ir –añadió Faustmann–. Ninguno de nosotros debería. Deberíamos negarnos. En bloque.

–No seas imbécil, Faustmann –dijo Faber.

–¿Y qué hacemos entonces, eh, Faber? ¿Dejamos que Fuchs ande por la nieve hasta caerse muerto?

–Es una orden. De un ejército de verdad. No de vuestra chusma soviética.

–Pues nada, Fuchs –dijo Faustmann–. No te queda otra que pasar frío. Haz las maletas.

–Déjalo ya, Faustmann –dijo Weiss.

–Pero escribe antes a tu mujer y a tus hijos, Fuchs. Diles que no vas a volver.

–Cállate –dijo Weiss.

–Diles que estás a punto de morir porque has decidido cumplir la estúpida orden de caminar ciento cincuenta kilómetros por la nieve en pleno mes de enero. Cuéntales todo eso.

Las mejillas de Fuchs se encendieron. Clavó los nudillos en el suelo y se lanzó sobre Faustmann golpeándole el pecho y la cara. Los otros hombres lo separaron.

–Cállate la puta boca, Faustmann –dijo Fuchs.

Faustmann se limpió la nariz ensangrentada con la manga y encendió un pitillo. Le ofreció el resto del paquete a Fuchs.

–Gracias. ¿Qué tal la nariz?

–Bien.

–De todas formas, tienes razón. No aguantaré ni una semana ahí fuera.

–Claro que aguantarás –dijo Faustmann–. Antes te estaba tomando el pelo, hombre.

–Estoy acabado. No me quedan fuerzas.

–Estarás bien –dijo Weiss–. Han despejado la carretera y tendremos comida de sobra.

El café borboteó sobre la estufa.

–Ya está –dijo Kraft.

Bebieron en silencio y jugaron a las cartas, sin dinero.

Faber no podía dormir. Cogió la manta y se sentó junto a la estufa. Faustmann ya estaba allí, fumándose un cigarrillo y contemplando las llamas.

–¿Cómo tienes la cara? –preguntó Faber.

–Me duele.

–Te ha dado bien.

–Me lo merecía.

Faber arrojó tres troncos más al fuego, que ya ardía con fuerza.

–Más vale gastarlos.

Faustmann encendió un cigarrillo.

–Les importa una mierda si vivimos o morimos.

–¿A quiénes? –dijo Faber.

–A esos imbéciles de Berlín.

–¿Qué quieres decir?

–Que no les importamos nada.

–Claro que sí.

–Somos carne de cañón, Faber. Como en la última guerra. No ha cambiado nada.

–No seas ridículo. Somos cruciales para la victoria que está a punto de llegar.

–Carne de cañón. Eso es lo que somos. Atrapados entre el fuego ruso y la ambición alemana.

–¿Has estado bebiendo, Faustmann?

–Vamos a recorrer ciento cincuenta kilómetros por la nieve rusa para que a Reinisch le den un ascenso.

–No pienso escucharte más, Faustmann. Estás con ganas de gresca, ¿no?

–No, Faber. Lo que estoy es harto de que nos utilicen.

–Eres un soldado, Faustmann, y estamos en guerra.

–¿Pero de qué va esta guerra?

–De una Alemania más grande.

–¿A costa de quién? De los capullos de Berlín, no, ellos tienen el estómago lleno. A costa de nosotros, Faber. De nuestras vidas.

–Hablas como un comunista, Faustmann.

Se rio.

–No soy comunista.

–Pero hablas ruso, tu abuela es rusa y tus ideas suenan rusas.

–Soy alemán, y lo sabes. Pero los rusos no nos han hecho nada, por eso no entiendo qué demonios estamos haciendo aquí.

–Necesitamos una Alemania más grande.

–¿Para qué?

–Para conseguir más comida, tierras, petróleo, carbón.

–¿No podemos comprarlo todo y ya está?

–Anda, cállate.

–¿Por qué?

–No sea que te denuncien.

Faustmann se colocó un tronco sobre los muslos y empezó a arrancar astillas.

–¿Quién me va a denunciar, Faber?

–Podrías meterte en problemas. Eso es todo.

–No soy comunista.

–Hablas ruso.

–¿Y qué? Weiss habla francés. ¿En qué lo convierte eso a él?

–Solo me preocupo por ti.

–¿Por qué? ¿A qué viene esa preocupación tan repentina? Antes no te preocupabas tanto.

–Tengo una familia y un futuro en los que pensar. No puedo permitir que nuestra campaña en Rusia se vea perjudicada por comunistas que van por ahí sembrando desafección.

–¿Eso crees que estoy haciendo? ¿Sembrar desafección?

–Solo digo que tengas cuidado. Nada más.

Faustmann se dirigió al fondo de la habitación, donde dormían Weiss, Kraft y Fuchs. Faber se quedó junto a la estufa saboreando su fácil victoria, con los pies apoyados en la menguante pila de leña, hasta que le venció el sueño.

Partieron poco después del amanecer rumbo a un cielo frío y sin nubes. La carretera estaba despejada, y los sesenta hombres recorrieron a buen ritmo unos treinta kilómetros antes de encontrar un pueblo abandonado en el que encendieron fogatas y pasaron la noche. El segundo día también empezó bien, pero a media mañana

la carretera quedó de repente sepultada bajo un montón de nieve que les llegaba hasta los muslos.

–Creo que nos hemos desviado –dijo Fuchs.

Reinisch, que comprobaba el mapa y la brújula cada media hora, se mantenía en sus trece.

–Este es el camino correcto –dijo–. No hay ninguna duda.

–Es nieve vieja y compacta –dijo Faustmann–. No la han quitado. Se detuvieron aquí.

–No harían algo así –dijo Kraft–. Debemos de estar perdidos.

–No estamos perdidos, Kraft –replicó Kraus.

Faber miró las huellas de los neumáticos sobre la nieve, las marcas de giros y maniobras.

–Deberíamos volver –sugirió Weiss.

–De ninguna manera –dijo Reinisch–. Hay un pueblo a tres kilómetros de aquí.

Faber siguió al teniente. La nieve se le derretía dentro de los pantalones y el abrigo, le enfriaba el sudor y le adormecía los sentidos, por lo que no sabía si tenía frío o calor. Se quitó los guantes y el gorro, pero volvió a ponérselos. Se desató la bufanda. Durante un rato breve se sintió cómodo, pero luego volvió a tener frío, el cuerpo agotado de tantos cambios. Cuatro horas después llegaron a la linde del pueblo. Revisó su arma. Estaba congelada. Fuchs tosía.

–¿Por qué no se ve ningún tejado? –preguntó Faber.

Weiss entrecerró los ojos en la luz menguante.

–Maldita sea –dijo–. Está arrasado.

–Venga –dijo Reinisch–. Buscad un sitio donde pasar la noche.

Fuchs se dobló por la cintura al toser.

–Encontraremos algún refugio –dijo Kraft–. Vas a estar bien, Fuchs, ya verás.

–Y seguro que encontramos algún animal que sacrificar, Fuchs –dijo Gunkel–. Siempre hay alguno.

Se dirigieron hacia el centro, marcado, como de costumbre, por un banco de madera y un cerezo, ambos ennegrecidos. Removieron con las botas los restos calcinados del pueblo.

–¿Quién ha sido? –preguntó Faber.

–Un trabajo hecho a conciencia, con mucha gasolina –dijo Weiss–. Seguro que eran de los nuestros.

–Gracias, compañeros –dijo Fuchs.

–Será mejor que nos movamos –dijo Weiss–, o no vamos a encontrar ningún refugio decente.

–No hay ninguno decente –dijo Faber–. Esto es un infierno.

–Vamos a echar un vistazo –dijo Kraft.

Fueron de casa en casa, pero todo estaba cubierto bajo un manto de nieve: estufas, camas y armarios. El único tejado visible era el del hastial sur del establo, pero ya estaba ocupado por otros soldados, con la espalda firmemente apoyada contra el fuerte viento del norte.

–Sigamos buscando –dijo Kraft–. Fuchs necesita un refugio en condiciones.

–No hay ninguno –replicó Faber.

–Vamos a dar otra vuelta –propuso Weiss–. Una más.

Se dirigieron hacia un huerto situado en el extremo opuesto del pueblo, las ramas extendiéndose en la oscuridad. Weiss se detuvo y se acuclilló para mirar entre los árboles.

–Creo que hay algo ahí –dijo–. Al otro lado.

De pronto lo vieron todos. Unas paredes con techo, no carbonizadas, intactas.

–Salvados un día más –exclamó Fuchs–. Aleluya.

Se pusieron en marcha con los fusiles al frente y los macutos golpeándoles la espalda, avanzando a toda prisa, no fuese que alguien se les adelantara. Weiss arrancó la pequeña puerta de madera y los cinco hombres se adentraron en una oscuridad endulzada por fruta madura. Kraft encendió la linterna y empezaron a aplaudir, eufóricos por su buena suerte.

–¿Qué hay para comer? –preguntó Faber.

Kraft barrió el interior con la linterna: manzanas, peras, ciruelas y dos mujeres abrazadas, una anciana y una joven.

–Tranquilas –dijo Kraft–. No vamos a hacerles daño.

Les tendió la mano y la mujer joven dio un paso adelante, varias manzanas rodaron a sus pies. Faber quedó impresionado por la belleza de su piel pálida e impoluta, por el brillo de sus ojos verdes y la firmeza de sus hombros rectos y fuertes.

–Parece alemana –dijo–. Dile algo, Faustmann.

–¿En ruso, Faber?

Apoyó el cañón del arma en el pecho izquierdo de la muchacha, sobre el corazón.

–Hable –dijo.

La joven habló con suavidad y Faber percibió por primera vez la melodía del idioma.

–Rusas –dijo Faustmann entre risas–. Vamos. Fuera.

Arrastró a la mujer mayor, la abuela, del brazo y las lanzó fuera, a la nieve.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Faber.

–Son rusas –aclaró Faustmann.

Las colocó frente a un manzano y apuntó primero a la anciana, que se tapó la cara con las manos, y luego a la joven, que le sostuvo la mirada. Disparó al centro de su rostro.

–¿Por qué coño has hecho eso? –preguntó Fuchs.

Faustmann disparó también a la anciana.

–Son rusas –explicó–. No pienso compartir un cobertizo con campesinas rusas.

–Dios mío, Faustmann –dijo Fuchs–, tu abuela es rusa. Es como si acabaras de matar a tu propia abuela.

Faustmann volvió al cobertizo, mordió una manzana y buscó algo de comida en el macuto. Kraus y Gunkel lo siguieron al interior.

–Qué cabrones –dijo Kraus–. ¿Cómo habéis encontrado esto? Hacednos un hueco.

–Solo vosotros dos –dijo Weiss.

–Vamos a por los macutos. Vale, y los demás, de vuelta al establo. Asunto zanjado.

Faber se sentó a comer tratando de calmar el revoloteo de su estómago.

Faustmann se inclinó hacia él y le susurró al oído:

–Venga, Faber. Vuelve a acusarme. A ver quién te cree ahora.

–Vete a la mierda. No tendrías que haberle disparado.

–Era rusa.

–Igual le disparaste porque parecía alemana.

–Eres un hijo de perra.

Se fue y dejó a Faber junto a Fuchs, de cuyo pecho salía un sonido sibilante.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó Faber.

–Me alegro de estar bajo techo. ¿Qué pasa con vosotros dos?

–¿A qué te refieres?

–Faustmann y tú. Parecéis un matrimonio de viejos.

–No me gustan sus ideas políticas.

–Te lo tengo dicho. Aquí no se habla de política.

–Habla como un comunista.

–Faber, antes de ir a Berlín, casi ni sabías lo que era el comunismo.

–Pero es importante.

–Tonterías. Lo importante es estar unidos y salir de este infierno de una pieza.

–Para mí es importante.

–¿Y por qué coño es tan importante para ti?

–Estamos aquí por una razón, ¿no?

–Sí, porque somos soldados.

–No, Fuchs. Estamos aquí para limpiar Rusia de comunistas y judíos. Para que mi mujer y mi hijo tengan un futuro mejor.

–Estamos aquí porque somos soldados, Faber. Y punto.

–No es tan sencillo.

–Sí, lo es, y cállate la boca de una puta vez.

Katharina leyó la carta por segunda vez, su madre acurrucada junto a ella.

–No dice que le pase nada malo, madre. Debería alegrarse. Vuelve a casa.

–Katharina, no lo enviarían de vuelta si no le pasara algo.

–Igual solo se ha herido un brazo o una pierna. Se recuperará. Lo importante es que vuelve. –Besó a su madre en la mejilla–. Deberíamos prepararlo todo para cuando llegue, madre. Decorar su habitación. Aún no hemos colgado sus insignias y los certificados. Venga. Vamos a ponerlos ahora.

Ayudó a su madre a levantarse y fueron a la habitación de Johannes.

–Seguro que está bien, madre.

A la noche siguiente no encontraron refugio y quedaron varados en la estepa, apenas habían recorrido un tercio del trayecto.

–Deberíamos caminar toda la noche –propuso Kraft–. Seguir en marcha y mantener el calor.

–Hace demasiado frío, nos perderíamos –objetó Reinisch–. Mejor acampamos aquí.

Faber clavó el fusil en la nieve, pero no encontró tierra para las estacas, solo capas de hielo espeso.

–¿Y qué hacemos ahora? –preguntó.

–Cavar en la nieve –dijo Weiss–. Haremos una cueva para la tienda.

–Estoy agotado –dijo Kraft.

–¿Y si las ponemos directamente en la superficie? –sugirió Faber.

–Tenemos que resguardarnos del viento –dijo Weiss.

–No hay –observó Kraft.

–Puede que haya. Empezad a cavar –dijo Weiss.

–Nadie te está haciendo caso, Weiss –dijo Faber.

–Pues allá ellos.

Cavaron durante veinte minutos hasta hacer un hoyo lo bastante profundo para clavar las estacas y atar las cuerdas.

–Parecemos putos esquimales –dijo Faber.

–No puedo creer que nos esté pasando esto. Que nos estén haciendo esto –dijo Kraft.

–¿Quiénes?

–Las capullos esos de Berlín. Los que nos mandaron aquí.

–¿Has estado hablando con Faustmann? –preguntó Faber.

–No.

–Suenas como él.

–¿Como Faustmann?

–Sí. Él dice cosas así. De comunista.

La risa de Weiss estalló dentro de la tienda.

–Kraft es demasiado rico para ser comunista.

–Entonces, ¿por qué habla como si lo fuera?

–No soy comunista –dijo Kraft–. Solo me pregunto qué cojones estamos haciendo aquí. ¿Qué sentido tiene todo esto?

–¿Ves? Eso es justo lo que diría un comunista.

–No, Faber. Simplemente me estoy preguntando qué cojones hago yo en la nieve rusa cuando debería estar en mi casa, delante de la chimenea, cuidando de mi madre.

Durmieron hasta que un aire brutalmente frío inundó la tienda. Eran Fuchs, Faustmann y Gunkel intentando entrar.

–Se nos ha jodido la nuestra –gritó Faustmann–. Se ha rajado por todas partes. Todo el mundo está buscando refugio como puede.

–Pero aquí no hay sitio –objetó Faber.

–Pues nos hacéis un hueco como sea –dijo Fuchs.

Faber, Weiss y Kraft se apretaron las rodillas contra el pecho y los otros tres se abrieron paso arrastrando los macutos y las armas.

–Ha sido el viento –dijo Fuchs–. Ha cortado la tienda como un cuchillo.

Se acurrucaron con la espalda contra la lona, las rodillas chocándose unas con otras, seis hombres comprimidos en un espacio ideado para dos. Fuchs estuvo tosiendo casi toda la noche, escupiendo flemas en una tienda ya saturada de sudor y aliento rancio. Faber se despertó al amanecer jadeando en busca de aire fresco. Fuera hacía un frío terrible, pero salió de todos modos. Encendió un cigarrillo y observó cómo el sol trepaba por el cielo. A medida que ganaba fuerza, fue tiñendo la nieve de rosa y revelando las figuras de tres hombres envueltos en sus tiendas derrumbadas. Faber fue hacia ellos. Estaban muertos.

–Pobres desgraciados –dijo.

Se terminó el cigarrillo, arrojó la colilla a la nieve y regresó con los hombres dormidos, empujándolos para recuperar el espacio que había sido suyo. Volvió a quedarse dormido, se despertó con el resto y comió.

Arrastraron los cadáveres tirando de sus ropas. Todo estaba congelado. Los gorros, pegados a la cabeza; los macutos, sellados.

–La nieve los enterrará por nosotros –dijo Kraus.

Fuchs tosió y escupió una flema verde sobre la nieve.

–Espero que me entierre usted, sargento –dijo.

–No le pasará nada, soldado.

Fuchs se enjugó el sudor que le corría por la frente y el puente de la nariz.

–Esperemos que tenga razón, sargento.

Se congregaron en torno a los muertos, rezaron varias oraciones y reanudaron la marcha en dirección nordeste, siguiendo el mapa y la brújula, sosteniendo a Fuchs cuando tropezaba, turnándose para cargar con él a través de la nieve. Al caer la tarde no vieron ningún

pueblo, ningún refugio, solo blancura infinita. Kraus apoyó la cabeza contra la de Fuchs, las pestañas de ambos estaban cubiertas de hielo.

–Lo siento, Fuchs.

Fuchs abrió los ojos y volvió a cerrarlos.

–No es culpa suya, sargento.

–Deberíamos haber desobedecido.

–Entonces tú también estarías muerto, Kraus.

–Puede que lo esté de todos modos.

Weiss puso una mano en el hombro de cada soldado.

–Es mejor que descansemos esta noche –dijo.

–No puedo cavar –dijo Faber.

–Tenemos que hacerlo –insistió Weiss.

–No puedo. Estoy agotado.

–Yo tampoco puedo –intervino Kraft–. La ponemos en la superficie y ya está.

–¿Y si vuelve a hacer viento como anoche? –preguntó Weiss.

–No creo que haga viento dos noches seguidas –dijo Faber.

–Supongo que no.

Cayeron en un sueño profundo y absorbente, ajenos al silbido agudo del viento sobre la estepa, que golpeó la tienda como si de un balón se tratase, la lanzó al aire y la dejó caer de nuevo, haciéndola rodar una y otra vez. Caderas, rodillas, cabezas y armas chocaban unas contra otras. Kraft gritaba entre lágrimas que iban a caerse por el borde de la tierra. Y entonces todo se detuvo. De repente. Los hombres se desenredaron y trataron de calmar la respiración.

–Así que esto era la montaña rusa –dijo Weiss.

Rieron, agradecidos por la liberación. Estaban magullados y llenos de rasguños, pero nadie sangraba. Nada parecía estar roto. Salieron de la tienda abriéndose paso entre cuerdas y lona. Kraus, Gunkel y Faustmann estaban al lado, la misma racha de viento había empujado su tienda en la misma dirección.

–Putra mierda de país –dijo Gunkel.

Recogieron sus cosas y caminaron los cuatrocientos metros que los separaban del campamento, donde los demás seguían durmiendo, ajenos a todo, bajo la luna del amanecer. Intentaron montar de nuevo la tienda, pero la lona estaba rota y faltaban cuerdas y estacas.

–De todos modos, ya casi es de día –dijo Weiss.

–Deberíamos apiñarnos unos contra otros y ya está –sugirió Kraft.

Faustmann extendió su tienda sobre la nieve.

–Poneos aquí –dijo– y echamos la otra tienda por encima.

–Y Fuchs que se quede en medio –dijo Gunkel–. Respirad cerca de él para que entre en calor.

Fuchs parecía perdido. Ya no tosía.

–¿Estás bien, Fuchs? –preguntó Faber.

–Sí. Sois muy buenos conmigo.

Guardaron silencio en mitad del aire fino y quebradizo, escuchando la respiración de Fuchs, las sibilancias quejumbrosas de un hombre ahogándose en sus propios pulmones. Faber frotó la cara de Fuchs con los guantes para quitarle los carámbanos, rompiendo los trocitos de hielo que le cubrían la nariz y los labios. Estaba decidido a mantenerse despierto, a acompañar al antiguo alumno de su padre, pero al amanecer el sueño lo venció y lo arrastró consigo hasta las profundidades. Entonces algo le cayó encima. Era Fuchs,

estaba congelado. Lo sostuvo un instante, pero luego lo dejó caer de bruces sobre la nieve.

–Está muerto –dijo.

Todos despertaron y miraron hacia abajo. Weiss se inclinó sobre el cuerpo.

–Voy a quedarme con su cartilla de paga y la chapa –dijo Weiss–. Para su mujer.

Los demás se apresuraron también a coger todo aquello que ya no serviría a un muerto –cuchillo, linterna, gorro, bufanda, guantes–, antes de que el cadáver se congelase aún más. Lo cubrieron con nieve y se marcharon.

–Entonces, ¿qué piensas ahora, Faber?

–¿Sobre qué, Faustmann?

–¿Somos o no carne de cañón?

–Cállate.

–No, tiene razón –dijo Weiss–. ¿Qué coño estamos haciendo aquí?

–Yo hago lo que me ordenan mis superiores.

–¿Y dónde están tus superiores? –preguntó Weiss–. ¿Por qué no están aquí?

–Porque estamos nosotros –respondió Faustmann–. En lugar de ellos.

–Vamos a acabar todos muertos o locos de remate –dijo Weiss.

–O las dos cosas –añadió Kraft.

–No puedo pensar en eso ahora –dijo Faber.

–Pues deberías –replicó Faustmann.

–No, Faustmann. Lo que tengo que hacer es seguir con vida.

–Pero estás ignorando los hechos, Faber.

–¿Los hechos? Los hechos son que me estoy muriendo de hambre y de frío a miles de kilómetros de mi casa. ¿Para qué? Para conseguir una Alemania más grande y más fuerte, libre de judíos comunistas. Esos son los hechos. Por eso estoy aquí. ¿Y tú por qué estás aquí, Faustmann?

–No tengo ni puta idea.

La nieve empezó a caer de nuevo, los copos se posaban sobre la nieve ya helada. Faber se puso todo lo que tenía, agradecido por el visón y el fieltro, solo sus ojos estaban al descubierto. Aun así, era difícil ver. La nevada era espesa y el cielo, oscuro. Avanzó hacia la cabeza del grupo exponiéndose más a la fuerza del viento, pero quería estar cerca de Reinisch y la brújula.

A primera hora de la tarde llegaron a un pueblo intacto, pero sin gente ni víveres. Gunkel no encontró ningún animal que sacrificar. Encendieron fogatas y bebieron nieve hervida. Kraft empezó a quitarse las botas de cuero, la nieve había limpiado las punteras de acero, que relucían a la luz de las llamas.

–No estoy seguro de que debas hacer eso, Kraft –dijo Weiss–. Quizá sea mejor esperar a que lleguemos.

–Quiero lavarme los pies. Calentarlos un poco.

Faber lo ayudó con las botas y observó cómo Kraft se quitaba el calcetín izquierdo. La piel que quedó a la vista, salpicada de un polvillo blanco, era más oscura que la del resto de la pierna.

–¿Qué es eso? –preguntó Faber.

Kraft lo apartó de un manotazo. No se movió. Se quitó el resto del calcetín, levantándolo sobre el metatarso y los dedos.

–¡Joder! Cómo duele.

Las uñas de los pies de Kraft habían desaparecido. Las cinco. Faber levantó el calcetín, le dio la vuelta y las encontró adheridas a la tela, negras y podridas. El pie derecho estaba aún más oscuro. Las uñas también se habían desprendido, y el dedo pequeño estaba más negro, aplastado y alargado. Nadie dijo nada. Todos se miraron. Kraft se puso en pie y cojeó hasta la estufa. Llenó un cazo con agua tibia, volvió a sentarse y metió los pies en el agua.

–Volverán a la normalidad en un momento –dijo.

Los pies se aclararon un poco, pero el dedo pequeño seguía negro, con una textura como esponjosa. Después de secárselos, se aplicó el ungüento para congelaciones que llevaban en los botiquines. Faber encontró un par de calcetines gruesos y secos en unas zapatillas rusas que había junto a la puerta.

–Igual debería haberme puesto los zapatos de los muertos –dijo Kraft.

–A ver si encuentro por aquí algunos que te vengan bien –dijo Weiss.

–No te molestes –replicó Faustmann–. Los rusos solo tienen un par de botas. Y las llevan puestas.

Por la mañana Faber, Weiss, Gunkel y Faustmann caminaron junto a Kraft, en la retaguardia, ayudándolo a abrirse paso por la nieve, que les llegaba hasta los muslos, siguiendo la senda difusa abierta por los hombres que los habían precedido.

La nieve fría se filtraba por la ropa de Faber mientras su cuerpo emanaba un sudor caliente y húmedo. Su organismo estaba agotado y confundido, era incapaz de reconocer su propia temperatura, su propia fuerza. Quería el estofado de ternera de Stockhoff. El pelo

largo de Katharina. Quería que todo terminase. Que se acabara de una vez ese sinsentido.

Permanecieron a la espera, con el pastel y el café preparados, escuchando el tictac del reloj marcar cada segundo irrecuperable de la tarde.

Katharina bajaba a la calle cada media hora para asegurarse de que no se hubiese confundido de dirección y estuviese dando vueltas por el barrio, pero no encontró rastro de él.

–Puede que el tren se haya retrasado –dijo la señora Spinell–. Ya no puede una confiar en nada.

–Voy a comprobarlo –dijo el señor Spinell.

–Lo acompaño, padre.

–Está lloviendo, Katharina. Quédate con tu madre.

Katharina volvió a sentarse junto a la chimenea, enfrente de su madre, y retomó la costura. El reloj continuó su marcha implacable.

–No soporto el trasto ese –dijo la señora Spinell–. No entiendo por qué lo compraron. Hace un ruido horroroso. –Se levantó, cogió un paño de la cocina y volvió a quitar el polvo a los adornos que ya había limpiado.

–Seguro que está bien –dijo Katharina–. Y que hay alguna explicación sencilla.

–Pero siempre era tan puntual. ¿Recuerdas cómo corría cada mañana al colegio para ponerse el primero de la fila, justo bajo las narices de la maestra, para que aplaudiera su puntualidad?

–Me acuerdo.

–Nunca nunca se retrasaba. Tú, en cambio, siempre te entretenías pensando en las musarañas y llegabas tarde al colegio.

–Lo sé, madre.

El señor Spinell regresó dos horas después con el abrigo y el traje empapados.

–Ni rastro de él. Todos los trenes del este han llegado y se han ido.

La señora Spinell cogió el pastel, lo envolvió en un paño limpio, lo guardó en una caja y se fue a su habitación. Su marido se cambió de ropa y ocupó el sitio que esta había calentado en el sofá.

–¿Cree que está bien?

–Seguro que sí, Katharina. Nadie ha dicho lo contrario.

–¿Y quién se supone que debería decírnoslo?

–En tiempos de guerra, las malas noticias siempre acaban llegando. Seguro que hay una explicación. Deberías irte a la cama, Katharina. Pareces cansada.

A la mañana siguiente, muy temprano, alrededor de las seis, el timbre la arrancó del sueño. Apartó las mantas y fue corriendo a la puerta principal atándose el cinturón de la bata por el camino. Sus padres ya estaban allí, hablando con un soldado, un joven que no era Johannes. Les entregó una carta, hizo el saludo militar y se marchó. La señora Spinell apretó el brazo de su marido, el rostro alzado, en tensión, esperando lo peor.

–Por favor, Günther. ¿Qué dice?

Su marido leyó la carta para sí.

–Está todo bien, Esther. Está bien.

Ella abrió los ojos.

–Ay, gracias a Dios.

–Está en un hospital militar, en Polonia. Lo bajaron allí del tren para que recibiera tratamiento y volverá a casa la semana que viene.

–Podemos esperar una semana –dijo la señora Spinell.

–Me pregunto qué habrá pasado –dijo Katharina.

–Siempre fue un chico fuerte, Günther.

Llevó el pastel a la mesa del salón, retiró el paño y empezó a cortarlo.

–Es un poco pronto, madre.

–No hay que desperdiciar unos huevos tan buenos –dijo la señora Spinell.

Se sentaron a la mesa y comieron el pastel.

–A lo mejor tiene gripe –dijo el señor Spinell.

–O algún virus estomacal –dijo Katharina–. En un tren tan abarrotado...

Rieron.

–No puede ser nada grave –dijo el señor Spinell–, o nos habrían dicho algo.

Llegó una segunda carta del Ejército indicándoles que recogiesen a Johannes de la estación a las quince horas del jueves siguiente. Katharina fue esta vez con su padre y estuvo acariciándose el vientre hasta que llegó el tren y se abrieron las puertas, que arrojaron cientos de uniformes sucios sobre el andén.

–Nunca lo encontraremos –dijo–. Todos parecen iguales.

–Mira bien. Él nos reconocerá.

Katharina buscó a conciencia: las mejillas empalidecidas y los ojos hundidos, las marcas del hambre, el frío y la extenuación labraban los rostros de aquellos hombres.

–Dios mío, padre.

–La lucha en Moscú es dura, Katharina. Pero venceremos.

Algo llamó su atención, un bulto blanco balanceándose por el andén entre la marea de uniformes grises. Era una enfermera con una cofia blanca reluciente que sostenía del brazo a un hombre frágil, guiándolo entre la multitud. Él parecía ajeno a la enfermera, a la gente, al hilo de baba que resbalaba por la comisura de sus labios. Katharina apoyó la mano en la manga de su padre.

–Lo he encontrado, padre.

–¿Dónde?

–Delante de usted.

–¿Dónde, Katharina? No lo veo.

–Delante de usted. Con la enfermera.

–Oh, no, Katharina. No.

Al joven el uniforme le quedaba enorme. La piel fina y apegaminada de su rostro semejaba la de un anciano.

–Mi pobre hijo.

La enfermera pasó junto a ellos con Johannes.

–Vamos, padre. Vayamos a por él.

–No sé si puedo.

–Es él, seguro.

Tocó el brazo de la enfermera y se presentó.

–Hola, Johannes. Bienvenido a casa.

El joven se giró hacia la voz, pero su mirada parecía ausente, aquellos ojos azules no veían nada. El señor Spinell dio un paso

hacia Johannes y lo tomó del brazo.

–Vamos, hijo. Vámonos a casa. Tu madre te está esperando.

Johannes se puso de nuevo en marcha, arrastrando los pies por el andén, reacio, o incapaz tal vez, de levantarlos. Katharina se quedó con la enfermera.

–Está muy afectado –dijo la enfermera–. Pasa muy a menudo. Los médicos le han dado tres semanas de permiso, así que llévenselo a casa y métnalo en la cama unos días. Ya verán cómo se pone mejor. El fusil y el macuto se han quedado en Polonia, pero sus documentos están aquí. En ellos encontrarán todo lo que necesitan saber. –Le entregó un sobre–. El efecto de la sedación se irá en un par de horas. Es conveniente que esté dormido en la cama antes de que eso ocurra.

–¿Por qué?

–Será más fácil de manejar.

–Ah.

–Estará bien. De verdad. Es algo muy común.

–¿Cuánto dura?

–Depende. Pero debería mejorar en las próximas tres semanas. Si lo necesitan, contacten con su médico de cabecera.

–Gracias.

Katharina no tardó en alcanzar a su padre y a su hermano. Tomó la mano izquierda de Johannes, se la acercó a los labios y le dio un beso.

–Hola, Johannes. Soy yo, Katharina.

Lo llevaron escaleras abajo hasta el metro y lo subieron a un tren, los tres en silencio hasta que llegaron a la puerta del piso.

–Tengo que hablar primero con tu madre. Prepararla un poco.

Intentó meter la llave en la cerradura sin hacer ruido, pero su esposa lo oyó, abrió la puerta de golpe y apartó a su marido de un codazo para ver a su hijo.

–Johannes –dijo abriendo los brazos. Se detuvo en seco, el cuerpo inmóvil, los brazos extendidos–. Johannes. Mi niño guapo. –Se acercó a él, tomó su rostro entre las manos y lo besó en ambas mejillas–. Bienvenido a casa, cariño. Mamá va a cuidarte. Ahora estás a salvo.

Lo cogió de la mano y lo condujo al salón, ahuecó los cojines, lo ayudó a tomar asiento y le quitó las botas.

–Katharina, ve a por una manta. Günther, trae el café de la cocina. Está en el fogón.

Ambos hicieron lo que les ordenó, ambos aliviados de tener una tarea que los sustrajese de la figura maltrecha del sofá. Katharina puso la manta sobre las piernas de Johannes y el señor Spinell le acercó el café, pero las manos de Johannes permanecieron inertes, la taza se inclinó y el líquido se derramó sobre la manta.

–Günther, ¿qué estás haciendo?

–No me he dado cuenta.

–Sirve otra taza. Y mejor dámela a mí.

La señora Spinell le acercó la taza a la boca y vertió un poco de café entre sus labios. Entró algo, pero la mayor parte se le escapó por la comisura derecha, manchando la servilleta de lino blanco que tenía sobre el pecho. Luego vino el pastel, migas que ella fue metiendo suavemente en su boca, negándose a aceptar que su hijo no pudiese masticar ni tragar.

–Lo he hecho esta mañana, cariño. Especialmente para ti.

–La enfermera dijo que el efecto de la sedación desaparecería pronto –dijo Katharina–. Que debería estar en la cama antes de que eso ocurra.

–¿Qué enfermera?

–En la estación.

–Primero voy a darle un baño. El agua está caliente.

–Yo lo preparo –dijo Katharina.

Abrió los grifos y observó su reflejo mientras recorría con los dedos la extenuación de su rostro.

El señor y la señora Spinell ayudaron a Johannes a ponerse en pie y lo llevaron al baño.

–Ahora, señoras, fuera, por favor. A partir de aquí me encargo yo.

–No, Günther. Lo baño yo.

–Esther, tiene veinte años, es demasiado mayor para que lo bañe su madre.

–Tengo que revisar su piel, ver si tiene piojos, si hay infecciones. Quiero verlo, Günther. Es mi hijo.

–Vale, lo bañamos entre los dos. Pero Katharina que se vaya. Eso sería demasiado.

Dejó a sus padres y se sentó de nuevo en el sofá para ajustarle la cintura a un vestido para embarazadas de seda azul. El hombre de la casa de empeños se lo había reservado.

Su madre salió del baño, fue corriendo a la cocina, abrió un armario, lo cerró y regresó junto a su hijo.

–Tiene piojos. Solo en el pelo. Y, gracias a Dios, no tiene infecciones ni síntomas de congelación. –Cerró la puerta del baño y volvió a abrirla al momento–. Ay, Katharina, ¿por qué no me traes el pijama de tu hermano?

Se levantó despacio, notando el peso del día en las lumbares y en la pelvis mientras se dirigía al cuarto de Johannes. Pasó los dedos por las condecoraciones deteniéndose en el caballo de latón sobre la placa de madera, el triunfo de un chico de ciudad sobre curtidos jinetes rurales. Dejó la ropa en el suelo, frente al baño, y golpeó la puerta con los nudillos.

–El pijama.

Johannes salió lavado y afeitado, el algodón azul del pijama resbalándole por los hombros, demasiado holgado. Con un progenitor a cada lado sujetándolo del brazo, se dejó guiar hasta el sofá.

–Voy a prepararle algo de comer –dijo la señora Spinell.

–Madre, de verdad, tenemos que meterlo en la cama antes de que se le pase el efecto del sedante.

–Katharina, tu hermano lleva semanas sin comer en condiciones. No voy a dejar que se acueste sin probar bocado.

–Vale, pues nada.

Katharina le subió las piernas al sofá y lo tapó. Para encubrir el silencio de su hermano, empezó a hablar de su marido y del bebé, del piso nuevo y de las cosas que podían encontrarse en las casas de empeño. Él no decía nada. No se enteraba de nada. Cuanto más intenso era su silencio, más hablaba ella, aliviada cuando su madre regresó con un cuenco de puré de patata lechoso, infantil. La señora Spinell se lo fue dando con la cuchara, limpiándole la baba.

–Te gusta, ¿verdad, cariño?

La señora Spinell tocó el fondo del cuenco con el metal y se tomó la última cucharada, algo más tranquila al ver que su hijo había comido bien.

–Buen chico.

Katharina agarró las manos de su hermano.

–Es hora de llevarlo a la cama, madre.

–Katharina, llevo meses sin verlo. Déjanos un rato.

–Pero la sedación va a dejar de hacerle efecto.

–¿Y qué pasará entonces?

–No lo sé. No se lo pregunté a la enfermera.

–Cinco minutitos más.

La señora Spinell le cantó un rato y, con la ayuda de su marido, lo llevó al lavabo y después a la cama. Katharina se acostó también, agradecida por las nubes de lluvia que se cernían sobre la ciudad. Los ingleses no vendrían.

Por la mañana, con una rebeca gruesa que abrigaba mucho, fue a ver a su hermano. Estaba inmóvil, salvo los labios, que se movían de forma frenética y febril. Tenía los ojos abiertos.

–¿Johannes? ¿Estás despierto?

Le tocó la frente, pero no notó fiebre. Se sentó en una silla junto a la cama y rodeó la mano escuálida de su hermano con la suya, hasta que entró su madre, con la bata de estar por casa ya puesta.

–¿Cómo está, Katharina?

–Está despierto y tranquilo, pero no deja de murmurar.

–Se ha pasado la noche entera igual.

–¿Ha pasado la noche en vela, madre?

–Tu padre y yo nos hemos turnado para estar con él.

–¿Por qué no me lo ha dicho? Yo habría ayudado.

–Bastante tienes tú con lo tuyo, necesitas descansar.

–¿Y Johannes ha dormido?

–No mucho. Un poco al principio de la noche. El resto del tiempo ha estado así, sin moverse.

–Qué horror.

La señora Spinell se sentó a los pies de la cama de su hijo.

–¿Qué hacemos, madre?

–Tendremos que esperar a ver qué pasa. Tu padre vio cosas así en la última guerra. Los hombres solían recuperarse.

–¿Sin secuelas?

–A veces sí. A veces no.

–¿Cuánto tardaban en ponerse bien?

–Días, semanas, a veces meses.

–La enfermera dijo tres semanas.

–Esperemos que así sea.

–Ah, la carta, se me olvidaba.

Katharina fue al recibidor en busca del sobre que le había entregado la enfermera. Dentro estaban la cartilla de paga de Johannes, el permiso y una carta dirigida a sus padres. Abrió la cartilla y miró la fotografía, tomada al comienzo de la guerra. Su hermano sonreía a la cámara. Fue pasando las páginas, deteniéndose en las asignaciones de ropa, el material, las retribuciones y su itinerario por Europa hasta Rusia, las rúbricas, las fechas de entrada y salida, los sellos oficiales. Los nombres de tres hospitales.

–Johannes ya ha estado en el hospital antes, madre.

–¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Le entregó la cartilla y el informe de un médico militar que aseguraba que Johannes había sido tratado sin éxito tres veces por

traumatismo. Habían decidido que estaría mejor en casa y que, sin duda, se recuperaría pronto tras un breve descanso.

–¿Y cómo vamos a curarlo nosotros si ni siquiera los médicos son capaces?

–Haremos todo lo que podamos, Katharina. Anda, vístete, que vas a llegar tarde al trabajo.

El banco estaba lleno. Muchos de sus compañeros habían dejado la ciudad para irse con parientes que vivían en el campo, así que a ella la habían trasladado de las oficinas al mostrador, donde atendía a clientes que preguntaban si su dinero estaba a salvo de las bombas británicas. Ella los tranquilizaba, a menudo varias veces al mes.

Cuando llegó a casa fue a ver a Johannes. Estaba igual, pero en el dormitorio se percibía un olor como agrio. Retiró las sábanas. Se había orinado encima, tenía el pijama pegado a la piel.

–Dios mío, Johannes, ¿qué te ha pasado?

Se quitó el abrigo, abrió la ventana, aspiró un par de veces profundamente, lo incorporó y lo desnudó, dejando al descubierto lo que había permanecido oculto para ella durante más de una década.

Le puso un pijama limpio, lo llevó al salón y lo sentó en el sofá, delante de la chimenea.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó la señora Spinell–. Se supone que debería estar en la cama.

–Se ha orinado encima.

–¿Y lo has cambiado tú?

–Ahora voy a cambiarle las sábanas.

–Pero, Katharina, no deberías haber hecho eso. Es tu hermano.

–Madre, estoy casada y encinta. No va a pasarme nada.

Quitó las sábanas, las lavó en la bañera y pasó una toalla por el colchón antes de apoyarlo contra la ventana abierta para que se aireara, aprovechando lo que quedaba del frío día de primavera. Se sentó a su lado, retomó la costura y percibió de nuevo el olor.

–No, Johannes.

Repitió el procedimiento, esta vez la ayudó su madre.

–Necesita un pañal.

–Es un hombre adulto, Katharina. No podemos ponerle pañales.

–Pues algo hay que ponerle, madre.

–Usaremos toallas.

Comieron pollo, remolacha y patatas mientras Johannes permanecía tendido en el sofá, sus murmuraciones discurriendo en paralelo a la conversación de la mesa.

–El doctor Weinart ha prometido venir en los próximos días –dijo el señor Spinell–. Dice que ha visto muchos casos como este.

–Qué amable de su parte –dijo la señora Spinell.

–¿Qué va a pasar con Johannes, padre?

–Hay que esperar y ver qué pasa, Katharina. Mientras tanto, tenemos que hacer lo posible por que esté tranquilo y descansado.

Esa noche no tardó en quedarse profundamente dormida, ajena a las rachas de viento que serraban las nubes y mantenían así el cielo despejado. Entonces oyó el aullido de las sirenas. Molesta por su lamento pertinaz, por la interrupción del sueño, empezó a vestirse con un ritmo metódico que le permitiese llegar a tiempo al refugio. Solo cuando estaba abrochándose los zapatos se acordó de su hermano.

Sus padres estaban en el dormitorio de Johannes, ya vestidos, intentando meterle un jersey, el de las esvásticas, por la cabeza.

–Lo siento. Estaba dormida.

–Tráele los zapatos y los calcetines, Katharina –dijo su madre.

Le pusieron el abrigo a toda prisa y salieron al vestíbulo. En la puerta volvió a orinarse.

–Dios mío, Johannes –dijo Katharina–. Otra vez no.

–Voy a por ropa limpia.

–No, Esther. No tenemos tiempo.

–No podemos llevarlo así al refugio, Günther. El olor va a ser insoportable, no nos lo perdonarán. Ni lo olvidarán.

Katharina lo desnudó y sus padres lo vistieron de nuevo, los tres batallando por mantenerlo en pie. Lo llevaron escaleras abajo y salieron a la calle, aliviados al ver, una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, que todavía había gente, niños pequeños con sus madres y abuelos. Pero Johannes se sentó en la acera, bajo una sirena. El resto de la gente no tardó en desaparecer.

–Venga, Johannes –dijo el señor Spinell–. Van a cerrar las puertas de un momento a otro.

Katharina vio el enorme refugio de hormigón alzándose sobre la calle, pero parecía estar a kilómetros de distancia. Levantaron a Johannes y lo obligaron a avanzar, con los cordones desatados, tropezándose a cada poco. Había dos hombres en lo alto de las escaleras de hormigón, estaban cerrando las puertas. El señor Spinell les gritó, pero no lo oyeron, y las bombas empezaron a caer en las afueras de la ciudad, muy al oeste, pero bombas al fin y al cabo. El señor Spinell gritó más fuerte. A su hijo. A los hombres. Comenzó a agitar el brazo que tenía libre y ambos hombres se

fijaron en él. Agarraron a Johannes por debajo de los brazos y lo arrastraron escaleras arriba. Katharina y sus padres los siguieron y las puertas se cerraron de golpe, aseguradas con pesados cerrojos y travesaños.

–Gracias a Dios –dijo el señor Spinell–. Y a ustedes, caballeros.

–La próxima vez procuren llegar antes –dijo uno de los hombres.

–Descuide. Con suerte, mi hijo se recuperará pronto.

Durante los bombardeos, Katharina y sus padres solían quedarse en la planta baja del refugio antiaéreo, con una bolsa llena de libros, cojines, rompecabezas y avíos de costura. En esta ocasión, todos los pisos inferiores estaban llenos y no llevaban nada consigo.

–Tendrán que ir arriba –dijo el hombre de la puerta.

Siguieron el rastro de pintura fluorescente que conducía a la escalera y empezaron a subir. Johannes avanzaba con facilidad, como si se mostrara más dócil una vez bajo techo, resguardado del frío y del viento. El primer, segundo y tercer piso estaban llenos. Encontraron sitio en el cuarto, cerca de las torres con cañones antiaéreos.

–No me gusta estar tan arriba –dijo Katharina–. Estamos más cerca de ellos.

–Estas torres son indestructibles, Katharina. Diseñadas por el propio Führer.

–Lo sé, padre, pero yo prefiero estar más abajo.

Avanzaron por salas llenas de gente ya inmersa en sus rutinas mientras aguardaban a que todo terminase. Madres y abuelas sentadas en bancos de madera leían a niños pequeños mientras los ancianos limpiaban sus pipas y charlaban en voz baja. Los niños mayores sabían comportarse, se volvían a dormir o retomaban los

deberes pendientes. Todos repararon en Johannes, pero enseguida apartaron la vista. Quedarse mirando era de mala educación.

En la última sala del cuarto piso hallaron un hueco junto a un grupo de familias con niños pequeños. La señora Spinell llevó a Johannes hasta el banco y lo ayudó a tomar asiento, acercándole la espalda a la polvorienta pared de hormigón. Le atusó el pelo.

–Ya está, cariño, ya estamos aquí, y estás a salvo.

Los padres de Katharina se sentaron a ambos lados de su hermano. Ella se dejó caer junto a su madre, suspiró y soltó una carcajada.

–¿Qué pasa? –preguntó su madre.

–Mira, lleva un zapato distinto en cada pie.

–La próxima vez lo tendremos todo bien preparado –dijo la señora Spinell.

Uno de los cañones antiaéreos del tejado empezó a disparar, estaba más cerca de lo que Katharina estaba acostumbrada, y el estruendo era más intenso. Decidió no hacerle caso y dejarse arrastrar por el sueño, pero su madre no dejaba de moverse.

–¿Qué ocurre?

–No lo sé. Está temblando.

–A ver si se calma pronto.

Un segundo cañonazo, y luego un tercero. Katharina se llevó las manos a las orejas y luego al vientre, que cada vez estaba más redondo y tenso. Su madre se inclinó hacia delante. Johannes temblaba, sus brazos y piernas se agitaban al ritmo de los cañonazos. La señora Spinell intentó mecerlo como si fuese un bebé inquieto, susurrándole al oído. Se calmó un poco. Katharina se recostó contra la pared, pero una explosión la empujó hacia delante.

Una única bomba. La gente gritó, pero solo un instante, y recuperaron la compostura en cuanto se dieron cuenta de que las paredes y el techo permanecían intactos.

Pero la respiración de Johannes seguía sin apaciguarse, y sus ojos ausentes adquirieron un azul intenso, frenético. Katharina se sentó en el suelo y empezó a frotarle las piernas. Su madre tiró de ella.

–Levántate, niña. La gente te está mirando.

–Madre, tenemos que conseguir que se calme.

–Levántate. Estás embarazada. Estás haciendo el ridículo.

Se levantó y se sentó junto a su padre, pegándose a su hermano, el temblor de sus extremidades transmitiéndose a las suyas.

–Chist. Falta poco para que termine, ya verás.

Cayó otra bomba. Y otra más. Cuatro, seis, quebrantando la calma y la confianza de la gente. Los niños se pusieron a llorar. Los adultos les ordenaban que se callasen, les decían que pronto terminaría. Obedecieron, pero Johannes estaba en el suelo, hecho un ovillo, tapándose las orejas con las manos, los ojos fuertemente cerrados y la boca muy abierta en una suerte de grito silencioso. Katharina intentó ponerlo en pie.

–Vamos, Johannes. No es para tanto.

Johannes seguía en el suelo, aovillado.

–Vamos, hijo –dijo el señor Spinell–, que la gente se va a preocupar.

–Quizá deberíamos dejarlo ahí, padre. Que se recupere. No está haciendo daño a nadie.

–Es una vergüenza, Katharina. Ayuda a tu padre.

Katharina se agachó, pero perdió el equilibrio y cayó sobre el pecho y la cabeza de su hermano, arrojándolo a la oscuridad. Él

profirió un grito tan agudo que los niños empezaron a llorar. Poco a poco respondieron a los consuelos de sus madres. Pero Johannes se resistió a todos los intentos de calmarlo y siguió dando alaridos. Las madres se llevaron a sus hijos a otra parte, lejos de Johannes, el hombre al que la guerra había vuelto loco.

El doctor Weinart llegó con una caja de pasteles.

–Para usted, señora Spinell.

Ella la aceptó con torpeza, casi con una reverencia.

–Es usted muy amable, doctor Weinart. Muchas gracias.

–No es nada.

La señora Spinell cogió la caja con la otra mano.

–Deje que la ayude, madre.

–Estoy bien, Katharina. Ya nadie regala pasteles, ¿verdad, doctor Weinart?

–¿No? No me había dado cuenta, señora Spinell.

–Debemos de ser muy afortunados.

Le dio la caja a su hija.

–Günther, coge el abrigo del doctor.

Katharina equilibró la caja sobre las palmas y se dirigió salivando a la cocina. Levantó la tapa. Era un rulo de chocolate relleno de nata fresca y decorado con azúcar glas y una ramita de menta colocada justo en el centro. La señora Spinell entró detrás de ella.

–Déjame verlo.

–Es precioso, madre.

Katharina pasó el pastel a una fuente blanca rectangular con el borde dorado y se recreó en el aroma del chocolate y la menta.

–Tengo que hacerlo.

Hundió el dedo en la nata y se lo lamió, arañándose la piel con los dientes para no dejar ni rastro. Tras hacer rodar la nata por la lengua, se la tragó.

–Sublime.

–A ver que lo pruebe yo.

La señora Spinell cogió más que su hija, la nata le cubría un tercio del dedo.

–Eso no es justo.

Katharina se rio y repitió la misma operación; luego usó una cucharilla para nivelar los huecos que habían dejado los dedos.

–¿Por qué el doctor Weinart es tan amable con nosotros, madre?

–Tu padre lo conoce desde hace muchos años. Fue teniente en la última guerra, muy joven pero con muchas cualidades, y tu padre supo ver en él lo que otros pasaron por alto.

–¿Y han seguido en contacto todo este tiempo?

–Esta guerra los ha vuelto a reunir.

La señora Spinell llevó la fuente y el café a la mesa. Katharina la siguió con un cuchillo y cortó el pastel, que sirvió primero al médico, luego a su padre, después a su madre y, por último, a ella misma, poniendo la ramita de menta en su propio plato sin que su madre se diese cuenta. Colocaron los platos sobre la mesa y esperaron a que el doctor Weinart dejase de hablar y empezara a comer para seguir su ejemplo. Pero este continuó hablando de la guerra, del frente oriental, de sus triunfos, ajeno al café servido y a las servilletas desplegadas, indiferente al tormento del resto. El señor Spinell carraspeó; la señora Spinell habló al fin:

–Por favor, doctor Weinart, empiece.

–Gracias, señora Spinell.

Alzó el plato para que los demás pudiesen hacer lo mismo, pero dejó el tenedor sobre la mesa.

–Todo será nuestro para cuando llegue el verano. En cuanto la campaña de primavera se ponga en marcha, estarán acabados.

–No me cabe duda –dijo el señor Spinell.

–Debemos admitir que el invierno nos ha complicado un poco las cosas, pero eso ya ha quedado atrás. Volveremos a demostrar nuestra fuerza.

–Desde luego –dijo el señor Spinell.

–Por favor, doctor Weinart –dijo la señora Spinell–. El café se va a enfriar.

El médico cogió el tenedor y lo hundió en el borde del pastel. No comió, pero el gesto bastó para que los demás empezasen a degustar el bizcocho de chocolate, oscuro, compacto y, a todas luces, carísimo.

–Este pastel está exquisito –dijo Katharina–. ¿Dónde lo ha conseguido?

–Me alegra que le guste, señora Faber.

–¿Dónde puedo encontrar uno? ¿Es de alguna pastelería en concreto? Daría el sueldo de una semana por comprar uno.

El doctor Weinart se aclaró la garganta. El señor Spinell lo imitó con un carraspeo educado.

El médico dejó el plato sobre la mesa, con la mitad del pastel sin comer, y se limpió la boca con la mejor servilleta de lino de la familia.

–Señora Faber, este pastel lo ha hecho uno de los reposteros del Führer. No está a su alcance.

–Ah, entiendo. En tal caso, es un honor poder comerlo.

–En efecto.

El médico apuró el café y rehusó que le sirvieran más.

–Y, dígame, señora Spinell, ¿cómo está Johannes?

–Igual, doctor Weinart –respondió la señora Spinell–. Se pasa el día tumbado mirando el techo. Mueve menos la boca, eso sí, y a veces balbucea. Supongo que, en cierto modo, es una mejoría.

–Eso es bueno.

–Su ingesta de alimentos es escasa, pero constante. Más allá de eso, poco puedo decirle.

–¿Puedo verlo ahora?

–Por supuesto.

Siguieron al médico hasta el dormitorio, donde Johannes descansaba sobre el colchón, despierto pero inmóvil.

–Johannes –dijo el señor Spinell–, este es el doctor Weinart. Ha venido a examinarte.

El doctor Weinart se sentó en el borde de la cama. Tomó la mano de Johannes y se la estrechó.

–Hola, Johannes.

Los dedos flácidos del joven se escurrieron de los del médico y cayeron de nuevo sobre la sábana. El doctor Weinart le tomó la temperatura y el pulso. Chasqueó los dedos y dio palmadas junto a cada oreja.

–Lo único que podemos hacer es esperar. Volveré dentro de una semana, a menos que ocurra algo y me necesiten antes.

–Gracias, doctor –dijo la señora Spinell.

–¿Y no ha emitido ningún otro sonido, señora Spinell?

Lo siguieron mientras caminaba hacia el recibidor.

–Solo en el refugio antiaéreo. Allí se alteró un poco.

–Ah, sí, algo he oído.

El doctor Weinart se enrolló la bufanda y empezó a abotonarse el abrigo, de una lana oscura buenísima. Se detuvo en el tercer botón.

–En lo sucesivo, creo que será mejor no llevar a Johannes al refugio.

–No entiendo –dijo la señora Spinell.

–En aras de la ciencia alemana, quiero comprobar si Johannes es capaz de dormir durante un bombardeo, para ver si su subconsciente le permite descansar.

–No podemos hacerle eso, doctor Weinart –dijo la señora Spinell.

–Manténganlo en la cama, señor Spinell. Sin sedación.

–No creo que eso sea conveniente –dijo Katharina.

–Por desgracia, uno de ustedes tendrá que quedarse con él.

–Oh –dijo el señor Spinell.

–Creo que es lo mejor. Para él. Y, desde luego, para sus vecinos.

–¿Nuestros vecinos? –preguntó Katharina.

–No queremos que vean a un soldado asustado por las bombas. Podría minar la moral de la gente.

–¿Por qué iba a minar la moral de nadie? –replicó Katharina—. Es la realidad.

–Estoy seguro de que sus padres lo entienden, señora Faber.

–Desde luego –dijo el señor Spinell.

La señora Spinell cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho mientras el médico terminaba de abotonarse el abrigo.

El señor Spinell volvió a hablar:

–Yo me haré cargo, doctor.

–Gracias, Günther. Y gracias por su hospitalidad.

–Gracias por el pastel –dijo el señor Spinell.

La señora Spinell cerró la puerta, se quedó con la oreja puesta hasta que dejó de oír los pasos del médico y se enfrentó a su marido.

–¿Cómo has podido, Günther?

–¿Qué?

–¿Someterte de esa manera?

–Esther, ese hombre ha sido muy amable con nosotros.

–Uy, sí, amabilísimo, y por eso nos obliga a quedarnos aquí cuando nos bombardeen.

–Ya basta. Puede que ayude a Johannes.

–O que lo mate. Que nos mate a todos.

–Para, Esther. Tenemos que hacer lo que dice.

–«Tenemos que hacer lo que dice».

–Basta.

La señora Spinell se sentó en el sofá.

–¿Y si nos cae encima una bomba?

–Eso es muy poco probable, Esther.

–No puedes estar seguro. No lo sabes.

Katharina se sentó junto a su madre.

–Yo me quedaré con él –dijo.

–¿Tú? –dijo la señora Spinell–. Estás embarazada. No puedes.

–Estaré bien, madre.

–¿Qué pensaría la gente de nosotros, Katharina?

–¿Quién se va a enterar?

–Ni hablar. Nos turnaremos tu padre y yo. Günther se quedará con tu hermano la primera noche.

–De acuerdo –dijo él.

–Déjeme que me quede yo –insistió Katharina.

–Bueno, si lo tienes tan claro –dijo el señor Spinell–. En realidad, debería quedarme con tu madre.

–Günther, es tu hija y está embarazada. No puedes permitirlo.

–Estaré bien, madre. Johannes se va a asustar si ve lo nerviosa que te pones.

–¿Y tú no?

–Estaré bien.

–Déjala, Esther. Podrá descansar cuando volvamos.

–¿Cómo puedes permitir algo así? Eres un cobarde, Günther Spinell.

Katharina llevó las tazas y los platos a la cocina, cortó un trozo de pastel para Johannes y se sentó en el borde de su cama para meterle el chocolate en la boca.

–Pruébalo, Johannes. Lo ha hecho uno de los reposteros del Führer. Y está mucho más bueno que el de mamá.

Le atusó el pelo, le besó la frente y le acarició las mejillas, aún hundidas pese a llevar una semana a base de puré de patatas y verduras; el peso de su cabeza y de su cuerpo apenas dejaba huella en las sábanas.

–Vuelve con nosotros, Johannes.

Se sentó en una silla, se cubrió las rodillas con una manta y se quedó mirándolo, la quietud acentuada por el ritmo sosegado de su respiración y la agitación ocasional de su vientre. Se comió lo que quedaba del pastel y se puso a leer una novela policíaca americana que iban pasándose de mano en mano sus compañeras de trabajo. A su padre no le hacía gracia, así que la leía a escondidas.

Sus padres estaban junto a la chimenea, en el salón, leyendo los periódicos. Les mostró el plato vacío.

–Le ha gustado el pastel.

–¿Cómo está? –preguntó la señora Spinell.

–Dormido.

–Te hemos dejado un poco de pastel.

–Gracias –dijo Katharina. Estiró las piernas sobre el sofá–. Está claro que el doctor Weinart está más acostumbrado a comer estas cosas que nosotros.

–¿Qué quieres decir? –preguntó el señor Spinell.

–Se ha dejado la mitad.

–Es un hombre muy importante, Katharina, y eso conlleva ciertos privilegios.

El señor Spinell cenó y salió del piso dejando que las mujeres se ocupasen de bañar a Johannes.

–Deberíamos acostarlo pronto –dijo la señora Spinell–. Es una noche perfecta para los ingleses.

Cuando sonó la sirena, Katharina se despertó de golpe. Sus padres ya estaban en el umbral de la puerta, su madre sujetaba en las manos una baraja de cartas como si de un bolso de noche se tratase.

–¿Estarás bien, Katharina?

–Váyanse ya, madre.

Cerró la puerta con fuerza detrás de ellos, como si así no pudieran alcanzarlos las bombas, y comprobó dos veces que las ventanas y los postigos estuviesen cerrados, con las cortinas bien corridas. Johannes estaba durmiendo. Oyó aviones al oeste de la ciudad.

–Por favor, Dios, que no vengan por aquí.

Intentó retomar la lectura de la novela, pero era aburrida. Estaba aburrida. Y más a salvo de lo que había esperado. Se levantó.

–Sé que no debería hacer esto, Johannes.

Apagó la luz, descorrió las cortinas, abrió los postigos, subió la ventana y miró fuera. El aire era frío, vivificante; la calle, oscura y silenciosa, sin rastro de vida, salvo por los gatos desahuciados cuyos dueños ya no tenían comida para ellos.

El cielo era de un naranja apagado, mezcla de fuego y polvo. Vislumbró los aviones, puntitos negros danzando sobre las casas y las tiendas, sobre la gente, girando y enroscándose unos alrededor de otros en una danza de una belleza incongruente. Cerró la ventana, los postigos y las cortinas, se sentó en la silla junto a la cama de Johannes y se echó la manta sobre los hombros y el pecho, los pies apoyados en la mano de su hermano, las manos sobre el vientre.

No oyó el avión hasta que estuvo justo encima: uno solo, desgajado del grupo, el motor sigiloso y ligero. Le suplicó que siguiera de largo. No lo hizo. Soltó una bomba, un silbido seco, como un niño exaltado mientras se desliza por un tobogán. Se metió debajo de la cama suplicando por la protección de su hermano. Él seguía durmiendo. La casa y las ventanas temblaron. Katharina se quedó bajo la cama, escuchando la ligereza de la respiración de Johannes, hasta que regresó su madre.

–Ha estado dormido todo el rato –dijo Katharina.

–Gracias a Dios –dijo la señora Spinell–. ¿Estás bien?

–Sí sí.

–Pareces agotada. Vete a la cama. Voy a calentarte un poco de leche.

–¿Dónde está padre?

–Ha ido a ayudar. Han bombardeado una casa a tres calles de aquí.

–Ha sonado mucho más cerca. Creía que iban a matarnos.

–Vamos, Katharina. Vete a la cama.

Bajo las mantas, aún vestida, se acunó el vientre y le pidió disculpas una y otra vez al bebé. La señora Spinell se sentó en el borde de la cama y le frotó la espalda a través de las mantas.

–Tómame la leche ya, antes de que se enfríe.

–Ahora me la tomo. Déjala en la mesilla.

La señora Spinell se quedó allí hasta que Katharina se destapó.

–No me puedo creer que Johannes no se haya despertado, madre.

–Tal vez el doctor Weinart tenía razón y le venga bien.

–Fueron las ametralladoras las que lo alteraron la última vez, ¿no? Igual le pasó algo con las ametralladoras cuando estaba en Rusia.

–Ay, Katharina, no quiero ni imaginármelo.

–Pues yo me lo tengo que imaginar porque ¿y si Peter vuelve así? ¿Con el cerebro hecho papilla? ¿O sin brazos? ¿Sin piernas? ¿Qué va a pasar entonces? ¿Qué clase de vida me espera?

–Deberías dormir. Estoy segura de que Peter está bien.

–No lo sabes. No puedes saberlo. Esta puñetera guerra sigue y sigue, no parece tener fin.

–Lo tendrá. Cuando llegue el verano.

–Dijeron que acabaría en Navidad. Ahora en verano. ¿Cuánto tiempo se supone que tenemos que esperar? Estoy harta.

–Todo terminará pronto. Ya has oído al doctor Weinart.

–¿Y usted lo cree, madre?

–No me queda otra, Katharina.

Rusia, 4 de marzo de 1942

Mi querida Katharina:

Estoy celoso. Ya está. Lo he dicho. Johannes está en casa contigo. Y yo no. Él lleva ropa limpia, cena contigo todas las noches. Yo sigo en este infierno. Después de todos los malditos kilómetros que llevamos recorridos, sigo tan lejos de casa como al principio.

Odio este lugar. Estoy agotado, Katharina. Por la guerra, por estar sin ti, por estos rusos imbéciles y feos que nos atacan con el primer arma que pillan, vestidos de cualquier manera. Son implacables.

Intento centrarme en cosas alegres, en la primavera que se acerca, en el viento que va amainando y en unas flores diminutas que se abren paso entre la nieve. Pero es difícil. Te echo tantísimo de menos y echo de menos a mi amigo Fuchs. Cuesta aceptar que muriera para nada, Katharina. Si nos hubieran dejado quedarnos en el campamento hasta que se derritiera la nieve, Fuchs seguiría vivo. Tal como están las cosas, lo que hemos conseguido en Járkov no ha servido de mucho. Sigue siendo nuestro. Los rusos son demasiado débiles. Todo ha sido inútil, joder. Excepto para Reinisch. A él lo van a ascender. Por su gran trabajo obligándonos a marchar por la nieve.

No sé si esta carta logrará esquivar al censor, pero si lo hace, perdona mi malhumor. Es solo que estoy agotado, harto de los rusos y de sus mujeres flacuchas y llenas de piojos, que no poseen nada de tu belleza. Incluso mandan a sus mujeres a luchar en el frente, Katharina.

Lo siento, amor mío, por cargarte con todo esto. En general estoy bastante bien y a salvo, aunque un poco cansado. Pero te echo mucho de menos, muchísimo, y en la oscuridad de la noche me asalta el temor de que esta guerra dure tanto que acabes olvidándome.

Tengo muchas ganas de que llegue ese momento, Katharina. De estar contigo y con nuestro bebé. No sé si prefiero un niño o una niña. ¿Qué te gustaría a ti? Sea lo que sea, sé que será feliz y gozará de buena salud.

Te echo de menos y te quiero.

Tuyo,

PETER

Katharina se estiró al entrar en el salón para desperezarse y sacudirse el sueño de las extremidades. Johannes ya estaba allí, sentado en el sofá, despierto. La señora Spinell estaba a su lado.

–Se ha levantado él solo –dijo.

–¿Ha dicho algo?

–Todavía no.

Katharina le levantó una mano y la besó, su piel seguía pálida, pero menos. Ya no estaba seca como el papel.

–Buenos días, Johannes. Qué alegría verte sentado y despierto.

Por la tarde Johannes empezó a toquetearlo todo. El pijama. La bata. Arrancaba hilos, los retorció y tiraba de ellos, enrollándolos una y otra vez hasta convertirlos en bolitas de algodón.

–¿Está mejorando, madre?

–Eso parece.

Al día siguiente le dio por el periódico, primero arrancó tiras largas y luego rompió las crónicas de guerra en pedacitos diminutos, esparciendo confeti negro y gris por el sofá y el suelo. La señora Spinell lo reprendió, recogió el desaguisado, le limpió la tinta de las manos, pero luego le dio un segundo periódico.

–Supongo que, por lo que sea, te viene bien –dijo.

Pero él no mostró ningún interés. Se levantó, avanzó hasta la mesa y se sentó, extendiendo sus manos grandes y elegantes sobre la caoba.

–¿Tienes hambre, Johannes? –preguntó la señora Spinell–. La cena estará lista dentro de una hora.

Se quedó allí, inmóvil, incluso mientras Katharina trajinaba a su alrededor, colocando los manteles individuales, los cubiertos y los vasos sobre la mesa, charlando de esto y aquello. Colocó en la mesa la servilleta de Johannes y este la cogió, la desplegó y se la puso encima de las rodillas.

El señor Spinell llegó a casa, vaciló un instante y le dio un beso en la coronilla.

–Hola, hijo. ¿Estas mujeres no te han preparado todavía la cena?

Se sentaron y empezaron con la sopa. La señora Spinell sirvió de una sopera de cerámica, la primera ración fue para Johannes.

–Puedes empezar, Johannes –dijo–. Es de verduras.

Él levantó el tenedor, lo hundió en el cuenco y se lo llevó a la boca. Dio un sorbo, pero la sopa naranja le chorreó por la barbilla, pequeños trozos de verdura le cayeron sobre el pecho. Lo intentó de nuevo, el cucharón de su madre seguía apoyado en la sopera azul y blanca, mientras su padre y su hermana miraban unos cuencos aún vacíos. La señora Spinell se inclinó sobre la mesa.

–Un momento, Johannes –dijo–, déjame ayudarte.

Le limpió la barbilla y el pecho y, con cuidado, le quitó el tenedor de la mano y lo sustituyó por una cuchara.

–Igual así te cuesta menos.

Fue ganando destreza con cada cucharada. Se tomó casi toda la sopa, levantó la servilleta, se limpió la barbilla y echó la silla hacia

atrás.

–Gracias –dijo inclinando la cabeza en una leve reverencia–. Estaba deliciosa.

Se fue al sofá, las zapatillas golpeando el suelo de madera. Lo vieron alejarse, sus cuencos de sopa todavía intactos.

–Ha hablado –dijo la señora Spinell.

–Y ha comido –añadió Katharina–. Él solo.

–Bueno, tampoco hay que darle más importancia –dijo el señor Spinell.

El doctor Weinart regresó un par de días después. Johannes estaba sentado en el sofá, observando las páginas de un periódico, sin romperlo ni leerlo.

–Es un milagro, doctor –dijo la señora Spinell.

–¿Ha hablado mucho?

–No demasiado, no, pero eran palabras.

–¿Y las usó bien?

–Sí sí, doctor.

El doctor Weinart le tomó el pulso y la temperatura.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Johannes Spinell.

–¿Conoces los nombres de las personas que están en esta habitación?

Johannes no dijo nada y volvió a clavar la mirada en el periódico.

–No quiero forzarlo más de la cuenta. Es obvio que ha habido una mejoría. ¿Cuándo se le acaba el permiso?

–Dentro de diez días –respondió el señor Spinell.

–Me encargaré de que le concedan una semana más. No tiene sentido precipitarnos.

–Gracias, doctor –dijo la señora Spinell–. Se lo agradecemos mucho.

–Tenemos que cuidar de nuestros soldados.

Johannes acompañó al médico hasta el vestíbulo. Se detuvo frente al espejo, se pasó los dedos por el pelo, se arregló el cuello del pijama y se inclinó hacia su reflejo. Se sonrió a sí mismo. Una pequeña carcajada.

–No se preocupen –dijo el doctor Weinart–. Está mejorando, aunque entiendo que es un proceso extraño para ustedes.

El médico se marchó.

–¿Quién era ese? –preguntó Johannes.

–El doctor Weinart –dijo Katharina–. Ha estado cuidando de ti.

–Un médico. ¿He estado enfermo?

–Un poquito –respondió la señora Spinell–. Pero creo que estás mejorando.

–Me encuentro bien. Pero tengo hambre.

Durante el almuerzo, a base de empanada de carne y patatas, Johannes comenzó a hablar. Con vehemencia.

–¿Cuándo nos mudamos aquí? Es enorme.

–Antes de Navidad –respondió Katharina–. Trajimos todas tus cosas.

–Muchas gracias. Se te ve bien alimentada, Katharina.

–Estoy embarazada, Johannes.

–Ah. ¿Un bebé?

–Me casé en agosto. Con un soldado.

–Un soldado.

–Está en Rusia.

–¿Por qué? ¿Por qué quiere estar en Rusia?

Katharina miró a sus padres. Su madre puso la mano sobre el brazo de su padre.

–Está en la guerra, Johannes –dijo la señora Spinell.

–¿La guerra?

–En el frente oriental –dijo el señor Spinell–. Tú también estuviste allí, Johannes.

–Nunca he estado en Rusia, padre. Ese país no me interesa lo más mínimo.

Salieron a dar un paseo y se sentaron en un banco del parque, Johannes apretujado entre sus padres, Katharina apoyada en el brazo de su padre.

–Es un buen día, padre.

–Lo es, Katharina.

Cuando sonó el timbre la semana siguiente, Johannes abrió la puerta.

–Hola, doctor Weinart –dijo–. Pase.

–Hombre, Johannes, qué tal. Es un placer conocerle como es debido. Contento de estar en casa, ¿verdad?

–Mucho. Es un piso estupendo.

–¿Puede decirme los nombres de las personas que hay en esta habitación?

–¿Los nombres? Claro. Allí, junto a la chimenea, está mi padre, Günther Spinell. En el sofá, a la derecha, mi madre, Esther Spinell, y a su lado está mi hermana, Katharina Faber. Y usted, por si tiene alguna duda, es el doctor Weinart.

–Gracias, Johannes. Excelente. –Levantó la mano—. ¿Cuántos dedos ve?

–Tres.

–Bien. ¿Y ahora?

–Dos.

–Excelente. ¿Y qué día es hoy?

–30 de marzo de 1942.

–Excelente. –El doctor Weinart se rio, tomó la mano de Johannes y se la estrechó—. Enhorabuena, joven. Está completamente recuperado. Disfrute del resto de su permiso.

–Gracias, doctor. ¿Qué permiso?

–¿Qué quiere decir, doctor Weinart? –preguntó la señora Spinell.

–No veo ninguna razón por la que no deba regresar a su unidad.

–Pero ha estado muy enfermo.

–Ahora está bien, señora Spinell. Puede verlo usted misma.

–Necesita más tiempo –replicó—. Habla solo delante del espejo todos los días, se peina, se pone bien el cuello de la camisa, dice que va a salir. Todavía no está recuperado.

–Ya le he concedido una semana extra. Debe regresar.

–¿Ni siquiera una semana más, doctor?

–Lo siento, señora Spinell.

–Ha mejorado muchísimo en los últimos días. Una semana más no le supone nada al Ejército.

–Esther. –El señor Spinell tomó la mano de su esposa—. Esto siempre es duro para una madre, doctor Weinart –dijo.

–Lo comprendo.

La señora Spinell retiró la mano de la de su marido.

–No puede volver, doctor –insistió—. No pienso permitirlo.

–Señora Spinell, es un soldado. Lo necesitamos para nuestra decisiva campaña de primavera. Cuanto antes se reincorpore, antes pondremos fin a esta guerra.

–Doctor, puede que sea un soldado, pero también es mi hijo. Le digo que todavía está demasiado débil para ir a ninguna parte.

El señor Spinell tomó a su esposa del brazo.

–Esther, por favor.

–Günther, por favor, habla con el doctor Weinart.

Su marido se dirigió a los altos ventanales, pintados de un blanco intenso y brillante. Apoyó las manos en el tirador ovalado de latón y miró hacia la calle.

–¿Y una segunda opinión? –preguntó su esposa–. ¿Un médico del Ejército?

–Señora Spinell, mi criterio es concluyente. Su hijo se reincorporará la semana próxima.

–Günther, por favor, di algo.

El señor Spinell siguió mirando hacia la calle.

–Señora Spinell, su marido comprende la posición del Ejército.

–Günther.

El señor Günther se volvió hacia su esposa.

–No hay nada que hacer, Esther.

–Entonces el asunto queda zanjado –dijo el doctor Weinart–. Es usted un buen hombre, Günther. Cuídese, Johannes, y buena suerte.

–Adiós, doctor –dijo Johannes.

El doctor Weinart se marchó. El señor Spinell se fue con él. Las dos mujeres se dejaron caer en el sofá.

–Su propio hijo.

–Tiene que haber algo que podamos hacer –dijo Katharina.

–¿Cómo ha podido?

Johannes estaba sentado entre ellas.

–¿Qué le pasa a mamá, Katharina? Está un poco pálida. ¿Está enferma?

–Johannes, ¿has entendido lo que ha dicho el doctor Weinart?

–La verdad es que dejé de escuchar, Katharina. No soporto cuando mamá se pone así.

–Quieren que vuelvas.

–¿Quiénes? ¿Que vuelva adónde?

–El Ejército. Al frente.

–Ah. Bueno, allí no lo pasé tan mal después de todo.

–¿En dónde?

–En Francia. Cuando estuve en Francia.

–No, quieren que vuelvas a Rusia.

–Katharina, nunca he estado allí, no puedo volver a un sitio en el que no he estado.

–Sí estuviste, Johannes. En las afueras de Moscú.

–Debe de ser otro hermano, Katharina. Yo estuve en Francia.

–¿Y después de Francia?

–Volví aquí. A Berlín.

Katharina le frotó el muslo y dejó caer la cabeza sobre su hombro.

La señora Spinell empezó a tiritar, le castañeteaban los dientes.

–Necesita descansar, madre.

Cubrió a su madre con dos mantas de lana y fue a la cocina, a hornear, a crear algo calentito, algo suave y dulce. Pero no había huevos. Empezó a pelar y picar verduras. Haría sopa. Johannes apareció por la puerta.

–Deja que te ayude.

Ella le tendió una zanahoria, ya pelada.

–Los cuchillos están en el cajón de arriba –dijo.

Él fue probando todos los utensilios, examinándolos uno por uno, hasta decidirse por un cuchillo pequeño con mango de madera.

–Este servirá.

Colocó la zanahoria sobre una tabla redonda y se puso manos a la obra, moviendo el cuchillo despacio y con esmero a lo largo de la raíz. Comparaba cada rodaja con la siguiente asegurándose de que el ancho fuese el mismo.

–¿Así está bien?

–Perfecto, Johannes. Lo estás haciendo genial.

Katharina picó dos cebollas, un nabo y dos chirivías en el tiempo que a él le llevó cortar una sola zanahoria.

–¿Johannes?

–¿Sí?

–¿Recuerdas haber usado algún arma?

–Claro. En Francia. ¿Por qué?

–¿Y en Rusia? ¿Usaste armas en Rusia?

–Debes de echar mucho de menos a tu marido, Katharina.

–¿Qué quieres decir?

–Como él está allí, crees que los demás soldados también han estado allí.

–Será eso.

–Ya he cortado la zanahoria. ¿Algo más?

–No, gracias, Johannes. Vuelve a sentarte con madre. Y así le haces compañía.

Katharina estaba a punto de terminar la sopa, solo le faltaba retirar la espuma marrón de la superficie, cuando regresó su padre.

Este se quedó bajo el dintel de la cocina.

–¿Cómo está tu madre? ¿Lleva mucho dormida?

–Cerca de una hora. Estaba muy alterada.

–No hay nada que podamos hacer, Katharina. Créeme. Si se pudiera, lo habría hecho. En fin.

–Pues tiene que hacer algo, padre. Casi no es capaz de manejar un cuchillo de cocina, imagínese un fusil. Así no puede volver. Imposible.

–El doctor Weinart es un hombre muy poderoso, Katharina. No podemos enfrentarnos a él.

–Pero es su hijo. Mi hermano.

–Lo sé. Pero todos tendremos problemas si no se reincorpora.

–¿Qué quiere decir?

–¿Qué hay para cenar?

–Sopa. No tenemos nada más.

–Toma esto.

Le tendió dos bolsas grandes de papel marrón. Katharina las abrió y encontró una pata de cordero, salchichas, chocolate, café y pan.

–¿Se lo ha dado el doctor Weinart?

El señor Spinell asintió.

–Voy a preparar ahora las salchichas. El cordero lo podemos dejar para mañana.

Su madre se despertó cuando las salchichas empezaban a dorarse.

–¿Qué es ese olor?

–Salchichas. Padre las ha traído.

–Ya veo. ¿Dónde está Johannes?

–En su cuarto.

–¿Cómo está?

–Bien. En su mundo.

–Quizá sea lo mejor.

El señor Spinell volvió a apostarse junto a la ventana.

–¿Has hablado con él, Günther?

–No.

–Aceptaste la comida y ya está, ¿no?

–Esther, no tiene sentido. Él no es un hombre que cambie de opinión.

–¿Cómo lo sabes si no se lo pides?

–Por favor, vamos a dejar ya este tema.

–¿Dejarlo? ¿Van a mandar a tu hijo a la guerra y tú quieres hablar de otra cosa?

–Esther, por favor.

–No puedo hablar de otra cosa. No puedo pensar en otra cosa. No defiendes ni a tu propio hijo.

–No puedo defenderlo. Todos los hijos de Alemania están siendo llamados a luchar. Incluido el nuestro.

–Él no va a ir. No pienso dejar que se lo lleven. Está muy enfermo.

–¿Tienes idea de lo que estás diciendo? ¿De lo que le harán? ¿De lo que nos harán a nosotros si lo retenemos aquí?

–Me da igual. No va a volver.

–Esther, tiene que ir. El doctor Weinart lo ha dicho.

–«El doctor Weinart lo ha dicho».

–Deja de burlarte de mí.

–Es tu único hijo. Nuestro único hijo.

–No hay nada que yo pueda hacer. Tiene que ir.

–Un cordero camino del matadero. Y lo sabes. Habla con él, Günther, por favor.

–No puedo, Esther. La decisión está tomada. No puedo cargarlo con nuestros problemas.

–¿Nuestros problemas? Se trata de la vida de tu hijo.

–Por favor, Esther.

–Don Günther Spinell, siempre tan correcto, siempre del lado de los altos mandos, siempre con sus muchachos, como tú los llamas. No importa de qué maldita guerra se trate.

–No ha parecido importarte hasta ahora, Esther.

–¿Qué quieres decir?

–Este piso. La comida. El abrigo de piel que tan bien te ha venido este invierno. Todo gracias a los chicos, Esther.

–¿Y este es el precio?

–Todos los hijos aptos de Alemania están siendo llamados a filas.

–El nuestro no es apto.

El señor Spinell golpeó la pared con la mano, se dirigió con decisión hasta el vestíbulo y sacó del armario el abrigo de piel de su esposa.

–Pues ve y se lo dices tú. A ver si te escuchan. Aquí tienes tu abrigo. Tu puñetero abrigo de piel. Ve y díselo al doctor Weinart y al Ejército entero. ¡Venga! ¡Corre!

La señora Spinell se levantó, retiró las salchichas del fogón y puso la mesa, las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

–No quiero que vuelva al frente. Es mi niño.

–Lo sé, Esther. Yo tampoco quiero que vuelva. Pero hay una guerra.

Se secó la cara con una servilleta.

- De acuerdo, Günther. Pero esto caerá sobre tu conciencia.
- El señor Spinell tomó asiento.
- Sobre la tuya también, Esther.

Lo llevaron a la estación de tren, el vestíbulo estaba abarrotado de nuevos reclutas.

- Cada vez parecen más jóvenes –dijo Katharina.
- ¿Quiénes? –preguntó la señora Spinell.
- Los soldados. Más jóvenes que cuando estuve aquí con Peter.

Ayudaron a Johannes a sortear la multitud, el señor Spinell llevaba su documentación, Katharina la bolsa de comida llena de pan, salami, chocolate y fruta deshidratada. El tren ya estaba en el andén.

- Deberíamos subirlo ya, Esther. Buscarle un asiento.
- Falta más de una hora para que salga.
- Se va a llenar enseguida, madre.

Encontraron un vagón en el centro del tren.

–Aquí es más seguro –dijo el señor Spinell–. Si a esos hijos de perra les da por atacar, lo más seguro es que apunten a la cabeza o a la cola.

Sentaron a Johannes junto a la ventana, con una mesita en la que apoyarse, y colocaron sus cosas alrededor.

- Aquí podrás dormir, cariño –dijo la señora Spinell.

Se sentó junto a él; Katharina y el señor Spinell, frente a ellos, al otro lado de la mesa.

- Buen tren –dijo el señor Spinell–. Y qué limpio.

Permanecieron en silencio hasta que llegaron los demás soldados. Una avalancha repentina de hombres. Cientos de ellos, peleando por

conseguir asiento, por encontrar un hueco para sus macutos y fusiles.

–Tenemos que irnos ya, Johannes –dijo el señor Spinell.

Le dieron un beso y lo abrazaron, las lágrimas de las mujeres empapando el rostro seco de Johannes. Se abrieron paso entre los soldados y volvieron al andén, y se despidieron con la mano mientras el tren se ponía en marcha. Johannes sonreía y movía también la mano, los asientos a su alrededor seguían vacíos.

Faber estaba despierto cuando comenzaron los bombardeos. Sabía que ocurriría. Solo era cuestión de tiempo. Y el momento había llegado. Con la primera luz del día, a mediados de mayo, la tierra comenzó a temblar bajo la virulencia de la ofensiva rusa.

–Ese es nuestro despertador, chicos –dijo.

En la penumbra de la casa de Járkov, se vistieron, se colocaron los pertrechos de combate y recogieron sus fusiles.

–Son armas pesadas –dijo Faber–. De largo alcance.

–Y muchas –añadió Faustmann.

–Nada a lo que no podamos hacer frente –dijo Weiss.

–Pero escucha, Weiss –continuó Faber–. Es un ataque organizado. Orquestado.

–Se ve que por fin están aprendiendo a combatir –dijo Weiss–. Eso es todo.

–Pues eso son malas noticias para nosotros –dijo Kraft.

–Nos los vamos a merendar, Kraft –dijo Gunkel–. Venga, muchachos. ¡Arriba!

Kraus ya estaba en la calle, guarecido tras el hastial de una casa.

–Que jueguen con sus armas todo lo que quieran. Ya los meteremos en vereda.

–Sí, señor –dijo Weiss.

Señaló la zona, situada en el borde de la ciudad, donde quería que aguardasen hasta recibir la orden de avanzar.

–¡Vamos, muchachos! Y permaneced a cubierto.

Se pusieron en marcha mientras los proyectiles trazaban arcos, derribaban árboles, abrían cráteres en la tierra, se incrustaban en los cuerpos de otros hombres. De espaldas a los bombardeos, se apoyaron contra un muro y encendieron un pitillo.

–Ojalá tuviéramos café –dijo Faber–. Para despertarnos un poco.

–¿Seguro que quieres estar tan despierto? –preguntó Weiss.

–Ya, igual tienes razón.

–¿A qué distancia crees que están? –preguntó Kraft.

–A unos quince o veinte kilómetros –respondió Weiss.

–Pobres desgraciados los que estén allí ahora –dijo Faustmann.

–Menos mal que no somos nosotros –dijo Gunkel.

–Todavía –dijo Kraft.

Kraft sacó una pipa del bolsillo.

–¿Qué haces con eso? –preguntó Faber.

–Me la envió mi madre. Era de mi padre.

–¿Vas a encenderla?

Kraft abrió la navaja, limpió la cazoleta y la llenó de tabaco. Encendió la pipa y le dio una calada, luego se la pasó a Faber, que aspiró el humo y tosió.

–Creo que me quedo con los cigarrillos.

–La pipa gasta menos tabaco –dijo Kraft.

–Es mucho trabajo –dijo Weiss–. Tener que limpiarla y todo eso.

–A mí me sirve para tranquilizarme –dijo Kraft–. Como un ritual.

–Pues tu padre nunca estaba tranquilo –dijo Faber.

–Ya.

–¿Y cómo está tu madre? –preguntó Faber.

–Mucho mejor, gracias.

–¿Le has contado lo de tus pies?

–No. No quiero preocuparla.

Guardaron silencio, prestaron oídos al fuego ruso y encendieron más cigarrillos.

–¿Alguna noticia de Reinisch? –preguntó Faustmann.

–Consiguió lo que quería –respondió Gunkel.

–¿Y qué es lo que quería? –dijo Faustmann.

–Que lo ascendieran a teniente primero –dijo Gunkel–. Lo han destinado al batallón de reconocimiento.

–Hijo de puta –dijo Faustmann.

–¿Kraus hará lo mismo? –preguntó Kraft–. ¿Usarnos para que le den un ascenso?

–Kraus es leal –dijo Weiss–. Él no nos ve como una herramienta para ascender.

–Entonces no le importará que no luchemos en esta batalla –replicó Faber.

–Tampoco tiene interés en que le peguen un tiro –dijo Weiss.

Kraft maldijo la pipa y la arrojó al suelo.

–¿Alguien tiene un pitillo?

Rieron, enmascarando por un instante el rugido de la aviación. Faber se asomó por el muro. Vio una masa de aviones que llegaban desde el este, volando bajo, soltando bombas. Eran rusos.

–Pensaba que esos cabrones no tenían ni un puto avión.

Corrieron retrocediendo a trompicones hacia la ciudad, hacia las casas ya destrozadas. Kraft iba delante, pero se detuvo de pronto.

–¡Muévete! –gritó Weiss.

–No quiero ir delante.

Las bombas y el fuego de las ametralladoras estaban casi encima de ellos, las balas se abrían paso entre los soldados que iban detrás, esparciendo cuerpos por el suelo, una nueva cosecha de muerte. Weiss le gritó a Faustmann:

–¿Adónde vamos?

–Allí –dijo Faustmann–. Necesitamos un techo.

Se lanzaron hacia los restos de una casa. Pero no había techo, solo un saliente que apenas bastaba para cubrirlos. Se apretaron unos contra otros. Kraft estaba gimoteando.

–Que nadie se mueva –ordenó Faustmann–. No llaméis la atención.

Faber alzó la vista al cielo siguiendo los aviones que pasaban por encima de ellos rumbo al oeste, a Alemania, rezando por que siguieran adelante, horrorizado cuando dieron media vuelta y se dirigieron hacia ellos, volando aún más bajo, aún más cerca. Kraft empezó a gritar:

–Vamos a morir. Vamos a morir.

Faber se llevó las rodillas a la cabeza, haciéndose lo más pequeño posible. Kraft no dejaba de balbucear, suplicando por su madre. Weiss le gritó:

–Cállate de una puta vez, que no oigo bien.

–¿Qué es lo que quieres oír bien? ¿Los aviones? –preguntó Faustmann.

–Cualquier cosa antes que a Kraft llorando por su madre.

Faber cerró los ojos. No quería ver a los pilotos ni saber si lo habían visto. Se tapó las orejas con las manos, pero el rugido atronador le perforó la cabeza de todos modos. Las oraciones

brotaron de sus labios, una tras otra, oraciones de su infancia, cuando iba a la iglesia con su padre, su mano enorme envolviendo la suya. Quería volver a casa, refugiarse tras el seto de laureles, en aquel jardín donde la tierra no temblaba. Abrió los ojos un instante y vio los aviones segar la tierra, desbrozar hombres, de un lado a otro, de un lado a otro, un movimiento metódico y concienzudo como el de su padre cortando el césped un sábado por la tarde.

Veinte minutos después, tras haber lanzado todas las bombas, los aviones se marcharon, poniendo rumbo al este. Los hombres se pusieron en pie entre tambaleos, incapaces de hablar, con los pantalones mojados. Kraus les dijo que siguieran adelante. Empezaron a correr sobre los cuerpos de los muertos y de los que aún no lo estaban, avanzando a trompicones por campo abierto en dirección a los rusos, con la espalda encorvada y los hombros hundidos, como si eso pudiese protegerlos de la tormenta de balas y bombas.

Faustmann se lanzó a un cráter recién formado.

–Nos quedamos aquí. Lo usaremos como trinchera.

–Aquí nos pueden dar –gritó Faber.

–Aquí y en todas partes, joder, Faber.

Faustmann cogió la ametralladora que llevaba al hombro, la fijó en el borde del cráter y abrió fuego; Faber alimentaba las cintas de munición, Weiss señalaba los objetivos, Kraft preparaba la siguiente tanda. Lanzaron granadas, dispararon sus fusiles y avanzaron hasta el siguiente cráter, permaneciendo más tiempo en cada posición tomada, luchando con más fiereza, combatiendo hasta que cayó la noche, momento en que se turnaron para regresar en busca de

comida, cigarrillos y munición. Cavaron hoyos en la tierra y se metieron en ellos, Faber y Weiss juntos.

–¿Cuántos nos habremos cargado? –preguntó Faber.

–He perdido la cuenta.

–Es bastante estúpido, ¿no?

–¿El qué?

–Lanzarse así –dijo Faber–. Contra una ametralladora. Parece tan inútil. Y tan aterrador.

–Se ve que quieren quedarse sin hombres en Rusia.

–Y sin mujeres, Weiss. A ellas también les hemos disparado.

Se quedaron dormidos, se despertaron y volvieron a empezar, cubriendo el terreno con otra capa de cuerpos.

–Muerte a los judíos bolcheviques –gritó Faber. Había dormido bien–. La verdad es que somos invencibles.

–Más nos vale –dijo Faustmann.

Llegó la noticia de que los rusos habían rodeado un pueblo ocupado por soldados alemanes dejándolos aislados.

–No son capaces de hacer algo así –dijo Faber.

–Pues es obvio que sí lo son –replicó Weiss.

–Nos están copiando. Es lo mismo que hicimos nosotros en Kiev.

–Deberíamos sentirnos halagados. No durarán mucho allí.

Aviones alemanes volaron desde el oeste y lanzaron comida, combustible y munición a los soldados que habían quedado aislados. Estallaron vítores por todo el campo de batalla. Los siguieron los tanques y la artillería pesada, abriéndose paso para liberar a los hombres.

Stockhoff cocinó un estofado de carne.

–¿Lo ves, Faustmann? Sí que se preocupan por nosotros.

Faustmann encendió un cigarrillo.

–Somos cruciales, Faber. Absolutamente cruciales.

Járkov, 23 de mayo de 1942

Mi querida Katharina:

Estarías tan orgullosa de nosotros. Hemos luchado con todas nuestras ganas y los rusos han tenido que retroceder hacia el este, aún más lejos. Hemos frustrado sus intentos de recuperar el control de unas tierras que ya no les pertenecen. Parece que les cuesta aceptar este hecho tan básico.

Como quizá hayas oído, rodearon a algunas de nuestras tropas, pero Berlín envió una misión de rescate tras otra hasta que todos los hombres quedaron liberados. Fue maravilloso, Katharina. La planificación y la precisión de la operación, la elegancia. Es maravilloso saber que contamos con tanto apoyo de otros regimientos y de Berlín. Me reconforta pensar en lo mucho que te preocupas por todos nosotros, porque tengo que admitir que a veces resulta difícil saber si alguien en casa se estará interesando por lo que estamos haciendo.

Somos un gran país, Katharina. Somos muy afortunados de ser alemanes. Sentiría una profunda desesperación si hubiera nacido en Rusia. Me vería a mí mismo sin esperanza. Sin ningún futuro.

Pero nosotros sí tenemos un gran futuro, Katharina. Tú, yo y nuestro hijo. Lo educaremos para que se sienta orgulloso de nuestro país, no avergonzado, como lo estuvieron nuestros padres. De hecho, los míos siguen estándolo. Ojalá mi padre se pareciera más al tuyo y entendiese de lo que somos capaces los alemanes. Tú lo entiendes. Quizá antes yo tampoco lo entendía bien, pero ahora ya sí. Y he sido testigo del compromiso de la madre patria con su gente, cada suministro arrojado desde los aviones a los hombres atrapados en el pueblo ponía de manifiesto ese compromiso.

Me siento tan feliz de ser alemán, de formar parte de todo esto. De ser parte de esta gran historia viva.

Estaré en casa muy pronto.
Tu marido, que te quiere,

PETER

La carta llegó la tarde de un día de entresemana mientras la señora Spinell estaba cocinando un trozo de carne magra. Katharina entró en la cocina, con el paso torpe, el cuerpo cansado tras ocho meses de embarazo.

–Mamá.

La señora Spinell se giró hacia su hija. Luego, de nuevo, hacia el fregadero. Vomitó. Enjuagó el fregadero, se apartó el pelo de la cara y fue al sofá, al lugar donde se había sentado su hijo. Abrieron la carta y se acurrucaron la una contra la otra mientras las palabras las iban asaltando: muerte, pesar, servicio, madre patria. Permanecieron en silencio, Katharina ocupando el largo del sofá, la señora Spinell, erguida, mirando al techo, hasta que el señor Spinell llegó a casa. Entonces llegaron las lágrimas y las acusaciones coléricas. Él leyó la carta y se marchó.

La señora Spinell se metió en la cama, bajo las mantas, con la bata puesta.

–¿Deberíamos llamar al doctor Weinart? –preguntó Katharina.

–Se le pasará –respondió el señor Spinell–. Dale tiempo. Es algo terrible para una madre.

–¿Y para un padre?

–También, claro que sí.

–¿Se siente culpable, padre?

–No, Katharina. ¿Debería?

–No sé. Yo sí.

–¿Por qué?

–Porque se reincorporó.

–No se podía hacer nada.

–¿Cómo puede estar tan seguro?

–Tenemos que cumplir con nuestro deber, Katharina. Obedecer órdenes.

–¿Sea cual sea la consecuencia?

–De lo contrario, sería el caos.

–Es el caos de todos modos.

–Merecerá la pena.

–¿La muerte de Johannes merecerá la pena?

–Él lo habría entendido.

–Ha ocurrido, chicos –dijo Faber.

–¿El qué? –preguntó Gunkel.

–El nacimiento. Soy padre.

–Enhorabuena –dijo Weiss—. ¿Niño o niña?

–Niño.

–Carne fresca para el imperio.

–Se llama Johannes. Como su tío.

Brindaron por él y por su hijo con las cantimploras y reanudaron el almuerzo en el campo de girasoles, las mandíbulas masticando pan correoso y carne enlatada, los ojos fijos en la tierra ennegrecida por los rusos en retirada. Faber volvió a abrir la carta. Sus manos tiznaron el papel blanco.

–Por lo visto se parece a mí. Espigado y delgadito, con el pelo oscuro y los ojos azules.

–Pobre desgraciado –dijo Weiss.

–Fue un parto duro. Diecinueve horas.

–Desde luego –dijo Kraft.

Se quedaron unos segundos en silencio. Faustmann se tocó el lado derecho de la boca.

–El diente va a peor.

–Tendrás que ir al dentista –dijo Weiss.

Faber se puso en pie de un salto y dio una patada al suelo salpicándolos de tierra negra que apestaba a gasolina.

–Joder, Faber –dijo Weiss–. Estamos intentando comer.

–Bueno, disculpadme por perturbar vuestro excelente banquete en este salón tan espléndido.

–Vete a la mierda.

Hizo una reverencia servil.

–¿Y qué tomará el señor Weiss de segundo? ¿Carne fétida de lata? ¿O prefiere el caballero alguna otra conserva?

–Cállate, Faber.

–No, cállate tú. Callaos todos.

–Tranquilízate –dijo Weiss.

–No, no pienso tranquilizarme. Y deja de decirme lo que tengo que hacer, Weiss. Siempre estás igual.

–Si te comportas como un niño, tendré que decirte lo que tienes que hacer.

–No me jodas.

–Siéntate –ordenó Faustmann–. Te vas a quedar sin fuerzas.

–Haré lo que me salga de los cojones, Faustmann. Y, desde luego, no voy a aceptar órdenes de un capullo medio ruso.

–Vale, Faber –dijo Weiss–. ¿Qué te pasa?

–Nada.

–Dilo.

–Acabo de ser padre. Podríais mostrar un poco más de entusiasmo.

–Dios mío, Faber –dijo Faustmann–. Te hemos dado la enhorabuena. ¿Qué quieres? ¿Patucos?

–No estaría mal para empezar.

–Bien. Buscaré unos en la *boutique* de bebés del próximo pueblo al que vayamos.

–Déjalo, Faustmann –dijo Weiss–. Mira, Faber, todos estamos cansados. Has tenido un hijo, enhorabuena. ¿Podemos volver a comer, por favor?

–Come tú.

–Dios mío, Faber.

Faber se volvió a sentar en su sitio.

–Estoy harto, esto es un infierno.

–Todos estamos hartos.

–Pensaba que ya estaría en casa a estas alturas. Pero no, aquí sigo, persiguiendo tanques por la puta estepa. Quiero ver a mi hijo.

–Se acabará pronto –dijo Weiss.

–¿Cuántas veces has dicho eso? Y nunca se acaba.

–Esta vez sí, amigo. Estoy seguro.

–Tiene razón, Faber –dijo Gunkel–. No puede quedar mucho por hacer.

Kraus les ordenó que se pusieran en marcha. Se levantaron, migas y pétalos de girasol quemados cayeron de sus uniformes. Faber corrió tras Kraus.

–Mi mujer acaba de tener un niño.

–Enhorabuena.

–Gracias. Necesito un permiso. Para verlo.

–Ni hablar.

–Por favor, sargento. Aunque sea una semana.

–De ninguna manera. No habrá más permisos hasta que todo esto termine.

Se quedó atrás y esperó a que los demás lo alcanzaran.

–¿Qué ha dicho? –preguntó Weiss.

–Que ni hablar.

–Deberías escribir a tus padres. Darles la noticia. Su primer nieto.

–A lo mejor Katharina me manda una foto. Y así lo veo.

–Seguro que sí. No tendrás que esperar mucho, Faber.

–Eso espero.

El ritmo de las botas en movimiento fue calmando sus nervios.

–Pensaba que estaría en casa para el parto. No lo he visto de recién nacido. Nunca sabré lo que es eso.

–Tendrás más hijos, no te preocupes.

–Pero nunca un primogénito.

Al anochecer llegaron a un pueblo. Los vecinos siguieron con las tareas que debían terminar antes de que cayese la noche, iban de sus casas encaladas al pozo de ladrillo haciendo caso omiso de los soldados, como si su presencia fuese algo normal o esperado. Faustmann se acercó a ellos.

–Dicen que los partisanos se nos han adelantado. No queda comida.

Kraus disparó a un anciano. Nadie se movió. Luego a otro. Seguía sin haber respuesta. Llamó a una mujer joven, una madre, y le metió un tiro, su hijo pequeño gritaba a su lado. Entonces apareció la comida. Se sentaron en la plaza del pueblo y comieron.

–Es un sitio idílico –comentó Kraft–. Una vida tan sencilla. A mi madre le encantaría.

–Es un vertedero –replicó Weiss.

–Pero imagínatelo –dijo Kraft–, una casa grande, una granja con cerdos, manzanos, ocas, espacio para estirar nuestras piernas anquilosadas.

–Tú ya tienes una casa grande –dijo Faber–. Y tierra para cultivar, si quieres.

–Pero aquí el aire es tan limpio. Aquí se respira de verdad.

–¿Y el invierno? –preguntó Weiss.

–Soportable con una buena estufa –dijo Kraft.

–Lo dudo.

–Piensa en la primavera y el verano: el niño de Faber correteando por ese huerto, estirando los brazos para atrapar los pétalos que caen. Podría ser el paraíso.

–O el infierno –dijo Weiss–. Por muchas casas que quememos, siempre habrá piojos.

–Se me habían olvidado –dijo Kraft.

–Y los partisanos –añadió Gunkel.

–Al final nos llevaríamos bien con ellos, cuando todo esto caiga en el olvido. Cuando puedan practicar su religión y volver a tener sus granjas.

–Esto no se olvidará nunca, Kraft –dijo Faustmann.

Registraron las casas buscando cosas que pudieran servirles. Weiss cogió un gorrito de bebé con orejeras y cordones. Estaba cubierto de barro seco.

–¿Quieres enviarle eso a tu mujer, Faber? ¿Para el bebé?

–Mi hijo no va a ponerse eso, Weiss.

Weiss le dio una palmada a Faber en la espalda.

–Que no se diga que no lo he intentado, amigo.

Se pusieron en marcha.

Leyó su carta durante el desayuno, una y otra vez, haciendo lo posible por mantener la decepción a raya.

–No viene.

–Claro que no –dijo su madre.

–Le han negado el permiso.

–Eso dice él.

–Está muy afectado. Y se disculpa.

–Siempre lo están. Al menos, al principio.

El señor Spinell untó mantequilla en su rebanada.

–No te preocupes, Katharina –dijo–. Tu marido volverá pronto a casa.

–No como tu hermano –dijo la señora Spinell.

El señor Spinell comenzó a masticar más rápido.

–Volveré esta noche.

–¿Otra vez te vas con los muchachos?

Dio un portazo al salir. Katharina se levantó para recoger los platos.

–Déjalos –dijo la señora Spinell–. Ya los friego yo.

–¿Estás segura?

–Hoy me encuentro mejor. Yo me ocupo.

–Me alegro, mamá. Voy a preparar al bebé.

Johannes estaba despierto en la cuna, situada junto a su cama, un atisbo de sonrisa se esbozaba en su cara. Lo tomó en brazos y acarició con los labios la suavidad aterciopelada de su cabeza. Se sentó en la silla que solía estar en el cuarto de su hermano y se colocó al bebé en el regazo, tarareando y sonriendo al ver su barbillita cuadrada, el mechón que le caía sobre la frente. El bebé bostezó, luego empezó a llorar y a resoplar. Katharina apartó el camisón y acercó la boca del niño al pecho; la espalda tensa, esperando la punzada de dolor cada vez que Johannes empezaba a mamar. Dio un zapatazo en el suelo y se puso a canturrear hasta que la molestia remitió, hasta que los nervios que recorrían su columna se acomodaron al ritmo de su succión.

—Tu papá me ha enviado una carta, cariño. Vas a tener que esperar un poco más para conocerlo.

Volvió al salón con el bebé recostado sobre el hombro, los platos seguían sobre la mesa; su madre, inmóvil, mirando a la nada.

—Tendrías que haberte casado con el hijo del médico, mira que te lo dije —le dijo—. A él le gustaba estar en casa, las comodidades del hogar. Se le notaba.

—Basta, madre.

—Ahora estaría aquí. Contigo y con tu hijo. No por ahí, con los chicos.

—Hay una guerra, madre.

—Acabarás como yo, Katharina. Has elegido a un marido igual de inútil que tu padre.

Katharina se puso a dar vueltas por el salón, frotando en circulitos la espalda de su hijo para aliviar la tensión de sus piernas encogidas.

–Johannes hacía lo mismo –dijo la señora Spinell–. Se le parece mucho.

–No se parece en nada, madre. Johannes era regordete.

–Pero tiene sus mismos ojos.

–Tiene los ojos de Peter. Por favor, madre, otra vez no.

El bebé eructó y relajó las piernas. Katharina lo cambió de postura acunándolo en el hueco del brazo izquierdo.

–¿Lo coges un momento mientras recojo?

–No.

Tumbó a Johannes sobre una manta, con una toalla bajo las nalgas, y le quitó el pañal. Recogió los platos y llenó el fregadero de agua caliente con jabón, usando más agua de la que su madre habría permitido, y fregó con furia la vajilla, las palabras de su madre, la carta de su marido, cada vez con más fuerza, convencida de que nada volvería a estar limpio, de que las cosas no volverían a ser como antes. Del modo en que deberían ser.

–Maldito seas, Peter Faber. Maldito seas.

Secó y guardó los platos, bañó al niño, lo vistió y bajó a por el cochecito que le había regalado el doctor Weinart. Era grande, elegante y moderno, de tela azul marino y cromo brillante. Le gustaba cómo la miraban las demás mujeres cuando la veían empujándolo calle abajo.

Acomodó al niño, lo arropó con mantas y le puso el gorrito blanco de algodón, asegurándose de taparle también las orejas. Echó los hombros atrás, alzó la cabeza y salió a la calle, donde el aire era fresco pero templado, el calor del día no había llegado aún. Fue al parque y se sentó a contemplar el vals de rayos de sol y hojas.

Eligió el banco que había compartido con Peter, colocó el cochecito de espaldas al sol e inhaló el aire renovado del día. Cerró los ojos y descansó, luego sacó una revista que guardaba en el cochecito. El médico le había regalado varios números atrasados que tenía en su consulta. Antes, al hojear las revistas, reparaba en las fotos de abrigos, vestidos y sombreros, pero ahora se sorprendía fijándose en cocinas, dormitorios y salones. Quería un hogar para su hijo. Lejos de sus padres. De su madre.

Una sombra se proyectó sobre la revista. Katharina levantó la mirada. Era una mujer con un vestido veraniego que en su día debió de ser muy elegante, un bebé apoyado en la cadera y un niño pequeño tirándole de la falda. Ambos varones.

–Funciona bien, ¿verdad? –dijo.

Las ojeras le cubrían gran parte del rostro.

–¿Perdón? –dijo Katharina.

–El cochecito. Es muy bueno. Yo tenía uno igual.

–Sí, me gusta mucho.

–La suspensión es excelente. Mejor que la del que tuve para mi hija, la mayor.

Katharina se protegió los ojos del sol para mirar a la mujer, la insignia amarilla, sucia y descosida con forma de estrella.

–Sí. Sí, es excelente.

Hubo unos segundos de silencio.

–¿Cuántos meses tiene su hijo? –preguntó la mujer.

–Seis semanas.

–¿Es el primero?

–Sí.

–Enhorabuena.

–Gracias.

Quiso volver a la revista, pero los tres estaban mirándola; de la nariz del hijo mayor colgaba una vela de mocos.

–¿Cuántos años tienen los suyos?

–Al pequeño le falta poco para cumplir el año. Y el mayor tiene tres.

–¿Y su hija?

–Ocho. Pero se la llevaron con su padre.

Las piernas de la mujer flaquearon y apoyó la mano en el respaldo del banco para sostenerse. Katharina la miró, la mano sobre el banco, el cochecito del médico, la gente que pasaba a su lado. Lo veían todo. A Katharina hablando con una judía.

–No puede sentarse aquí –dijo Katharina.

–Lo sé. Es que estoy cansada.

La mujer enderezó la espalda y se cambió al bebé de cadera. Se alejó, el niño tirándole aún de la falda. Katharina echó un vistazo a su hijo, lo apartó de la luz y retomó la lectura de la revista.

Berlín, 20 de agosto de 1942

Mi querido Peter:

El Führer acaba de anunciar que tomaremos Stalingrado. Oírlo de los labios de nuestro líder es tan emocionante. Imagínalo, Peter, el Imperio alemán se extenderá desde el Atlántico hasta el Volga. Supera con creces todas mis expectativas. La verdad es que el hombre es un genio.

Y tú formarás parte de ello, Peter. Estoy muy orgullosa de ti y prometo dejar de insistirte con lo del permiso para volver a casa. Tienes una tarea muy importante que realizar. Tu hijo y yo te apoyaremos todo lo que podamos. He incluido tres tabletas de chocolate para ayudarte un poco en el camino.

Aquí todo está bien. No tienes nada de lo que preocuparte. Johannes está cada día más grande. Mi padre y yo lo llevamos el otro día a dar un paseo al lago, cuando hacía calor, y le metimos los pies en el agua, aunque no por mucho tiempo porque el agua sigue estando bastante fría. Es un niño muy bueno, Peter. Te vas a quedar prendado de él. Creo que ya se le está escapando alguna que otra risa, sobre todo cuando le hago cosquillas en la barriguita.

Mis padres están bien y disfrutan mucho de su primer nieto.

Mi padre dice que Stalingrado será nuestro en pocas semanas, que la guerra terminará poco después, y que tú, mi querido marido, estarás en casa por Navidad. Para siempre.

Buena suerte en tu camino a Stalingrado, amor mío. Intenta llegar cuanto antes, por favor.

Con todo mi amor,

KATHARINA

P. D. Pronto iremos al fotógrafo para que haga otro retrato de Johannes. Te lo enviaré en cuanto esté listo. Ya verás lo mucho que ha crecido en tan poco tiempo. De nuevo, todo mi amor.

K.

Le puso el sello a la carta y la dejó sobre la mesa del recibidor, lista para enviarla. Pero luego la volvió a coger. La mesa estaba llena de polvo. El espejo también. El busto. Y el suelo estaba sucio. Pasó el extremo del delantal por la superficie de la mesa antes de volver a poner la carta encima.

Estaba agotada por todo: por las tomas nocturnas y diurnas, por las colas para conseguir comida. Harta de cocinar, de tener que hacer cada vez más coladas con agua fría. Volvió al salón. Su madre, con la piel cetrina y flácida, estaba tumbada en el sofá cuando alargó la mano para encender otro cigarrillo.

—Madre, le he pedido que no fume. Quiero que Johannes respire aire limpio.

La señora Spinell encendió el cigarrillo y le dio una calada, echando la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

—¿Cuánto va a durar esto, madre? No puedo hacerlo todo yo sola.

No hubo respuesta. Katharina fue a la cocina y preparó café, consciente de que tenía poco tiempo antes de que su hijo se despertase, empapado y hambriento. Se sentó en el suelo, al fondo de la habitación, y rodeó la taza con las manos. Era una tarde soleada, pero tenía frío. El piso estaba frío.

Su padre llegó a casa, estaba sudando.

—Me voy a Rusia —dijo.

–Dios mío, pues sí que tiene que estar mal la cosa –dijo la señora Spinell.

–¿No es demasiado mayor para eso, padre?

–No voy a combatir, Katharina. Voy a ocuparme de las cosechas.

–Pero si no sabes nada de agricultura, Günther.

–Voy de escolta, Esther. Para asegurarnos de llegar antes que los malditos partisanos.

–Es su trigo, Günther.

–Es nuestro trigo, Esther. Está en suelo alemán y las familias alemanas lo necesitan para el invierno que viene.

–Supongo que las familias rusas también.

–Calla ya, mujer. Voy en avión, Katharina. Con el doctor Weinart.

–Qué emocionante, padre.

–Estaremos fuera un mes o así, y la señora Weinart quiere que la visitéis, para hacerle compañía.

–Será un placer, padre. ¿Verdad que sí, madre?

La señora Spinell no dijo nada.

–Y tengo más noticias –añadió. Volvió al recibidor, abrió la puerta e hizo pasar a una joven tirándole del brazo–. La limpieza ya no es trabajo para las mujeres alemanas. Ella lo hará por vosotras, para que podáis pasar tiempo con la señora Weinart.

Katharina le dio un abrazo a su padre.

–Son noticias estupendas. ¿Y podrá cuidar de Johannes de vez en cuando?

–Claro que sí. Todo el tiempo que quieras. No habla alemán, así que tendrás que enseñarle las cosas.

–¿Es rusa? –preguntó la señora Spinell.

–Puedes llamarla Natasha –respondió el señor Spinell–. Todas se llaman Natasha.

La señora Spinell se incorporó.

–No quiero a una rusa en mi casa.

–Está aquí para ayudarte, Esther. Y dormirá en el sótano.

–He dicho que no.

–Pues yo sí quiero –dijo Katharina.

La señora Spinell se fue a su dormitorio y cerró la puerta.
Katharina llevó a Natasha a la cocina.

Le dolían los pies y tenía la cara quemada por el sol. Se dejó caer al suelo.

–¿Cuánto falta?

Weiss se acucilló a su lado y encendió dos cigarrillos.

–Kraus dice que un día más. Los bombardeos ya han empezado.

–No deberían haber empezado sin nosotros.

–Pues es lo que hay.

Kraus los apremió a seguir caminando hasta que la ciudad se extendió ante ellos, una masa de hormigón blanco envuelta en una nube negra.

–Aquí no hay nada más que hacer –dijo Weiss.

–Pues vámonos a casa ya. Que se encarguen otros.

–¿Y perdernos el espectáculo?

Stockhoff les ofreció sopa de guisantes y pan. Mientras comían, observaron cómo los aviones hilvanaban las nubes, las explosiones de fuego y las estelas de humo que surcaban el cielo.

–Los tenemos –dijo Weiss–. Con el río a la espalda.

–Se notan las vibraciones –dijo Faber–. ¿A qué distancia estamos, Kraus?

–A unos quince kilómetros.

–Es el río más largo de Europa –dijo Faustmann.

–El más largo del Imperio alemán –dijo Weiss–. ¿Cómo se llama?

–El Volga.

–Ah, sí. Ya me acuerdo –dijo Weiss–. Voy a nadar en él. Para marcar nuestra nueva frontera.

–Pues se te van a congelar los huevos –dijo Faustmann.

Se rieron.

Se pusieron a cantar y siguieron caminando todo el día. Aquella noche Stockhoff les dio estofado de ternera con zanahorias, la carne estaba tan tierna que hasta Gunkel quedó satisfecho.

–Casi tan buena como la de mi carnicería –dijo.

Kraus les dijo que descansaran, al día siguiente tendrían que seguir hasta el norte de la ciudad. Kraft bebió más de la cuenta.

–Tienes suerte, Faber, de tener mujer e hijo –dijo.

–¿Por qué, Kraft?

–Tienes algo por lo que luchar, Faber.

–Tú tienes a tu madre.

–Ella no quiere que la deje. Que haga mi vida.

–Ya se habrá acostumbrado a estar sin ti. Llevas mucho tiempo fuera.

–No tengo vida. Nada mío.

–Kraft, ni siquiera has cumplido los veinticinco. Tienes mucho tiempo por delante.

–Quizá. Está enferma, ¿sabes?

–Lo sé, Kraft.

–No, enferma de verdad. Me llegó una carta de una vecina.

–Se pondrá bien. Como siempre.

–Kraus no me deja volver a casa. Para verla.

–Esto no durará mucho.

–Lo odio.

–¿El qué?

–Matar. Ver morir a la gente. Lo odio.

–Estarás bien.

–Siempre lo he odiado. Matar. Cazar. Mi padre decía que era un cobarde.

–Tengo una fotografía de mi hijo.

–Siempre se burlaba de mí. Tal vez tenía razón. Eso es lo que soy.

–¿Quieres verla?

–¿El qué?

–La fotografía de mi hijo.

–Debería dormir, Faber.

Faber metió una mano en su guerrera para sacar la fotografía que le hicieron poco después de nacer, su hijo dormido, una manita apoyada en la mejilla derecha. Besó al niño y el pelo de su esposa.

Al amanecer reanudaron la marcha hacia la ciudad, cientos de miles de ellos.

–Ha llegado el momento, Faber –dijo Weiss.

–¿De volver a casa por Navidad, Weiss?

Ambos rieron.

–Vamos a ser héroes, Faber. Nos homenajearán durante generaciones.

Pisotearon con fuerza el suelo, reclamándolo como suyo. Los aviones hacían piruetas y se lanzaban en picado sobre sus cabezas, apropiándose del cielo, enardeciendo los ánimos de los soldados de abajo, como niños del equipo que va ganando. Al llegar a las afueras de la ciudad se calmaron un poco, solo se oía el ruido de sus pasos y respiraciones mientras avanzaban por calles de barro flanqueadas

por casas de madera y dejaban a su paso ventanas con las cortinas completamente echadas. Dentro las mesas estaban puestas para el desayuno, pero no había nadie. Zapatos y bolsas cubrían la calzada.

Giraron a la izquierda y enfilaron un bulevar, con el alquitrán destrozado y lleno de cráteres, hormigón esparcido por el centro de la calzada, incendios humeantes, edificios arrasados, tiendas carbonizadas; un espeso velo de humo y polvo se cernía sobre todo. En ese momento Faber identificó los olores de la muerte: primero, el hedor metálico del cobre y la mierda; después, la dulzura opresiva de la sangre en descomposición, que permanecía durante días. Siguió adelante pasando junto al cuerpo de un niño pequeño, calcinado, solo las uñas conservaban su color blanco. Encontró a Kraus agazapado tras una chimenea solitaria, huérfana de casa. Weiss, Kraft, Gunkel y Faustmann estaban con él.

–Nos hemos metido en la boca del infierno, sargento –dijo Faber.

–Cerca hay una escuela que servirá de base para la compañía. Desde allí cruzaremos la ciudad.

–¿Cuánto tardaremos, sargento?

–No mucho, Faber.

–Siempre dice eso.

–Pues no preguntes tanto, cojones.

La escuela conservaba la mayor parte del tejado y todos los pupitres, aunque no estaban dispuestos en filas ordenadas. Los hombres bajaron al sótano y encontraron una extensa red de pasillos y habitaciones. Stockhoff ya estaba allí montando la cocina. Se habían formado colas para el barbero, el sastre y el zapatero, y estaban repartiendo cazos de agua caliente para lavarse. El médico

no daba abasto con tantos pies llenos de ampollas. Faber acudió a él en primer lugar.

–Prefiero el método de mi mujer –dijo Faber–. Ella los deja remojar primero en agua caliente.

–Claro, pero ella solo tiene un marido. Vamos, largo de aquí.

Una vez aseado y afeitado, con el pelo y las uñas cortados, se sentó a aceitar su arma polvorienta, desmontándola pieza a pieza con dedos experimentados. Durmió bien, pese al estruendo de los tanques y la artillería, que no cesó en toda la noche. No era su problema. Él estaba a salvo.

Katharina fue al dormitorio de su madre y abrió las cortinas.

–Arriba, madre. Hoy vamos a casa de la señora Weinart.

La señora Spinell gruñó.

–Ve tú sola, Katharina.

–Nos espera a las dos.

–Pues ya puede esperar sentada.

–Madre, por favor.

–No quiero ir.

–Le ayudaré a elegir algo que ponerse. –Le mostró dos vestidos, uno en cada mano–. ¿Este o este?

–Ninguno.

–Madre, no puede quedarse en la cama eternamente. Se va a pudrir.

–Ya estoy podrida.

–Vamos, levántese. Natasha está preparando el desayuno. Huevos y tostadas.

–No permitas que se coma ninguno.

–No, madre.

A diferencia de Katharina o su madre, la rusa no tenía muy buena mano para cocinar, por lo que sus guisos no siempre eran del agrado de la familia. Pero se le daba bien la ropa, la limpieza, y Johannes parecía encantado con ella.

Katharina tomó al bebé de los brazos de la rusa y le dio el pecho mientras palpaba los espacios blandos de su cráneo deseando que las aberturas se cerrasen. Tenían que estar en casa del médico a las diez, y su madre requeriría toda su atención.

La señora Weinart tenía preparado un surtido de pasteles en el salón. Tomó a Johannes de inmediato, acariciándole las manitas y la nariz.

–Imagino, señora Spinell, que estará muy contenta de tener un nieto.

–Oh, no sabe cuánto, señora Weinart.

Katharina quería sentarse.

–Siéntese, señora Faber, siéntese. La maternidad, sobre todo cuando es el primer hijo, es agotadora. Pero tengo entendido que ahora dispone de ayuda.

–Así es, señora Weinart –respondió su madre–. Se está adaptando muy bien. Tenemos suerte de tenerla.

La esposa del médico pasó a Johannes a los brazos de la señora Spinell y sirvió café.

–Dejaremos que su hija descanse, señora Spinell.

–Claro claro.

Katharina miró a su madre, que sonreía a su nieto y le ofrecía un dedo para que lo agarrase. Él lo tomó.

–¿Ha tenido alguna noticia de su marido, señora Weinart?

–Hablé con él por teléfono anoche, señora Faber. Está bien. Los dos lo están, aunque es un trabajo muy complicado porque los partisanos no dejan de prender fuego a las cosechas. Cuesta creerlo, ¿verdad? Una destrucción tan gratuita.

–Parece un lugar muy hostil, señora Weinart. Es gente hostil.

–Cierto, señora Faber. Pero no tardaremos en ponerlos en su sitio.

¿Cómo está su marido?

–En Stalingrado. Estoy muy orgullosa de él.

–No le faltan motivos.

Comieron y bebieron, y la señora Weinart volvió a coger a Johannes en brazos, a jugar con él, a cantarle, y llamó a sus propios hijos para que fuesen a ver al bebé. Jugaron con cuidado con el pequeño y cantaron cuando su madre se lo pidió. Las niñas también bailaron. Katharina no pudo evitar sonreír.

–Qué niños tan encantadores, señora Weinart.

–Seguro que su hijo será igual que ellos, señora Faber.

Kraus los despertó a las cinco y Stockhoff les sirvió café caliente y pan templado con mermelada. A las seis partieron hacia el nordeste, en dirección al distrito industrial, el cielo se iba despejando, prometiendo calor, una última remesa del sol veraniego. Tanques, ametralladoras y artillería pesada anunciaron el inicio del asalto, y Faber salió corriendo por una avenida, guareciéndose tras los trozos de muro que encontraba a su paso, apenas oía el fragor de las armas, ahogado por el sonido de su propia respiración, de los latidos de su corazón.

–Esto no me gusta un pelo –dijo Faber.

–Ni a mí –dijo Faustmann–. No es a lo que estamos acostumbrados.

Unos francotiradores disparaban contra ellos desde el flanco derecho. Faber vio caer a tres hombres tras recibir un tiro en la cabeza.

–Los entrenamientos no eran como esto –dijo Weiss.

Un capitán les indicó que siguieran adelante con un gesto con el brazo.

–Sigán avanzando –gritó–. No pueden matarnos a todos.

–A la mierda –dijo Kraus–. Por aquí, muchachos.

Empujó una puerta y Faber fue tras él, volviéndose para avisar a Weiss, pero ya estaba detrás, seguido por Kraft, Faustmann y

Gunkel. Faber se concentró en los pies de Kraus, en el cuero cuarteado de sus botas, mientras se abrían paso entre escombros, mesas, camas, cómodas y paredes perforadas por balas que desprendían polvo y humo. Tenía los pantalones mojados de orina; la piel, fría y pegajosa, empapada en sudor. El fuego de los francotiradores diseccionaba el aire colándose por los huecos entre paredes y puertas, entre un edificio y otro, entre una calle y la siguiente. Faber agarró la bota de Kraus para evitar que siguiese avanzando. Le gritó a su sargento:

–Quiero volver atrás.

–No es posible.

–No puedo hacer esto, Kraus.

–No te queda otra, Faber. Eres un soldado, joder.

–No lo soy. Soy maestro. Un puto maestro de provincias.

–Faber, compórtate como un soldado o no volverás a ser maestro en la vida.

Faber lo siguió arrastrándose por el suelo cuando Kraus lo hacía, tras los talones y las suelas de sus botas hacia rincones a los que los francotiradores no podían llegar. Pero los morteros sí. Y las granadas. Se refugiaron tras una plancha de hierro corrugado, la espalda apoyada en un muro orientado al oeste, sudorosos y jadeantes, separados del resto del grupo.

–Esto es más duro de lo que esperaba –dijo Kraus.

–Son unos hijos de perra.

Una vez que se hizo de noche, volvieron a la escuela arrastrándose entre los escombros. Los demás ya estaban allí. Todos se dieron la mano.

–No tenía sentido quedarnos ahí fuera, sargento –dijo Weiss.

–Lo intentaremos de nuevo mañana, cuando conozcamos el terreno algo mejor –dijo Kraus.

Stockhoff los reconfortó con beicon y patatas.

–Puede que esto lleve algo más de tiempo que Járkov, muchachos –dijo Kraus.

–¿Cuántos muertos van, sargento? –preguntó Kraft.

–Seis. Todos abatidos por francotiradores. Ningún herido.

–Esto es demasiado para nosotros, señor.

–Lo sé, Faustmann.

–Estamos acostumbrados a las trincheras y a los espacios abiertos. A esto no.

–Lo sé. Pero tendremos que encontrar la manera.

A la mañana siguiente, cuando todavía estaba oscuro, echaron a correr antes de que saliese el sol, antes de que los francotiradores pudiesen verlos. Avanzaron tanto que ya no podían retroceder. Se apostaron tras un muro que los ocultaba del flanco este, y Faustmann puso su arma en posición. Esperaron, inmóviles y en silencio, hasta que el sol empezó a desplazarse hacia el oeste revelando a un francotirador que no habían podido ver por la mañana. Faustmann acabó con él. Siguieron avanzando y hallaron un sótano, entraron y esperaron a que Stockhoff los encontrase. El cocinero llegó con sopa, raciones para el día siguiente y una carta para Faber, de su esposa.

–Ey, chicos, me ha mandado dos tabletas de chocolate.

Las repartió. La tercera se la volvió a meter en el bolsillo junto con el sobre.

Katharina fue al prestamista. Siempre conseguía encontrar cosas que le interesaban.

Compró un traje de invierno para Johannes y un collar de cuentas para su madre. Debajo de un montón de relojes vio una estilográfica, negra con adornos dorados, con el nombre «SAMUEL» grabado en el prendedor.

–Puedo quitar el nombre –dijo él.

–Entonces sería perfecta.

–¿Quiere que ponga otro?

–Peter.

Sería su regalo de Navidad.

Faber estaba despierto a las cinco. Tenía una hora. Bebió café, comió pan y se sentó a escribirle a Katharina. Su pulso era firme. ¿Qué iba a decirle? ¿Que la quería? ¿Que quería a su hijo? ¿Que la echaba de menos? Rompió el papel. Todo era absurdo e inútil.

¿Para qué querían una fábrica de tractores? No era más que un montón de escombros. El techo y las paredes ya no existían, el complejo había sido devastado. Los aviones y los tanques debían completar su tarea hasta que no quedara nada, ningún lugar donde esconderse, solo un montón de escombros que descendía hasta el río. Odiaba entrar después de ellos, hurgar entre los restos. Cada vez le resultaba más duro. Y Kraft no dejaba de llorar. Sin motivo aparente.

A las seis, como era habitual, llegó la orden. Salieron de sus sótanos, las ratas brotaban de las alcantarillas; se adentraron en la oscuridad, el esqueleto de la fábrica alzándose ante ellos.

—Vamos al extremo sur —ordenó Kraus—. Manteneos juntos y todo irá bien.

—¿Está seguro? —preguntó Faber.

—Tan seguro como siempre.

Se colocó detrás del sargento concentrándose de nuevo en sus botas. El cuero había sido reparado: las grietas cerradas, todo reforzado y bien cosido. Le gustaba la perfección de aquel remiendo.

La atención al detalle por parte de su Ejército. Dejó escapar un suspiro profundo. Todo iría bien. Sabían lo que hacían.

Llegaron los aviones y los tanques, y las explosiones sacudieron cada centímetro de su cuerpo. Kraus les ordenó que fuesen tras los tanques, lo bastante cerca para estar a cubierto, pero sin ponerse en el punto de mira. Se adentraron en una gruta enorme de techos derrumbados y pilares caídos, el suelo sepultado bajo piezas de tanques y tractores, cintas transportadoras, tornillos, llaves inglesas, guardabarros y cadáveres, decenas de ellos, abotargados y negros, plagados de gusanos.

–No sé para qué queremos esto –dijo Faber–. Nada de esto.

–Para tu gran Imperio alemán –respondió Faustmann.

–Vete a la mierda, Faustmann.

Instalaron el arma detrás de un muro, el cañón asomando por una abertura. Empezaron a disparar, turnándose para cargar, recargar, lanzar granadas, defender y atacar; pero terminaron el día igual que lo habían empezado, escondidos detrás del mismo muro. Comieron y durmieron allí y, a la mañana siguiente, repartieron nuevas raciones y más munición, y así todos los días, pero nunca bastaba para impedir las oleadas de hombres que se les venían encima. El tono de la piel y el pelo de los enemigos era cada vez más oscuro, provenientes de las regiones más orientales de Rusia. Un flujo interminable de hombres. Kraft empezó a pegar gritos. Y a temblar. Lo tumbaron y lo cubrieron con el abrigo de Weiss. Kraus señaló una puerta.

–Debe de haber una abertura al otro lado de esa puerta. Tenemos que sellarla.

Faustmann salió el primero, fusil en mano, haciendo un barrido de izquierda a derecha, los demás detrás. Franquearon la puerta y entraron en un edificio que apenas tenía paredes. Podían ver el río. Y a los rusos. Decenas de ellos alzándose entre los escombros y cargando contra los cuatro hombres. Faustmann desplegó el trípode y montó el fusil. Kraus le suministraba la munición. Faber y Faustmann comenzaron a lanzar granadas, pero los rusos seguían llegando. Faber también disparaba su fusil, pero tardaba mucho en recargarlo. Estaban demasiado cerca. Y eran demasiados. Echó mano de la bayoneta, la sangre caliente de los enemigos le resbalaba por las manos y los muslos, le salpicaba la cara. Prefería el fusil. Clavó el cuchillo en el cuello de un hombre, lo dejó allí y atravesó de nuevo la puerta siguiendo los pasos de Faustmann, de vuelta al muro donde Kraft yacía en silencio y con los ojos abiertos.

–No hay manera de acabar con estos hijos de puta –dijo Faber.

–Es un país muy grande, Faber.

Kraus le dio un empujón a Kraft.

–Nos vamos de aquí. Volveré atrás para buscar refuerzos y bloquear ese acceso.

Fueron al sótano, pero Kraus siguió adelante en dirección a la escuela. Faber, Weiss y Faustmann se tumbaron en el suelo para dormir. Kraft empezó a ordenarlo todo, a colocar las estanterías, la mesa y las sillas.

–¿Para qué te molestas? –preguntó Faber.

–Para estar algo más cómodo.

–No nos vamos a quedar. Nos iremos pronto de aquí.

Era de noche cuando despertó, el cielo oscuro se iluminaba a cada poco con ráfagas de fosforescencia rusa.

Dos reclutas nuevos, con el rostro pálido, les llevaron sopa de parte de Stockhoff.

–¿Cómo va la cosa, muchachos? –preguntó Weiss—. ¿Qué tal andan por los demás frentes?

–No lo sabemos muy bien, señor –respondió el mayor de los dos—. Pero hay muchos muertos.

–¿Rusos o alemanes?

–De ambos bandos, señor.

–Es fácil tropezar con ellos –dijo el más joven—. Y se nos derrama la sopa. Nos hemos quemado las manos.

–Pues que no se derrame ni una gota más –dijo Faustmann—. Tenemos hambre.

–Sí, señor.

Durmieron hasta la mañana. Kraus los despertó.

–Bien. Ya habéis descansado. Tenemos que tomar ese edificio. Empezamos en media hora.

Se reunieron tras el muro y se quedaron esperando junto a Kraus y otros veinte hombres.

–Necesitamos más efectivos, Kraus –dijo Weiss.

–Ya vienen.

Antes de que pasara media hora, cuatro hombres aparecieron por el flanco oeste empujando un lanzacohetes de seis tubos. Faber prorrumpió en vítores. Todos se unieron.

–Con eso se acabó el problema –dijo Faustmann.

El lanzacohetes destruyó los muros y sus operadores siguieron empujándolo hacia el río, sus ruedas de goma rebotando sobre los escombros. Los hombres iban detrás disparando, lanzando granadas,

obligando a los rusos a abandonar el extremo sur de la fábrica. Estaban ganando.

Era fácil. Emocionante. Faber estaba riéndose ante la simplicidad de la victoria, tan eufórico que no oyó el silbido del mortero, solo el impacto de los proyectiles sobre el lanzacohetes, sobre sus compañeros, sobre sus cuerpos despedazados. Salió corriendo del edificio y se guareció de nuevo tras el muro.

—No hay manera, Kraus —dijo Faber—. Nuestras armas son demasiado grandes y pesadas. Necesitamos más agilidad. Más rapidez.

—Lo sé, Faber.

Al cabo de una hora regresaron al edificio. Solo tropas de infantería. Algunos subieron a la parte de arriba. Faber y Weiss se quedaron abajo y siguieron los muros derruidos hasta el extremo del edificio que se asomaba al río. Abajo, a lo lejos, vieron a cientos y cientos de hombres bajar de las barcas y correr por la orilla en dirección a la ciudad.

—Así nunca les vamos a ganar, Weiss.

—Claro que sí. Solo tenemos que ser listos.

—Necesito comer.

Se cobijaron bajo la escalera y se cubrieron con una lámina de hierro corrugado. Comieron galletas saladas y carne en lata; bebieron agua. Weiss miró fuera, no vio a nadie y se encendió un pitillo. Le dio una calada y se lo pasó a Faber.

—Gracias.

Faber acercó el cigarrillo al suyo para encenderlo y se lo devolvió.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Seguro que se les ocurre algo.

Faber se terminó el cigarrillo y le invadió un sueño inestable, rayano en la vigilia. Sintió algo a su lado. Pies. Rusos. Sigilosos, con botas de fieltro. Apartó la lámina de hierro, disparó una vez, se aseguró de que no hubiese nadie más y volvió a dormirse, esta vez profundamente. Se despertó en la penumbra. Desorientado. Weiss seguía a su lado. Dormido. Lo despertó.

–Deberíamos irnos de aquí.

Weiss negó con la cabeza.

–¿Cuánto tiempo llevamos dormidos?

–No lo sé. Horas. Kraus nos va a linchar.

–¿Y quién se lo va a decir?

Weiss bostezó y se rascó la cara.

–¿Dónde están los demás, Faber? Estamos solos.

Faber apartó la lámina de hierro corrugado, miró al ruso muerto y volvió a poner la lámina donde estaba.

–¿Qué vamos a hacer, Weiss?

–No lo sé. Ese tío apesta.

–Este lugar entero apesta.

Faber se pasó las manos por el pelo. Los piojos habían vuelto.

–¿Alguna señal de los otros? –preguntó Weiss.

–Yo no veo a nadie.

–Entonces, ¿qué hacemos?

–No lo sé.

Se encendieron un cigarrillo agitando la mano para dispersar el humo y diluir su rastro.

–Está todo muy tranquilo –dijo Weiss.

–Deberíamos volver. Buscarlos.

Weiss abandonó el refugio de la lámina de hierro y salió por la puerta en dirección oeste. Faber fue tras él.

–Esto es el infierno, Weiss.

–Hace demasiado frío para ser el infierno.

–Creo que veo hombres. –Entrecerró los ojos en la luz menguante–. Son de los nuestros.

–¿Seguro, Faber?

–Seguro. Vamos.

Arrastrándose por el suelo, salieron de la fábrica hasta llegar a los restos de un cruce.

–Tú primero –dijo Weiss.

–Siempre voy detrás de ti.

–Pues ahora quiero ir yo detrás.

–No. Yo voy detrás de ti.

–Venga, Faber.

–No. Tú eres mayor que yo. Siempre has ido delante.

Weiss lo maldijo y reanudó la marcha. Faber lo siguió clavando la vista en sus botas, en los huecos de las costuras, cuando de pronto las botas se dieron la vuelta en mitad de una explosión de viento, ruido y tierra. Lo que ahora veía eran las punteras de acero.

–Dios, Weiss. ¿Qué estás haciendo?

Todo se oía como amortiguado: su propia voz, el cemento y la tierra cayéndole sobre la espalda y la cabeza. Pero veía que Weiss estaba gritando, que tenía la boca abierta de par en par, que sus ojos estaban desorbitados, que las manos le temblaban sobre el lugar donde había estado su vientre, que sus tripas se derramaban en el suelo junto a él. Faber corrió hacia Weiss, todavía sin oír nada, ni siquiera su propio llanto ni sus gritos. Recogió los intestinos y

empujó la carne desgarrada y ensangrentada de vuelta al agujero sin parar de gritarle a Weiss que se apartase del camino, que volviera detrás del muro, que se escondiera. Weiss dejó de gritar. En lugar de eso, empezó a llorar y a llamar a su madre.

Faber oyó el silbido de otro ataque.

–Levántate, Weiss. Levántate.

Faber se escondió detrás de un muro y oyó el estruendo de los proyectiles de mortero cayendo sobre la tierra. Veinticuatro en total. Luego, silencio.

–¿Weiss?

Nada.

–¿Weiss?

Se quedó allí, detrás del muro, mientras caía la noche, con el casco quitado, las rodillas contra el pecho, arrancando con los dedos trozos de carne de su amigo muerto.

Berlín, 30 de octubre de 1942

Mi querido Peter:

Esto es un infierno, Peter. Un infierno absoluto. Mi madre no deja de gritarle a mi padre por cualquier cosa. La más mínima tontería se convierte en una discusión monumental. Ayer lo acusó de tener una aventura con otra mujer. Una tal Maria. Él se rio y se fue de casa. Otra vez.

Siempre estoy sola, Peter. Solo estamos Johannes y yo, y es una soledad terrible. Mi madre está aquí también, claro, pero se pasa el día entero en su dormitorio o en el salón, igual que hacía mi hermano, con la bata puesta, mirando a la nada. A cada poco va a la cocina a buscar algo de comer en los armarios, se está poniendo hinchada, gorda, en un momento en que todo el mundo adelgaza. Ya ni me molesto en hablar con ella porque no hace más que gritarme, incluso cuando tengo al bebé en brazos.

Paso todo el día en el parque, aunque hace un frío horroroso. Pero es el único sitio donde puedo estar tranquila. Vuelve pronto a casa, por favor, amor mío. Necesito que me saques de todo esto. Ojalá tu madre sea una abuela mejor para nuestro hijo que la mía.

Con amor,

KATHARINA

P. D. Según dicen en la radio y en los periódicos, la campaña de Stalingrado va por buen camino. Sigue así, cariño. Estoy muy orgullosa de ti, de tu valentía. Johannes también.

P. P. D. Espero que no me estés siendo infiel con alguna rusa. Natasha, la que tenemos en casa, no es muy agraciada que digamos, pero seguro que hay rusas más guapas. Tú no harías algo así, ¿verdad que no?

Faber se dejó caer sobre el suelo del sótano y despertó a Faustmann.

–¿Dónde está Weiss?

–Muerto.

Faustmann se hizo un ovillo.

–¿Qué ha pasado?

–Metralleta. El estómago. Un proyectil de mortero.

–Pobre desgraciado. ¿Estás bien, Faber?

–No.

Kraft le tendió una taza de hojalata con café.

–Tómatelo, Faber. E intenta dormir algo.

Se quedó dormido entre los dos hombres, y el calor de sus cuerpos lo fue apaciguando. Volvió a despertarse a las cinco y se quedó sentado con las manos sobre la boca, viendo cómo la mañana reptaba por la habitación hasta iluminar la estantería que Kraft había decorado. Una bailarina de porcelana con un brazo roto, una fotografía sepia de su madre, una vela, una flor de seda azul medio deshilachada y un reloj negro de carruaje que ya no marcaba bien la hora, se había detenido en las seis y media. Los otros dos se despertaron y Kraft preparó más café.

–¿Y sus padres? –preguntó Faustmann.

–¿Qué pasa con ellos?

–¿Vas a escribirles?

–El Ejército se encargará de eso.

–Pero tú también deberías escribirles, Faber. Fuiste el último que estuvo con él.

–¿Qué? ¿Y decirles que su hijo murió con las tripas desparramadas por el suelo? No puedo hacer eso, Faustmann.

–Alguien debería.

–Pues hazlo tú. Tú no lo viste. Te será más fácil.

–Tal vez debería hacerlo Kraus. ¿Se ha enterado ya?

–No. Aún no.

Kraft sirvió café y le dio a cada uno un trozo de chocolate.

–¿Dónde encuentras estas cosas? –preguntó Faber.

–Pago mucho dinero por ellas. Más de lo que muchos estarían dispuestos.

–Quizá no pueden permitírselo –replicó Faustmann.

–Tal vez –dijo y les entregó otro trozo de chocolate a cada uno. Se levantó y empezó a ordenar los macutos, a colgar abrigos y gorras de unos ganchos que había clavado en la pared.

–¿Tú no quieres?

–No tengo hambre, Faber.

–¿Te has quedado aquí todo el rato, Kraft? –preguntó Faustmann.

–¿Me habéis echado de menos? Vuestros abrigos apestan.

–Te van a ejecutar como se enteren –dijo Faustmann.

–¿De qué? ¿De que compro chocolate?

–De que estás aquí. Escondido. Sin combatir.

–No me gusta. El ruido. La sangre. No es para mí.

–A ninguno nos gusta –replicó Faber–. Pero se supone que debemos hacerlo.

–Y yo he decidido no hacerlo.

–Seguro que te están buscando –dijo Faustmann.

–Ahí fuera es un caos. No se darán ni cuenta.

–Kraus sí se dará cuenta –replicó Faber.

–¿Acaso os está buscando a vosotros dos? ¿Sabe que habéis abandonado el campo de batalla para estar aquí conmigo, tomando café y chocolate?

Faustmann apuró su taza.

–Deberíamos irnos. Gracias por la hospitalidad.

Faber siguió a Faustmann por la inestable escalera y salió por la trampilla.

–¿Estás bien, Faber? ¿Puedes con esto?

–No me queda otra.

El viento y la lluvia traían consigo esquirlas de hielo. Faber, Faustmann y Kraus se resguardaron en un agujero del suelo orientado al este y se cubrieron la cabeza y los hombros con mantas.

–Vamos a tener que aceptarlo, muchachos –dijo Kraus.

–¿Aceptar el qué? –preguntó Faber.

–Que vamos a estar aquí todo el invierno. Que esto no va a terminar tan pronto.

–No puede decir eso, sargento.

–¿Quiere que se lo repita, Faber?

–Solo necesitamos más hombres –dijo Faber–. Nos los han prometido.

–No hay más.

–Los he visto, Kraus.

–Convalecientes y chavales de diecisiete años. No nos sirven.

–Y oficiales que regresan del permiso –replicó Faustmann–. Bien cebados y repuestos.

–Pero están en camino –dijo Faber–. Tienen que venir.

–Eso se dice. En cualquier caso, necesitamos un refugio.

En la oscuridad de la madrugada arrancaron varias traviesas de la vía férrea que cruzaba la ciudad y las llevaron hasta el extremo de la fábrica de tractores donde estaban instalados. Cavaron en el suelo y

construyeron una cueva de madera lo bastante grande para dormir y poder agacharse dentro, la entrada oculta tras un talud de tierra, la humedad mitigada por un fuego de leña encendido en un pequeño bidón metálico.

—¿Cuánto tiempo cree que tendremos que seguir en estas condiciones, Kraus?

—No lo sé, Faber.

La rutina quedó firmemente establecida. Tan estructurada como las enseñanzas de su padre. Se levantaba al amanecer, orinaba, comía y se arrastraba entre los escombros con Faustmann y Kraus hasta hallar un lugar donde emplazar el arma, un nido a salvo de los francotiradores. Un lugar distinto cada día.

A las nueve, a veces antes, a veces después, los rusos empezaban a disparar; cohetes y proyectiles silbaban y chirriaban al cruzar el río, desgarrando a los muertos ya desgarrados, abriendo cráteres en la tierra ya quebrada. Trataba de bloquear ese ruido y concentrarse en los que provenían de un paso, de una respiración, de un susurro en una lengua que no entendía. Y disparaba. A matar. Siempre a matar. Solo los muertos contaban en el recuento final de cada jornada.

—Te voy ganando, Faustmann.

—He dejado de llevar la cuenta, Faber.

—Y una mierda.

—Te estoy diciendo la verdad, Faber. Son demasiados muertos.

Cuando cayó la noche, fueron a la trinchera que tenían detrás y esperaron la llegada de Stockhoff. Les llevó café, sopa de col, chocolate, raciones para un día, hojas de afeitar, cigarrillos y polvo antipiojos.

–Siempre es un placer verte, Stockhoff –dijo Kraus–. Pero ¿dónde está la carne?

–Esto es lo que me han dado.

–Hace frío. La necesitamos.

–Eso mismo les he dicho yo.

–¿Y qué te han respondido?

–Nada. Así que Gunkel me está ayudando. Hacemos lo que podemos.

–¿Alguna novedad con los reemplazos?

–Más novatos.

–Entonces no durarán mucho. ¿Y de la ropa de invierno?

–Nada, sargento.

–¿Y el correo?

–Poco. Y lento. Solo una carta para Faber y otra para Kraft.

Kraus cogió las dos cartas, le entregó una a Faber y se quedó mirando la que estaba dirigida a Kraft.

–¿Alguien lo ha visto, Stockhoff? ¿Alguna noticia?

–Nada, Kraus.

La tiró al suelo. Faber la recogió y se la metió en el bolsillo interior de la guerrera, junto a las fotografías de Katharina y su hijo. Abrió la carta y se echó a reír.

–Me pregunta si tengo una aventura.

–Claro, con la de soldadas rusas tan simpáticas que hay por aquí –dijo Faustmann–. Solo hay que tener cuidado de que no te claven ningún cuchillo.

–Estás fatal.

–Sí, cada vez peor.

Stockhoff se fue, pero sus ordenanzas se quedaron para calentar agua y limpiar las letrinas bajo la luz de una lámpara de aceite y el resplandor de las explosiones rusas.

–La verdad es que ser soldado de primera línea tiene sus ventajas –dijo Faustmann.

Encendieron cigarrillos y esperaron a que los ordenanzas se marchasen. Las letrinas seguían apestando y el agua estaba templada tirando a fría. Faber metió su camiseta interior de repuesto en el agua, la escurrió, la restregó con jabón y se lavó la cara, las orejas, el cuello, las axilas, la entrepierna y el culo. Se frotó los dientes con el dedo, haciendo caso omiso de la sangre, y se afeitó sin espejo. Hundió la cabeza en el agua sucia, la sacó, se sacudió el pelo y se extendió el polvo antipiojos por el cuero cabelludo con ayuda de las uñas. Con eso tendría que apañarse. Es lo único que había.

Cuando volvió a oscurecer, regresó con Faustmann al sótano. Kraft, iluminado por la luz de una vela, estaba limpiando con un calcetín los restos de cemento y piedra que habían caído sobre sus muebles y adornos. Faber le tendió la carta. No la cogió.

–Ya sé lo que es.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Faber–. Si no la has abierto.

–Ya lo sé. Ábrela tú si quieres.

Faber leyó las palabras escritas por un vecino.

–¿Cómo lo sabías?

–No sé, lo sabía.

Se sentaron mientras Kraft preparaba café; seguían con los abrigos puestos. Hacía muchísimo frío, más que en el búnker, pero Kraft no parecía notarlo.

–¿Estás comiendo? –preguntó Faber.

–No tengo hambre.

–Tienes que comer, Kraft.

–Recojo mis raciones casi todas las noches. Lo que no me como lo guardo en el macuto. Quédatelo tú.

Faber encontró galletas saladas y seis latas de carne.

–¿Y nadie se da cuenta? –dijo Faustmann.

–Me pongo el casco. El equipo. Cojo las raciones. Vuelvo. A nadie le importa.

Se terminaron el café.

–Deberíamos volver –dijo Faustmann.

–Quedaos. Por favor. Solo una noche. No quiero estar solo.

–Podrían pillarnos –dijo Faber.

–A mí no me han pillado –replicó Kraft.

Se tumbaron junto a él, cada uno a un lado, con un brazo sobre su cuerpo, mientras Kraft lloraba.

Stalingrado, 19 de noviembre de 1942

Mi querida Katharina:

Me hizo mucha gracia tu preocupación por que te sea infiel. Si vieras cómo vivo. Vuelvo a tener tantos piojos que ninguna mujer se me acercaría. Te prometo que me limpiaré bien antes de volver a casa.

Todavía no me han confirmado si me concederán el permiso para Navidad. Faustmann también lo ha pedido y puede que se lo den antes que a mí, él no ha vuelto a casa ni una sola vez desde que estuvimos en Francia. Kraus ha dicho que se quedará defendiendo la fábrica de tractores. Imagino que se quedará solo porque todos los demás están desesperados por volver a casa.

Espero que las cosas se hayan calmado un poco entre tus padres. Y no te preocupes, te sacaré a ti y a Johannes de allí en cuanto termine esta guerra. Tiene que terminar muy pronto. Estamos a un paso del Volga, desde aquí podría meter el pie en el agua, pero no dejan de atacarnos con todo el armamento que tienen. Y la lucha en los sectores norte y sur sigue siendo muy dura. Pero no te preocupes, estoy a salvo, aunque sucio, muerto de frío y hambriento. Ya soy un soldado hecho y derecho, Katharina. Un uniforme de invierno no me vendría mal, pero no pienso quedarme aquí tanto tiempo, así que no creo que lo necesite.

Por favor, consígueme algo de chocolate. Y carne. Ternera. Son las únicas dos cosas que quiero. Aparte de a ti, claro. Pero no más galletas saladas. No quiero galletas de esas ni en pintura. Ni más nieve. Está empezando a caer otra vez. Ya he visto toda la nieve que tenía que ver en mi vida.

Os quiero muchísimo, a ti y a nuestro hijo.

Espérame. No tardaré mucho.

Tu marido, que te quiere,

PETER

Faustmann miró hacia el oeste.

–¿Qué pasa? –preguntó Kraus.

–No lo sé. Ha ocurrido algo. Por ahí detrás. En la trinchera.

Aunque todavía faltaba mucho para que anocheciese, desmontaron el fusil y volvieron a la posición anterior. La trinchera estaba llena de hombres con el rostro ceniciento que miraban fijamente a Stockhoff.

–Nos han rodeado, chicos –dijo.

–¿Qué coño dices? –dijo Faber–. Es imposible.

–Pues lo han hecho, Faber. Se han ventilado a los rumanos del flanco norte, luego a los muchachos del sur. De un plumazo. Estamos encerrados.

–Putos rumanos –dijo Kraus.

–Estaban solos, Kraus –dijo Stockhoff–. No es culpa suya.

–Bueno, pues tampoco es culpa mía –replicó Kraus. Se dejó caer al suelo de la trinchera.

Faber se acuclilló a su lado.

–¿Está bien, sargento?

–Solo estoy cansado, Faber. Se me pasará.

–Seguro que no es para tanto –dijo Faber–. En Járkov también nos cercaron y la cosa duró pocos días.

–Entonces éramos solo unos cientos –dijo Stockhoff.

–¿Y de cuántos estamos hablando ahora? –preguntó Faustmann.

–De todos nosotros.

–¿Cómo que todos?

–El Sexto Ejército al completo. Casi trescientos mil hombres.

La trinchera quedó en silencio, pero la artillería rusa seguía disparando, con un tono burlón, como de regodeo.

–No pueden retenernos a todos –dijo Faber–. Romperemos el cerco.

–Seguro que se les ocurre algún plan –dijo Kraus–. Como en Járkov. Aquello funcionó de maravilla.

–No se puede abastecer por aire a trescientos mil soldados –dijo Stockhoff.

–Los aviadores pueden lograr cualquier cosa si se lo proponen –dijo Faber.

–Chicos, ¿cuándo fue la última vez que comisteis algo decente? –preguntó Stockhoff–. Ni siquiera pueden abastecernos por tierra.

–Algo se les ocurrirá –dijo Kraus.

Stockhoff se puso en pie.

–Voy a la cocina. A ver qué puedo prepararos.

–¿Rata al horno? –dijo Faustmann.

A Faber le dieron ganas de reírse, pero se contuvo. Regresó al búnker y echó algo de leña, aún húmeda, al fuego; luego vertió un poco de gasolina. La llama prendió.

–¿Qué opina, Kraus? –preguntó Faber–. ¿Intentamos romper el cerco?

–Es difícil porque todos los tanques se han ido al norte. Los caballos también. No sé si podríamos nosotros solos. Sería más fácil si viniesen a por nosotros.

Dieron largas caladas a los cigarrillos.

–¿Y luego qué?

–Abrimos un pasillo. Contenemos a los rusos hasta que consigamos salir.

Kraus se quedó dormido.

–Tiene muy mala cara –dijo Faustmann.

–Deberíamos avisar a Kraft –dijo Faber.

Encontraron a Kraft tarareando y quitando el polvo a sus adornos.

–Caballeros, voy a hacer café.

Tenía los labios y la piel secos. Descamados.

–¿Estás comiendo, Kraft? –preguntó Faber–. ¿Bebes agua?

–Ahora tomaré algo. A veces se me olvida.

Se tomaron el café. No había chocolate.

–Estamos rodeados, Kraft –dijo Faustmann.

–¿Ah, sí?

–Ya no puedes seguir aquí tú solo.

–¿Por qué no? ¿Qué diferencia hay?

–Te necesitamos con nosotros –respondió Faustmann–. Para cuando rompamos el cerco. No tendremos tiempo de venir a buscarte.

–¿Dónde estáis durmiendo? Oléis fatal los dos.

–En un búnker –dijo Faber–. Cerca de la fábrica de tractores.

–No pienso volver allí.

–Pero no te puedes quedar aquí solo, es peligroso –dijo Faustmann.

–Me arriesgaré.

Faber se atusó el pelo.

–Al menos, cuídate, Kraft. Tienes que comer en condiciones, beber algo de líquido.

–A ver, Faber, tú no estás para darme lecciones de salud. Y tú tampoco, Faustmann.

Le estrecharon la mano. Faber lo atrajo contra su pecho.

–Cuídate.

–Vosotros también. Los dos.

Salieron de nuevo por la trampilla, oculta bajo un montón de tierra y hormigón. Caminaron hacia el este para regresar al búnker. Kraus se despertó cuando llegaron.

–Tiene muy mala cara, Kraus –dijo Faustmann.

–Pues peor cuerpo tengo.

Después de tomar sopa y café en la trinchera, Kraus fue con Stockhoff a la retaguardia, a ver a los sanitarios. Faber y Faustmann volvieron al búnker. A esperar.

Katharina se vistió para ponerse en la cola del racionamiento. Normalmente iba la rusa, pero Katharina había oído los rumores. Su padre no decía nada. Su madre no sabía nada. Salió a la calle. Había nieve en el suelo, pero tenía los pies calentitos gracias a sus botas forradas de piel y con un discreto tacón. Y por fin tenía un abrigo de visón que se cerraba hasta el último botón. Suyo.

Se puso en la cola, frente a la panadería, detrás de una mujer cuyos zapatos de suela fina sonaban contra el suelo helado cada vez que daba un paso. Era un ruido irritante.

Las mujeres que tenía delante y detrás estaban enfrascadas en una conversación. Hablaban en voz baja y febril. Intentó unirse, repitiendo sus palabras, haciendo preguntas, pero la excluyeron al advertir su abrigo de piel y sus caderas bien alimentadas. Katharina miró al frente. Eran mujeres flacas, de ropas raídas. Ya se enteraría por otro medio.

Se encaminó hacia el este de la ciudad, donde compraba la señora Sachs. Llegó a una carnicería y se quedó esperando fuera. La señora Sachs salió, la bolsa que sujetaba parecía tener poco peso. Tenía el rostro demacrado. Tenso.

—Qué bien te veo, Katharina. ¿Cómo está tu madre?

—Bien.

—No sale mucho, ¿no?

–Le gusta estar en casa.

–Por cierto, siento mucho lo de tu hermano.

–Gracias, señora Sachs.

–¿Has oído las noticias? Tu marido está allí, ¿no?

–No puede ser cierto, señora Sachs. Los rusos no tienen capacidad para algo así.

–Eso mismo nos dijeron.

–¿Usted cree que sí? En el periódico no sale nada.

La señora Sachs resopló.

–Seguro que estáis muy a gusto en el apartamento nuevo, ¿verdad, Katharina?

–Sí, se está muy bien –respondió, pero la señora Sachs ya se había alejado de ella para unirse a la cola de las verduras. Katharina siguió esperando mientras daba pisotones como las demás mujeres, aunque no tenía frío. Luego desistió. Total, no le hacía falta carne.

Volvió a casa y dio de comer a Johannes, metiéndole en la boca la comida que había preparado la rusa. Lo acostó y se sentó en el sofá, a la espera de que su padre se despertase. Se abrió una puerta, pero era su madre, todavía en camisón. Saludó con la cabeza a Katharina y desapareció en el baño. Katharina cogió una revista y se puso a hojearla arrugando las páginas, exasperada por el duelo interminable de su madre y por la posibilidad de ser viuda sin haber llegado siquiera a ser esposa.

Su madre cerró la puerta de su dormitorio y su padre salió del suyo. El antiguo cuarto de su hermano.

–Buenos días, Katharina. ¿Cómo está hoy mi preciosa hija?

–Ya es casi por la tarde, padre.

–Entonces he dormido bien.

–¿Se acostó muy tarde?

–Más bien me levanté muy temprano. –El señor Spinell se sentó en el sofá, al lado de su hija, bostezando y rascándose el pecho–. ¿Cómo está el pequeño Johannes?

–Bien. Esta noche no han saltado las alarmas aéreas, así que ha dormido de un tirón.

–Creo que se les están acabando las bombas.

–¿Qué está pasando en Stalingrado, padre?

–Nada que nuestros hombres no puedan manejar.

–¿Los han rodeado?

–Eso se comenta, pero no es nada serio. Unos días más y habrán salido.

–¿Cómo puede estar tan seguro?

–Son soldados alemanes, Katharina.

–¿Me voy a quedar viuda?

–Tu marido estará bien.

–Eso mismo dijo de Johannes. De madre. Y mírelos. La observó detenidamente.

–Empiezas a sonar como tu madre, Katharina. Confía en mí. Peter estará bien. Ahora mismo están planeando una estrategia.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

–Estoy muy preocupada por él. Y por madre.

–Tu madre lo hace a propósito, Katharina.

–¿Qué quiere decir?

–Lo de no salir. No comer.

–¿Eso cree?

–Quiere que yo me sienta culpable, de eso se trata.

–¿Y lo consigue?

–¿El qué?

–¿Se siente culpable, padre?

–Tu hermano tenía que volver al frente, Katharina. No teníamos elección.

–Yo me siento culpable. Todo el tiempo. A veces lo veo solo en ese tren, sin saber adónde iba. ¿De verdad era necesario, padre?

–Las guerras no se ganan sin sacrificios, Katharina.

–Madre no muestra ningún interés por Johannes. Ni siquiera lo mira, nunca lo coge en brazos. Su propio nieto.

–El duelo es una forma de indulgencia luctuosa, propia de quienes no tienen nada que hacer.

–Eso suena muy pomposo, padre.

–Lo dijo el doctor Weinart. En fin, voy a ver qué puede hacer Natasha por mí. Tengo hambre. Peter estará bien. Todos estarán bien.

De madrugada, Faber y Faustmann se sentaron con la espalda apoyada en un muro orientado al oeste para contemplar el cielo, el azul claro y brillante, las finas hebras de nubes suspendidas en una quietud absoluta.

–Vendrán hoy –dijo Faber.

–Más les vale –dijo Faustmann.

Faber encendió un cigarrillo e inhaló profundamente para intentar engañar al hambre, para calentarse los pulmones.

–El tiempo es perfecto –dijo.

–Ayer también lo era.

Inhaló por segunda vez, aún más hondo, y retuvo el humo esperando el subidón de la nicotina. No llegó. Nada, salvo un remolino de ácido en el estómago.

–Me pregunto por qué no vinieron ayer –dijo Faber.

–Tienen que venir hoy sin falta.

Envueltos en abrigos, mantas y bufandas, los dos hombres se apretaron el uno contra el otro. No en busca de calor. No lo había.

–Esto pondrá a prueba tu teoría, Faustmann.

–¿Cuál? Tengo muchas.

–Que somos carne de cañón.

–¿Lo somos, Faber?

–Apenas ha llegado nada. Ni suministros, ni hombres, ni comida.
Es como si no les interesáramos, como si les diera igual.

–Nos están diciendo que esperemos, Faber. Eso es todo. Que
aguantemos.

–¿Y tú los crees?

–¿Acaso tengo otra opción?

Pegó un grito al verlos. Los sobres blancos con un borde dorado. Uno para sus padres. Uno para ella. Lo abrió allí mismo, en el recibidor. Una invitación a la cena. La cena de los Weinart. Se abrazó a sí misma y subió corriendo a contárselo a su madre.

Gunkel llevó a un caballo castaño al interior de un bloque de apartamentos en ruinas y lo abatió de un disparo. Afiló los cuchillos y se puso manos a la obra, las muñecas moviéndose de forma mecánica.

Stockhoff estaba a su lado.

–Búsquense algo que hacer, caballeros –dijo Stockhoff–. Esto se servirá más tarde.

Se fueron retirando en dirección al búnker. Kraus estaba dormido.

–Deberíamos ver cómo anda Kraft –dijo Faustmann.

Avanzaron por la nieve, un sudario blanco sobre los muertos, las moscas y las larvas. Faber se alegró de ello.

El sótano apestaba a mierda; había mojones enormes en la esquina, bajo la escalera, entre restos de periódicos rotos. Kraft estaba sentado en una silla, peinándose y tarareando, con la mesa puesta para comer.

–Dios, Kraft. Qué asco.

–¿El qué?

–Cagas debajo de la escalera.

–No hay baño, Faber.

–Pues caga fuera, cabrón.

–No.

–¿Por qué no?

–No pienso salir ahí afuera. Hay mucho ruido. No me gusta.

Faber lo miró, los labios agrietados y con restos de sangre, la piel seca como papel.

–¿Estás bien, Kraft?

–Sí, estoy bien.

–¿Has comido? ¿Has bebido algo?

–Un poco de agua. Pero me duele el estómago. Me dan retortijones.

–Voy a limpiar esto.

Faber agarró la pala, se cubrió la boca con la bufanda y recogió los excrementos apartando la cara, con los ojos entornados, el estómago revuelto. Subió la escalera, abrió la trampilla y los arrojó todo lo lejos que pudo; luego arrastró la pala por la nieve para limpiarla. Bajó de nuevo, pero dejó la trampilla abierta.

–Se van a colar las bombas –dijo Kraft–. Nos van a encontrar.

–Si no nos matan las bombas, nos matará el olor. La próxima vez, caga fuera.

–Es que me da miedo salir, Faber.

–El pestazo que hay aquí dentro sí que da miedo.

Faustmann cogió el trapo del polvo, lo enjuagó con agua de la cantimplora y empezó a limpiarle la cara y las manos a Kraft.

–Apestas, Kraft. Tienes que comer, beber y encender un fuego. Aquí hace un frío insoportable.

–¿Sí? Bueno, voy a preparar café.

Apartó la silla de la mesa y se levantó. Tenía los pantalones llenos de mierda, ambas perneras. A Faber le dieron arcadas. No tenía nada en el estómago que vomitar.

–Lo siento. Qué cabeza tengo. Se me ha acabado el café. –Tomó la fotografía de su madre y se quedó mirándola—. Tienes mucha suerte de que tu mujer y tu hijo te estén esperando, Faber. Eres muy afortunado.

–Deberías dormir –sugirió Faber.

–No tengo sueño.

–Sí lo tienes. Estás agotado.

–Deja de decirme si estoy así o asá, Faber. Tú no sabes nada.

–Pues dímelo tú, ¿cómo estás?

–Hundido. No tengo nada ni a nadie.

–Nos tienes a nosotros.

–Todos seguiréis con vuestras vidas cuando esto termine. Volveréis a vuestras casas. Con vuestras familias. Pero a mí me espera una casa vacía, una casa enorme y vacía.

–Ya verás cómo encuentras a alguien. Las mujeres se van a dar tortas por casarse contigo y ser la señora de la casa.

–Esa era mi madre, Faber. Nadie puede ocupar ese lugar.

–Duerme un poco, Kraft. Te sentirás mejor.

–Nunca me sentiré mejor. Siempre será así.

–Las guerras se acaban, Kraft.

–Aunque se acabe, nadie me devolverá a mi madre, Faber.

–Pero al menos podrás volver a casa.

–No tengo casa. Ya no.

–Deberías dormir.

–Ya, no paras de decírmelo. –Kraft se dobló en dos.

–¿Estás bien? –preguntó Faber.

–Tengo que cagar.

–Aquí no. Sal fuera.

Kraft subió la escalera sujetándose el estómago con el brazo, la mierda corriéndole por las piernas. Salió por la trampilla. Lo oyeron suspirar mientras evacuaba.

–Necesito papel –dijo.

Faber le pasó un periódico ruso.

–¿Qué dicen de nosotros, por cierto? –preguntó Faber.

–¿Quiénes? –dijo Faustmann.

–Los rusos. En el periódico.

–Ah, que estamos jodidos. Que nos van a borrar del mapa.

–Es probable que así sea –dijo Faber.

–Sí, es probable.

Oyeron cómo Kraft rompía el periódico y lo arrugaba.

–Límpiate bien –gritó Faber.

Oyeron cómo se abrochaba el cinturón, pero no sus pasos bajando por la escalera.

–¿Qué está haciendo? –preguntó Faber.

Faber subió unos peldaños, los suficientes para ver la mierda de Kraft, pero no a Kraft. Subió un poco más y lo vio trepando por el terraplén de nieve.

–¿Qué haces, Kraft?

La bala le alcanzó en el cuello, en la laringe, por lo que cayó en silencio, hacia atrás, la sangre burbujeando y brotando del orificio recién abierto. Faber se precipitó escaleras abajo, alejándose de Kraft, y chocó de bruces con Faustmann.

–Puto loco, qué hijo de perra –dijo Faber.

–¿Qué ha pasado?

–Le han metido un tiro. Se ha dejado matar.

Faustmann cerró la trampilla. Acto seguido se desató el fuego de artillería siguiendo el disparo del francotirador que había abatido a Kraft.

–El puto imbécil nos ha delatado. Estamos atrapados aquí hasta que anochezca.

–Nos quedamos sin carne de caballo –dijo Faber.

Esperaron hasta el anochecer para salir. Se arrastraron entre las heces de Kraft y su cadáver y llegaron a la trinchera a tiempo. Olían igual de mal que los demás soldados.

–¿Dónde estabais? –preguntó Kraus.

–Buscando comida –respondió Faustmann.

–¿Habéis encontrado algo?

–No.

Stockhoff había distribuido la carne de caballo en las ollas de sopa de nabo. Les entregó dos raciones a cada uno y cuatro trozos de pan.

–Mañana recortan las raciones, muchachos.

–Hace demasiado frío, Stockhoff –dijo Kraus–. Los hombres necesitan más comida, no menos.

–No se puede hacer otra cosa. No está entrando nada.

–¿Y los aviones? –preguntó Faustmann.

–Hemos visto caer latas –dijo Faber.

–Casi ninguna con comida –dijo Stockhoff–. Igual han caído en territorio ruso.

–¿Cuánto? –preguntó Kraus.

–¿Cuánto qué? –dijo Stockhoff.

–¿Cuánto recortan las raciones?

–Más de la mitad.

–¿Cuánto exactamente?

–Casi dos tercios.

Faber enterró la cabeza entre las manos.

–Pero haré lo que pueda por vosotros, chicos. Gunkel y yo encontraremos la manera.

Estrecharon la mano del cocinero y del carnicero agradeciéndoles su esfuerzo y su compromiso. Faber, Faustmann y Kraus regresaron al búnker y avivaron el fuego.

–¿Cómo se encuentra, Kraus? –preguntó Faber.

–Mejor.

Kraus encendió un cigarrillo.

–Mañana volveremos a salir, muchachos.

–¿Servirá de algo, sargento? –dijo Faber.

–Por lo menos tendremos algo que hacer –respondió Kraus–. Estoy harto de mirar el cielo.

–¿No deberíamos reservar la munición para cuando rompamos el cerco? –preguntó Faber.

–Si es que llegamos a romperlo –dijo Faustmann.

–¿Qué opina, Kraus? –preguntó Faber.

Kraus dio una calada.

–¿Cree que vendrán refuerzos, Kraus?

–No lo sé, Faber.

Se durmieron, pero Faber se despertó en mitad de la noche. Tenía hambre. Se metió la mano bajo la guerrera y se tocó las costillas. Podía sentir cada una de ellas. Y tenía el estómago vacío. Encontró unas galletas saladas en el macuto de Kraus, se las comió y volvió a dormirse.

Por la mañana Faustmann y Kraus se prepararon para regresar a la fábrica de tractores.

–Ven con nosotros, Faber –ordenó Kraus.

–No tiene sentido, sargento. Otro ruso muerto no nos servirá de nada.

–Podría denunciarte.

–¿Lo hará?

–Hoy no.

Cuando se marcharon, Faber trató de avivar el fuego echando trozos de madera de una mesa vieja; luego se quedó mirando las llamas. Se alegró de no tener que ver a los dos hombres, la hambruna marcada en sus rostros.

Sacó las fotos de Katharina y Johannes y las colgó de unos clavos oxidados que sobresalían de la pared del búnker, junto al lugar donde dormía. Acarició las fotos y besó a su mujer en los labios. Ella le sonreía. A su piel descamada y a sus piernas enjutas. Tres semanas y media.

Intentó no pensar en ello. Tres semanas y media y seguía sin venir nadie. Los aviones que llegaban siempre se iban con una carga más pesada: capitanes, tenientes, comandantes, todos con el rostro amarillento, como si tuviesen ictericia. Faber comprobó que sus ojos estaban blancos y sanos.

Atizó el fuego con una vara, levantando chispas. No iba a luchar más ni a arriesgar la vida por oficiales cobardes que salían huyendo, ni a exponerse a los cohetes rusos que rebotaban en el suelo helado, fragmentándose y abriendo agujeros cada vez más grandes en los cuerpos alemanes. No. Se mantendría a salvo para poder ser el padre de su hijo.

Se tumbó junto al fuego, hecho un ovillo, y cerró los ojos. Le gustaba la nieve. Amortiguaba el ruido de la batalla, gracias a ella dejaba de oír a los hombres del flanco norte luchando por contener a los rusos. Apreciaba su esfuerzo, pero no quería oírlo. Se quedó dormido, despertó y estuvo leyendo hasta que los demás regresaron. Kraus tenía un pequeño corte en la mano.

—Probablemente de un cuchillo —dijo—. Puede que el mío.

Fueron a la trinchera y comieron salchicha de caballo. Stockhoff les dijo que se prepararan para romper el cerco.

—Vienen a por nosotros desde el sur —dijo.

—¿Alguna confirmación oficial? —preguntó Kraus.

—Todavía no —dijo Stockhoff—. Solo tenemos que esperar. Y estar listos.

—No nos ha abandonado —dijo Kraus.

—Sabía que no lo haría —dijo Faber.

Se quedaron esperando en el búnker, con las armas, las balas y las granadas preparadas. Faber se guardó las fotografías en el bolsillo, junto al mechón de su mujer. Esperaron un segundo día. Y un tercero. Un viento desapacible y cortante barría la estepa, atravesando la ropa y la piel. Era imposible estar fuera.

—No llegaremos a tiempo —dijo Faber—. Se irán sin nosotros.

—Seguro que no —replicó Kraus—. Nadie puede moverse con este tiempo.

El trueno retumbó por toda la ciudad.

—Eso es —dijo Kraus—. Vamos.

Salieron corriendo hacia la oscuridad con la idea de dirigirse al sur, pero se dieron cuenta de que el ruido venía del este, del río. Se

estaba helando, placas enormes de hielo chocaban entre sí y se soldaban bajo una nueva nevada. Estaban rodeados por todas partes, norte, sur, oeste, y ahora también por el este. Regresaron al búnker.

–Estamos acabados –dijo Faustmann–. Ahora podrán traer todas las armas que quieran y rematarnos.

–Podemos hacer agujeros en el hielo –dijo Faber.

–No –dijo Kraus–. No queda artillería.

Faber se puso a trastear con su fusil.

–Tienen que sacarnos de aquí –dijo.

Volvieron con Stockhoff y tomaron sopa aguada.

–No van a venir –dijo–. Se ha cancelado.

–¿Por qué? –preguntó Kraus.

–No lo sé. No han dado ninguna razón.

Katharina alzó la falda de su vestido de terciopelo y subió la escalinata de mármol de la casa de los Weinart, iluminada por velas y el resplandor trémulo del enorme árbol de Navidad, adornado con lazos plateados de seda.

Sus padres iban delante: su padre, con un traje negro impecable y una pajarita anudada a mano; su madre, con un vestido de gasa verde y una estola de piel de zorro sobre los hombros, la cabeza y las patas del animal aún intactas.

Giraron a la derecha en lo alto de la escalinata y se pusieron en la cola para saludar al médico y a su esposa, la señora Weinart, con un traje de lamé plateado que brillaba a la luz de las velas. Besó a la madre de Katharina en ambas mejillas.

–Señora Spinell, cuánto me alegro de que haya venido.

–Gracias, señora Weinart. Es un placer estar aquí.

–Debe de ser duro para usted. La primera Navidad. Sé que algún día comprenderá el significado del sacrificio de su hijo. Y aquí está Katharina. ¡Qué guapa estás!

Katharina dio un paso adelante. Su vestido, de color púrpura real, se ceñía a sus caderas y a sus pechos, y caía en cascada hasta el suelo.

–Gracias.

–Coincido plenamente con mi esposa, señora Faber.

–Gracias, doctor Weinart.

–Adelante, Katharina. Toma un poco de champán. Cenaremos en breve, después de oír el parte del frente.

Katharina tomó una copa de champán de la bandeja del camarero y se la entregó a su madre, que la aceptó sin mediar palabra y se dirigió hacia una mujer que llevaba un vestido de flores. Su padre vaciló un instante, pero la dejó para acercarse a un hombre con uniforme de gala que contemplaba la chimenea con el semblante enrojecido por el calor. Se enfrascaron de inmediato en una conversación. Katharina dio un sorbo a su copa. Incómoda por el aislamiento repentino, dio la espalda a los invitados y se acercó a un árbol, más pequeño que el del vestíbulo, pero también cubierto de lazos plateados. Bajo las ramas había un montón de regalos, todos con hermosos envoltorios. El de ellos lo tenía el mayordomo, abajo.

Respiró hondo, volvió al salón y se dirigió a un grupo de mujeres, la mayoría de su edad, un corrillo de seda, encajes, terciopelo, corpiños y lazos. Le hicieron sitio mientras intercambiaban anécdotas sobre sus criadas rusas, los colegios privados y las casas de vacaciones. Una mujer rubia, con un vestido de seda color rubí y joyas a juego, llevaba una cruz esmaltada en azul y oro prendida al tirante. Katharina la señaló con un gesto.

–Enhorabuena. Es un gran honor.

–Gracias. Estoy muy orgullosa.

–¿Se la entregó el propio Führer?

–Sí. Hace solo seis semanas, todavía me emociono al recordarlo.

–¿Cuántos hijos tiene?

–Ocho.

–Es impresionante. Y es usted muy joven.

–Llevo siete años casada. ¿Y usted?

–Me casé el año pasado. Solo tengo un hijo.

–Entonces tiene tiempo de sobra. Por cierto, me llamo Elizabeth Bäker.

–Katharina Faber. Encantada.

El doctor Weinart subió el volumen de la radio.

–Noticias de Stalingrado –dijo.

La sala quedó en silencio. Oyeron a unos hombres cantar villancicos e himnos. Sus voces, firmes y seguras, revelaban que estaban bien alimentados. Katharina inclinó la cabeza e intentó atrapar una lágrima con el dedo antes de que le estropease el maquillaje. La mujer del vestido rubí le pasó un pañuelo.

–Me pregunto si será mi marido –dijo Katharina–. Tiene muy buena voz. Cantaba en el coro del colegio.

Cuando terminó, Katharina se recompuso y prometió devolver el pañuelo.

–Quédese.

–No no. Le diré a la rusa que se lo devuelva después de lavarlo y plancharlo.

–¿Y por qué no nos acompaña en el almuerzo de Nochevieja y lo trae usted misma, Katharina? –le sugirió–. Y traiga también a su hijo.

–Será un placer, Elizabeth.

Katharina guardó la dirección y el pañuelo en su bolso negro de mano. Sonó el gong anunciando que la cena estaba lista. Elizabeth se quedó en la primera planta; Katharina subió a la segunda, de nuevo siguiendo a sus padres. A ellos los enviaron a un salón con vistas a la calle; a ella, a una sala interior que daba a un patio

iluminado por velas. Otros invitados siguieron subiendo por la escalera, hacia las dependencias de la planta tercera.

La sala que le tocó era menos vistosa que la de abajo, solo tenía dos ventanas en lugar de cuatro, y un techo más sencillo. Aun así, era elegante y lo bastante espaciosa para dar cabida a cinco mesas de diez comensales. En cada plato descansaban cuatro ostras, todavía en sus conchas, sobre un lecho de hielo. El pánico la invadió. Sonrió con nerviosismo al resto de los invitados. Nunca había comido ostras. Quería irse a casa. Pero también quería quedarse. Imitaría a los demás. Haría lo que ellos hiciesen.

Los hombres se reunieron en torno a la mesa y esperaron a que las mujeres tomaran asiento. Un anciano la ayudó con la silla tras asegurarse de que estuviese acomodada frente a su nombre, escrito con tinta negra sobre una cartulina gruesa de color crema, a juego con las servilletas, el mantel y las tres rosas dispuestas en el centro de la mesa. Luego se sentó. Era un barón. La señora Weinart la había colocado entre un barón y una baronesa, ancianos y frágiles, pero aristócratas al fin y al cabo. Sonrió y asintió a los demás comensales, casi todos de la edad de sus padres. Solo había una pareja joven; la mujer tenía la mano firmemente apoyada sobre el brazo del hombre.

Aparecieron dos camareros, uno con vino blanco y otro con agua. Katharina les dio las gracias. La baronesa carraspeó con suavidad y levantó una ostra con la mano izquierda y un tenedor de tres púas con la derecha. Pinchó el molusco y se lo llevó a la boca. Katharina estaba a punto de hacer lo mismo cuando el barón levantó una concha con la mano derecha y volcó su contenido en la boca. Un sudor ligero le brotó en las palmas. Fingió tener un golpe de tos

para ganar algo de tiempo, tal vez existía una manera masculina y otra femenina de comer ostras. Decidió imitar a la baronesa, y la carne fría y salada le resbaló por la garganta.

Pensaba que iba a vomitar, pero se comió las tres ostras restantes de todos modos, aliviada al ver que el siguiente plato era sopa caliente de zanahoria.

–¿Dónde está su marido, señora Faber? –Era el barón.

–En Stalingrado.

–¿Oficial?

–No. Soldado de infantería.

–Entonces, ¿cómo es que está usted aquí?

–Mi padre trabaja con el doctor Weinart.

–¿También es médico?

–Ah, no, qué va. –Rio Katharina–. Colabora con él en otros temas. Estuvo con él en Rusia en otoño. Custodiando las cosechas.

–Ya veo. ¿Y usted?

–Cuido de mi hijo, pero antes trabajaba en un banco. Como mecanógrafa. Luego atendiendo a los clientes.

–Alemania ha cambiado tanto, señora Faber.

–Desde luego, barón. Debemos confiar en que esta guerra termine pronto y podamos volver a la normalidad.

–No estoy seguro de saber ya qué es la normalidad.

Desde las salas de abajo llegó una explosión de aplausos.

–Ha llegado el plato principal –dijo el barón.

–Pero los pobres campesinos de arriba seguimos esperando –dijo la baronesa.

–Seguro que no tardan nada –dijo Katharina.

Se comprobó el peinado asegurándose de que ningún mechón ni ningún pasador de pedrería se hubiese soltado.

–¿Viven en Berlín, baronesa? –preguntó.

–Vivíamos, pero ahora preferimos estar en nuestra residencia del campo. Allí entendemos mejor las cosas.

Cinco camareros irrumpieron en la sala, cada uno con una fuente de plata con ganso asado y naranjas en almíbar, la grasa y el jugo se mezclaron al depositarlas sobre la mesa. Katharina prorrumpió en aplausos fogosos, decidida a que su entusiasmo se oyese escaleras abajo. Las manos del barón y la baronesa permanecieron en el regazo, con las palmas juntas.

Cortó la patata asada de su plato, era enorme, con la piel crujiente y dorada; la carne, tierna, se deshacía en la boca. Mientras esperaba a que escapase el vapor, hundió el tenedor en el puré de zanahoria y chirivía. Era dulce, pero no aguado, y el ganso estaba perfecto, jugoso, en su punto.

–Tiene unas joyas preciosas, señora Faber –dijo la baronesa.

–Gracias, baronesa. Me las regaló mi padre.

–Debieron de costarle mucho dinero.

–No estoy segura de que fuera así.

Probó un poco de todos los postres: tarta de limón, sorbete de frambuesa y mousse de chocolate con rodajas de naranja confitada. Después, abajo, sirvieron el café y unos bombones artesanos. Katharina se reunió con su madre, que estaba con la esposa del médico, junto a la chimenea. Ambas mujeres se reían. Se callaron al verla, pero no explicaron por qué.

–¿Qué tal la baronesa, Katharina? –preguntó la señora Weinart.

–Muy bien.

–Para algunas personas, el cambio es muy difícil.

–Dice que prefiere vivir en su casa de campo.

–Así puede recordar cómo eran las cosas antes. Cuando estaba al cargo. Cuando no tenía que mezclarse con la gente corriente.

Katharina dio un sorbo al café.

–Me encanta su vestido, señora Weinart.

–¿De verdad? Gracias.

–¿De dónde es?

–Lo compré en París.

–¿Chanel?

–Oh, no, querida, no. Llevaba Chanel cuando tomamos París. Este es de Ardanse, una firma modesta regentada por una aristócrata rusa venida a menos y su hermana. Me pareció más apropiado que cualquier prenda francesa.

Katharina y su madre permanecieron allí hasta que la mayoría de los invitados se fue. A las tres se montaron en un taxi, el señor Spinell entre ambas, con los brazos alrededor de sus hombros.

–Señoras, han estado espléndidas esta noche. Las dos. Unas embajadoras magníficas.

–¿De qué? –preguntó la señora Spinell.

–De esta familia, Esther.

La señora Spinell apartó el brazo de su hombro.

–Esto ya no es una familia, Günther.

Katharina se puso a hablar sobre los vestidos, la comida, la decoración. Pero los ojos de su madre permanecían cerrados; el rostro, tenso. No decía nada. Subió las escaleras que conducían al piso apoyándose en la barandilla, se metió en su dormitorio y cerró la puerta. Su padre, también en silencio, se dirigió al suyo. Katharina

miró a su hijo, dormido bocarriba, con los brazos extendidos. Con un leve tambaleo, se inclinó y le dio un beso.

–Todo valdrá la pena, Johannes.

Faber dio una calada al cigarrillo y se lo pasó a Faustmann.

–¿Hay luna?

–No sé.

Faustmann llevó el humo al fondo de sus pulmones. Mientras contenía la respiración, le dio una segunda calada. Faber le quitó el cigarrillo de la boca.

–Me toca.

Faber le dio una, dos caladas, y el cigarrillo se apagó. Estaban a oscuras. Kraus dormía a su lado con la cabeza hundida bajo la manta.

–¿Y qué día es hoy?

–Eso tampoco lo sé.

–Mañana es Año Nuevo.

–Eso parece.

–¿Y Navidad? ¿Cuándo fue?

–Qué pesado eres, Faber. No es más que un día. Otro puto día más. ¿Qué más da?

–Para mí es importante saberlo.

–¿Por qué? ¿Por qué es importante?

–Para saber dónde estoy.

–Estás en un agujero en el suelo, muriéndote de hambre.

–Me refiero a la fecha. Al día en que estamos.

–Cada vez más cerca de la muerte.

–Vete a la mierda, Faustmann. Ya verás como pasa algo.

–Sí, que te rendirás a los rusos.

–Nunca haría eso.

–Lo harás.

–¿Entregarme a esos hijos de perra bolcheviques? Tratan a la gente como si fuera mierda.

–Ya. Nosotros, en cambio, somos todo amabilidad.

Faber hundió la cabeza entre las rodillas.

–Qué frío hace. Es imposible quedarse aquí dentro, Faustmann.

–Aquí se está mejor que fuera. Cuando paren los bombardeos, veremos si podemos encontrar otro sitio.

Guardaron silencio, escuchando la respiración de Kraus.

–Se suponía que no iba a ser así, Faustmann.

–¿El qué?

–La guerra. El frente ruso.

–¿Cómo se suponía que iba a ser?

Faber golpeó con la bota el barril que antes usaban para hacer fuego y derramó las cenizas frías.

–Sencilla. Rápida. Como en Francia. Bélgica. Pensaba que se apartarían y nos dejarían pasar.

–Mi abuela es terca. Siempre lo fue.

–¿Qué? ¿Estamos luchando contra una nación de abuelas?

–Da esa impresión.

–¿Te molesta?

–¿El qué?

–Luchar contra Rusia.

–No le veo el sentido. Nunca se lo he visto.

–¿Por tu abuela?

–No. Deberíamos haber consolidado primero nuestro control en el oeste. Haber tomado Inglaterra.

–Ya controlamos todo eso.

–¿De verdad?

–Lo que pasa es que no quieres luchar contra tu propia gente, Faustmann.

–Que yo quiera luchar o no, no cambia nada.

–Entonces, ¿por qué luchas?

–Porque me pegarían un tiro si no lo hiciera.

–Tu causa no es muy noble que digamos.

–No se me ocurre ninguna más noble. ¿Y tú por qué luchas, Faber?

–Para proteger a mi mujer y a mi hijo. Para que tengan un futuro.

–Y una mierda. Cuando empezó la guerra no tenías ni mujer ni hijo. Dime un motivo real.

–Ese es un motivo real.

–Es un motivo de mierda.

Faber lo miró, pero no vio nada en la oscuridad.

–Es el único que tengo.

–¿Por eso te casaste? ¿Para tener una excusa para matar?

–Me casé porque quería un permiso.

–Si quieres un permiso, te clavas un cuchillo en la pierna. No te casas.

–Me casé porque me casé.

–La mayoría de los soldados luchan por un líder, por el país o por Dios. Pero tú elegiste a una mujer, y luego a un hijo. ¿Por qué?

–Joder, me casé con una mujer. Tuve un hijo. Le pasa a la mayoría de los hombres.

–Necesitabas una razón, ¿verdad? Algo externo a ti. Justo lo que necesitaba Kraft.

–¿Y?

–Así lo llevas mejor, ¿no? Te dices que matas a un hombre para proteger a tu mujer, que dejas a un niño sin hogar para que el tuyo siga a salvo en casa.

–¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

–Miras esas fotos de tu mujer y de tu hijo, Faber, como si tu vida dependiera de ellos. Te dan un propósito. Y una excusa. Nada más.

–¿Y tú qué excusa tienes, Faustmann?

–Ese es el problema. Que no tengo ninguna. No me hago ilusiones. Sé exactamente por qué estoy aquí.

–¿Por qué estás aquí?

–Soy carne de cañón para esos cabrones de Berlín.

–Otra vez con lo mismo.

–Esa es la única verdad. Puedes esconderte detrás de tu mujer y tu hijo, matar a todo el que se te ponga por delante por tu mujer y por tu hijo, pero en realidad no lo estás haciendo por ellos, lo haces por esos cabrones de Berlín.

–Lo hago por nuestro futuro.

–¿Fuchs, Weiss y Kraft han muerto por tu futuro? ¿Por el futuro de tu mujer y tu hijo?

Faber se tapó las orejas con las manos.

–No pienso escuchar más las tonterías que dices, Faustmann.

–Muy bien. Ni yo las que dices tú, Faber.

Berlín, 3 de enero de 1943

Mi querido Peter:

Acabo de recibir tu felicitación de Navidad y por supuesto que te esperaré, cariño, claro que sí. Perdóname por mis últimas cartas, he estado un poco nerviosa por la situación en casa.

Todos pensamos en ti, imaginamos lo asustado que debes de estar mientras esperas a que te rescaten. Pero sucederá. Mi padre dice que está todo prácticamente listo para sacarlos de allí. Según tengo entendido, se están requisando aviones y soldados de toda Europa. Esos rusos se llevarán una gran sorpresa cuando caiga sobre ellos toda la furia del poder alemán.

Tu hijo está bien y espera tu regreso. Ya duerme un poco mejor por las noches, pero no veo que le esté saliendo ningún diente, no sé si eso era lo que le molestaba. En cualquier caso, ahora está bien.

Madre, padre y yo asistimos a una fiesta de Navidad maravillosa en casa de los Weinart. Han sido tan buenos con nosotros, y estoy muy ilusionada por ver qué trabajo te encuentra el doctor Weinart cuando regreses a Berlín, aunque estoy segura de que será estupendo. Tienen en alta estima a mi padre y valoran mucho el trabajo que hiciste cuando estuviste aquí conmigo.

Siento haber sugerido lo de la infidelidad cuando era obvio que estabas luchando contra nuestro odiado enemigo bolchevique. Sé lo mucho que me quieres y te prometo que te esperaré, aquí mismo, en esta casa de Berlín.

Te envió algo más de chocolate y un poco de salchicha, que espero que aún esté fresca cuando llegue a Stalingrado. Aunque ojalá estés ya en casa para entonces, y esos campesinos rusos se la coman a mi salud.

Tengo muchísimas ganas de verte.

Con todo mi amor,

KATHARINA

Se arrastraron hasta la retaguardia y encontraron a Gunkel en el patio de la escuela, junto a un caballo famélico.

–No es más que pellejo, chicos. Pero le sacaré toda la carne que pueda al muy cabrón.

–¿Quedan muchos? –preguntó Faustmann.

–Este y otro más.

Gunkel metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de caramelos. Se los ofreció a los hombres. Faber se comió dos a la vez, el azúcar le subió de golpe a la sangre.

–Ahora dejadme hacer mi trabajo –dijo Gunkel–, antes de que esta criatura se quede más flaca todavía.

Disparó al animal y empezó a despellejarlo antes de que dejase de retorcerse y dar coces, antes de que la piel se congelara y quedase adherida a la carne. Un soldado más mayor se situó junto a la cabeza del caballo con un arma en la mano, señalando de cuando en cuando al corrillo de hombres, hambrientos como buitres carroñeros, que se fue congregando, primero en torno a Gunkel y luego alrededor del soldado a medida que la montaña de carne crecía a sus pies.

Gunkel guardó los cuchillos. Los hombres se abalanzaron sobre él, Faber y Faustmann entre ellos. Gunkel sacó la pistola.

–En fila, muchachos –ordenó.

Obedecieron y extendieron sus manos vendadas, enguantadas, congeladas, suplicantes. Entregó un trozo de carne a cada hombre. Dos a Faber y a Faustmann.

–La cocina está cerrada, muchachos –dijo Gunkel–. Tendréis que apañarlos solos.

–¿Dónde está Stockhoff? –preguntó Faber.

–Se pegó un tiro en la pierna y lo metieron en un avión.

–Qué capullo –dijo Faber.

Se acurrucaron en la nieve, contra el muro de la escuela, y encendieron fogatas con los restos de un árbol. Hirvieron agua y echaron la carne, y se pusieron a chupar caramelos mientras esperaban.

–¿Y los demás hombres que trabajaban aquí? ¿El zapatero, el sastre? –preguntó Faustmann.

–Los mandaron al frente. Eran viejos y estaban gordos. No tenían ninguna oportunidad.

Faber se asomó a la olla y vio cómo cada burbuja subía hasta la superficie, la carne roja se tornaba gris. La movió con la cuchara, como si así pudiera acelerar el proceso.

–¿Dónde está Kraus? –preguntó Gunkel.

–En el búnker.

–¿Está bien?

–No lo sé –dijo Faustmann–. No deja de sudar y tiritar.

–¿Alguna infección?

–En la mano, donde se hizo el corte. Y signos de congelación.

–Entonces está acabado.

Faber sacó la carne de la olla y empezó a comer; quemaba mucho pero era incapaz de esperar más. Estaba correosa e insípida, pero

era comida. Empezó a tiritar. Le dieron retortijones.

–Se te pasará, Faber –dijo Gunkel.

Luego, en la escuela, se quedó dormido junto a un fuego encendido en un casquillo vacío de artillería, agradecido por el calor y la compañía de otros hombres. Al día siguiente hacía demasiado frío para salir. Mantuvieron el fuego encendido y miraron por la ventana al último caballo, que no dejaba de temblar.

–Deberíamos meterlo dentro –dijo Faustmann.

–No merece la pena –dijo Gunkel–. Apenas tiene carne.

–Pero algo tiene –replicó Faber.

–Gastarías más energía intentando meterlo aquí.

Observaron al caballo, con las patas rígidas, paralizado por el frío que se extendía por su cuerpo, congelándolo, hasta que una ráfaga de viento lo tumbó en el suelo.

–Estamos jodidos –dijo Faustmann.

–Eso parece –dijo Faber.

Los bombardeos comenzaron poco antes del amanecer, cuando aún dormían y estaba oscuro. La mayor parte provenían del oeste, miles y miles de cañones y cohetes cayeron sin tregua durante casi una hora. Faber se ovilló, cubriéndose la cabeza con la manta, y empezó a sollozar. Quería irse a casa. Besar a su mujer y abrazar a su hijo. Faustmann y Gunkel lo obligaron a ponerse en pie.

–No podemos quedarnos aquí –dijo Faustmann.

–¿Y adónde vamos a ir? –preguntó Faber.

–No lo sé.

Salieron tambaleándose de la escuela y se dirigieron al centro de la ciudad a través del erial, pasando junto a búnkeres reventados,

cabezas separadas de sus torsos, muslos arrancados de las caderas, manchas de sangre sobre la nieve. Los tres hombres empezaron a correr, se abrieron paso entre las ruinas donde antes había calles, hasta que encontraron una entrada al sótano de unos grandes almacenes, su oscuridad mitigada por velas y lámparas de aceite. Cientos de hombres famélicos yacían en filas ordenadas, sus rostros hundidos, la mirada ausente.

–¿Es una morgue? –preguntó Faber.

Apenas oía la respiración de aquellos hombres. Distinguió el pelo rojizo y la piel macilenta de los hambrientos, de aquellos que estaban más cerca de la muerte. La sala apestaba a heces y a enfermedad, a carne gangrenada.

–No podemos quedarnos aquí.

–No hay otro sitio –dijo Faustmann.

–Da gracias –dijo Gunkel–. No estás tan muerto como ellos.

Faber encontró un hueco entre dos hombres dormidos: uno escuálido, tumbado sobre un colchón con la etiqueta del precio aún puesta; el otro, difícil de identificar bajo una montaña de ropa para niños. Desplegó su tienda, aplanó los bordes y se tumbó cubriéndose con la manta. Gunkel tenía razón. No estaba tan muerto como esos hombres. De momento.

Durmió, pero se despertó en la penumbra menguante por los gemidos del hombre del colchón, que estaba cagándose encima.

–¿Está bien? –preguntó Faber.

No hubo respuesta, pero el hombre del otro lado habló.

–Es lo que pasa al final. Te cagas vivo hasta que no te queda nada dentro.

Faber apretó los ojos, encogió las piernas y se quedó quieto, concentrado en la respiración, en el aire que entraba y salía por la nariz, rozándole la barba incipiente y atravesando la suciedad de su rostro, y se dejó arrastrar por el sueño hasta que el hombre volvió a cagarse. Faber se incorporó. Gunkel se dirigió a la puerta. Faber fue tras él.

–Yo también me voy. Esto no hay quien lo aguante.

Se cubrieron la boca y la nariz con bufandas y salieron a la luz gris del amanecer. Faber inhaló, aliviado. En comparación con aquellos hombres, no estaba tan mal.

–Ahí dentro están para el arrastre, Gunkel.

–Claro, Faber, no han tenido a un carnicero como yo que los cuide.

Bajaron hacia el río en busca de algún animal que hubiese salido a beber. Los rusos seguían durmiendo porque los alemanes se estaban muriendo igualmente, sin su ayuda.

–No hay nada que cazar, Gunkel.

–Algo encontraremos.

–Hay que esperar a que salga un poco más el sol. A que haga más calor.

–Entonces ya se lo habrán comido.

Faber avanzaba en cuclillas, ocultándose de los rusos durmientes, sus pulmones y extremidades luchando por conseguir energía, la espalda encorvada. Gunkel iba casi erguido.

–Cuanto más bajas, Faber, más difícil es volver a subir.

–Vete a la mierda, Gunkel.

–Mantén una actitud positiva, Faber.

–¿Sobre qué?

–Sobre la vida.

–Esto no es vida, Gunkel. Es la muerte. La muerte con patas.

–Mientras respires, es vida.

Llegaron al río.

–Esto es ridículo –dijo Faber–. Aquí no hay nada vivo.

–Excepto nosotros.

–Estamos medio muertos, Gunkel.

–O medio vivos, Faber.

En un corral cerca del río, bajo un árbol sin hojas, encontraron un poni: estaba medio inconsciente, no dejaba de temblar, las costillas se le marcaban bajo la piel flácida. No se movió cuando se acercaron. Gunkel se aproximó al animal, lo sujetó por la oreja y le disparó en la sien.

–Le he ahorrado el sufrimiento –dijo.

–Córtalo, Gunkel. Despiézalo.

–No tiene nada, Faber. El pobre desgraciado tenía más hambre que nosotros.

Siguió andando y Faber fue tras él, avanzando entre cadáveres congelados. Gunkel silbaba.

–Cállate.

–No hay nadie despierto. Están borrachos, celebrando su victoria.

–¿Qué cojones haces silbando?

–¿Y qué se supone que tengo que hacer, Faber? ¿Llorar?

Gunkel vio un perro, flaco pero vivo, y más despierto que el poni.

–Nos puede servir –dijo.

Gunkel disparó al animal y corrió hacia él, cuchillo y eslabón en mano, y se puso de rodillas junto a él. Empezó a cortar con furia, todavía silbando, pero la sangre del perro se congelaba más rápido

de lo que podía cortar. Se quedó en silencio, inmóvil. Faber le tiró de la manga.

–Vamos, Gunkel. Tenemos que irnos.

–Mi trabajo es alimentarte, Faber. Ese es mi cometido.

–Levántate. No tardarán en despertarse.

–Y ya no puedo alimentarte.

Faber apremió a Gunkel a regresar, consciente de lo expuestos que estaban a medida que el sol extendía sus rayos sobre la nieve. En cuestión de una hora, el olor de la carne guisándose cruzaría el río, despertando los sentidos de quienes aún eran capaces de tener hambre.

–¿La aceptarías, Gunkel?

–¿El qué?

–Su sopa.

–Me gusta nuestra sopa.

–No tenemos sopa.

–Nos rescatarán pronto, Faber.

–No lo dirás en serio, ¿verdad?

–No pueden dejarnos aquí.

–Eso es exactamente lo que han hecho.

Gunkel se quedó un poco atrás.

–Sigue tú –dijo–. Quiero mear.

Faber dio un par de pasos y se detuvo. Se dio media vuelta.

–¿Cómo puedes tener ganas de mear? No has bebido nada.

La pistola de Gunkel se alzó hacia su cabeza. Apretó el gatillo y se desplomó de rodillas. Faber fue corriendo hacia él y se dejó caer en la nieve, a su lado. Comenzó a registrarle los bolsillos mientras él se

sacudía y retorció hasta que se quedó quieto. Encontró dos caramelos. Se metió uno en la boca y huyó.

Se sentó en una piedra, la espalda apoyada en un trozo de muro, y miró al cielo, las nubes blancas que viajaban hacia el oeste. Se metió el segundo caramelo en la boca y se quitó los gorros, las bufandas. Quería que Rusia le congelase el cerebro, que se lo cauterizara para no tener que pensar más. Para no sentir. Para que todo su cuerpo quedase anestesiado.

Habían empezado a cocinar. Olió la carne friéndose en sartenes y el pan horneándose, todo fuera de su alcance. Asomó la cabeza por encima del muro. Vio a los rusos dando cuerda a los gramófonos, sirviéndose bebidas, invitando a los alemanes a que se acercaran, a que se uniesen a ellos.

Comenzaron a golpear las ollas, la sopa estaba lista, decían. Sintió un retortijón. Se volvió a poner los gorros y las bufandas. Estaba demacrado. Apenas le quedaban músculos en los brazos y en las piernas. La piel reseca, descamándose; los labios le sangraban. No le faltaba mucho para convertirse en el hombre del colchón. Se levantó y regresó al sótano.

Se lo diría a Faustmann. Lo de Gunkel.

—No te van a dar nada, Faber —dijo Faustmann—. Aunque vayas.

—¿Cómo lo sabes?

—No te van a dar nada.

—Pero lo están ofreciendo.

—No vas a conseguir nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Faustmann?

—Hacen pasar hambre a su propia gente, Faber.

–Pero nosotros somos alemanes. No nos dejarían morir de hambre.

–¿Y qué están haciendo ahora?

Volvió a dormirse, pero no por mucho tiempo; el hambre lo despertó. Permaneció inmóvil, las piernas recogidas contra el pecho, los ojos clavados en los pantalones manchados de mierda del moribundo.

Otros ya habían ido. Los habían visto cruzando el río en dirección a los rusos, que los recibían con gritos de celebración. Se frotó los dedos de la mano. La piel le picaba. Y le sangraba con facilidad. Caldo de cultivo para los piojos. Y para otras infecciones mortales. Podía desertar, esperar a que terminase la guerra y volver después a casa. Ser un padre para su hijo. Un marido para su esposa.

¿Pero ella lo querría? Un hombre que se rinde. ¿Lo perdonaría y se lo explicaría con honestidad a su hijo? ¿Le diría que su padre se estaba muriendo de hambre en la nieve rusa, que lo habían abandonado? Que no acudía nadie en su ayuda. Ningún Führer. Ningún general. Notó una opresión en el pecho e introdujo la mano bajo la guerrera para masajearse la piel sobre el corazón, en círculos suaves, los dedos hundiéndose entre las costillas, las lágrimas resbalándole de los ojos. Después de todo lo que había hecho. Los hombros le temblaban en la penumbra.

Durmió un rato, despertó y salió. Se quitó de nuevo los gorros, las bufandas. Para congelarse la cabeza. Los pensamientos. Todo blanco. Sin culpa. Sin reproches. Una nada blanca y reluciente. Sin pasado. Sin futuro. Volvió a ponerse los gorros, regresó al interior y se sentó junto a Faustmann.

–Voy a conseguir sopa.

–Ajá.

–¿Vienes?

–No.

–Nos estamos muriendo de hambre.

–Lo sé.

–Y odias esta guerra. Este régimen.

–Y el otro también.

–Pero tú eres comunista.

–Te equivocas otra vez, Faber.

–Entonces, ¿qué eres?

–Lo que acabas de decir. Un muerto de hambre.

–¿Y políticamente?

–¿Qué más da, Faber? ¿Qué sentido tiene?

Faber empezó a llorar.

–Tengo que hacerlo. Por mi mujer y por mi hijo.

–Has luchado por ellos y ahora te rendirás por ellos. Son afortunados de tenerte.

–Quiero ser padre.

–Buena suerte. Pero no esperes que te den sopa.

–Han dicho que tienen sopa para nosotros.

–Eso mismo dijo Hitler y tú también lo creíste.

–Eres un hombre muy cínico.

–Soy un hombre que se está muriendo, Faber.

–Puedes salvarte.

–Anda, vete, Faber. Yo estoy mejor aquí.

–¿Por qué?

–Me pegarán un tiro.

–No lo harán.

–Para ellos soy un ruso con uniforme alemán.

–Encontrarán algún uso para ti.

–La bala de un traidor, Faber.

–Quizá no. Ven conmigo, Faustmann.

–Esperaré aquí. Es lo más sensato.

–Pues yo no veo la sensatez por ninguna parte.

–Ya no puedo ser ruso en Alemania, ni alemán en Rusia. Así que este lugar es tan bueno como cualquier otro. Un pedazo de Rusia en manos de Alemania.

–¿Pero qué crees que va a ocurrir? Te vas a morir, Faustmann.

–¿Y tú no, Faber?

–Tal vez no.

–Si sobrevives, desearás haber muerto.

Faber se enjugó los ojos y se abrazó las rodillas.

–¿Sientes culpa, Faustmann?

–¿Por qué?

–Por volverte contra tu propia gente.

–¿Quiénes son mi propia gente, Faber?

–Yo siento culpa.

–La autocomplacencia del perdedor. Nunca sentiste culpa cuando estabas ganando.

–No tenía tiempo.

–Pero empiezas a perder y te vuelves sentimental.

–¿En eso se resume la culpa, Faustmann? ¿En puro sentimentalismo?

–No, Faber. En tu caso es aún peor. Quieres que la culpa te absuelva. Igual que quieres que tu mujer y tu hijo te absuelvan. Una vez absuelto, puedes matar o aceptar sopa.

–Eso no es verdad.

–¿Ah, no?

–No.

–Entonces, ¿qué es?

–No lo sé.

–Será mejor que te vayas. Consigue esa sopa.

Faber le ofreció la mano a Faustmann. Este la estrechó.

–Adiós, Faustmann. Buena suerte.

–Buena suerte, Faber. Espero que te den sopa.

–¿De verdad?

–Pero encuentra la forma de sobrevivir si no te la dan.

Faber se enfundó todas las mantas y abrigos que encontró, incluso los que estaban manchados de mierda, y se puso en marcha, con la espalda casi erguida, abriéndose paso entre los escombros que llevaban al río, hasta una pasarela de ramas congeladas. Estuvo a punto de resbalarse y perder el equilibrio, pero se mantuvo en pie, el aire era cortante y limpio, purgado de muerte y descomposición.

Se dio cuenta de que había hombres a ambos lados, arrastrando los pies, con la cabeza gacha, mirando el hielo, negándose a mirarse unos a otros, a presenciar la rendición de sus compañeros. Un disparo cortó el aire. El hombre a la derecha de Faber cayó hacia delante, la sangre le brotaba de la nuca. Faber se detuvo, registró la dirección de la bala y, venciendo la rigidez de sus piernas, echó a correr hacia el este, las lágrimas cayéndole por la cara. Quería sopa. Eso era todo. Y ver a su hijo. Abrazar a su mujer. Apretó el paso, alejándose de los suyos, corriendo hacia los rusos que reían, golpeando cucharas contra cuencos de metal, animándolo. Él también se rio y alzó los brazos, sonriendo en respuesta a sus

sonrisas mientras se acercaba a una olla enorme y negra. Le hicieron señas para que siguiese adelante. Miró dentro de la olla. Trozos de carne y verduras hervían en la superficie. Bajó los brazos y juntó las manos, suplicando. Rieron aún más fuerte, sus dientes de oro brillando bajo el sol vespertino. Le quitaron los cinturones y el reloj. Él no opuso resistencia y volvió a suplicarles. Le pusieron un arma en la espalda y lo alejaron de la olla, del olor de la carne hirviendo. De la sopa.

Lo condujeron hasta un poste y un cercado de alambre instalado en una llanura nevada y abierta. Los guardias abrieron un tramo de la valla. Faber vaciló. Sintió los cañones de las armas presionándole la espalda y avanzó, los ojos clavados en la nieve que cubría sus botas, evitando mirar a los demás alemanes, aquel cónclave de pestañas escarchadas, hombros encorvados y rostros hundidos envueltos en mantas militares deshilachadas; parecían mujeres al final de sus vidas en vez de hombres al comienzo de las suyas.

Se quedó aparte, convencido de que su excusa para rendirse, su mujer y su hijo, poseía más validez que la de ellos; su motivo era casi heroico, no tenía nada de cobarde. Mantuvo la distancia hasta que la nieve y el viento hicieron acto de presencia, hasta que necesitó el calor de los demás.

Se fue abriendo paso hasta el centro del grupo y permaneció allí varias horas, inmóvil, casi indiferente a la muerte o a la salvación, pero deseando una u otra para silenciar el ruido de su cabeza, la terrible certeza de que Faustmann estaba en lo cierto.

Quiso llorar, pero decidió que eso requería demasiada energía, así que se quedó dormido, de pie, hasta que los prisioneros empezaron a moverse, primero despacio, luego de forma frenética, arremetiendo contra la valla, contra el guardia que hacía chocar su arma con un cubo metálico, gritando «Pan, pan». Estaba oscuro,

pero los focos del campo de prisioneros iluminaron el arco que describió su brazo al lanzar el pan por encima de la valla, como un porquerizo repartiendo las sobras de su mesa. Faber se lanzó hacia delante y se arrojó sobre los demás hombres, dando puñetazos y patadas, también bocados, y se hizo con cuatro trozos, uno de ellos bastante grande, todos duros. Se los metió en los bolsillos y, cual rata, huyó hacia un rincón tranquilo del cercado para escupir saliva sobre la corteza, chuparla y ablandarla, ignorando el dolor de los dientes, los retortijones del estómago, los sollozos de los hombres que se habían quedado sin nada, saboreando el repentino calor en la sangre que lo dejó somnoliento y un poco mareado hasta que la temperatura cayó en picado y empezó a tiritar, preso de un hambre repentina y feroz, desesperado por algo caliente, la sopa prometida, cualquier cosa que ahuyentase el frío y el hambre, que ahuyentase los lamentos de los moribundos, los cuerpos de los ya fallecidos, que ahuyentase la certeza de que él sería el siguiente, de que estaba atrapado en ese espacio gris entre la vida y la muerte.

Cuando llegó la mañana, le sorprendió seguir vivo. Estaba congelado, con los miembros tan rígidos y entumecidos que ni siquiera podía tiritar. Pero seguía vivo. Los guardias abrieron la valla y se unió a una fila silenciosa y ordenada para obtener pan y salchicha. Comió y volvió a colocarse en la fila, contento cuando le dieron más. Y agradecido.

Agruparon a los hombres, fusilaron a unos cuantos y marcharon con el resto hacia el este, lejos de Stalingrado, su ignominia capturada por un periodista, inmortalizada bajo el flash de una cámara apoyada en la nieve.

No necesitaba comida, pero fue de todos modos, uniéndose a la cola de primera hora de la mañana, vestida de negro y con los ojos rojos e hinchados, como las demás mujeres; el pelo, a diferencia del de ellas, bien arreglado, y el rostro recién maquillado.

Ninguna le dirigía la palabra, cosa que Katharina tampoco esperaba. Solo quería estar entre ellas, mujeres corrientes con hijos y maridos corrientes, las mujeres de la infantería. Elizabeth, la señora Weinart y sus nuevas amigas estaban casadas con oficiales, sus maridos seguían en Berlín o en lugares más seguros que Stalingrado.

Las mujeres de la cola se susurraban unas a otras y se pasaban hojas de periódico dobladas que contenían miles y miles de nombres y cruces negras. Señalaban los nombres de sus seres queridos sollozando en silencio, disimulando el desconsuelo, pues debían estar orgullosas del sacrificio de sus maridos e hijos.

Katharina examinó todos los periódicos hasta que las manos se le quedaron negras de tinta, pero no halló rastro de él. Nada. La madre de Faber le había enviado una carta breve, diciendo que tampoco sabía nada. Estaba desaparecido.

Compró salchicha y volvió a casa.

Su padre estaba en el sofá con Johannes en el regazo, haciéndole cosquillas en los dedos de los pies. Katharina guardó la salchicha en

la nevera y le pidió a Natasha que preparase café. Se sentó junto a ellos.

–¿Alguna noticia, padre?

–¿De qué?

–De Stalingrado, padre. ¿De qué iba a ser?

–Se acabó, Katharina. Es hora de pasar página.

Katharina tomó a su hijo.

–Igual que hizo usted con Johannes, padre. Pasó página muy rápido. A pesar de ser su propio hijo.

–Tu madre ya me machaca bastante con eso, Katharina.

Natasha dejó el café sobre la mesa. Katharina lo sirvió.

–Tu marido es un héroe.

–¿Cómo se puede ser un héroe cuando te han derrotado? Han perdido, padre. Hemos perdido.

–Se sacrificaron por un bien mayor. Eso es heroísmo.

–¿Dónde está el bien mayor en perder?

–Nos ha dado tiempo para reagruparnos, Katharina. Para tomar Moscú.

–¿Y después qué? ¿También nos rodearán allí?

–No sean tan derrotista, Katharina.

–¿Cuánto más tenemos que dar, padre? Primero mi hermano, luego mi marido.

–Alemania es más grande que tú, Katharina. Más grande que todos nosotros.

–¿Un monstruo al que alimentamos con nuestros hombres? ¿Esa es la Alemania de la que usted habla, padre?

–Ese es un discurso peligroso, Katharina. Esas palabras podrían traerte problemas. ¿Te encuentras bien?

- Estoy bien, padre.
- Tienes que sobreponerte. Aceptar que Peter no va a volver.
- ¿Por qué?
- Porque eres madre.
- Y esposa. Y hermana.
- Necesitamos madres buenas y sensatas, Katharina. Para nuestro futuro.
- ¿Un futuro que ha eliminado su pasado? ¿Su presente?
- Merecerá la pena, ya verás. Por Johannes.
- ¿Crecer sin padre? ¿Eso merecerá la pena?
- Seremos el país más poderoso del mundo.
- Lleno de niños sin padres. De mujeres sin maridos. ¿Ese es el gran plan?
- Espera y verás. Todo saldrá bien.
- No, no saldrá bien. No ha salido nada bien.

Faber rehusaba mirar a los rusos apostados sobre los terraplenes de nieve que bordeaban el camino. Le escupían y escrutaban a los prisioneros en busca del soldado más débil, el próximo en caer, aquel cuyas botas, manta y abrigo, cuyo jarro y cuenco de lata pudiesen justificar su muerte. Faber se subió las bufandas para cubrirse aún más el rostro y mantuvo la vista clavada en los pies que se arrastraban por la nieve, murmurando que nunca lograrían doblegarlo. Que no había hecho nada malo.

Caminó hasta el anochecer, esquivando a los moribundos, tropezando con los muertos, maldiciendo, jurando, llorando, la cabeza tan fría que, al caer la noche, ya no estaba seguro de si seguía vivo, de si el aliento que entraba y salía de la bufanda era

real o solo un recuerdo. Lo metieron en un granero enorme con puertas de madera que bloqueaban el paso del viento y lo envolvieron en el olor dulce y almizcleño del trigo almacenado. Se dejó caer al suelo y se puso a buscar granos, pero no había ninguno, las ratas habían arrasado con todo. Se quedó dormido en el sitio donde había caído, hasta que los demás prisioneros lo despertaron a patadas mientras trataban de hacerse con una ración de sopa aguada, sin carne, pero con trozos de patata que podía coger con los dedos y meterse en la boca. Faber consiguió dos raciones.

Al día siguiente no hubo comida; al siguiente, pan y salchicha, pero su cuerpo enjuto seguía resistiendo. Llegaron a las vías del tren, que no tenían principio ni fin, ni estación ni andén, nada que explicase por qué debían estar allí, en ese punto concreto. Sintió el calor del sol en la cara durante segundos, minutos, tal vez horas; volvió a perder la noción del tiempo hasta que la culata de un fusil lo empujó hacia un tren cuya llegada no había visto ni oído. Se encaramó a un vagón jadeando por el esfuerzo, la cabeza dándole vueltas, y cayó exhausto sobre un suelo de tablones cubiertos de estiércol de vaca. Los excrementos se mantuvieron congelados hasta que el vagón se llenó de hombres demacrados y, gracias al escaso calor que generaban sus cuerpos, se descongelaron, liberando un hedor asfixiante que perduró hasta que el tren se puso en marcha, hasta que el viento se coló por las rendijas y volvió a congelarlos.

Faber halló acomodo junto a una pared contigua al vagón de delante que lo protegía del viento y desde donde podía ver a todos los hombres, sus ojos y mejillas hundidos, su mugre, su flaqueza. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la madera, aliviado de estar sentado, de haber salido de la nieve, de moverse hacia algún sitio, a

cualquier parte, lejos de Stalingrado. Empezó a tiritar; los dientes, los brazos y las piernas se sacudían en un torbellino confuso de frío y alivio.

Katharina plegó el periódico, sus manos volvían a estar cubiertas de tinta.

–Sigo sin ver su nombre, padre. Quizá se rindió.

–Esperemos que no.

–¿Cómo puede decir eso?

–Para él es mejor morir como un héroe que rendirse como un cobarde.

–Pero si se ha rendido, es posible que siga vivo.

–Quizá su cuerpo siga vivo, pero no su alma, Katharina.

Natasha les trajo café y pastel, el bizcocho era más esponjoso que antes, su mejora en la repostería era motivo de satisfacción para los Spinell. Katharina le dio un poco a Johannes. El pequeño chasqueó los labios y agitó las manos pidiendo más.

–Mejor no tener un marido así, Katharina.

–¿Qué clase de marido debería tener, padre?

–Uno valiente. Uno que pueda cuidarte.

–El marido que tenía.

–Si se rindió es porque no era valiente. No era el hombre que creías que era.

–Es el hombre que creo que es, padre. El hombre que quiero que sea.

–Tienes que construir una vida nueva para ti y para tu hijo, Katharina. Encontrar un nuevo marido.

–No puedo hacer eso. No me veo capaz.

–Pues me temo que tendrás que hacerlo.

–Pero los generales se rindieron y siguen vivos. Peter podría estar entre ellos.

–Entonces es tan cobarde como ellos y no te merece.

Su padre se levantó, dio una vuelta alrededor del sofá y volvió a sentarse junto a su hija apoyando el brazo sobre el de ella.

–Escúchame, Katharina. No le des más vueltas al tema. Actúa como si estuviera muerto, que es lo más probable, incluso si se rindió. Están todos muertos y enterrados bajo la nieve.

–Es más fuerte de lo que parece.

–Si se rindió y sigue vivo, te quedarás sin pensión.

–No quiero una pensión. Quiero a Peter.

–Tu madre tenía razón. Deberías haberte casado con el hijo del médico. Ahora te daría igual que estuviera vivo o muerto.

–Eso no es justo.

–Tienes un hijo. Tienes que cuidar de él. Necesitas esa pensión. Ese era el acuerdo con Peter, no lo olvides. Su muerte. Su pensión.

Katharina alzó a Johannes y hundió la nariz en su pelo, aspirando su suavidad.

–¿Y si está vivo?

–No lo está, Katharina. Es imposible.

El tren se detuvo, abrieron las puertas y les ordenaron salir. Faber bajó despacio, con torpeza, y se quedó en mitad de la nada: un paraje vacío, salvo por una vía de tren rodeada de nieve. Se acercó al vagón aferrándose a su mugre y observó cómo los rusos daban patadas a los hombres que seguían dentro, sus piernas flexionadas como saltamontes congelados. Recogían los cuerpos y los arrojaban

fuera del tren, los huesos crujían en el aire invernal. Faber decidió no orinar con los demás hombres. Tenía miedo de la congelación y prefirió disfrutar del calor momentáneo de la orina deslizándose por las piernas.

Dieron de comer a los hombres, pescado salado y agua, y el tren volvió a ponerse en marcha; un murmullo recorrió el vagón mientras ese fugaz impulso de energía les daba margen para pensar en lo que vendría después, aunque ya lo supiesen.

Perdió la cuenta de los días, del número de raciones de pescado salado y agua, solo sabía que cada día hacía más frío y que nunca conseguía saciar la sed. Y entonces terminó. Le ordenaron bajar del tren. Pero no se movió, su cuerpo se había acostumbrado al ritmo y a la rutina; mientras siguiera viajando existía la posibilidad de volver al oeste, de regresar a casa. Permaneció inmóvil sobre el estiércol de vaca, tan indiferente a las armas y los gritos de los rusos como los muertos que yacían a su lado.

–Debería bajar. El viaje ha terminado.

Era un hombre con un uniforme ruso que hablaba alemán.

–¿Es usted alemán? –preguntó Faber.

–Sí.

–Entonces, ¿es un traidor?

–¿Y usted qué es? Salga.

Faber siguió al alemán hasta un conjunto de barracones largos y bajos de madera, rodeados de alambre de púas. Un cartel enorme presidía la entrada; su escritura era incomprensible, pero el significado estaba claro. Se apartó el pelo de la cara e intentó enderezar la espalda, torcida y congelada.

–No soy un traidor –dijo Faber.

–Cuanto antes se desprenda de ese tipo de sentimentalismos, más fácil será.

–A usted no parece irle nada mal.

–Mejor que a usted, eso desde luego. Me llamo Schultz.

Faber se dirigió a un barracón hecho a base de troncos aserrados, aún con la corteza. Se colocó al final de la fila y se quedó esperando, la pierna derecha le fallaba de vez en cuando. Subió con dificultad los tres escalones y entró en una sala llena de escritorios en la que hacía un calor asfixiante. En cada extremo del barracón ardía un fuego que daba calor a los hombres sentados tras los escritorios, pero para Faber era insoportable, no conseguía adaptarse a la temperatura. Se dobló, tosiendo con tanta fuerza que le dieron arcadas, y agradeció no tener nada que vomitar. Schultz estaba de pie frente al fuego, con las manos a la espalda, gritando lo mismo, una y otra vez:

–Escriban su nombre, edad, rango y unidad. Entreguen toda la documentación.

Faber se acercó a un escritorio donde un hombre más joven lo observaba mientras se quitaba varios guantes y vendas de las manos y empezaba a escribir, despacio, los dedos agarrotándose por el esfuerzo de hacer un movimiento tan sutil, ya olvidado. Se le cayó la pluma. El ruso, delgado y con gafas, extendió la mano. Faber la recogió y se la dio. El hombre la apartó de un manotazo y gritó. Faber volvió a realizar la misma acción. La respuesta llegó con más contundencia y furia. Empezó a temblar, incapaz de asimilar nada de lo que estaba ocurriendo. Schultz gritó desde el otro lado de la sala, todavía junto al fuego:

–Los papeles. Quiere sus papeles.

Faber rebuscó en la guerrera, encontró la cartilla de paga en el bolsillo interior y la sacó con más fuerza de la prevista, esparciendo por el suelo las fotografías de Johannes y Katharina. Le entregó la cartilla al ruso y se agachó para recoger a su mujer y a su hijo. Katharina seguía sonriendo cuando la pesada bota negra del ruso le aplastó la mano. Faber pegó un chillido y el guardia se rio, igual que Schultz, con las manos aún extendidas hacia el calor de las llamas.

Fotografiaron a Faber de frente y de perfil, y luego le hicieron salir al campo, donde unos hombres vestidos de negro estaban despejando los caminos de hielo y nieve. Eran seres sin vida, encorvados por el peso de las palas y las carretas. Enjutos como palillos. Miró al cielo y tomó aire.

Lo condujeron a otro barracón, construido de manera aún más tosca que el primero. Dentro había hileras de mesas, cada una con un cubo de agua casi congelada. Al lado de cada cubo había un trozo de jabón y un trapo, áspero y sucio, usado. Faber decidió no lavarse. Un guardia le hizo señas, primero con la cabeza, luego con el arma. Empezó a desnudarse desprendiéndose de las mantas, los gorros, los abrigos, formando en el suelo un montón de ropa podrida y pestilente, infestada de piojos.

Se colocó junto a un cubo, desnudo, y apoyó las manos en el banco, la mirada fija al frente, el cuerpo inmóvil. No quería mirar hacia abajo. Le bastaba con oler el deshielo de su hedor congelado. No necesitaba verlo también.

Sintió una mano sobre la cabeza. Una bofetada.

—Lávate, pedazo de guarro.

Era Schultz, caminando de un lado a otro, aplastando piojos con las botas.

Faber mojó el trapo y lo frotó con el jabón, primero se lo pasó por el brazo, luego bajo las axilas y el pecho; las lágrimas se le escapaban de los ojos mientras pasaba de una costilla a la siguiente, pliegues de piel flácida colgaban entre cada una. El vientre había desaparecido, así que pasó directamente a las caderas, deslizándolo el trapo por los contornos del hueso, cubierto solo por una capa de piel, sin nada de carne. El pene estaba cubierto de una secreción espesa y blanca; la piel del interior de los muslos, reseca, escoriada. Habían desaparecido cuatro dedos de los pies, los más pequeños: negros, muertos, porosos como esponjas.

Luego lo afeitaron raspándole el cuerpo con una hoja roma, privando a los piojos de sus escondites, pero haciéndole tantos cortes y sacándole tanta sangre que siguieron allí de todos modos. Las piernas se le doblaron. Lo levantaron a la fuerza y continuaron afeitándolo, la cabeza, las piernas, los brazos, el vello púbico, dejándolo completamente expuesto.

Katharina empujó la puerta de la pastelería. Estaba tranquila, sin gente haciendo cola, y un dulzor intenso inundaba el espacio.

–Buenas tardes, señora.

La mujer tras el mostrador se había inclinado levemente al hablar, ladeando su gorro blanco hacia Katharina. Ella inclinó la cabeza en respuesta, pero no dijo nada.

–¿Puedo ayudarla en algo?

–He venido a recoger la tarta de cumpleaños de mi hijo. La señora Weinart hizo el encargo.

–Ah, sí. El pequeño Johannes.

La mujer desapareció en la trastienda y Katharina se miró en el espejo: la espalda recta, el pelo reluciente y sano, el vestido veraniego de seda. Tenía buen aspecto. Mejor que antes. Dejó de mirarse cuando la mujer regresó con una tarta enorme sobre las palmas de las manos. De chocolate. El nombre de su hijo perfectamente trazado en letras azules.

–Es preciosa –dijo.

Sacó el monedero del bolso.

–La señora Weinart dijo que lo cargáramos a su cuenta –dijo la mujer.

–Es muy amable por su parte.

Katharina observó cómo la mujer envolvía la tarta en un cartón blanco y limpio, pero se abstuvo de entablar conversación con ella, como solía hacer antes. Ya no perdía tiempo charlando con la gente corriente. Dio las gracias, tomó la caja y enfiló la calle buscando la sombra, pues el sol apretaba. Se cruzó con mujeres pálidas y niños que sujetaban cartones sucios con frases escritas a mano, un resumen de sus penurias, de casas bombardeadas y hambrunas. Querían su dinero y su compasión. Katharina apretó el paso esquivándolos, a ellos y a sus lamentaciones, de pronto inquieta, pensando en todo lo que tenía que hacer aún, aunque ya estaba todo hecho. El piso estaba limpio; la comida, preparada, y el payaso llegaría media hora antes que los invitados.

Era la primera vez que recibía la visita de la señora Weinart y sus hijos. Elizabeth y otras mujeres vendrían también, pero eran los Weinart los que le preocupaban; temía que se aburriesen, que se agobiaran en un piso tan pequeño, que los regalos que les había comprado los decepcionaran.

Dejó la tarta en el patio y cogió una azada para quitar las malas hierbas que crecían entre las losas. El criado había huido a la montaña, con sus primos. El padre de Katharina le gritó al ver que se iba, lo llamó cobarde y traidor, pero se fue de todos modos. El señor Spinell arrojó sus pertenencias a la calle, despejando el camino para un nuevo sirviente. Pero no llegó ninguno. Las malas hierbas crecieron y echaron flores, y nadie se preocupaba por ellas, salvo cuando recibían visitas. Golpeó la azada un par de veces más y se retiró escaleras arriba. Besó a su hijo en la cabeza y se aseguró de que Natasha estuviese vestida con falda negra y camisa blanca.

La habitación de su madre estaba a oscuras, con las contraventanas y las cortinas aún cerradas; un diminuto resplandor anaranjado, intermitente, podía verse en la cama donde descansaba, con la cabeza y los hombros apoyados sobre almohadas para poder darle caladas al cigarrillo. Eran más de las doce del mediodía.

–¿Viene a la fiesta, madre?

–No lo sé. ¿Debería ir?

–Estaría bien.

Katharina se dio la vuelta y tiró de la puerta con firmeza hasta asegurarse de que quedaba bien cerrada al salir.

En su dormitorio hacía calor pese a la brisa que entraba por la ventana; estaba limpio, en calma, sin el niño en la cuna. Cerró los ojos, pero la luz brillante del verano se filtraba a través de sus párpados empolvados de bronce, frustrando su deseo de oscuridad. Flotaba en una luz refractada, en un espacio donde todo estaba roto: fragmentos de blanco, de amarillo, el rostro de su hermano y la sonrisa de su marido flotando y deslizándose ante ella. Las lágrimas le corrían por la cara. Sabía que había perdido a su hermano, pero necesitaba que alguien le confirmase si había enviudado o no, que alguien pusiera fin a la incertidumbre de flotar en ese mundo fraccionado. Se levantó y empezó a vestirse. Se puso un vestido azul marino ceñido con cinturón, cuya sobriedad quedaba sutilmente socavada por destellos de tela blanca ocultos bajo los pliegues de la falda. Había comprado unos tacones a juego y un conjunto azul marino para su hijo: zapatos, pantalones cortos y una chaqueta, todo dispuesto sobre la mesa del comedor, listo para que se lo pusiera justo antes de que llegasen los invitados.

Pero él ya estaba vestido. Y Natasha le había cepillado el pelo, apartándole de la frente sus rizos rubios.

–Ya iba a hacerlo yo.

Tomó al niño y empezó a hacerle cosquillas. El pequeño se rio, pero volvió con Natasha, quería que le cepillase el pelo otra vez. Ella accedió a su petición.

–Está bien, Natasha. Ya me ocupo yo.

Katharina dio una vuelta por la habitación con el niño, sujetándole las manos, viendo si podía andar solo. Le soltó un momento, pero se cayó y empezó a llorar. Trató de consolarlo y lo rodeó con los juguetes que le había comprado por su cumpleaños.

–Anda, llévatelo, Natasha. Yo voy a hacer café.

Menos uno, todos los hijos de la señora Weinart habían empezado a andar antes de cumplir el año.

A las tres sonó el timbre. Katharina se alisó la falda y abrió la puerta. La señora Weinart y sus cinco hijos, vestidos con tonos rosa y azul claro, el pelo recogido con horquillas o peinado con cera, entraron con una caja grande.

–Es usted muy amable por recibirnos a todos –dijo la señora Weinart–. Los niños están muy emocionados.

Presentaron su regalo a Johannes, pero este enterró la cabeza en el pecho de Natasha, la oreja derecha pegada a su boca, anhelando sus susurros, sus palabras rusas como bálsamo para sus nervios. Katharina tomó el regalo y condujo a la señora Weinart hasta el sofá. Ella se sentó en medio, delante del café y el pastel. Después llegaron Elizabeth y las demás madres, que se quedaron toda la

tarde, sonriendo mientras los niños se desternillaban con el hombre gracioso de colores vivos, agradecidas por la distracción.

–Tenemos que encontrarte un nuevo marido, Katharina –dijo la señora Weinart–. Esta vez, uno que sea guapo.

Katharina bajó la mirada hacia la taza y el platillo a juego. No dijo nada, pero las otras mujeres mostraron su conformidad.

–Un oficial –dijo Elizabeth–. Uno que trabaje en Berlín, lejos del frente.

Observó, sin prestar atención a lo que decían, cómo movían sus labios elaborando una larga lista de pretendientes potenciales con una rapidez asombrosa, era obvio que habían hablado de ello antes. Conocía a algunos de los hombres, todos de bajo rango, pero oficiales al fin y al cabo, y siguió escuchando, arrellanándose en el asiento a la espera de que las mujeres proclamasen al candidato más idóneo. Su período de luto había concluido, por supuesto; tal vez habría durado más si su marido hubiese tenido rango de oficial o condición de héroe, o si ella hubiese sido una viuda de pechos pequeños y caderas estrechas.

Asintió a sus sugerencias, y la conversación volvió a los temas habituales: las criadas rusas, las incomodidades de la guerra, las largas horas de trabajo de sus maridos. Ella mencionó a su padre en lugar de a su marido, y eso les gustó, el hecho de que aceptase ser hija de nuevo, no esposa, complacidas de que hubiese dejado de añorar a uno de los soldados de Stalingrado, hombres a los que era mejor olvidar.

Le cantaron algo a su hijo y se fueron a casa, aparentemente satisfechas. Ella llevó a Johannes al parque y dejó que Natasha limpiase el piso. Se sentó de nuevo en el banco que había

compartido con su marido, mientras su hijo dormía, agotado por una celebración que escapaba a su entendimiento.

Se quedó allí hasta el anochecer, observando cómo los niños toqueteaban con un palo a un pato muerto en el borde del lago. Estaba a punto de volver a casarse con otro desconocido, un segundo marido, cuando ni siquiera estaba segura de haber perdido al primero. Tampoco estaba segura de si quería ya al primero: en el caso de que volviese, sería un cobarde, un soldado fracasado. No le darían trabajo en Berlín ni ningún ascenso en Darmstadt. Viviría como la esposa de un maestro de escuela, igual que su suegra, una vida frugal, reservando los regalos de boda para ocasiones especiales, conservando los muebles en habitaciones eternamente en penumbra.

Cuando ella regresó su padre estaba en el piso, comiendo un trozo de pastel de chocolate.

–Está muy rico –dijo.

–Del pastelero del Führer. ¿Queda algo?

–No.

–Bueno, en realidad ya he comido bastante.

Él apartó el plato vacío a un lado.

–Han desembarcado en Sicilia –dijo.

–¿Quiénes?

–Los americanos, Katharina. Los británicos.

–¿Es grave?

–No. Solo tenemos que llevar allí a nuestras tropas lo antes posible.

–¿Desde dónde?

–Rusia. Francia. El norte de Italia. De todas partes. Tenemos suficientes.

–Eso está bien. La señora Weinart cree que debería casarme de nuevo.

–Me parece una idea estupenda.

–Un oficial esta vez.

–Estás prosperando, Katharina Spinell.

El restaurante estaba casi vacío, aunque todas las mesas estaban puestas; los manteles y las servilletas, planchados y almidonados. Había llegado temprano. Salió de nuevo y echó a andar calle abajo, pasándose los dedos por el pelo, humedeciéndose las cejas, apaciguando los nervios.

Lo había visto una vez en casa de los Weinart, pero nunca había hablado con él. Él se había pasado la mayor parte del tiempo fumando y hablando con los hombres de temas serios. No se había fijado en ella. Tampoco en ninguna otra mujer.

Regresó un par de minutos después de las ocho y allí estaba él, esperando, fumando, con los ojos clavados en la puerta, observándola cuando entró. Sonrió, se levantó, hizo el saludo militar, le retiró la silla y le ofreció una bebida.

—Un martini. Gracias. Pero sin aceituna. No me gustan las aceitunas.

—Qué curioso. A mí tampoco. Diría que están sobrevaloradas.

Volvió a sonreír, y a ella le gustó su sonrisa, la forma en que le llenaba el rostro.

—Ya he pedido la cena. Espero que le guste el cordero.

—Sí, me gusta. Gracias.

—En realidad no había otra elección. Parece que los suministros están un poco restringidos.

–¿Incluso para usted?

Sonrió.

–Incluso para mí, señora Faber.

Ella miró a su alrededor.

–Está esto muy tranquilo.

–Creo que, en los tiempos que corren, la gente prefiere pasar la noche en casa con sus familias.

–¿Y usted no?

–No tengo familia, señora Faber. Pero creo que usted tiene un hijo. A la señora Weinart le encantó su fiesta de cumpleaños. Me contó que el payaso le resultó especialmente entretenido.

–Me alegro.

–Debería alegrarse. Es una mujer difícil de complacer.

–Tiene un gran concepto de usted, señor Meyer.

–Y también lo tiene de usted, señora Faber.

–En tal caso, viajamos en el mismo compartimento, señor Meyer.

Katharina dio un sorbo a su copa mientras él encendía un cigarrillo, fumaba por la comisura de la boca opuesta a la de su marido. Su exmarido. Muerto con toda probabilidad. Sus ojos eran muy azules; su cabello, rubio como el de un niño.

–Debe de ser usted el único joven que queda en Berlín –dijo ella.

–Y a usted le toca cenar conmigo, señora Faber.

–Debería sentirme muy honrada.

Llegó la comida. Y dos botellas de vino.

–¿Por qué no está en el frente, señor Meyer? Creía que todos los jóvenes estaban obligados a ir.

–El Führer me considera útil.

–¿Por qué? ¿A qué se dedica?

- A hacerlo feliz.
- Cosa que, según tengo entendido, no es tan fácil.
- A mí se me da bien.
- Entonces es usted afortunado. Más afortunado que mi marido o mi hermano.
- Cada uno se forja su propia suerte en esta vida, señora Faber.
- Supongo que sí, señor Meyer.

Todos los jueves, a las seis, Katharina iba a una habitación situada en la parte de arriba del restaurante, las sábanas tan almidonadas y planchadas como las servilletas de abajo. Él siempre estaba allí, tumbado en la cama, fumando, esperando, las mejillas empalidecidas de no ver la luz del día. Entradito en carnes. Casi gordo.

–Tengo un regalo para usted –dijo él.

Le dio una caja en la que ponía «PARIS». La abrió y sacó una bata de seda con bordados de pájaros tropicales azules, rojos y amarillos.

–Es preciosa. Impresionante. Gracias.

–También tengo chocolate –dijo.

–¿Puedo probarlo?

–En un momento.

Aplastó el cigarrillo y chasqueó la lengua para llamarla.

Ella se quitó el abrigo, los tacones y el vestido, lejos de él, al otro lado de la cama. Luego se quitó las medias, la ropa interior. Se quedó completamente desnuda, con los brazos pegados a los costados.

–Y el pelo.

Tiró de las horquillas y se volvió hacia él para que pudiese verlo caer por la espalda. Se cruzó los brazos sobre el pecho. Estaba temblando.

–Hace frío.

Él se desnudó, la tumbó en la cama, se la folló y luego le dio el chocolate. Ella se lo comió de inmediato.

–¿No vas a guardar un poco para tu hijo?

–No te preocupes. Además, se lo acabaría comiendo mi madre.

El comedor estaba más animado que de costumbre; los hombres, impecables con sus uniformes y medallas; las mujeres, bien erguidas, con pieles sobre los hombros para resguardarse del frío de octubre. Ella iba de mesa en mesa, agarrada del brazo de él, intercambiando palabras de cortesía y buenos deseos. Katharina seguía sonriendo cuando llegó a su asiento, junto a la ventana con cortinas, donde una corriente se arremolinaba a sus pies. Él tomó asiento, barrió el salón con la mirada, luego la miró a ella.

–Necesitas una de esas pieles. ¿Tienes alguna?

–No, no tengo ninguna estola.

–Tendré que comprarte una.

–Eres muy amable, Joachim.

El camarero les trajo martinis, ambos sin aceituna, y recitó el menú de la noche: conejo o salmón noruego. Ella soltó una carcajada.

–¡Pescado! Con razón está tan lleno. ¿Cómo es que no me has dicho nada?

–Quería que fuese una sorpresa. ¿Quieres vino también?

Ella asintió, él pidió, y guardaron silencio hasta que llegó el pescado, cocinado a la plancha, el exterior crujiente, el interior húmedo y firme, de un tono rosa salmón perfecto.

–Me dan ganas de vivir junto al mar –dijo Katharina.

–¿Has estado alguna vez?

–Dos veces, en la costa del mar del Norte.

–¿Y en el Mediterráneo?

–Nunca.

–Te llevaré cuando todo esto termine.

Él volvió a llenarle la copa y ella comió más pescado. Pensó en guardar un poco para Johannes, para su madre, pero se lo terminó todo.

El pastel de chocolate con cerezas llegó cuando empezaron a sonar las sirenas. Katharina se puso en pie. Él le dijo que volviera a sentarse.

–No son capaces. Nunca lo serán.

Ella miró a su alrededor, a los camareros y a los generales, que continuaban como si nada, y volvió a sentarse. Él pidió más vino.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–Somos alemanes. Ellos no.

–¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que necesitamos para ganar?

–Es una noche nublada, Katharina. Y hay artilleros en el tejado.

Katharina dejó que el camarero le rellenase la copa.

Las sirenas aullaron.

–Es un ataque aéreo, madre.

–Lo sé, Katharina.

–Pues venga, arriba. Sal de la cama.

–Estoy harta de los refugios antiaéreos. De amenazas que no llevan a nada.

–Vamos, madre.

–No voy a ir.

–Muy bien.

Se puso el abrigo, sacó a Johannes de la cuna y lo envolvió en mantas besando todo el tiempo su suave piel, todavía de bebé. Empezó a llorar, pero se calmó cuando ella lo sostuvo bajo el abrigo, contra su corazón; los ojos del pequeño, suspendidos entre el sueño y la vigilia. Su padre los acompañó hasta la puerta y la cerró tras él. Iban por la mitad de la escalera cuando se abrió de nuevo. Era su madre.

–De acuerdo, iré con vosotros.

–Bien –dijo Katharina.

–Es que es tan tedioso. Y tan inútil.

–A veces tienen suerte, madre.

Katharina avanzaba deprisa, adelantándose a sus padres y deteniéndose luego para esperarlos, para apremiarlos.

–Necesito encontrar una cuna –dijo.

–Ve tú –dijo su padre–. Nosotros ya te alcanzamos.

–Si no, se va a poner insoportable.

–Ve, Katharina.

La cola avanzaba con la calma habitual, todos sabían qué vendría después. El antiguo entusiasmo de los niños había quedado erosionado por la fuerza de la costumbre. Subió las escaleras hasta encontrar una cuna, de cuerdas, con una almohada y dos mantas bien dobladas. Depositó al niño, le acarició el pelo y se quedó de pie junto a él protegiéndolo de las sombras y del movimiento, hasta que estuvo segura de que había vuelto a dormirse. Entonces se dirigió a la escalera para buscar a sus padres, pero la multitud se lo impedía, una ciudad entera en movimiento. Así que se sentó cerca de Johannes, contrariada porque su padre tenía la bolsa con el libro y los avíos de costura, la maleta con las mantas y los cojines. Serían unas horas frías y aburridas.

Cerró los ojos e intentó dormir, pero no conseguía evadirse de los ruidos del exterior. Nunca estaba segura de cuál oía primero, si los aviones o la artillería antiaérea, o si era simplemente una explosión simultánea que duraba hasta que se acababan las bombas. Oyó el traqueteo de los cañones y se compadeció de los hombres de los tejados, pero también los envidió: a la mañana siguiente serían héroes colmados de gratitudes, flores y, en ocasiones, chocolate. Sus esposas también. Elogiadas y alabadas. Mujeres casadas con el éxito. No con los hombres de Stalingrado, que imponían un silencio incómodo, seguido de un cambio apremiante de tema hacia terrenos menos comprometidos. Había aprendido a no hablar de Peter, a comportarse como si hubiese fallecido, a pesar de no haber recibido

todavía la pensión de viudedad. No tenía papeles que demostrasen que estuviese muerto. O vivo.

Fragmentos de hormigón le cayeron en el pelo. Se los sacudió. El bombardeo estaba cerca. Más de lo habitual. Los niños gimoteaban y se abrazaban a sus madres en busca de consuelo. Johannes seguía dormido. Katharina cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Era soportable. Como las manos carnosas de Meyer. Todo era soportable, no quedaba otra.

Volvió a abrir los ojos y miró al cielo que no podía ver. El ruido había cambiado. El zumbido había desaparecido, el habitual ronroneo había sido sustituido por el rugido de los motores. Descendían en picado del cielo, lanzándose sobre la ciudad, estaban tan cerca que imaginó que veía a los pilotos, sus rostros alargados y enjutos, los ojos ocultos tras gafas redondas. Gritó y se tiró al suelo, hombres y mujeres aterrados le cayeron encima, aplastándola contra el polvo mientras los aviones descendían, un enjambre furioso e indignado, soltando una bomba tras otra, cada explosión se introducía en las paredes y el techo, le arrancaba el aire de los pulmones; el vacío se llenaba de un pánico seco y asfixiante hasta que el aire regresaba de repente, alternándose el oxígeno y el ahogo, los gritos ensordecedores y el silencio ensordecido; los pilotos ingleses se volvían más calvos y gordos con cada bomba que soltaban, la cabeza inclinada hacia atrás, riéndose mientras succionaban puros gruesos y oscuros. Katharina estaba sollozando. Podía oír a su hijo llorar en la cuna, pero le era imposible llegar hasta él, no podía liberarse del montón de cuerpos que la aplastaban. Arañó el suelo, la fluorescencia pintada sobre el

cemento, y ordenó a su mente que sobreviviese a aquello a lo que su hermano no había sobrevivido.

Los aviones volvieron a alzarse en el cielo y todo terminó. Poco a poco, las personas que tenía encima se pusieron en pie y regresaron a sus sitios. Ella se incorporó y se quedó un momento apoyada sobre las rodillas; el pelo y el cuello, manchados de saliva y lágrimas ajenas. Se limpió, se arregló el pelo y la ropa y fue en busca de su hijo. Se estaba quedando dormido de nuevo, pero lo cogió en brazos de todos modos; su cuerpo, pesado como si fuese de plomo; lo llevó hasta su asiento y se desabrochó el abrigo para que la oreja derecha del pequeño quedase junto a su corazón; luego apoyó los labios y la mano derecha en su cabecita, acariciándolo, besándolo, susurrándole, meciéndolo.

–Tu padre volverá pronto a casa, amor mío. Él acabará con todo esto.

Sonó la señal de fin de alarma y salieron en silencio del refugio, en fila, hacia una ciudad en llamas, un carnaval de fuegos rojos y naranjas, de explosiones y caos. Echó a correr, ajena a los lamentos de sus vecinos, a las sirenas de las ambulancias, solo oía el sonido de su propia respiración pesada mientras recorría calles jalonadas de cráteres, mientras se abría paso entre montones de escombros y tilos derribados. Se negó a mirar las casas desaparecidas. No quería saber nada. Solo quería llegar a la suya.

Su casa estaba intacta. Ni una marca. Subió corriendo las escaleras, metió a Johannes en la cuna, se puso de rodillas y hundió los brazos en el fondo del armario. Entre las sábanas. Enterró el rostro en ellas, oliéndolas, oliéndolo a él, meciéndose de un lado a otro, sollozando contra la tela, deseando que todo terminase,

deseando que él regresara a casa y que todo volviera a ser normal. Aunque ya no sabía qué era normal. Lo había olvidado. Se había esfumado de su memoria.

Se levantó, abrió un cajón y sacó el regalo que guardaba para él, su nombre grabado en el prendedor, a la espera de ser reclamado. Se tumbó en la cama, todavía vestida, sujetando las sábanas y la pluma, esperando a sus padres, pero se quedó dormida y despertó a la mañana siguiente al oír a su hijo. Estaba pidiendo comida. Llamó a Natasha.

–Se ha ido –dijo su padre–. El sótano está vacío.

–Debió de ser aterrador para ella.

–No tiene agallas, eso es todo. Típico de los rusos.

–Fue horrible, padre.

–Tuvieron suerte, nada más.

–¿Ha dormido?

–Aún no. Ha sido una noche larga.

–Imagino.

Encendió la chimenea, hizo café y dio de comer a Johannes. Su madre seguía dormida, dejó que Katharina asumiese las tareas de Natasha. Se alegró de ello. Le daba una razón para salir y ver la ciudad.

La carnicería había desaparecido, estaba reducida a cenizas, pero las mujeres hacían cola como siempre. Sin saber muy bien por qué, Katharina se unió a ellas. Nadie le dijo nada y ella no preguntó. Esperó media hora, dio por hecho que no iba a pasar nada y abandonó la fila. Mientras se alejaba, oyó a las mujeres aplaudir. El carnicero había llegado y estaba montando un puesto en la calle. Corrió a recuperar su lugar intentando abrirse paso con el cochecito.

Nadie la miró, nadie se movió. No la dejaron pasar. Se ajustó el gorro de piel y se fue.

Se dirigió al centro de la ciudad, donde encontró zanahorias, pan, algunas manzanas, pero nada de carne. En la casa de empeños eligió un vestido adecuado para la fiesta de los Weinart. Terciopelo verde hierba. El encargado accedió a guardárselo.

–Necesito pensarlo un poco.

–Todos estamos igual, señora Faber.

Los soldados de la ciudad y los hombres de mayor edad estaban removiendo los escombros cuando regresó a casa, buscando a los que habían sobrevivido y a los que no. De algunas partes de los edificios, demasiado altas para alcanzarlas, aún salían llamas.

Avivó las brasas y dio de comer a su hijo. Su madre seguía en la cama, pero despierta. Fumando.

–¿Está bien, madre?

–Estupendamente.

–Ha sido horrible, ¿verdad?

–Peor fue para Johannes.

Su padre regresó cubierto de polvo y sin carne. Comieron pan y sopa de verduras. En silencio. Katharina acostó a Johannes y preparó una maleta con su documentación, las cartas de Peter, la pluma y las sábanas. Añadió comida, ropa y pañales para su hijo y dejó la maleta junto a la puerta del recibidor, lista para el siguiente ataque aéreo.

–Eso no te va a hacer falta, Katharina.

–Creo que sí, padre.

Se puso el vestido de terciopelo verde y esperó a que Meyer llegase para llevarla a la fiesta de Navidad de los Weinart. Sus padres ya se habían marchado, y Johannes llevaba en la casa de los Weinart desde media tarde, jugando con sus hijos y la niñera.

Se miró al espejo y se pasó el dedo por las arrugas grabadas de la frente, por los círculos morados bajo los ojos, visibles a pesar del maquillaje, permanentes, indelebles, un recuerdo de por vida del terror. Incluso Johannes, que aún no había cumplido los dos años, tenía ojeras y pequeñas líneas de expresión entre los ojos.

Sonó el timbre. Abrió la puerta y sonrió a Meyer. Llevaba flores, un ramo de claveles y rosas, y una pequeña caja de bombones de chocolate con leche. Ella lo besó y le dio las gracias. Lo invitó a pasar y le sirvió un whisky. Él se quedó de espaldas a la chimenea.

–Es un piso precioso, Katharina.

–Nos gusta mucho.

–Tal vez podríamos buscarles otra casa a tus padres y quedarnos nosotros aquí.

–Tal vez. ¿Quieres hielo?

–Por favor.

Fue a la cocina; las enaguas susurraban, el terciopelo permanecía callado. Puso hielo en el vaso con una cuchara.

–Estás guapísima, Katharina.

–Gracias.

Dejó la bebida sobre la mesa.

–¿Dónde está Johannes?

–Ya está allí. Si hay un ataque, quiero que esté conmigo.

–Bien pensado.

–Fue idea de la señora Weinart.

–Es una mujer inteligente.

–Le tiene mucho cariño. Y él adora a sus hijos.

–Todos contentos entonces.

–Eso parece.

Él dejó el vaso, la cogió de los brazos y empezó a besarle el cuello.

–Deberíamos irnos –dijo ella–. Empiezan antes, acuérdate.

–Quiero que seas mía. Aquí. Ahora.

–Aquí no. No hasta que nos casemos.

–No puedo esperar tanto, Katharina.

Se zafó de sus brazos y se dirigió hacia la puerta.

–Tendrás que hacerlo.

Katharina cogió la maleta.

–¿Y esa maleta?

–Es para Johannes. Por si hay un ataque. Son las cosas que necesito para él.

–Deja que la lleve yo.

–No te preocupes. Pesa poco.

–No pega con tu vestido.

–Es solo hasta el coche.

–Eres una mujer curiosa, Katharina Spinell.

–Faber.

–Meyer.

En la fiesta, ella y Meyer se sentaron a la mesa de la primera planta, la misma en la que estaban Elizabeth, su marido y otros hombres de uniforme negro junto con sus esposas, las cuales llevaban diamantes enormes en el cuello y en los dedos. Sus padres estaban arriba, en la misma sala que el año anterior. No había rastro del barón ni de la baronesa.

De entrantes había gambas y champán rosado. Katharina tomó una gamba, le arrancó la cabeza y peló la cáscara. Miró el reloj de Meyer y los sacos de arena apilados contra las ventanas. Eran las seis y media y ya había anochecido; los bombarderos nunca habían llegado tan temprano. Intentó comer más despacio, apaciguar los nervios, pero engulló la gamba y enseguida empezó a pelar otra. Elizabeth iba por la tercera, con la cabeza gacha, ocultando los diamantes del cuello. Katharina dio un sorbo al champán y se inclinó hacia ella.

–¿Cómo están tus hijos?

–Están en casa y yo aquí.

–No está lejos, Elizabeth.

–Lo sé, y hasta ahora nos hemos librado. Hemos tenido suerte.

–Nosotros también.

–¿Dónde está Johannes?

–Aquí, en la casa. A punto de irse a dormir, espero.

–Eso ayuda.

–Un poco, sí.

–Esto es un horror, Katharina. No sabes el miedo que paso. Todas las noches. Lo de anoche fue un horror.

El marido de Elizabeth le susurró algo al oído, conciso pero con contundencia. Ella asintió.

–Tu vestido es precioso, Katharina. Me encanta ese verde. ¿Lo has comprado aquí?

–Sí –dijo–. Tal y como están las cosas, es difícil ir a otro sitio.

Elizabeth miró a su marido. Él miró su reloj.

La sopa fue un visto y no visto; aplaudieron con timidez al ganso, como si temiesen llamar la atención de los bombarderos. Mientras masticaba la carne, sentada en el borde de la silla, con los pies en el suelo, Katharina calculó la ruta más rápida para llegar a su hijo, sacarlo de la cuna y llevarlo a un refugio. Los Weinart tenían un búnker en el sótano, pero ella prefería la solidez de los refugios de hormigón de la calle. Los sótanos se derrumbaban con la gente dentro. Prefería estar en la superficie.

Probó la mousse de chocolate con frambuesas y se giró hacia Meyer.

–Yo me voy ya, Joachim –dijo–. Voy a por Johannes y me vuelvo a casa.

–Es demasiado pronto, Katharina. Quedaría muy mal.

–No puedo concentrarme. Estoy muy nerviosa.

–En una hora ya será demasiado tarde para ellos. Toma más champán.

Le hizo caso y pasó una hora. Siguieron festejando hasta el amanecer, bebiendo, bailando, y Katharina tuvo sexo con Meyer en lo alto de una escalera, con el vestido subido a la altura de las caderas. Volvió a casa, durmió y recogió a Johannes antes de que los Weinart se sentasen a almorzar con sus hijos.

–Ha sido una velada maravillosa, señora Weinart. Incluso mejor que el año pasado.

–Se ve que lo disfrutaste, Katharina.

–Y muchas gracias por quedarse con Johannes.

–Es un encanto de niño. Como si fuese mío.

La noche en que perdieron el piso hacía muchísimo frío. El viento les calaba los abrigos mientras caminaban hacia el este, de regreso a su antigua casa, fuera del alcance de los bombarderos ingleses. Su padre aún tenía la llave y la puerta se abrió sin problema. Encendió la luz del vestíbulo y avanzó por el pasillo oscuro hasta la cocina. Todo estaba en orden, como si nunca se hubiesen ido. Acostó a Johannes en la cama que había compartido con Peter, instaló a su madre en el dormitorio de Johannes, y a su padre en el suyo, y luego se sentó a la mesa de la cocina hasta el amanecer, hasta que su hijo se despertó pidiendo comida, consuelo, un final para el caos.

Lo alimentó con la comida que guardaba en la maleta, escondida entre las sábanas: galletas saladas, carne en conserva y leche en polvo. Le puso un pañal limpio y lavó el sucio. Ahora solo tenía tres. Los demás estaban en el otro piso, y conseguir pañales nuevos era difícil. Tampoco era posible conseguir imperdibles. Puso agua a hervir y se la bebió caliente, esperando a que se despertase su padre.

–Iremos a ver a los Weinart, a ver si pueden echarnos una mano – dijo el señor Spinell.

–Necesito ropa. Johannes también. –Katharina abrió y cerró todos los armarios–. No tenemos comida, padre. No tenemos nada. Absolutamente nada.

–Ya encontraremos alguna solución.

Fue al cuarto de baño. El agua estaba sorprendentemente caliente.

–¿Puede quedarse un momento con Johannes?

Su padre asintió y sentó al niño sobre el regazo. Ella cerró la puerta, llenó la bañera y empezó a desvestirse, el polvo de la ciudad cayendo al suelo. Se metió en el agua caliente y hundió la cabeza, aliviada de alejarse del ruido, del caos, de las explosiones. Todos los edificios de su acera habían desaparecido. Se habían esfumado. Sus vidas, reducidas a un montón de escombros, cortinas, cabeceros, puertas de armarios y libros. Todo había desaparecido. El piano, la ropa de cama y las sedas, el busto de Wagner, no quedaba nada. Se incorporó. Todo era soportable, no quedaba otra. Pero también era intolerable. Las manos carnosas de Meyer y los cuchicheos de aquellas mujeres planificando el resto de su vida. Ya tenía un marido. No necesitaba otro. Salió de la bañera, se secó rápidamente con una toalla que no reconocía y volvió a ponerse la misma ropa.

Su hijo gimoteó. Lo cogió del regazo de su padre.

–Tiene hambre.

–Es un poco temprano para ir a casa de los Weinart.

–Quizá la señora Sachs tenga algo.

–No puedes ir a verla, Katharina.

–¿Por qué no?

–No es buena idea. Volvernos dependientes de ella.

–Pero somos dependientes, padre.

–De ella mejor no.

–¿Por qué de ella no?

–Porque se regodearía de saber que hemos vuelto aquí.

–Al punto de partida.

–Algo así.

–Y entonces, padre, ¿sigue creyendo que todo ha valido la pena?

–Un paso adelante, dos atrás. A veces es así, Katharina.

–El hijo de mi marido tiene hambre. Voy a ver a la señora Sachs.

Llamó a la puerta con suavidad, con Johannes en brazos. La señora Sachs estaba en bata.

–Anoche me pareció oír ruidos –dijo.

–Han bombardeado nuestro piso.

–Qué suerte que el antiguo estuviera vacío.

–Sí.

–Y tu padre lo sabía.

–Supongo que sí. Johannes tiene hambre y no tenemos comida.

–Veré qué puedo encontrar. Pero solo para él.

–Lo entiendo. Gracias.

Desapareció por el pasillo, también sin ventanas, y regresó con copos de avena y leche.

–Con eso debería bastar.

–Gracias.

–Nada de esto es culpa del niño. No voy a tomarla con él.

–Gracias.

Volvió arriba, calentó la leche y añadió los copos de avena. Su padre estaba fumándose un cigarrillo, mirando por la ventana.

–¿Cómo sabías que la casa estaba vacía, padre?

–Lo sabía y ya está.

–¿Pero cómo? ¿Adónde se fueron los inquilinos?

–Eran gentuza, Katharina. Nunca debieron darles una casa tan buena como esta.

–Pero si es un cuchitril. Por eso nos fuimos, ¿o es que no lo recuerda?

–Es lo mejor que tenemos por ahora. Iremos a casa de los Weinart después de que Johannes haya comido.

La casa de los Weinart seguía intacta. Ninguna ventana agrietada, ni un alféizar fuera de su sitio. Su padre presionó el timbre de cerámica blanca y una criada les pidió que esperasen en el vestíbulo. La señora Weinart bajó las escaleras y fue corriendo hacia ellos, con los brazos, los ojos y la boca abiertos de par en par. Katharina empezó a llorar, hundiendo la cabeza en el cabello de Johannes, mientras su padre explicaba lo ocurrido. La señora Weinart los llevó abajo, a la cocina.

–Os daremos todo lo que necesitéis, Katharina. Para que podáis empezar de nuevo.

Tomaron café caliente, pan, queso y salami, y prepararon un pícnic para llevárselo a su madre. La señora Weinart pasó el brazo por los hombros de Katharina.

–Saldremos adelante, Katharina –dijo–. Ya lo verás. No podrán derrotarnos.

La niñera se llevó a Johannes para darle ropa antigua de los hijos de los Weinart, y el mayordomo fue en busca de trajes para el señor Spinell.

–Te buscaremos un par de uniformes más, Günther.

–Gracias, señora Weinart.

–Katharina, tú y yo vamos a buscar algo para ti y para tu madre.

Katharina la siguió escaleras arriba, a una parte de la casa que no había visto antes, donde las alfombras eran más suaves, más

mullidas, de un tono más claro.

–Gracias por su amabilidad, señora Weinart.

–Tu padre ha trabajado duro para mi marido, Katharina. Es algo que admiramos.

La señora Weinart abrió varios armarios.

–Entonces, te has quedado sin nada, ¿no?

–Nada.

–Con la de ropa que habías comprado últimamente. Tan bonita, te quedaba tan bien. De gran calidad, además.

–Eran tiempos propicios para encontrar prendas de calidad, señora Weinart.

–Y tienes buen gusto. Eso también lo admiro.

Rebuscó entre las perchas sacando prendas, volviéndolas a colgar, murmurando, hasta que reunió un montón.

–Pruébate esto en mi cuarto de baño. Puede que te quede bien.

Katharina las llevó al baño, que contaba con dos lavabos, un bidé, bañera y ducha, y dejó la ropa en el suelo de baldosas blancas e impolutas. Al cerrar la puerta, vio colgada de un gancho una bata de seda, idéntica a la suya. Volvió al dormitorio.

–Tengo la misma bata que usted. Joachim me la regaló.

–¿Ah, sí? Claro, por supuesto que sí.

El chófer de los Weinart los llevó de vuelta al lado este de la ciudad, el coche cargado con una cuna, mantas, ropa y comida. Katharina se cruzó con la señora Sachs en el vestíbulo, estaba poniéndose los guantes antes de salir.

–Ya veo que tienes quien te cuide.

–Así es, señora Sachs.

–Entonces no me necesitarás más.

–Supongo que no, pero gracias por lo de esta mañana.

Guardó la comida en los armarios, fregó los suelos, los lavabos, el retrete y la bañera, y vistió la cama con las sábanas que había compartido con Peter. Johannes correteaba por el pasillo disfrutando de cómo el linóleo resbalaba bajo sus rodillas. Katharina preparó la cena, sopa de verduras con trozos de carne y pan oscuro, y llamó a sus padres para que acudiesen a la mesa.

Su padre llegó primero. Se sentó en su sitio de siempre. Su madre lo siguió, aún en camisón. Miró la mesa, a su nieto sentado en el lugar que antes había ocupado su hijo.

–Quítalo de ahí, Katharina. Ponlo en tu sitio.

Katharina movió a su hijo. Su madre se sentó y encendió un cigarrillo.

–No tengo hambre.

–Tiene que comer, madre. Puede que mañana no haya nada.

Terminó el cigarrillo y levantó la cuchara.

–Entonces, ¿de qué ha servido todo esto, Günther? Al final hemos vuelto al mismo sitio.

–Pronto encontraremos un piso nuevo, Esther.

Katharina partió un trozo de pan y lo mojó en la sopa.

–No voy a mudarme más –dijo–. Esta vez me quedo.

–¿Por qué? –preguntó su padre–. Este piso es una pocilga y el barrio está lleno de comunistas. Todo el mundo te odiará.

–Tal vez tengan razón en odiarme.

–Es absurdo quedarse aquí más tiempo del necesario, Katharina.

–Me quedo. Aquí no llegan los bombarderos.

–Encontraremos algo mejor fuera de su radio. Aquí no te quiere nadie, Katharina.

–Le prometí a Peter que lo esperaría, y aquí es donde voy a esperarlo.

–Dios mío, Katharina.

Su madre encendió otro cigarrillo.

–¿Y qué pasa con el señor Meyer? –preguntó.

–¿Qué pasa con él?

–Ibais a casaros.

–Ya estoy casada. Con Peter.

Su madre golpeó la mesa con la mano. Johannes se sobresaltó, pero no lloró.

–Eres una niñata estúpida, Katharina. Meyer es el único que puede sacarte de aquí. El único que puede sacarnos a todos.

–Usted haga lo que tenga que hacer, madre. Yo me quedo.

–¿Y tu hijo? –preguntó el señor Spinell.

–Mi hijo necesita a su padre.

–Su padre no te sirve de nada. Búscale otro.

–Solo tendrá un padre.

Su madre se puso en pie.

–Eres imposible, Katharina. La vida no es el cuento de hadas que a ti te gustaría que fuese.

–Soy muy consciente de ello, madre.

Los Weinart le enviaron un coche de juguete para su segundo cumpleaños, rojo y pequeñito, pero no hubo fiesta ni pastel. Katharina y Johannes, solos en el parque, los pies del pequeño chapoteando en el agua; su madre, sujetándolo, alborotándole el pelo con besos.

Berlín, 24 de octubre de 1944

Mi querido Peter:

Aquisgrán se ha rendido hoy, amor mío. Esa hermosa catedral en manos de nuestros enemigos. Hace tiempo paseé por ese laberinto de calles, y ahora es suyo. De quienes quieren destruirnos. Humillarnos.

No puedo ni imaginarme lo que habrá sido para ti, amor mío, saber que los americanos estaban cada vez más cerca y tener que quedarte a la espera. Saber que tus tropas hacían todo lo posible y, aun así, verlas huir, ver cómo tus protectores huían del enemigo.

Supongo que aquí nos pasará lo mismo. Mi padre se niega a decirme nada sobre los rusos, pero sé que es inminente. Toda la ciudad lo sabe.

Paso la mayor parte del tiempo sola con nuestro hijo, prácticamente no hablo con ningún adulto. La señora Weinart apenas nos invita a su casa, quizá una vez al mes, o cada seis semanas. No es tan sociable como antes, o quizá yo ya no sea bienvenida. Es difícil saber la verdad en estos tiempos.

Me pregunto quién llegará primero. ¿Los rusos? ¿O los ingleses y americanos? Pienso en huir; me paso el día entero considerando las opciones que tengo. La verdad, amor mío, es que no tengo ninguna. No tengo adónde ir. No hay nadie que quiera acogernos a nuestro hijo y a mí. Las carreteras ya están colapsadas y, de todas formas, mi padre se niega a marcharse. Insiste en que Berlín estará a salvo. No sé por qué lo cree. Ninguna otra ciudad lo está.

Guardo toda la comida que puedo, se la oculto incluso a mis padres. Necesito mantener con vida a nuestro hijo para que un día puedas conocerlo. No sé cuándo, pero ocurrirá porque sé que estás vivo. Sé que no vas a dejarme sola. Lo sé y por eso seguiré esperándote. Aquí. En esta casa. Donde hicimos el amor por primera vez. Donde concebimos a nuestro hijo.

Dios mío, te quiero tanto. Tú y Johannes sois todo lo que tengo.

KATHARINA

P. D. Guardaré esta carta y te la daré cuando vuelvas. Para que sepas cuánto te he echado de menos. Lo mucho que te he necesitado.

Vomitó cuando lo levantó de la silla. Lo limpió, le puso ropa limpia y lo acostó en su cuna, observándolo mientras se quedaba dormido. Ella también se tumbó, sin saber por qué le costaba tanto separarse de él. Ya había vomitado otras veces. Al final se quedó dormida, un sueño ligero, lo bastante como para oír sus gemidos y despertarse cuando vomitó por segunda vez, con la cara enrojecida y los ojos vidriosos. Lo tomó en brazos. Estaba alicaído, y no porque tuviese sueño. Lo lavó y lo vistió, le puso el abrigo y salió a la calle, corriendo por la ciudad, tropezándose bajo el peso del niño porque ya no había trenes ni taxis. Lo llevaba en brazos, primero sobre una cadera y luego sobre la otra, deseando tener su antiguo cochecito, con aquella suspensión tan buena. Volvió a correr, pero luego aflojó el paso, agotada por el peso de su hijo. Por su pesadez plomiza. Llegó a la puerta del médico y llamó. La señora Weinart abrió.

–Gracias a Dios que están en casa, señora Weinart. Es Johannes. Creo que está muy enfermo.

–Voy a buscar a mi marido.

Las dos lo siguieron hasta el despacho, donde desvistió al niño quitándole el abrigo, el jersey, la camisa y la camiseta, dejando al descubierto una piel cubierta por una erupción roja. Le examinó los ojos, le auscultó el pecho y le movió el cuello hacia atrás y hacia delante. El médico suspiró. Volvió a ponerle la camiseta, le abrochó

la camisa y los pantalones. Le entregó a Katharina el niño y su jersey.

–Katharina, no son buenas noticias.

–¿Qué quiere decir?

–Johannes tiene meningitis.

–Ay, Dios, menos mal que lo he traído.

–Necesita antibióticos.

Katharina respiró en el pelo de su hijo.

–Perfecto. Puede tomarlos.

–No tengo bastantes.

–¿No tiene bastantes?

–No.

–¿Qué quiere decir?

–No tengo bastantes, no se los puedo dar, Katharina.

–Pero algunos tiene, ¿no? Podría darme unos cuantos; así, al menos, se pondrá algo mejor.

–El suministro está muy limitado, Katharina. Restringido.

–No lo entiendo, doctor Weinart.

–Los necesito para otros niños.

–¿Otros niños?

–Los hijos de miembros destacados del partido. Tengo que reservarlos para ellos.

–Ellos no están enfermos. Mi hijo sí.

–Podrían enfermar y necesitarlos.

Sintió que las piernas le flaqueaban. La señora Weinart la condujo hasta una silla, tan blanda que apenas notaba el cuero.

–No puede hacer esto, doctor Weinart.

–Me temo que debo hacerlo.

Miró al médico, a su esposa.

–Pero usted dijo que era como uno de los suyos.

–Lo es, Katharina –dijo el doctor Weinart.

–Entonces dele el medicamento. Igual que se lo daría a un hijo suyo.

–No puedo, Katharina.

–¿Quién va a enterarse?

–Yo.

–Entonces engañese a sí mismo.

El médico se rio.

–No puedo hacer eso, Katharina. Soy un hombre demasiado honrado.

–Entonces, ¿para quién está guardando los antibióticos, doctor Weinart? El Führer no tiene hijos.

–A estas alturas, todos los medicamentos pediátricos que tengo son para los hijos de los miembros de alto rango del partido.

–¿Como Joachim?

–Sí, como Joachim.

Ella acarició la mano de su hijo. Su mejilla.

–¿Y para las mujeres con cruces azules?

–Probablemente también para ellas, sí.

–¿Pero yo no cumplo los requisitos?

–No, Katharina, no los cumple.

–¿Qué más debería haber hecho?

–No tiene sentido entrar en eso ahora, Katharina.

–A mí me parece el momento perfecto.

La señora Weinart puso una mano sobre el hombro de Katharina.

–Estás alterada, Katharina –dijo–. Quizá deberías irte a casa.

Katharina asintió y empezó a ponerle a su hijo el jersey y el abrigo.

—Recuerdo ese abrigo —dijo la señora Weinart—. Le queda divinamente.

Katharina cogió el bolso y se puso en pie.

—Entonces, ¿qué le pasará a mi hijo, doctor Weinart?

—Entrará en coma, Katharina, y no saldrá de él.

—¿Y eso es todo?

—Me temo que sí.

—¿No tuvo bastante con mi hermano, doctor Weinart?

—¿Perdón, señora Faber?

—¿No fue suficiente el sacrificio?

El médico le puso el capuchón a la pluma.

—Creo que debería marcharse ya, señora Faber.

—Primero mi hermano, ahora mi hijo. Y es posible que mi marido también. Todo por la gran causa.

—Estás alterada, Katharina.

—Lo estoy, señora Weinart. Estoy alterada.

—Es comprensible.

—¿Cuándo le tocará a usted, doctor Weinart? ¿Cuándo le tocará sacrificar algo? ¿A su esposa? ¿A alguno de sus hijos?

—Debería irse de inmediato, señora Faber.

La tomó del brazo, la sacó del despacho y la llevó al vestíbulo.

—Algún día verá que esto es lo mejor para su hijo, señora Faber.

—¿Lo mejor?

—Su padre le falló a su país. Es difícil para un niño vivir con ese legado. —La acompañó hasta la puerta principal—. Y estas cosas pueden tener un componente genético, Katharina.

–¿Qué cosas? ¿La meningitis?

–No no. El valor, el coraje.

Ella lo miró fijamente, Johannes apretado contra su pecho.

–Elija mejor la próxima vez, Katharina.

Fue a un hospital para que vieran a su hijo. Entendieron su preocupación, pero no tenían nada. En el siguiente hospital, lo mismo. En el tercero, el niño empezó a tener convulsiones. Tampoco allí tenían nada.

Regresó a casa al amanecer y se metió entre las sábanas, el niño acunado en sus brazos. Le quitó el gorro y lo besó en la frente, en los labios y en las mejillas, una y otra vez. Le apartó el pelo y le cantó una nana intentando calmarlo, abrazándolo, meciéndolo, como si estuviese dormido.

Los vio al frente de la fila. Eran tres, estaban riéndose. Uno de ellos empuñaba un cuchillo. Él se acercó el cuenco al pecho y bajó la mirada, fingiendo no verlos, concentrándose en una pequeña flor amarilla que se cerraba al terminar el día. El final del primer día de abril.

Los vio avanzar por la fila, sus botas parándose a cada poco. Se detuvieron frente a él. Estaban borrachos y hablaban a gritos en un alemán torpe. Uno de ellos le dio un empujón. Él se mantuvo en pie. Siguieron adelante y se detuvieron frente a otro alemán. Otro empujón. Cayó al suelo, lo sacaron de la fila y lo llevaron a un lugar donde todos pudieran verlo. Le dieron patadas en la cabeza, en la espalda, en el vientre, y lo pisotearon quebrándole los huesos, sin dejar de gritar «Victoria para Rusia». Y entonces apareció el cuchillo, entrando y saliendo de la carne, la sangre brotando a chorros. Gritos. Alaridos. Rusia se follaría a las mujeres alemanas. Faber seguía mirando la flor, su amarillo casi oculto por los sépalos verdes.

Llegó su turno, cogió su ración de sopa y pan y se sentó. Ellos se reunieron cerca de él, las chaquetas empapadas de sangre. Era el único alemán que quedaba. Habían fusilado a Schultz y los demás habían muerto, solo quedaban un puñado de austríacos, rumanos y húngaros. Los demás prisioneros eran rusos, enviados al norte por robo, asesinato o disidencia.

Siguió comiendo, fingiendo que todo era normal. Un episodio más que había que soportar. La sopa no sabía a nada. A peor que nada. A saliva. A orina. Al odio de sus enemigos. A todas las afrentas que exigían venganza ahora que Alemania había perdido. Los demás prisioneros lo miraban, las cucharas suspendidas, apartando sus cuerpos de él. Se llevó la sopa a la boca. Un hombre puede sobrevivir a cualquier cosa cuando su esposa le es fiel. Eso dicen los rusos. Volvió a hundir la cuchara en el cuenco y se la llevó de nuevo a la boca. Entonces lo agarraron, se lo llevaron a rastras, las astillas clavándose en la parte inferior de sus muslos demacrados, lo sacaron al patio, más allá del alemán muerto, hasta la caja. Un espacio demasiado bajo para ponerse de pie, demasiado estrecho para tumbarse. Cerraron la puerta y echaron el cerrojo. No había banco. Ni orinal. Los únicos rayos de luz y el único aire que recibía eran los que se filtraban por los intersticios de los tablones. Hundió el rostro entre las manos. Su cuenco había desaparecido. Su cuchara también. Nunca los recuperaría.

Tocó la madera, las tablas ásperas y los clavos oxidados, probablemente la había construido él mismo, una de las muchas torres de vigilancia, cobertizos y chozas que levantaban en cada campo antes de ser trasladados al siguiente, donde solo permanecían el tiempo justo para talar todos los árboles en un radio de quince kilómetros. Intentó estirar las piernas, acomodarse de algún modo, pero era imposible. Se sentó sobre los talones, como un pájaro en una jaula pequeña.

Oyó a los demás prisioneros realizando las tareas del atardecer, los pies arrastrándose sobre el barro seco mientras barrían los caminos, rellenaban hoyos y cortaban leña, la respiración

entrecortada, sus cuerpos enjutos proyectando sombras al pasar junto a la caja.

Era extraño estar separado del resto de los prisioneros y de los guardianes. No había estado solo desde Stalingrado. En cierto modo era agradable escapar de la monotonía de las tareas, del hedor del barracón atestado de literas de madera, apiladas unas sobre otras, capas y capas de suciedad, inmundicia y enfermedad. Él siempre dormía en la litera inferior, siempre expuesto a la orina de hombres que se meaban dormidos, demasiado exhaustos o enfermos para ir al cubo. Apoyó la cabeza contra el costado de la caja. Debería descansar. Dormir. Había pasado por cosas peores. Había dormido en trincheras más pequeñas y estrechas. Estaría bien.

Despertó cuando ya estaba oscuro. Necesitaba orinar. Se desabrochó los pantalones y apuntó todo lo lejos que pudo; aun así, se mojó, empapándose los pies y las rodillas. Estiró una pierna, perdió el equilibrio, desplegó la otra, volvió a caer y regresó a su posición inicial, la única posible. Empezó a tiritar. Hacía frío.

Por la mañana oyó cómo los hombres hacían cola para el desayuno, aguzó el oído para escuchar sus conversaciones. No captó nada, salvo alguna tos intermitente, el silencio apenas roto por los gritos de los guardias, el aluvión de órdenes e instrucciones que habrían de prolongarse durante todo el día. Creía que él era el único que había dejado de hablar. Pero les pasaba a todos los prisioneros, era más fácil soportar el silencio que el contacto con hombres que morirían o desaparecerían durante la noche. De todos modos, no les quedaba energía. Para nada que no fuese respirar y trabajar.

Abrieron la puerta y metieron un cuenco de gachas. También agua. Pero ninguna cuchara. Se las comió con la mano. Eso lo mantendría con vida, pero no repararía sus músculos desgarrados, ni los dedos de los pies congelados, tampoco la piel seca ni el cabello ralo. Aquello no tenía vitaminas ni nutrientes, ninguna de las cosas buenas de las que había hablado a sus alumnos cuando impartía clases. La importancia de la fruta. Una manzana. Ahora le dolería comer una. Morderla con esas encías rojas y dañadas.

Intentó estirar las extremidades, la espalda, pero fue en vano. Oyó el recuento matinal. Su nombre fue omitido. Había sido eliminado de su posición habitual, entre dos nombres rusos. No conocía a ninguno de ellos. No conocía a nadie. No quería conocer a nadie. Su cuenco y su cuchara habían desaparecido. Así que ahora no tenía nada. También habían desaparecido las fotografías de Katharina y Johannes. Vendidas a alguien sin esposa ni hijo, o tal vez estaban hechas trizas, perdidas en cualquier sitio. ¿De eso iba el comunismo? ¿De no poseer nada? ¿Todos los hombres iguales en su privación?

Los domingos asistía a clases sobre las virtudes del comunismo, los guardias de la prisión hacían doblete como profesores. El aula estaba bien caldeada y le daban una bebida caliente. A veces chocolate, o una galleta. Se sentaba cerca del fuego, incluso en verano, cuando la chimenea estaba vacía, para no perder el sitio, fingiendo interés por sus diatribas, por su insistencia en una filosofía frente a otra. Entendía casi todo lo que decían, sobre todo porque repetían lo mismo una y otra vez, en ruso y en un alemán macarrónico, acompañando sus argumentos con fotografías de periódicos de un Berlín destrozado, gritando que vencerían porque

tenían razón. Él jamás rebatía nada. Solo quería calor y comida extra.

Oía a los otros hombres salir del patio para iniciar su marcha lenta hacia el bosque, para reanudar la tala del día anterior. Abetos y pinos. Prefería cortar serbales, robles y píceas porque hacía más calor donde crecían y los animales eran menos amenazantes: zorros, ciervos y ardillas en lugar de lobos y osos. También había más luz; la claridad podía atravesar las hojas y llegar al lecho del bosque. Porque odiaba la oscuridad. En la oscuridad, los hombres se volvían locos, caminaban desnudos por la nieve, rusos y alemanes por igual; se quedaban atrás cuando los trasladaban a otro campo, abandonados, asilvestrados.

Empezó a tener calambres en las piernas. Golpeó la puerta de la caja, pero nadie acudió. Todo estaba en silencio. Ni siquiera se oía a los guardias. Tal vez se habían ido a otro campo. Nunca tardaban mucho en marcharse; no llevaban gran cosa consigo, salvo algunas herramientas para talar y cocinar. Los hombres a los que odiaba ya no estaban. Golpeó con más fuerza. Alguien respondió golpeando el techo con la culata de un fusil.

—Cállate, alemán. Stalin nunca te dejará salir, so cabrón.

Ahora podían hacer lo que quisieran. No habría represalias.

Durmió hasta que oyó regresar a los prisioneros, sus piernas pesadas por el cansancio. Se lavarían de cualquier manera y harían cola para la comida. De pronto se abrió la puerta y trató de acercarse a la luz, al aire fresco, pero volvió a cerrarse; a sus pies, un cuenco de sopa y una taza de agua. Tenía patata y restos de alguna ave, probablemente pavo. Los prisioneros retomaron sus

tareas de la tarde, indiferentes a sus golpecitos contra la madera, a sus ansias de contacto.

¿Qué había hecho? Era un soldado luchando en guerra. Era su deber. Solo había cumplido órdenes. A pesar de no haber hecho nada malo, lo dejaron encerrado en una caja donde acabaría muriendo de hambre y sed, hasta que solo quedaran sus huesos, hasta que nadie pudiera identificarlo, hasta que nadie pudiera decirle a Katharina lo mucho que había peleado por seguir con vida, por ella.

Empezó a gritar exigiendo que lo soltaran. Golpearon la caja con las armas y dispararon. Se hizo un ovillo y guardó silencio. Había pasado por cosas peores. Stalingrado fue peor.

Cuando oscureció, se reunieron alrededor del cobertizo y golpearon el techo. Docenas de ellos. Riéndose. Sacudiendo la caja. Zarandeándola.

Cuando se fueron, se quedó dormido hasta que regresaron para burlarse de él otra vez. Tres veces más durante la noche, y de nuevo al amanecer, insultándolo a través de las rendijas en un alemán rudimentario.

–Vamos a follarnos a tu mujer, Faber.

Faber les gritó, chilló:

–Dejad a mi mujer en paz.

Volvieron a golpear la caja con las armas y se rieron.

–Ahora nos toca a nosotros, Faber. Ahora nos toca follarnos a vuestras mujeres.

–Yo nunca me acerqué a las vuestras. Jamás les puse una mano encima.

Volvieron a gritarle algo que no entendió y se marcharon. Silencio. Era la hora en que los lobos se retiran y salen los pájaros. Rompió a llorar, vencido por el dolor en la espalda, en las caderas y en las rodillas. Por la injusticia. Nunca había violado a ninguna rusa, ni rozarlas siquiera. Era un hombre casado.

Entonces se quedó dormido y se despertó cuando oyó a los hombres durante el desayuno. Empezó a temblar, el cuerpo hecho un nudo de dolor, cansancio, hambre y soledad. Golpeó la puerta.

–Dejad a mi mujer en paz.

Nadie se acercó. Apoyó la frente en las rodillas y se abrazó las piernas. Un niño en el armario de las escobas. Atravesó el seto de laurel y entró en el salón de sus padres. Se sentó en el sofá. Su madre entró, descorrió las cortinas y le dejó una taza de té, con su platito, y otro plato de la misma vajilla con galletas recién horneadas.

«Gracias, madre».

Su madre le dio un beso en la cabeza.

«De nada, cariño».

Bebió y comió y miró las estanterías, los libros ordenados por orden alfabético y los adornos, todavía sin polvo después de la limpieza semanal: la bailarina de porcelana rosa en una casa sin niñas, el reloj de carruaje de cuando se casaron sus padres, los platos. Y los regalos que le compró a su madre durante sus viajes con el movimiento juvenil: un pequeño autobús azul de Bonn, un tren de cerámica rojo de Düsseldorf. Ella lo ponía todo en las estanterías, y todos los martes le quitaba el polvo a cada regalo que él le había hecho. Se preguntó qué día era. ¿Martes? ¿Su madre estaba limpiando? ¿Le traerían el desayuno?

No le trajeron nada. Comenzó a gritar, a pedir comida. Llegó un guardia, golpeó la caja y se marchó.

Faber volvió a arrastrarse hasta el sofá y cogió el autobús azul. Comenzó a mecerse hacia adelante y hacia atrás. Punta talón, talón punta. El autobús azul siempre había sido su favorito. También el de ella. Empezó a llorar y a llamar a su madre. Volvieron a aporrear la caja. Faber gritó. Más golpes, las astillas volándole a la cara. Gritó con más fuerza. Dispararon a la caja, la bala pasó por encima de su cabeza. Guardó silencio. Se alejaron. Hundió la cabeza entre las manos. Necesitaba a Faustmann. Faustmann sabría qué hacer, cómo ayudarlo a resistir. O a Weiss. A Fuchs. Incluso a Kraus. Con ellos podría mantener el tipo. Una bota delante en la que fijarse, un camino que seguir. Pero no tenía a nadie. Dependía de sí mismo, estaba solo, inmerso en una oscuridad apenas rota por finísimas hebras de luz.

Se meció con más fuerza, talón punta, punta talón. Enterró la cara en el pelo de Katharina. Cerró los ojos a cal y canto, desechando las entrañas de Weiss, la mierda de Kraft, su propia mierda, la mierda de todos. Ya no quería nada de eso. Lo único que quería era a su mujer. Un hombre puede sobrevivir a cualquier cosa mientras su esposa le sea fiel. Eso dicen los rusos. Sobreviviría si ella le era fiel, si seguía esperándolo.

Le llevaron sopa y agua. Lo devoró todo en un momento, pero no pidió más. Cayó en un sueño profundo. Lo dejaron salir a la mañana siguiente, a tiempo para el desayuno, a tiempo para la marcha hacia el bosque.

Su padre llamó a la puerta de su dormitorio y entró. Ella aún estaba en camisón, fumando.

–Deberíamos irnos, Katharina.

–¿Por qué?

–En un día, dos a lo sumo, llegarán a la ciudad.

–¿Y las barricadas que construyó, padre? ¿No los detendrán?

–No empieces, Katharina.

–Mesas de cocina y sofás. Con eso bastará.

–No seas impertinente. Vístete.

–No pienso irme.

–Eres igual de terca que tu madre.

–Me quedo aquí. Lo sabe perfectamente.

–No me iré sin ti.

–Claro que sí. –Encendió otro cigarrillo con el que todavía ardía–.

¿Adónde irá, padre?

–Al oeste. Intentaré cruzar el puente.

Katharina cerró los ojos. Él se fue. Ella se durmió. Cuando despertó, oyó golpes, pero no eran bombardeos. Enfiló el pasillo. Su madre estaba en la cocina aporreando las puertas de los armarios.

–No hay nada de comer, Katharina.

–No habrá por un tiempo, madre.

–¿Y de beber?

–Calentaré un poco de agua.

Las dos, madres de hijos muertos, se sentaron a la mesa de la cocina, provistas de tazas de agua caliente y cigarrillos.

–¿Qué va a pasar, Katharina?

–Se nos acabarán los cigarrillos.

–¿Y luego?

–¿Acaso importa, madre?

–No mucho, la verdad.

–Entonces, ¿para qué pregunta?

–No nos ha ido muy bien, ¿verdad, Katharina?

–No.

–Me pregunto cómo habrían sido las cosas si te hubieras casado con el hijo del médico.

Katharina volvió a su cuarto. Cerró la puerta y se sentó junto a la ventana a observar la calle, la mujer tendida sobre el bordillo, su cuerpo empezando a hincharse. Los edificios de enfrente habían desaparecido, también la hilera de casas contiguas. Sin embargo, su lado de la calle permanecía intacto.

A las cuatro de la mañana seguía despierta, fumando y bebiendo agua caliente, cuando su padre regresó.

–He conseguido comida –dijo–. Despierta a tu madre.

Lo observaron mientras desenvolvía el periódico mostrando cuatro trozos de carne gris, largos y estrechos, como pechugas de pollo partidas por la mitad. Katharina los tocó con el dedo.

–¿Qué es, padre?

–Carne.

–Es rata, ¿verdad?

–Es comida. Si no la quieres, allá tú.

El gas seguía funcionando. El señor Spinell puso la carne en la sartén y Katharina se la comió.

–¿Por qué ha vuelto, padre?

–No he podido cruzar.

–Vaya, qué sorpresa.

–Lo intentaré de nuevo en unas horas.

–¿Para qué? Hemos perdido, da igual que vaya al oeste o al este.

–Los rusos son unos hijos de perra, Katharina.

–¿Y nosotros no?

Por la mañana se trasladaron al sótano. Los demás vecinos ya estaban allí, la señora Sachs entre ellos. Katharina se sentó en el suelo, con una manta sobre las piernas, mirando cómo la señora Sachs servía café y le daba una taza a su marido junto con un trozo de pan aún caliente. Katharina tragó saliva.

–¿Dónde ha conseguido eso, señora Sachs?

–Tengo contactos, Katharina. Más fiables que los tuyos.

–Eso parece.

–En el fondo te conviene, Katharina.

–¿Cómo dice?

–Te ayudará a perder un poco de peso. A los rusos les gustan las mujeres con buenos traseros, alimentadas a base de pasteles de nata y chocolate. Como tú, Katharina.

Se ovilló bajo la manta y quedó a la espera, aguzando el oído, aunque no sabía bien qué es lo que esperaba ver u oír. Había visto llegar a las mujeres del este, aterradas. Hablaban de forma frenética o no decían nada en absoluto; sus ojos ausentes, mirando a la nada, al infinito.

–Será un alivio, ¿no, madre?

–¿El qué, Katharina?

–Cuando estén aquí y podamos retomar nuestras vidas.

–Nos están invadiendo, Katharina.

–Pero al menos habrá terminado. La espera es peor.

–Ya veremos.

–Su hija tiene razón, señora Spinell –dijo la señora Sachs–. La espera siempre es la parte más dura. Seguro que luego no es para tanto.

–Sus amigos comunistas llegarán por fin, señora Sachs –dijo el señor Spinell.

–¿Y dónde están sus amigos, señor Spinell?

Se quedaron en silencio, apiñados en el pequeño sótano, la puerta atrancada con tres sillas y un escritorio. El retrete estaba en el rincón más oscuro, un cubo oculto tras un trozo de cortina que vaciaban entre bombardeo y bombardeo: orines, excrementos y periódicos arrugados esparcidos por la calle.

De pronto estaban allí, como si se hubiera roto una presa: miles de hombres martilleando las calles a cada paso. Katharina los miró por la ventana diminuta. Sus botas enormes, sucias y pesadas. Los tanques rechinando sobre el asfalto. Semiorugas y todoterrenos. Pesadas piezas de artillería arrastradas por caballos, ponis y camiones estadounidenses. Estiércol de animales por todas las aceras. Volvió a sentarse y metió la cabeza bajo la manta apretando la lana contra las orejas. Aun así, oía el traqueteo triunfal de las ametralladoras y los cánticos belicosos, el clamor ebrio y jactancioso filtrándose por todas partes. No había previsto tanta agresividad. Esperaba soldados como su marido y su hermano, hombres amables

cumpliendo con su deber. Pero aquellos hombres estaban llenos de rabia, resultaban aterradores. Querían venganza. Se metió la manta en la boca y gritó. Necesitaba a su marido.

Apenas se movieron durante dos días, sobreviviendo a base de sorbos de agua y galletas saladas, aceptando las ofrendas de salchicha seca de la señora Sachs, la gratitud de su padre brillando por su ausencia. Entonces los oyeron en la escalera, era difícil saber cuántos, yendo de un piso a otro, derribando puertas, gritándose unos a otros, corriendo por los pasillos hasta que echaron abajo la puerta del sótano, la barricada no había servido de nada. Las linternas barrieron todo el espacio de un extremo a otro. Un segundo después aparecieron los soldados riéndose a carcajadas. Miraron primero a la señora Sachs y luego a Katharina, los haces de luz se centraron en ella, que no dejaba de arrimarse a su madre. La señora Spinell se apartó de su hija. Katharina se inclinó hacia su padre, pero él también se apartó. Los soldados le gritaron y señalaron la puerta con las linternas. Ella se quedó petrificada. Uno de ellos le dio un golpe en la cabeza con la linterna, el haz de luz temblando por las paredes del sótano. Katharina miró a su madre, a su padre. Ellos bajaron la vista al suelo. Se aferró a la manga de su padre, pero él apuntó a la puerta con la barbilla.

–Buena chica, Katharina.

Se puso en pie y le dieron una palmada en las nalgas. Subió los escalones hasta el vestíbulo, donde la oscuridad del anochecer se estaba aposentando. La tiraron al suelo, ella se alejó a cuatro patas hasta alcanzar el pie de la escalera. La agarraron de las piernas y le dieron la vuelta, como a un lenguado en la sartén.

Uno de ellos le dio una bofetada, le rompió las bragas y le separó las piernas. El primero. Empezó a empujar. Un puñetazo en la cara cuando ella trató de detenerlo, de cerrarse para que no pudiese entrar. Luego un dolor intenso, desgarrador. El peso del hombre sobre su pecho, asfixiándola, el hedor pegajoso y acre: a alcohol, a estiércol de caballo, a humo y a sudor. Apartó la cara de él, hacia la escalera, clavando la vista en el linóleo, la madera desgastada por sus pies de niña, subiendo y bajando aquellos peldaños, de la escuela a la casa y de la casa a la escuela, y más tarde, cuando se hizo mayor, de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Y luego Peter. Los pies de su marido sobre esos mismos escalones. Sintió una última embestida. El soldado se desplomó encima de ella y le eructó en la cara. Ella cerró los ojos. Él se apartó y le escupió. En las mejillas, en los ojos. Ella se limpió la saliva e intentó incorporarse. El segundo la empujó de nuevo contra el suelo y le rompió la blusa, el sujetador. Apestaba a cigarrillos. La sujetó por los hombros inmovilizándola. Y entonces vio los piecitos de su hijo, subiendo y bajando. Gateando, luego caminando, sus pequeñas manos aferrándose a un pasamanos y luego al siguiente, mientras subía escalón tras escalón. El tercero. Más brusco que los anteriores. El cuarto. Más suave, ¿o es que ya no sentía nada? Luego el primero otra vez. Más golpes. Más escupitajos. Más de él cuando no quería nada de él. El segundo. ¿O era el tercero? El olor a cigarrillos. El cuarto solo una vez. El primero insistiendo en que tenía aguante para un tercer asalto, otro puñetazo en la cara cuando no lo consiguió. Se levantó y orinó sobre ella, los otros riéndose mientras se subían los pantalones. Recogieron sus fusiles y se fueron, dejando la puerta del portal abierta para que pudiese ver la calle, los

excrementos de caballos y de personas entremezclándose con el paso de las ruedas y de las orugas de los tanques, la ciudad ya no era suya, ya no era alemana; la tienda de ultramarinos con las persianas bajadas, vacía, el señor Ewald había huido a la Selva Negra. Ella se había quedado para esperar a Peter. Lo había prometido.

Alargó la mano para arrancarse una hilacha, pero estaba demasiado lejos. La mano cayó al suelo. ¿Por qué se había molestado en subir y bajar aquellas escaleras? ¿Qué sentido había tenido? Su hijo y su hermano estaban muertos. Y quizá su marido también. ¿Acaso no estaba ella tan muerta como ellos? ¿Sería siempre recordada como la mujer a la que sus padres entregaron? Le susurró a Peter, rogándole que estuviese vivo. Él era todo lo que tenía.

Estaba oscuro cuando despertó, restos de sangre reseca le cubrían el rostro, las piernas y la ropa; los fluidos de los hombres mezclados con los de ella. A duras penas consiguió incorporarse y, ayudándose de la barandilla, se arrastró escaleras arriba. La puerta estaba abierta, el piso saqueado, pero la cama seguía intacta, las sábanas aún puestas. Se metió bajo las mantas y volvió a dormirse; cuando se despertó, vio a la señora Sachs a su lado, con un barreño de agua y paños sobre el regazo.

—Voy a lavarte, Katharina.

Le costó abrir los ojos, la boca. Su voz era apenas un susurro.

—¿Dónde está mi madre?

—En el sótano. No está en condiciones, Katharina.

—Lo estaba cuando tuvo que ocuparse de Johannes.

–Eran otros tiempos.

–Me lavaré yo sola.

–No vas a poder, Katharina. Vas a necesitar ayuda.

–Antes sí necesité ayuda, señora Sachs. Ya no.

La señora Sachs se fue. Katharina volvió a dormirse. Cuando despertó de nuevo era de día. La señora Sachs estaba de nuevo a su lado.

–¿Cree que Peter hizo cosas así? Era soldado.

–Un soldado alemán, Katharina. Bien educado. Un buen hombre.

–Odiaba ser soldado. Por aquel entonces yo no lo entendía, señora Sachs. Pero ahora sí.

–¿Qué, Katharina?

–Los entrenan para ser todos iguales. Igual de locos. Igual de crueles. Eso es lo que hacen los ejércitos.

–El Ejército alemán no, Katharina.

–Son unos saqueadores. Unos violadores. Eso es lo que son, señora Sachs. En eso los convierten.

–Eso no lo sabes.

–Esos rusos me odiaban.

–Anda, vamos a limpiarte, Katharina.

La señora Sachs la ayudó a sentarse y empezó a lavarle la cara, el cuerpo; el agua fría, las lágrimas brotando de sus ojos, ambas mujeres en silencio. Tenía tres dientes rotos; la nariz, los ojos y los labios, muy magullados. La vagina, desgarrada; los pechos y el vientre, cubiertos de cardenales morados, casi negros. La señora Sachs le dio té caliente con un poco de azúcar y le cubrió las heridas más graves con apósitos caseros, las hierbas no todo lo frescas que deberían.

–Por suerte no creo que necesites antibióticos.

Katharina empezó a sollozar.

–¿Qué voy a decirle a Peter, señora Sachs?

–Dudo mucho, Katharina, que tengas que explicarle nada.

–Pero ¿y si vuelve? ¿Qué le digo?

La señora Sachs se inclinó hacia ella.

–No le digas nada, Katharina. No le cuentes esto a nadie.

–¿Y la gente? ¿No se enterará?

–No se lo diremos a nadie. Ya has pasado por bastante.

–¿Y si me quedo embarazada, señora Sachs? ¿Cómo voy a explicar eso?

–Si ocurre, ya nos ocuparemos de ello.

–¿Conoce a alguien?

–Sí, Katharina. Es bueno. Y seguro.

–Gracias.

Sus padres se quedaron en el sótano hasta que los rusos dejaron de beber y empezaron a servir sopa a quienes permanecían aún en la ciudad. Se tomaron la sopa y regresaron a sus dormitorios.

–Pronto te sentirás mejor, Katharina.

–¿Usted cree, padre?

–Estoy seguro.

Fue a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Se miró en el espejo; los moratones y los dientes rotos. Cogió las tijeras y se cortó el pelo. Un mechón tras otro cayéndole por la espalda, planeando hasta el suelo.

Los otros hombres del vagón habían escrito. Él había decidido no hacerlo.

Miraba por la ventana, en silencio, cómo iba cambiando el paisaje, aliviado cuando los enormes bosques desaparecieron de su vista.

Buscó a Katharina en la estación, aunque sabía que no estaría allí. Las mujeres que sí estaban, esposas y madres, rompieron a llorar al ver a sus hombres, les acariciaron las mejillas hundidas, apoyaron la cabeza en sus torsos huesudos. Él se apartó de ellas y se dirigió a la parte trasera de la estación abriéndose paso entre una horda de ancianos y ancianas que le plantaban fotografías en la cara, imágenes de hijos con hombros fuertes, uniformes limpios y rostros sonrientes. Él negaba con la cabeza. Una y otra vez. No, no conocía a ninguno.

Fue a una clínica donde lo lavaron y le dieron de comer; le trataron los piojos, la infección de encías y la sarna. Lo dejaron dormir durante varios días y, cuando decidió marcharse, lo vistieron con un traje de segunda mano. También le dieron dinero y un paquete de papel marrón que podía llevar bajo el brazo.

–Voy a ver a mi esposa y a mi hijo –dijo.

–Buena suerte, señor Faber.

–Gracias.

Tocó el timbre y dio un paso atrás. Saludó al tendero, que estaba abasteciendo su puesto de tomates rojos y brillantes. Nadie abrió la puerta. Faber entró en la tienda, pagó un tomate y se lo comió lamiendo el jugo que le resbalaba por la barbilla, la boca deleitándose con su dulzura.

–Veo que le ha gustado, señor –dijo el tendero.

–¿Los Spinell siguen viviendo aquí?

–Acabo de abrir. Aún no conozco a los vecinos.

–¿Tiene chocolate negro? ¿Alguna flor blanca?

–No, señor, esas cosas todavía son difíciles de conseguir.

–Gracias.

Faber empujó la puerta. Se podía abrir sin llave. Entró en el pasillo oscuro y subió la escalera, aún cubierta del mismo linóleo desgastado. Se detuvo frente a la puerta y acercó la oreja, pero no oyó nada. Llamó. Suavemente. Una segunda vez, con un poco más de fuerza. Ella abrió cuando él estaba a punto de irse. Y le habló. Con un susurro:

–Peter.

Extendió la mano y él la tomó, envolviéndola con las suyas.

–Sigues aquí, Katharina. Me has esperado.

Asintió, cerrando los labios y los ojos. Él dio un paso hacia ella. Ella enterró la cabeza en su pecho. Él le besó la coronilla.

–¿Y tu pelo?

–Así es más práctico, Peter.

–Me gustaba largo.

–Ahora es corto.

Se abrió una puerta. Era la señora Spinell, con el pelo gris, largo y descuidado.

–¿Johannes?

–No, madre. Es Peter.

La anciana volvió a cerrar la puerta.

–Pasa –dijo Katharina.

Peter inclinó la cabeza y entró.

–He ido primero a la otra dirección que me diste.

–Volvimos aquí hace mucho.

–No queda nada de aquella casa. Nada.

–No. Nada. ¿Quieres café?

–Por favor.

Ella echó a andar por el pasillo. Él la atrajo de nuevo hacia sí.

–Qué ganas tenía de verte, Katharina.

–Y yo de verte a ti, Peter. Vamos, voy a hacer café.

Ella se giró para irse, pero él la retuvo.

–¿Qué te ha pasado en los dientes?

Katharina vaciló un instante.

–Me caí –dijo–. Durante un bombardeo. En la oscuridad.

–Bueno, se pueden arreglar.

–He aprendido a vivir con ellos tal como están.

Él la soltó y la siguió por el pasillo, reparando en la escasa longitud de su cabello, en la estrechez de sus caderas. Los hombros inclinados hacia delante, redondeándole la espalda. Estaba distinta. Pero él también.

–¿Estás bien, Katharina?

–Estoy bien. ¿Y tú?

–Sí, creo que sí.

Entró en la cocina, las paredes aún brillantes por la condensación. Un niño estaba sentado a la mesa, frente a sus libros del colegio.

Faber se agachó junto a la silla y le tocó el brazo.

–Johannes.

–Hola. Estoy haciendo los deberes.

–Ya veo.

–Se supone que no debo hablar. Solo concentrarme.

Faber sonrió y volvió a ponerse de pie, conteniendo las lágrimas.

–Vaya, lo siento. Te dejo que sigas. Podemos hablar cuando termines.

El niño asintió.

–Me alegro mucho de verte, Johannes. De conocerte por fin.

–Gracias –dijo el niño. Volvió a sus deberes.

Katharina estaba de espaldas a ellos, sacando lentamente las tazas del armario.

–Vamos a otra habitación –dijo–. ¿Tienes hambre?

–Es probable. He aprendido a no tenerla.

Katharina cortó dos trozos de pan y los untó con miel. Los puso en un plato y llenó las tazas de café. No había platillos. Lo condujo a la habitación del fondo del pasillo, a su dormitorio.

–Lo recuerdo todo a la perfección, Katharina.

–Hueles mejor esta vez.

Él sonrió brevemente. Ella dejó las tazas y el plato. Él la rodeó con los brazos, la besó en la mejilla y dejó allí los labios, con los ojos cerrados.

–Dios, me alegro tanto de estar aquí, Katharina.

–¿Ha sido muy duro, Peter?

–Horrible, pero te lo cuento en otro momento. Ahora no.

Ella le acarició el rostro, los dedos demorándose en las arrugas.

–Estás tan delgado.

–Pensaba que te gustaba así.

–Sí, pero no tanto. Tendremos que alimentarte bien.

–Me cuesta comer.

–Iremos despacio.

–Gracias.

–Cómete el pan, anda.

Él se sentó en el borde de la cama. Ella se quedó junto a la ventana, dándole sorbos a su café, mirando la calle, a un alemán que se bajó de la acera al ver a unos soldados rusos acercándose.

Faber terminó de comer y se tumbó en la cama. Ella se acostó a su lado y echó una manta sobre los dos. Él la besó en los labios.

–Te he echado de menos, Katharina.

–¿Cómo lo has soportado?

–No lo sé. Te tenía a ti y a Johannes. Eso me ayudó. Muchísimo.

Ella le besó los labios, las mejillas.

–¿Y qué tal por aquí, Katharina?

–Horrible. Pero ahora estás aquí. Sabía que vendrías. Algún día.

Él pasó los dedos por sus labios, por su rostro enflaquecido, y la besó. Ella estaba llorando, en silencio, las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

–¿Por qué te has cortado el pelo?

–Me apetecía, Peter.

–¿Volverás a dejártelo largo? ¿Por mí?

–No.

–Pero me gusta largo. Así es como te imagino.

–Tendrás que imaginarme de otra manera.

Peter apartó la manta y se sentó. Encendió un cigarrillo. Ella se lo quitó. Él encendió otro.

–La habitación está igual –dijo.

–La comparto con Johannes.

–Es un buen chico, Katharina.

–Sí, lo es.

–Si sigo viva es por él, ¿sabes? Porque quería tenerlo en mis brazos.

Katharina se levantó y volvió a mirar por la ventana, a los rusos rodeando a una mujer, revisando su documentación.

–No es tuyo, Peter.

–¿Quién?

–El niño que has visto en la cocina. No es tu hijo.

–Claro que lo es.

–No. No lo es. Nuestro hijo murió. De meningitis. Cuando tenía dos años.

Faber extendió sus manos huesudas sobre los muslos.

–Entonces, ¿quién es el niño de la cocina?

–Su nombre real es Peter Johannes. Pero lo llamamos Johannes.

Así es más fácil para todos.

–No, Katharina, ¿quién es? ¿Quién es el padre?

–No lo sé.

–¿No lo sabes?

–Un ruso.

–¿Te fuiste con esos hijos de perra?

Ella bebió el último sorbo de su café.

–Me violaron, Peter.

Él cerró los ojos, sus labios emitieron un susurro casi inaudible.

–No, Katharina. No. Eso no.

Peter se quedó en silencio. Ella se sentó a su lado y le tomó la mano acariciándole la piel.

–¿Cuándo, Katharina? ¿Cuándo pasó?

–En abril. Cuando ganaron. Hace ocho años.

Las lágrimas atravesaron el rostro de Faber y apartó la mano de la de ella.

–Eso es demasiado para mí, Katharina.

–Fue un horror, Peter.

Él asintió.

–No. Es demasiado.

Se secó los ojos, cogió su plato y su taza. Se los entregó a ella.

–¿Hay algo más?

–¿Qué?

–¿Más comida?

–Sí. Claro. Voy a por más.

Sirvió café y cortó dos rebanadas más de pan. Su hijo también quiso.

–Ya mismo vamos a cenar, cariño.

–Pero tengo hambre.

Cortó otra rebanada para el niño y extendió miel, un poco más de la que había untado en la de Faber.

–¿Quién es ese hombre, mamá?

–Un viejo amigo.

–Qué pinta más rara tiene.

–Ha estado fuera mucho tiempo. Venga, sigue con los deberes.

Katharina regresó al dormitorio; Peter cogió el plato y la taza.

–Podrías haberme dicho que era mío y ya está, Katharina. Habría sido más fácil para mí no saberlo.

–No quiero más mentiras, Peter. Solo la verdad.

–Pues yo estoy harto de tanta verdad. –Siguió comiendo y bebiendo. Despacio—. ¿Cómo pudiste irte con ellos, Katharina? ¿Tienes idea de cómo me trataron a mí?

–No tuve elección.

–Todos tenemos elección, Katharina.

–¿En serio?

–Podrías haberte escondido.

Ella volvió a mirar la calle. Los rusos dejaron ir a la mujer.

–Eran cuatro, Peter.

Él estaba chupando el pan porque masticar le dolía mucho.

–La señora Sachs me aconsejó que no te lo dijera.

–¿Y por qué me lo has dicho?

–Necesitas saber la verdad.

–¿Por qué necesito saber la verdad?

–Porque necesito que sepas la verdad.

Encendió dos cigarrillos más. Ella tomó el que le ofreció.

–¿Por qué lo tuviste?

–No tenía otra opción. Él me dio algo por lo que vivir.

–Me tenías a mí. Te dije que volvería.

–No lo sabía, Peter. No podía estar segura.

Él la miró fijamente.

–Me diste por perdido, Katharina.

–No es verdad, Peter. Me he quedado aquí, esperándote, tal y como te prometí.

–Me diste por perdido y tuviste el hijo de otro.

Ella negó con la cabeza y le sostuvo la mirada, los brazos cruzados sobre el pecho.

–Me violaron, Peter, porque me quedé en Berlín, esperándote.
–Entonces, ¿es culpa mía que te hayan violado?
–No, eso no es lo que he dicho, Peter.
–Entonces, ¿qué has dicho? ¿Qué estás diciendo?
–Necesito que me aceptes como soy, a mí y a mi hijo.
–No. No puedo hacer eso. Quiero que seas como eras, la madre de mi hijo.
–Eso no puede ser.
Peter se atusó el pelo.
–Tal vez podamos empezar de nuevo. Tener otro hijo.
–¿Un hermano para Johannes?
–No. Para él, no. Solo nosotros. Empezar de nuevo.
Ella se secó los ojos con la manga y se alisó la falda.
–¿Cómo están tus padres, Peter?
–No lo sé. Iré a verlos después.
–¿Te quedas a cenar?
–Si tienes bastante comida.
–Padre traerá algo.
–¿Cómo está?
–Bien, aunque tiene algo de artritis.
–¿Y tu madre?
–Se pasa el día en su cuarto. El antiguo cuarto de Johannes.
Él se presionó las yemas de los dedos contra las sienes.
–¿Qué esperabas de mí, Katharina?
–No lo sé.
–¿Esperabas que lo quisiera?
–Es un buen niño, Peter.
–Es un bastardo ruso.

Ella se acercó a la puerta.

–¿Te quedas a cenar, Peter?

–Ya me lo has preguntado.

–Te lo pregunto otra vez.

–No sé si quiero cenar.

Peter la miró, el pelo recortado, los dientes rotos. Se dirigió a la ventana y vio a los rusos.

–¿Cómo puedes vivir aquí, Katharina? ¿Con rusos por todas partes?

–¿Y adónde debería ir, Peter?

–Al oeste. Los americanos o los británicos serían mejor opción, incluso los franceses.

–Los rusos se han portado bien con nosotros, Peter. Nos dan bastante comida. Y medicinas cuando nos hacen falta. Y padre hace algunos trabajillos para ellos.

–¿Trabaja para los rusos?

–Tú también trabajaste para ellos.

–No tuve elección, Katharina.

–Todos tenemos elección, ¿no, Peter?

–Él puede elegir no hacerlo.

–O trabajas para los rusos o para los americanos, esa es la única elección posible.

–Los americanos son mejores personas.

–¿Sí? Los rusos nos dieron de comer antes que ellos. Y me dieron antibióticos cuando mi madre tuvo neumonía. Nadie más quiso darnos.

Peter encendió otro cigarrillo. Solo uno.

–No puedo quedarme aquí –dijo–. Con ellos. Después de todo lo que han hecho.

–Nosotros hicimos lo mismo antes que ellos, Peter.

–Pero no somos tan malos.

–¿Ah, no?

–Deberías irte, Katharina. Salir de aquí.

–Mi hijo es medio ruso, Peter. Aquí es más fácil. Y aquí hay más mujeres en la misma situación que yo.

Peter le dio una calada larga al cigarrillo.

–Entonces, ¿adónde te vas, Peter?

–Lejos.

–¿Pero te quedas en Alemania?

–No. Me iré a otro sitio.

–¿Adónde?

–A algún lugar ajeno a la guerra. A Irlanda, tal vez.

–Dicen que aquello es muy bonito.

–No hay bosques, podría ser un buen sitio para pensar.

–¿En qué?

–En nada, Katharina. No quiero pensar en nada.

Guardaron silencio.

–¿Te vienes conmigo, Katharina? Podríamos empezar de nuevo.

–¿Con mi hijo?

–No. Tú sola.

–Entonces no.

–Eres mi esposa. Él no es mi hijo.

Katharina puso la mano en el pomo de la puerta.

–Te prometí que te esperaría, Peter. Y te he esperado.

–¿Y eso es todo? ¿Una promesa? ¿Un pacto? ¿Un compromiso?

–Eso parece.

–Todavía quiero estar contigo.

–No, no quieres.

–Te hice una promesa, Katharina.

–Nos prometimos muchas cosas, Peter.

Él le ofreció otro cigarrillo. Ella lo tomó y se sentó en el borde de la cama, junto a él, dejando un espacio entre los dos.

–¿Cómo crees que será la vida en Irlanda? –preguntó ella.

–Más fácil que aquí.

–No estoy tan segura.

–¿Qué quieres decir?

–Todo el mundo odia a Alemania, Peter. Debe de ser horrible ser alemán en otro país.

–No lo sé. Supongo que lo averiguaré.

–¿Te gustaría llevarte algo de comida?

–Si te sobra algo, sí, lo agradecería mucho.

Volvieron a la cocina y Katharina se acercó a su hijo para ayudarlo con los deberes. Faber apartó la mirada. Se acercó a la ventana y vio la tarde que se extinguía, al tendero que apilaba cajas de madera. Luego vio al señor Spinell, iba andando por el pasillo con la ayuda de un bastón. El anciano dejó una bolsa encima de la mesa y se dieron la mano.

–Hay que ser un hombre fuerte para sobrevivir a todo eso. ¿Qué trabajo le hicieron hacer?

–Talar árboles.

–Por eso es un país tan poderoso. Porque obligan a sus prisioneros a hacer algo útil. Algo por el país. Nosotros tendríamos que haber hecho lo mismo.

–Odio este lugar.

–Es el futuro, Peter. He empezado a aprender el idioma. –El señor Spinell se dejó caer lentamente en una silla–. Hay carne, pan y verduras. Y unos tomates estupendos.

Katharina empezó a preparar un sándwich, haciéndole preguntas de ortografía a su hijo mientras cortaba los tomates. Faber cogió su paquete de papel marrón.

–Pensándolo bien, no me hace falta comida. Debería irme ya. –Le estrechó la mano al señor Spinell–. Dele recuerdos a su esposa de mi parte, señor Spinell.

Katharina le abrió la puerta del pasillo. Faber le dio un beso en la mejilla.

–Adiós, Katharina.

–Adiós, Peter.

Katharina cerró los párpados, un muro que lo separaba de él.

–Lo siento, Katharina. Creía que todo sería distinto. Lo había imaginado de otra manera.

–Todos lo habíamos imaginado de otra manera, Peter.

Ella cerró la puerta; él bajó las escaleras, despacio, y salió a la calle. Sintió el azote del viento en las piernas y en el cuello, pero estaba acostumbrado al frío, así que siguió caminando hacia la estación, su sombra alargándose frente a él.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a quienes me ayudaron en los momentos decisivos: Colm Tóibín, Ed O'Loughlin, Mark Brennock, Fergal Keane, Cathy Kelly y P. J. Lynch; a quienes compartieron sus experiencias y conocimientos: Rebecca Miller y la Fundación Inge Morath, Margritt Engel, Graham Darlington, William Micklem, Patrick Redmond, Felicity O'Mahony y Anne-Marie Casey; a todos los soldados que contaron sus vivencias y escribieron sobre ellas, muy especialmente a Werner Pilz y Adelbert Holl, ambos fallecidos, y a los numerosos cronistas, historiadores y documentalistas en cuyo trabajo me he apoyado.

También me gustaría dar las gracias a mis profesores: Joan Dobbyn, Hugh Ridley y Wilma Petters. Y a *The Times* y *The Irish Times*, por confiarme una extraordinaria variedad de encargos que me permitieron vivir experiencias y conocer a personas de un valor incalculable.

Estoy profundamente agradecida a todo el equipo de Atlantic Books en Londres: Toby Mundy, James Roxburgh, Karen Duffy, Lucy Howkins, y a los integrantes del Atlantic Book Club. Y, muy especialmente, al editor en jefe, Ravi Mirchandani, con quien he tenido el placer y el privilegio de trabajar codo con codo. También quisiera dar las gracias a la editora Sara Holloway; a las editoras

Elisabeth Schmitz y Jessica Monahan de Grove Atlantic, en Nueva York, y a Simon Hess y a todo el equipo de Gill Hess, en Dublín.

Y, cómo no, a Peter Straus: ha sido un auténtico honor. Mi más profundo agradecimiento al equipo de la agencia literaria Rogers, Coleridge and White, en Londres, con mención especial a Margaret Halton y Stephen Edwards, y a Melanie Jackson, en Nueva York.

También estoy muy agradecida a mis atentos lectores, la doctora Yvonne Ivory y Mary Morrissy, así como a mis amigos Fiona Fullam, Nuala Haughey, Bronwyn Ryan, Lorraine Stewart, Michael Walsh, Shibéal Megan, David Whelehan, Madeleine de Baréid, Cordelia Tuck y Ronald Doherty, por su inestimable ayuda.

Y, por supuesto, gracias infinitas a mis hermanas: a Ruth, por el tiempo que siempre me ha brindado; a Anna, por su generosidad sin reservas, y a mi hermano Robert y a su esposa, Niamh O'Connor, por su extraordinario compromiso y apoyo. Siempre estaré en deuda con mi padre, John, ya fallecido, por todo lo que me enseñó, y con mi madre, Maeve, por su fe y respaldo incondicionales.

A mis hijas, Laurie, Anna y Sally, gracias por toda la vida que traen a la mía. Y a mi marido, Johnny: mi gratitud hacia ti no conoce límites ni fin.

ÍNDICE

AUDREY MAGEE

El compromiso

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativa sexto piso

